

que indudablemente vale ménos que yo, porque yo no hubiera hecho lo que ella hizo? Porque el conde-duque necesitaba que le entretuviesen al rey, le parecí yo á propósito para ello y me envié á ese miserable, á ese mal nacido, á ese impudente de don Lope. ¿Comprendéis ahora por qué quiero vengarme del conde-duque?

—Lo comprendo perfectamente, pero no comprendo cómo es que decís que despreciais á don Lope: habláis de él demasiado duro para que yo no crea que estais loca por él.

—Estoy indignada, os lo aseguro, don Francisco: si yo hubiera querido, delante de su tia la noble condesa de Santurces hubiera caído don Lope á mis piés trasportado de amor; me hubiera bastado con decirle ven, yo te amo, y entonces puede ser que la que se hubiera accidentado hubiera sido la noble condesa, no la pobre cómica: pero yo no podia decir lo que no sentia, ni pude resistir un tratamiento degradante é inmerecido. Pero dejadme continuar: lo que por don Lope ha pasado por mí es por si solo causa bastante para que yo pretenda vengarme del conde-duque, y sin embargo, hay otra razon que por si sola basta tambien para excitar mi venganza: el asesinato de mi padre el marqués de Siete Iglesias, preparado y llevado á cabo de una manera terrible por el conde-duque.

—Es que no puede llamarse asesinato á una ejecucion hecha por sentencia de jueces; pero no era el conde-duque el que podia ni debia llevar al rey el proceso para decirle confirmad la sentencia, señor, porque el conde-duque ha hecho ya lo bastante para que si hubiera justicia fuese llevado al patibulo: mirad que alcanza tambien gran parte de la muerte de vuestro padre al rey, porque el rey no debió haber matado á Calderon dejando vivos á Olivares, á Uceda y á tantos y á tantos del mismo jaez que el marqués de Siete Iglesias, y tan miserables como él.

—¿Y quién os ha dicho que yo no me vengaré tambien del rey?

—¿Y cómo? exclamó Quevedo.

—El rey me ama: es poco, me adora; es poco tambien: no hay palabras para ponderar el empeño que tiene el rey por mí, soy su alma, su vida, su eternidad, su todo, y yo haré de tal manera, seré tan buena cómica, que el rey será completamente mio.

—¡Diablo, diablo! dijo Quevedo: ¿y adónde pensais ir á parar?

—A mi venganza, porque cuando el rey esté de tal manera unido á mí, que no pueda vivir sin mí, sino sufriendo en un infierno, entonces le destrozaré el alma, le daré celos, le humillaré; pero

esto no será sino cuando haya visto caer sobre el patíbulo la cabeza del conde-duque.

—¡Pardiez! dijo Quevedo, y cuánto amais á don Lope.

—¡Otra vez! exclamó con impaciencia Maria.

—Me parece que con quien vais á dar celos al rey antes de mucho, y cuando todavia no os convenga dárselos, será con don Lope, y no sabeis dónde os metereis, Maria, porque la devotísima, la santa, la mögigata condesa de Santurces, será capaz de envenenaros si por celos de su marido ha de ser, y digo de su marido, porque se casarán.

—Está libre la condesa de cometer un crimen del que haya de responder ante el tribunal de Dios.

—Maria, Maria, vos estais loca, y tan loca, que decís que necesitais de mis consejos y me hablais con la resolucion de aquel que se ha decidido á lo que ha de hacer.

—No ha llegado todavia el momento de los consejos, escuchadme: el conde-duque no quiere que haya amores entre el rey y yo sino porque sabe que el rey está de tal manera empeñado por mí, que teniéndome no vivirá para otra cosa que para la felicidad de su amor: el conde-duque, quiere pues quitar á la reina toda influencia sobre el rey...

—Pues, sí, eso es, eso es, dijo vivamente Quevedo.

—Y bien, ¿qué daño me ha hecho á mi lá reina, que segun dicen, es la mejor muger del mundo? ¿no creéis que puede suceder muy bien que en vez de perjudicar á la reina el conde-duque por mis amores con el rey, la favorezca?

—Conforme y segun, dijo Quevedo, mucho puede hacer una mujer amada, y tanto más, cuanto es débil y voluntarioso el hombre que la ama, á la manera que lo es el rey nuestro señor.

—Pues bien, hemos llegado á los consejos, don Francisco: ¿qué medios os parece que debo emplear para vengarme del conde-duque, para vengar al mismo tiempo á la reina, y para hacer que el rey vuelva desengañado y arrepentido á los brazos de su esposa?

—En estas materias, dijo Quevedo, las mujeres son más inteligentes que los hombres: os voy á decir lo que he pensado.

—Si os pido consejo, es porque no tengo práctica en las intrigas amorosas.

—Veamos, dijo Quevedo; decidme lo que pensais hacer.

—Pienso por una parte, estar á ratos tan amorosa y tan rendida

con el rey que enloquezca, y otros tan despiadada y tan indiferente, que se desespere.

—¡Ah! la compensacion para que no se canse: ¿sabeis que pienso que sois maestra?

—¡Ah! se me figura que el continuo rendimiento de una mujer debe causar necesariamente el cansancio del hombre.

—Me parece que lo decís por lo que habeis experimentado en don Lope.

—Don Lope no ha recibido de mi el más ligero favor, os lo juro por mi alma.

—Os creo sin el juramento, María, porque estoy viendo que estimais tan poco vuestra alma, que el juramento por ella no vale.

—Dios tendrá misericordia de mí, pero dejadme continuar: ¿no creéis que si yo mantengo en este continuo vaiven al rey, enamorada unas veces, desdeñosa y despreciativa otras, el rey acabará por ser mi esclavo?

—Indudablemente, María, indudablemente.

—Y si á esto añado algunos celos...

—Habreis hecho que no puedan rescatar al esclavo ni los padres de la Redencion.

—¿Y si entonces acuso yo al conde-duque?

—Entonces, María, el conde-duque, si sabeis acusarle es hombre perdido, y...

—Y decidme, si vos sois mi consejero, ¿no podrá ser mi acusacion tan terrible que el rey no se dé por satisfecho sino con la cabeza del conde-duque?

—Indudablemente, María, indudablemente.

—Y si despues de haber caido el conde-duque, suelto yo ante el rey una de esas carcajadas de las que no se puede dudar, en que comprenda que no le amo, ni le he amado nunca, y me voy con el primer pobre hombre que se haya enamorado de mí haciéndome su esposa.

—No sé si habeis podido curar al rey, desengañándole y obligándole á que vaya á buscar su verdadera felicidad en la reina, porque hay cierta clase de gentes incurables, á quienes todo el proto-medicato no curaria.

—¿Y de esas gentes es el rey?

—Creo que sí.

—¿Y qué gentes son esas?

—Las que más abundan, las que se encuentran por todas partes hasta darnos con ellas de narices, los tontos.

—¡Oh! el rey tiene muy buen ingenio.

—Y hace muy buenos versos, y es muy caballero, y muy digno y muy buena persona; pero tiene la debilidad de la soberbia; cree en las adulaciones, y como desde que tiene uso de razon ha sido adulado, los aduladores le han entontecido; no es pequeño, porque viene de la altiva águila imperial que deslumbró al mundo con el resplandor de sus grandezas, y hay momentos en que la sangre se rebela en don Felipe el IV, y produce un rayo de grandeza, pero pálido como un relámpago; no es tan pequeño, no, como dicen los enemigos del conde-duque que se encuentran pié á tierra y asustados, que siempre los descontentos se han vuelto contra el rey; pero no es ni por asomo tan grande como dicen, por lo contentos que están de él el conde-duque y sus parciales: en fin, el rey nuestro señor podia ser mucho, y casi, casi, parecer grande, si tuviera al rededor buena gente que le supiera manejar y le adulara, no en provecho propio, sino en provecho de la república.

—Pero en fin, dijo la Calderona, creo que en lo que os he dicho no voy descaminada, y que si tengo prudencia y paciencia, lograré lo que me he propuesto, sobre todo, si vos me aconsejais.

—Yo os daré un consejo, pero para dáoslo necesito saber á qué atenerme. ¿Hay todavía remedio?

—No os entiendo.

—Válame Dios, exclamó Quevedo, y que haya cosas que es necesario tomarlas la vuelta para decirlas: ¿no estuvo aquí el rey anoche?

—Estuvo en mi casa, dijo María, pero aquí no.

—¡Ah! exclamó Quevedo, pues entonces voy á aconsejaros que no vuelva el rey á vuestra casa; y si estais enamorada de don Lope, haced de modo que don Lope venga á vos y sea vuestro esclavo; y si no lo estais, dejad en paz y en quieta y pacífica posesion de él á la señora condesa de Santurces, que no faltará quien os ame y quien sea digno de ser amado; y dejaos de venganzas pecaminosas, que Dios no deja sin castigo ningun delito, ni hay necesidad de que nos tomemos la venganza por nuestra mano.

—¡Ah! no, no, dijo María; mi resolucion es irrevocable.

—¿Entonces, para qué pedis consejo?

—Para aprovecharle, si le puedo aprovechar.

—Y bien, María, dijo Quevedo haciendo un cambio de frente, puesto que estais resuelta á esclavizar al rey, á disponer de él, me parece muy oportuno todo lo que habeis pensado; en cuanto á lo

de apreciaros yo, para que vuestro sacrificio pueda ser útil con el tiempo á la reina, contad con todo lo que yo pueda y valga: y á propósito, ¿sabeis por qué estoy aqui?

—¿Por qué sino por informaros de mi salud?

—No, pues no es por eso, que ya sabia yo que no moririais de esta, sino porque el rey está muy cuidadoso.

—¡Ah! ¿y se vale de vos, don Francisco?

—No, se vale como siempre del conde-duque; pero el conde-duque supuso, como era de suponer, que habria aquí mucha gente que no convendria que viera, porque sin duda el conde-duque no conoce vuestro pasadizo, y ha ido á buscarme á mi casa y me ha nombrado su embajador, porque yo soy hombre que puedo entrar en todas partes, y en mi casa se ha quedado esperándome: voime, pues: ya veis que he estado aquí un larguísimo rato y que hacer esperar esta noche al conde-duque es lo mismo que hacer esperar al rey.

—Adios, don Francisco, adios, no os detengo; pero prometedme que volvereis á verme con frecuencia; yo os prometo en cambio que el pasadizo por donde habeis entrado esta noche, solo servirá para vos, y que solo á vos os recibirá aqui.

—Oh, gracias, muchas gracias, Maria, y adios; reposad, que bien lo habeis menester.

—Oh, sí, don Francisco, adios.

Quevedo salió por la puerta de escape, encontró á Laureta al fin del pasillo y junto á ella á Porcuna.

Este se encargó de don Francisco y le condujo por los mismos lugares que antes, no ya á la puerta principal de la casa, sino al postigo del traspatio que daba á la callejuela donde algunas noches antes habia herido Quevedo á don Lope.

II.

Quevedo salió.

—Pues señor, dijo, me voy á oscuras: mentira: la mujer no pertenece á la raza humana: es la hembra una cosa que se parece al hombre y que tiene sus pasiones en embrion exageradas. ¡Desgraciadas! á ningun hombre se le ocurre hacer lo que en una situacion semejante piensa hacer y hace una mujer: son impacientes, coléricas, voluntariosas: allá vá todo por la ventana ó nada: no saben tener amigos: ó aman ó aborrecen, y generalmente aborrecen al que

debieran amar, y aman al que debieran aborrecer. Poco á poco, don Francisco: y si es que la mujer es más exagerada en sus pasiones, ¿por qué es más delicada, más sensible, más corazon, más vida, más alma? Ah, no lo sé, confieso que me aturden, que no las he entendido nunca, que nunca he sacado en limpio nada de ellas, y sin embargo de esto, ellas han sido mi comidilla, ellas me han dado muy malos ratos, solo que no he incurrido en la tontería de quejarme de ello con nadie, y la verdad es, que si siento el empezar á ser viejo, y mis dolencias, y mis heridas, y mi estómago que empieza á no servirme, es por ellas y no más que por ellas. Diablos serán en buen hora, pero diablos héchiceros: impías, egoistas y falsas, ¿pero qué otra cosa merecen los hombres que no saben, que no comprenden cuánto vale un corazon, un alma, cuánto la madre que en nuestros hijos continúa nuestra existencia? Bah, bah, ellas serian buenas si los hombres fueran mejores. Pero mi cabeza se extremece, ¿qué importará todo esto comparado con la situacion en que nos encontramos? ¿será verdad el propósito de la Calderona? ¿habrá permitido Dios, que allí donde el conde-duque busca su apoyo encuentre un enemigo irreconciliable que trabaje sordamente hasta que le derumbe hecho pedazos de su altura? ¡Quién sabe, quién sabe! me parece que ha hablado conmigo de buena fé, que por ahora me es leal: pues bien, vamos, esperemos, observemos y obremos segun convenga. Por lo pronto hemos parado el golpe respecto al soneto de Villamediana: el conde-duque esperará, sí, yo le haré que espere.

Quevedo no sabia que el candor de su ama de gobierno habia despertado al conde-duque y le habia puesto sobre aviso.

III.

Quevedo llegó á su casa dando vueltas á sus cabilaciones, abrió con la llave que se habia llevado y volvió á cerrar.

Atravesó el pequeño patio y adelantó descuidado como, que estaba acostumbrado á encontrar abierta la segunda entrada de la casa.

Esto hizo que se diese un terrible encontron que le hizo soltar un redondo voto,

Teresa habia cerrado la puerta de en medio.

—¿Por qué está cerrada esta puerta? dijo el receloso Quevedo, ¿quién teme que yo entre de improvisó?

Y llamó con el puño armado con la llave de la puerta exterior, y nadie le contestó.

Volvió á llamar, y sucedió el mismo silencio.

Estuvo llamando media hora, y desesperándose mucho tiempo, antes de que Teresa viniese á abrirle.

Al fin abrió, y Quevedo se hubiera encontrado á oscuras á no ser por su linterna.

—¿Por qué no traes luz? preguntó Quevedo.

—Porque me olvidé de echar aceite á la lámpara, contestó Teresa, y se ha apagado.

—¿Y por qué has cerrado esta puerta?

—Porque os habíais llevado la llave: suceden mil averias, y yo tengo miedo á los ladrones.

—De necios es tener miedo de lo imposible. ¿Qué ladron ha de venir á donde no hay más que hambre y desnudez?

—¡Señor, señor! y qué airado os poneis.

—Tú me estás engañando.

—Yo, pobre de mí.

—¿Por qué no has abierto en cuanto llamé?

—Pues qué, ¿no he venido á abrir?

—Despues de un siglo, y de haber yo llamado un millon de veces.

—Entonces es que me he dormido: y á fê, á fê, que estas horas no son para otra cosa, sino para dormir.

—¡Teresa, Teresa! exclamó Quevedo, vete á acostar.

Teresa se fué murmurando.

Quevedo se metió en la sala que le servia de despacho, esperando encontrar allí al conde-duque harto fastidiado.

Pero solo vió las ropas del conde-duque sobre una silla.

—¿Qué significa esto? exclamó Quevedo.

Y se metió en su alcoba.

—¡Ah! dijo, se ha metido en mi cama y duerme: ¿es esto desprecio ó confianza?

El conde-duque dormia profundamente, y roncaba.

—Bueno, bien, dijo Quevedo; lo que fuere sonará: ¡eh, don Gaspar, don Gaspar!

El conde-duque despertó, se incorporó, bostezó y poniéndose la mano sobre los ojos, porque le molestaba la luz, dijo:

—¡Ah! ¿sois vos, don Francisco? os pido perdon por haber abusado de vuestro lecho.

—¡Eh! ¿qué? dijo Quevedo.

—Digo que os ruego me dispenseis si me he acostado, porque hacia mucho frio; y como dicen que la cama es el brasero de los pobres...

—Habeis hecho muy bien en trataros como se tratan los de esta casa, que no están en ella sino metidos en la cama.

—¿Y cómo está la Calderona?

—Maravillosamente mejorada, don Gaspar, maravillosamente; parece que no ha pasado nada por ella.

—Permitidme que salga para vestirme, don Francisco, porque no he de quedarme aquí; el rey me espera: por otra parte no somos tan amigos, á lo que creo, que podamos dormir juntos.

—Si no pudiéramos dormir, podríamos velar, dijo Quevedo; aunque por mi parte os afirmo que estoy tan molido y tan cansado, que si tuviera al lado la muerte, que es la mayor enemiga del hombre, dormiría.

—Créolo, y más con una cama tan blanda como la vuestra: ¿sabeis que teneis una excelente ama de gobierno?

—No sé, no sé, hasta qué punto puede ser excelente, dijo Quevedo, porque eso pertenece á interioridades en que yo no me he entrometido: hace sí muy bien la cama y guisa mejor.

—¿Pues qué más quereis, si por vuestra ama teneis buena comida y buen lecho, las dos cosas más importantes de la economía de la vida? ya veis si os trato con franqueza, don Francisco; me valgo de vuestras pantuflas para ir á donde he dejado mis botas.

—Mucho honrais llamando pantuflas á mis chancletas, dijo Quevedo.

—¿Sabeis, observó el conde-duque, que me parece que venís muy mal templado?

—¿Cómo quereis que venga, si me habeis hecho hacer muy mala figura?

—¡Mala figura habeis hecho! ¿pues y cómo?

—Figuraos que la Calderona no me ha hablado de otra cosa que del rey y vuelta con el rey; que lo único que la desesperaba, que el rey tendria un gran sentimiento por su dolencia, que estaba ya muy buena, que os lo dijera: ah, es ambiciosa, don Gaspar, es ambiciosa.

—Pues mejor, dijo el conde-duque; así nos aprovecharemos nosotros de su ambicion: ¿y habeis estado allí mucho tiempo?

—Todo el que ha pasado desde que me fui hasta que he venido.

—¿Y cómo quereis, don Francisco, que yo juzgue de la duracion de ese tiempo, si en cuanto salisteis me acosté, y en cuanto me acosté me dormí?

—Pues habré estado como una hora.

—Paciencia habeis tenido.

—¡Y qué se ha de hacer! hay que acomodarse á las cosas tal y como vienen, don Gaspar.

—Héme aquí repuesto al estado en que me encontraba cuando vine aquí, dijo el conde-duque, que habia acabado de vestirse, tomandó su capa y su sombrero: vuestra mano, don Francisco.

Quevedo hizo un violento esfuerzo, le repugnaba dar la mano al conde-duque: y habia en esto algo de supersticion, porque no ha habido ningun grande hombre, y Quevedo lo era, que no haya sido supersticioso.

Pareciale que por el solo hecho de dar la mano al conde-duque, su suerte ya triste y precaria, se iba á hacer más aviesa; pero en fin, era necesario, y Quevedo, dominando su supersticion, dió la mano al conde-duque, y como ya lo más estaba hecho, la apretó con efusion, es decir, dió á aquel hecho puramente material un sabor amistoso que halagó sobremanera al conde-duque, porque el conde-duque sabia que Quevedo era indómito, que no habia nada que venciese su terrible voluntad, y que habia que fiar por lo tanto en una decidida demostracion de afecto, tal como un apretón de manos, que en otros hombres no significa nada, pero que en Quevedo significaba mucho, porque generalmente la mano de Quevedo era fria y rígida aun para sus mayores amigos, y la daba á muy pocas personas.

Esto acabó de engañar al conde-duque, que contestó con tal fuerza á la presion de Quevedo, que este dijo:

—¡Pardiez! acordaos de que no me habeis dejado tan bien parado que pueda yo sufrir estos apretónes.

—¡Ah, don Francisco, don Francisco! dijo el conde-duque: tanto haré por vos como amigo, que olvidareis, yo os lo juro, lo que contra vos hice como enemigo.

—Quiéralo Dios, dijo Quevedo, porque si siguiérais apretando, tan descuadernado me teneis ya, que cada hoja se iria por su parte.

—¡Ah! Dios no quiera que yo esparza las hojas de tan precioso libro, en el que puedo aprender tanto; pero adios, don Francisco, adios, estais cansado, necesitais reposo, el rey me ha esperado ya sobrado tiempo, y bien sabeis que á los reyes no puede hacérseles esperar mucho.

—¡Ah, no, don Gaspar, no! con los reyes es necesario estar siempre en equilibrio; pero ¡diablo! dijo Quevedo que armado de su

linterna habia llegado hasta la puerta exterior, la habia abierto y habia mirado á la calle: ¿dónde están vuestros criados?

—Durmiendo por ahí, por cualquier puerta, dijo el conde-duque: esa gente ordinaria duerme por cualquier parte: ¡hola! ¡eh! dijo el conde-duque.

Inmediatamente se separaron de la pared á ambos lados de la calle dos bultos, y se acercaron.

—Pues no dormian, dijo Quevedo: se conoce que los teneis amaestrados para vuestro servicio. Conque por último, adios, espero tener mañana cuanto os he pedido.

—Vendré yo mismo á traéroslo.

—¿Cuándo?

—A la noche.

—Pues hasta la noche, don Gaspar.

—Hasta la noche, don Francisco.

Y se estrecharon de nuevo las manos, se puso en marcha el conde-duque, y Quevedo cerró, entró bostezando en su casa, se desnudó apresuradamente, se acostó y se durmió sin pensar en nada: porque estaba seguro de que si empezaba á pensar, desvelaría sus pensamientos y necesitaba reposo, dijo, no quiero pensar porque quiero dormir; y no pensó y se durmió.

CAPÍTULO LXIV.

A lo que se atrevia el conde-duque, y lo que valia en especie Quevedo.

I.

El rey amaneció al día siguiente de un humor infernal, no estaba bien con la reina; tenía gravísimos celos, gracias á las miserables cartas que le habia dejado el conde-duque, no habia visto á la Calderona, y estaba por lo mismo de un humor negro.

Dominado por tal humor le encontró el conde-duque.

El conde-duque notó el disgusto de su real amo, ó mejor dicho, de su egrégio esclavo.

—Creo tener la desgracia, señor, dijo, de encontrar á vuestra majestad enojado, y siéntolo, porque traigo ciertas noticias que dar á vuestra majestad que pueden ponerle de mucho peor humor.

—¿Y qué noticias son esas, don Gaspar? dijo Felipe IV: ¿que la Calderona no escapa? ¿pues no me dijisteis anoche que estaba completamente fuera de peligro?

—A propósito de María Calderon, dijo el conde-duque, traigo á vuestra majestad muy buenas noticias, mejor que noticias una carta suya que he recibido esta mañana.

—Mostrad, mostrad, don Gaspar.

El conde-duque sacó su cartera, la abrió y tomó de ella tres papeles.

—¿Tanto os ha escrito la Calderona? dijo el rey.

—No, no señor, estos otros dos papeles pertenecen á distintos asuntos de que daré despues cuenta á vuestra majestad: esta es la carta de María.

El rey desplegó la carta y leyó lo siguiente:

«Señor conde-duque, todas las gentes que ayer estaban en mi casa, incluso los médicos, se han ido hoy por la mañana, y he quedado sola con mis criadas, lo que quiere decir que estoy completamente buena, porque se han equivocado todos como generalmente sucede; y lo que me acometió no fué una apoplejía, sino un paratismo que me privó de los sentidos por algunas horas. Más vale así. Anoche no pude ver á su majestad, ¿podré verle esta noche? Espero la respuesta con impaciencia, señor conde-duque. De esta vuestra casa, vuestra humilde servidora. —María Calderon.»

—Pues sí, sí, indudablemente iremos, iremos, dijo con una ánsia febril el rey: cuánto me alegro de que al fin no haya sido nada: podemos ir, don Gaspar, ¿no es cierto?

—Oh, sí, sí señor, dijo el conde-duque, y tanto más, como que vuestra majestad tendrá que consolarse algo; necesitará distraerse, porque mi lealtad no puede, no debe callar por más tiempo.

—¿Y qué es lo que teneis que decirme, don Gaspar?

—Que el conde de Villamediana se entrega demasiado á la poesía erótica, y hace sonetos.

—¿Y qué tiene eso de extraño, conde-duque? dijo el rey cuya mirada se hizo vaga procurando esquivar la conversacion.

—Señor, dijo el conde-duque poniéndose de rodillas, castigadme á sangre por mi lealtad; pero yo seria un mal vasallo y un mal caballero, si no dijese á vuestra majestad como rey y como esposo, lo que empieza á ser platillo de la córte.

II.

La audacia del conde-duque no tenia ya límites.

Le importaba dar de través de todo punto con la reina, y envestir una situacion peligrosísima.

—Alzad, alzad, dijo el rey que miraba atónito al conde-duque, alzad y acabad de una vez.

—Pues decia, señor, que el conde de Villamediana, se atreve á hacer sonetos como este.

Y dió una copia del soneto que ya conocemos, al rey.

—Un necio soneto á Belisa, dijo Felipe IV frunciendo el gesto:

cada dia escribe peor este Villamediana, se ha dado á lo culto, á lo sutil y á lo incomprendible; pero no veo, no veo, por qué puede hacerse platillo de este soneto.

—El nombre de la dama á quien se dedica, es un anagrama en el cual ha reparado todo el mundo.

—Y parece muy favorecido por esta dama, á juzgar por el soneto, dijo el rey que pretendia escapar.

—No creo que la dama á quien se refiere esta audacia, favorezca á nadie, dijo el conde-duque.

—Por lo mismo, no debe apreciarse en nada esto.

—No tanto, señor, no tanto, porque se nos tacharia de ciegos. En las gradas de San Felipe el Real no se habla de otra cosa que de este soneto y se hacen suposiciones.

—¿Y qué hacer, don Gaspar, qué hacer? dijo el rey verdaderamente embarazado y visiblemente contrariado.

—¿Qué hacer? desterrar al conde de Villamediana.

—No, conde-duque, no, exclamó Felipe IV; eso seria lo mismo que dar armas á la maledicencia: ¿no es culpable la dama cuyo nombre se ve en este anagrama?

—Yo no me atrevo ni aun á suponerlo, señor.

—¿No creéis que todas las mujeres pueden incurrir en una flaqueza?

—Señor, señor, hay personas de las cuales ni aun con aparentes pruebas se puede dudar.

—¿Es decir que hay pruebas aparentes?

—¡Ah! no, no señor, yo no sé nada.

—Bien, don Gaspar, bien, no hablemos de desterrar al conde de Villamediana; seria esto un malísimo remedio; si no hay causa, el castigo la acreditaria; y si la hay, un destierro es poco; pero decidme, ¿cómo ha llegado á vuestras manos este soneto?

—Me lo dijo de memoria don Francisco de Quevedo, que se ha hecho mi grande amigo, y con tal atencion le escuché yo, que de memoria le aprendí, le aprendí mal, le olvidé; pero tal es mi lealtad por vuestra magestad, que soñé con ello y soñando recordé perfectamente el soneto, despertóme mi cuidado, y para que no se me olvidase me levanté y lo copié.

III.

En efecto, el conde-duque no mentía, esto era lo que había acontecido, su buena memoria que no era inferior á la de Quevedo le había hecho retener el soneto con muy ligeras variantes; y tanto era su deseo de que el rey conociese por él aquel soneto por lo que le convenia, que soñó, y el sueño le recordó perfectamente aquellos malos catorce versos que debian hacer tanto daño.

—¿Y dónde aprendió de memoria ese soneto don Francisco de Quevedo? dijo el rey.

—Don Francisco había tenido en su poder el original.

—¡Cómo! ¿pues qué, anda por ahí manuscrito ese soneto?

—No digo yo tal, pero este soneto había entrado sin saberse cómo en lo interior de las habitaciones de la dama á quien se dirige, y esta, ignorando de quién pudiera ser, se lo entregó á otra dama para que averiguase con cautela por la letra quién era el autor del soneto: esta dama, señor, es amiga de don Francisco de Quevedo, y como nadie mejor que un poeta puede conocer la manera de escribir de otro que como Villamediana asiste á todos los certámenes poéticos, le mostró el soneto, conocióle don Francisco, y se quedó con él.

—¿Y por qué no os le ha dado?

—Porque don Francisco le había entregado ya á la dama á quien el soneto se dirige, y por cierto, anoche, bien tarde, como que eran más de las doce de la noche.

—¿Y por dónde habló don Francisco de Quevedo con esa dama? preguntó vivamente el rey.

—Por un patinillo estrecho á que dan rejas del cuarto de esa dama, en la casa de su marido.

—¡Oh! y nada sé, y estas cosas suceden mientras yo vivo tranquilo.

El rey había dejado ya la forma indirecta.

—Señor, yo lo he arrostrado todo, dijo humildemente el conde-duque; porque vuestra magestad no ignorase nada.

—¿Y la reina no me ha dado cuenta de esto? exclamó el rey.

—Por prudencia, sin duda, señor.

—¿Y don Francisco?...

—Don Francisco ha sido lealísimo para vuestra magestad devolviendo el soneto á quien debía destruirle.

—Bien, bien, dijo el rey, no hablemos más por ahora de esto,

no volvais á recordármelo, esperad á que yo os hable de ello: ¿y qué otro papel es ese que teneis en la mano?

—Una nota de lo que me ha pedido don Francisco de Quevedo.

—¡Ah! ¿es decir, que don Francisco no se ha hecho de valde vuestro amigo? dijo el rey que procuraba sobreponerse al efecto de la conversacion anterior.

—Don Francisco, hablando largamente conmigo, se ha convenido al fin de lo leal que soy para vuestra magestad, de lo que me intereso por el bien de estos reinos, y de que no tenia razon para ser enemigo mio: don Francisco no se vende, se convence; pero siendo amigo mio y habiéndoseme ofrecido para ayudarme á servir lealmente á vuestra magestad, natural era y justo que pensase en sí mismo; lo que pide debe dárselo.

—Pues désele, don Gaspar, désele, contestó el rey, y sabed que yo tambien me alegro de que se haya venido á nosotros: sin que os ofendais, Olivares, don Francisco de Quevedo es el hombre de más talento y de más ciencia y de más corazon de mis reinos.

—Oh, yo no me ofendo, sino que me honro de que se le nombre á par mio: lo que pide es justísimo: que se le dé la pension que se le quitó ya en tiempos del augusto padre de vuestra magestad y por el duque de Lerma, con los atrasos de diez años: yo por interesarle en el servicio de vuestra magestad, le prometí que se le daria doblado. Y está muy en razon, porque don Francisco ha sufrido grandes penalidades, y por efecto de disgustos y de largas prisiones. está enfermo.

—Désele, désele, dijo el rey, pero ved de donde lo sacais.

—Se venderán algunos oficios que piden muchos con grandes ofertas, en las Indias y en España.

—Allá vos, allá vos, Olivares.

—Dice además don Francisco, que tiene empeñadas á usureros las tierras de su señorío de la Torre de Juan Abad, y solicita se le paguen sus deudas para que estas tierras queden libres.

—Hágase, dijo el rey.

—Además, dijo el conde-duque, don Francisco pide...

—¿Sabeis, Olivares, dijo el rey, que si bien don Francisco ha tardado mucho en pedir, cuando pide, pide de veras?

—Como desengañado, señor.

—Pues soportemos los desengaños de don Francisco, Olivares, y veamos, en fin, qué es lo más que pide.

—Tiene un grande amigo, un caballero cordobés, mayorazgo,

regidor perpétuo de la ciudad de Córdoba y caballero del hábito de Santiago, que se llama don Alonso de Fuensalida.

—¿Y bien, qué?

—Que contra este caballero resultaron apariencias de homicidio sobre el padre de una su dama, y tales fueron estas apariencias, que si no hubiera huido don Alonso, los alcaldes le llevaran al cadalso: no pudo habersele, se le sentenció en rebeldía y sus bienes fueron confiscados para la cámara de vuestra magestad.

—¿Y bien, qué?

—Este caballero, viéndose pobre, se unió á unos aventureros con quienes se encontró y que se entregaban al bandidaje: eran todos soldados huidos por reñidores de los valientes tercios de vuestra magestad, y tal vieron en don Alonso, que sin contradiccion de ninguno de ellos, por su capitan le eligieron, y esto fué en beneficio de los viandantes, porque desde entonces, los antes bandidos sin alma, la tuvieron y no maltrataron ya á los que encontraban, ni insultaron á las mugeres, ni robaron á los pobres, ni mataron á nadie, ni pidieron á los ricos más que un tributo para mantenerse, y dicen que un mayordomo que acompaña á don Alonso, lleva nota de todas las cantidades que se han quitado, con los nombres de las personas robadas, á fin de que don Alonso pueda devolverlos estas cantidades con sus ganancias si un dia se descubre su inocencia del delito por que se le sentenció, y recobra sus bienes.

—Singular bandido, dijo el rey; pero se me hace duro perdonar á quien debe conocer tanta gente ofendida.

—Nadie, señor, conoce á don Alonso, porque lleva un antifaz y oculta su nombre, conociéndosele solo con el de Andrés del Páramo; pero le conocen más vulgarmente con el nombre del bandolero generoso, porque ha de saber vuestra magestad que don Alonso hace muchas obras piadosas, y socorre á muchos pobres.

—Pues ved cómo puede hacerse eso.

—Indultando á don Alonso de Fuensalida de la muerte del marqués, en que del proceso resulta haber sido en duelo, levantándole la confiscacion de sus bienes, y dándole carta de liberacion para cuantos delitos haya podido cometer; esto se ha hecho ya varias veces por los augustos antepasados de vuestra magestad, particularmente por don Rodrigo Calderon.

Palideció levemente el rey al oír el nombre de aquel protegido de la fortuna, á quien esta, mudándose como suele, habia arrojado sobre el cadalso.

—Bien, bien, dijo el rey, hacedlo.

—No hay inconveniente, porque solo resultará que indultado don Alonso de Fuensalida y sus hombres, desaparecerá Andrés del Páramo; y nadie podrá creer que don Alonso de Fuensalida, que habrá aparecido en la corte bien casado, es aquel Andrés del Páramo que hacia terrible el paso del Guadarrama.

—Resulta de esto, dijo el rey, que con lo que se dá á don Francisco de Quevedo, y con el levantamiento de la confiscacion de ese don Alonso, hacemos á don Francisco tanto como si se hubiera hecho apreciar en lo que vale una estátua de oro con diamantes.

—Si á vuestra magestad le parece, dijo humildemente el conde-duque.

—No, no, Olivares, dijo el rey: á mí me parece que vale tanto don Francisco de Quevedo, que todo lo que nos pidiese por servirnos será poco. Estended los decretos y traédmelos al despacho. Adios.

El conde-duque se arrodilló; besó la mano al rey, y salió sin volver la espalda á Felipe IV.

IV.

El rey se quedó anonadado.

Lo que le habia revelado el conde-duque acerca de la reina, era terrible: el golpe habia penetrado hasta lo más íntimo del corazon del rey.

CAPITULO LXV.

La lucha que agitaba al señor rey don Felipe IV.

I.

Apuraba Felipe IV una verdadera agonía: como marido y como rey, se veía humillado en su decoro.

Amaba sin conocerlo á la reina; se habia acostumbrado á ella, habia dejado de ser para él su esposa un incentivo, y mientras no habia abrigado recelo alguno, mientras la reina se le habia presentado sufrida, dulce y cariñosa, la habia mirado de una manera indiferente.

Este es un fenómeno muy comun en la humanidad: que hastie lo fácil, lo que nadie disputa, aquello de que se tiene una completa posesion, y se ansie lo difícil, lo reñido, lo disputado, tal vez lo imposible.

Pero cuando llega un momento de prueba, la verdad se rehace y aparece.

El rey sufría horriblemente.

Comprendia que amaba á su esposa, pero al mismo tiempo su decoro ofendido, ulcerado, le apartaba de ella.

El crimen á que su ambicion habia arrastrado al conde-duque, era infame: despedazaba á sangre fria, realizando sus miserables proyectos, el corazon de un rey que le amaba, que le mantenía en su favor, que le creía su amigo, y que solo á amistad, á cariño, atribuía los bajos servicios que le prestaba el conde-duque.

Deshonraba y hacia desgraciada de una manera espantosa á una criatura tan noble y tan digna como la noble Isabel, que no habia cometido otra falta que haberse creido bastante fuerte para acometer y vencer al conde-duque, á quien conocia bien y á quien por lo mismo despreciaba y aborrecia.

Si doña Isabel no hubiera confiado tanto en sus propias fuerzas, si hubiera comprendido mejor á Felipe IV, y hubiera procurado ser más favorita de él que el conde-duque, este se hubiera visto perdido, muerto tal vez, sobre el mismo patibulo en que pereció don Rodrigo Calderon.

II.

Por viciado que estuviera Felipe IV, á causa de la mala enseñanza que habia recibido de aduladores miserables durante su infancia, su adolescencia y su juventud, no podia menos de rendir tributo como todos los hombres á la verdad del sentimiento.

Felipe IV se habia pervertido, es cierto, ó mejor dicho, le habian pervertido, pero no se habia corrompido; llegaba á los excesos de la pasion y del vicio de la imaginacion, pero no descendia jamás á las bajezas; mantenía á su lado al conde-duque y á otros semejante á él, aunque de rango inferior, porque lo hemos dicho ya, atribuía sus servicios á afecto: creía además, que nunca podia servirse bastantemente á un rey, porque como sus abuelos de la casa de Austria, tenia una idea exagerada pero de buena fé de la grandeza del monarca.

Le engañaban, pero no le hubieran obligado jamás á sucumbir á nada indigno.

La pasion de Felipe IV era la mujer.

Su gran pecado la soberbia.

Se perdía en aventuras por esta ó la otra dama que le enamoraba, ó se le hacia difícil, y se oía llamar gran rey por sus aduladores, sin sospechar siquiera en la adulacion.

No habia visto audacia, ni traicion, ni infamia en el paso audaz que acababa de dar el conde-duque, sino una lealtad acrisolada que llegaba hasta el sacrificio.

Pero el rey era hombre y tenia corazon.

Una vez ante la descarnada verdad, media cuánto amaba á su esposa, sentia los horribles celos del amor, y la terrible cólera de la honra injuriada; brotaba su corazon sangre y lágrimas; queria

dar un paso hácia su esposa, pedirla una explicacion, y su dignidad, dignidad comun á todos los maridos, reyes ó súbditos, le contenia; sentia la fuerza de un secreto instinto que no comprendia, que no se explicaba, porque á comprenderle, hubiera visto que le decia: tu esposa es digna, pura é inocente; á mala y respétala; el conde-duque es un miserable traidor: mátale.

Pero ya lo hemos dicho, Felipe IV sentia la actividad de este instinto, pero no le oia, no le comprendia.

III.

Era débil, y como todos los débiles, soportaba mal el dolor y buscaba el medio de calmarle.

Hay personas que buscan el alivio de sus dolores embriagándose por medio del vino. Felipe IV tendia á buscar este consuelo que necesitaba en la embriaguez de la voluptuosidad, y esta embriaguez existia para él, en la magnifica, en la incitante, en la espiritual hermosura de María Calderon, en su ingenio, en su fama.

María Calderon era una pasion real para Felipe IV, mejor dicho, una fascinacion en que se interesaban su imaginacion y sus sentidos, pero no su corazon, no su alma.

Por un fenómeno tambien muy comun en la humanidad, Felipe IV, amando á su esposa con toda su alma, dolorido hasta la desesperacion por creerse despojado de su amor, se creia al mismo tiempo enamorado de otra mujer, y es que el hombre tiene cuerpo y alma: las materialidades le llevaban á la aspiracion hambrienta de la Calderona, su alma buscaba á la reina, y se comprimia helada por la situacion en que le habia puesto aquel infame á quien creia tan leal.

IV.

Pero en vano se pretende comprimir un elemento expansivo.

Cuanto más se le comprime, más resistente se hace, y si se le comprime demasiado, estalla.

Pero para hacer estallar una fuerza expansiva, necesitamos la ayuda de una potencia extraña que aumente nuestras fuerzas.

Al rey le faltaba esta potencia, y la compresion de su alma no podia llegar á tal punto que esta estallase.

El rey cedió á la necesidad, y se decidió al fin á dar un paso

ambiguo, un paso falso, un paso que no debía producir más que consecuencias funestas.

Se decidió á ir á ver á la reina, pero necesitaba un pretesto.

Llamó á un gentil-hombre, y le dijo:

—Haced se avise á su magestad la reina de que comemos juntos.

V.

Generalmente los reyes de la casa de Austria, á causa de la rigidez de la etiqueta, comian cada cual en su cuarto y reunidos solo cuando habia mesa de Estado: fuera de estas situaciones, el comer juntos se tenia como una licencia tomada contra la etiqueta.

Felipe IV esperó, procurando enfrenarse, dominarse, aparecer completamente tranquilo; se miró varias veces á los espejos de su cámara, y se encontró pálido, ojeroso, notablemente descompuesto, lo que se debía á la lealtad, al desinteresado afecto del conde-duque.

Por fin, ó Felipe IV se acostumbró, en fuerza de mirarse, al aspecto de su semblante, ó logró dominarse algo, y en el momento en que el gentil-hombre volvió, y dijo: —Su magestad espera á vuestra magestad, —se creyó completamente en disposicion de presentarse á la reina, sin que esta pudiera ver nada de extraño en su aspecto.

Entonces por una comunicacion interior pasó al cuarto de la reina.

CAPITULO LXVI.

De cómo una vez arraigada la duda en el alma, las apariencias toman el carácter de verdades.

I.

La reina estaba sola y de pié en su recámara.

Habia sentido los pasos del rey que habia vuelto hácia la puerta por donde debia entrar.

Todo lo que el rey habia trabajado para aparecer sereno, vino á ser inútil.

Al ver á la reina, la encontró tan hermosa, tan altiva, tan noble, que su alma se extendió hácia ella; pero se replegó helado al ver la frialdad de la reina que seguia practicando los consejos de Quevedo, y volvió el recuerdo vivo de las sospechas que le habia hecho sentir el conde-duque.

Lo que pasó por el rey fué terrible: se creyó desamado, injuriado; y ya sin duda alguna se sublevaron su corazon y su dignidad, y mirando á la reina de una manera airada, dió un paso decisivo hácia ella.

Pero aunque se contuvo, la reina se aterró.

—¿Qué es esto, señor? dijo, ¿qué quereis de mí? ¿por qué me mirais de esa manera? ¿qué pensais ó qué os han dicho mis enemigos que tal contra mí os han puesto?

—No sé, señora, que tengais enemigos, dijo el rey reprimiéndose, ni que tengan que decirme nada contra vos.

—Me habeis mirado airado, señor; me habeis amenazado, dijo la reina que estaba pálida como un cadáver.

—¿Que os he amenazado yo, doña Isabel? dijo el rey que no habiéndose visto á sí mismo, veía en la turbacion de la reina una confesion de su culpa: ¿y por qué habia de amenazaros yo? ¿cómo es posible eso, ni cómo tampoco que hablemos de tales cosas?

—Señor, dijo la reina, entre nosotros hay traidores que quieren separarnos; los tenemos á nuestro lado, en todas partes, hasta dentro de nuestras cámaras.

—Pues, no, no, dijo el rey, yo no veo indicios de traicion; por el contrario, el conde-duque me sirve lealísimamente, es un grande hombre de estado y está siempre atento para que no pueda hacerme traicion nadie, nadie, nadie.

Y el rey pronunció estos tres nadies con una acentuacion creciente.

—Creo, señor, dijo la reina, que fiais demasiado en el conde-duque.

—Pero señora, dijo el rey, ¿á qué he venido yo aquí? á comer con vos señora, á descansar con vos de las fatigas y de los cuidados del gobierno.

La verdad era que el rey, á pesar de que sus sospechas aumentaban, no se atrevia á abordar la cuestion, que era verdaderamente espinosa; y la daba de lado.

—Para mí ha sido un gran placer vuestro deseo de comer conmigo, dijo la reina; porque á fé, á fé, que á veces se pasan muchos dias seguidos sin que yo os vea, y esto me aflige.

La reina obedeciendo más á su corazon que á su cálculo, y olvidándose de los consejos de Quevedo, era entonces la esposa amante; y habia tal persuasion en su acento, que el rey vaciló, dudó de sus dudas; y como al tener perdida á la reina habia sentido todo el despecho de su amor, sintió una alegria infinita que se transparentó en su semblante.

—¡Oh! qué hermosa estais, señora, dijo: ¿será tal vez que los negocios de estado me tienen separado largo tiempo de vos, y encuentro alguna novedad cuando os veo?

—Ayer, sin embargo, me visteis, señor, y por cierto estuvisteis bien extraño conmigo.

—¿Qué quereis? los negocios me tienen de muy mal humor.

—Porque el conde-duque maneja los negocios del estado, y

necesariamente deben ir mal: cada día tenemos menos dinero; y esas interminables guerras, esas guerras inútiles...

—¡Ah! por Dios, señora; por Dios, no hablemos de política, ya os he dicho que vengo á descansar de ella con vos: y en cuanto al conde-duque, os afirmo por mi honor que os equivocais; vos estais muy prevenida contra él, porque en vuestra misma servidumbre el conde-duque tiene muchos enemigos, ¿y qué grande hombre no los tiene? la envidia es madre de la maledicencia; y el pobre conde-duque es víctima de la de sus innumerables enemigos que no pueden ver con sosiego su privanza, y que le retratan con tales colores que si fueran ciertos seria necesario entregarle á nuestro maestro de altas obras: os voy á probar lo que digo, para que acabemos de una vez de hablar de política y del conde-duque; ¿creeis en la lealtad y en la honra de don Francisco de Quevedo?

—¡Oh! sí, señor, dijo la reina, como creo en mi honra y en mi lealtad.

—Pues ahí vereis, señora: don Francisco de Quevedo ha acabado por hacer justicia al conde-duque, y es hoy su mayor amigo; y eso que antes de ayer le acusó ante mí de yo no se cuántas traiciones é infamias; pero se ha desengañado, ha visto claro, y como don Francisco de Quevedo es noble y leal, ha acabado por tender su mano al conde-duque.

—¿Estais seguro de ello, señor?

—Segurísimo: como que el conde-duque ha venido hoy á pedir-me vuelva á don Francisco de Quevedo la pension que le dejó mi abuelo el señor rey don Felipe II, con más que se le den doblados los atrasos de diez años de dicha pension; y aparte de esto que se le paguen sus deudas.

—Eso es que el conde-duque piensa tentar la codicia de Quevedo, pero este no aceptará.

—Os engañais, señora, os engañais; el conde-duque y don Francisco están completamente de acuerdo, y muy pronto lo vereis.

—Pero ¿cómo puede ser esto? dijo vacilando la reina.

—Puede ser, habiendo comprendido don Francisco de Quevedo lo que vos no sé por qué no quereis comprender: que el conde-duque me ama mucho y me es muy leal, y que sobre todo esto, es un grande hombre de estado.

—No sé, no sé, dijo la reina, pero podeis estar seguro de que si don Francisco de Quevedo se une á don Gaspar de Guzman, será para engañarle, y para serviros engañándole.

—Mucho conoceis á Quevedo, señora, dijo el rey, y casi, casi creo lo que se dice de que vos soleis dar audiencias muy extrañas á don Francisco de Quevedo.

Púsose vivamente encendida la reina como una criatura de buena alma á quien cojen en un renuncio, que no sabe mentir y á quien no la conviene decir la verdad.

—Sí, ciertamente, señor, dijo la reina; soy tan desgraciada, tengo tanta fé en el ingenio y en la sabiduría de Quevedo, y tal confianza en su honra y su lealtad, que he hablado con él dos noches por una reja de mi cuarto que da á un patinillo: he hecho tal vez mal, pero agonizaba, señor.

II.

Hasta entonces la conversacion habia pasado de pié.

—Sentémonos, sentémonos, señora, dijo el rey; distraído no he reparado en que os cansaba.

Y dió un sillón á la reina, y trajo otro y se sentó á su lado.

—¿Decís que agonizábais, señora? dijo el rey.

—He dicho mal, contestó la reina.

—Forzosamente, repuso el rey; ¿por qué habíais vos de agonizar?

—Os he dicho mal diciendo que agonizaba, porque he debido decir que agonizo, dijo la reina mirando con una ánsia tristísima á su marido.

—Pues no sé, no sé por qué habeis de agonizar, observó con alguna impaciencia Felipe IV.

—Porque amo y no soy amada, porque soy una esposa sin esposo, porque un favorito afortunado tiene más cabida en vuestra majestad que yo.

—¡Ah señora, señora! exclamó turbado Felipe IV, porque en la situación en que se encontraba empezaba la reina á embriagarle: ¿cómo decís eso? Cierto es que yo no os dejo ver arrebatos de pasión, pero ¿qué marido los deja ver á su esposa despues de algun tiempo de matrimonio? ¿Cómo podeis dudar de que vos sois, como debeis serlo, lo que más amo yo en el mundo?

—Pues no se conoce, señor, dijo la reina: cuando alguna vez estais á mi lado, os veo distraído, y Dios me perdone, pero me parece que dominado por el fastidio.

—Es que la gobernacion del reino me trae á mal traer y sin

gusto para nada, doña Isabel: un rey tiene tales y tan grandes deberes que cumplir, tantas pesadas obligaciones sobre sí, y me han dejado tal herencia de guerras y de complicaciones mi abuelo y mi padre, que nada tiene de extraño que me domine casi continuamente el mal humor; ¿y con quién, con quién mejor que con vos puedo yo obrar con confianza? ¿por qué engañaros fingiéndome alegre cuando estoy triste?

—El amor de la mujer amada, dijo la reina, es para el hombre siempre y en todas ocasiones un consuelo inapreciable.

—Vos os habeis mudado, doña Isabel, dijo el rey esquivando una contestacion: ayer me recibisteis de otra manera, y vive Dios que me irritásteis.

—Ah, perdonadme, señor, dijo la reina, pero cuando yo me mostré ayer enojada con vos, finjía; era que probaba un medio.

—¡Cómo, señora!

—Sí, un medio para atraeros; porque decia yo, considerándoos como considera la esposa amante á su marido, tal vez él se canse de mí por mis eternas quejas enamoradas, tal vez porque me vé demasiado rendida no me estima; si yo lograra considerarse en mí una dificultad, tal vez un imposible, porque el hombre, don Felipe, cuando es noble y grande como vos, se empeña por las dificultades y desea su vencimiento...

—Eso no es vuestro, señora; eso no es vuestro, exclamó vivamente el rey; me parece descubrir quién es el conspirador filósofo que os ha aconsejado hiciérais eso, y no tiene gran mérito mi descubrimiento, porque ya me habeis dicho que desesperada habeis recurrido á los consejos de don Francisco de Quevedo y que habeis hablado con él dos veces por una reja que da á un patinillo.

—Es verdad, señor, es verdad, dijo la reina bajando los ojos.

—¡Miren el traidor don Francisco que nos subleva nuestra buena esposa! dijo el rey; pero á fé, á fé, hay que perdonarle, porque me parece que anoche hablásteis tambien con él: ¿no es verdad?

—Si señor, dijo la reina cada vez más confusa.

—Pues bien, cuando hoy me hablais amorosa, es señal clara de que anoche don Francisco desengañado os aconsejó me tratáseis con amor.

—No ciertamente, señor, dijo la reina, don Francisco vino á otra cosa; no le llamé yo: fué él quien solicitó verme.

—¿Y quién anda en estas citas, señora? dijo con acento ambiguo el rey.

—Una de mis servidoras más leales, respondió la reina, la condesa de Santurces.

—¿Leal creéis á la condesa de Santurces? dijo el rey recordando una de las cartas que el conde-duque habia dejado sobre la mesa de despacho de Felipe IV.

—Por muy leal la tengo.

—¡Ah, señora, señora! no os fieis de nadie, porque yo sé que la condesa de Santurces es una intrigante, una hipócrita que os engaña, que engaña al conde-duque, que engaña á Quevedo y diria que engañaba á los cielos y á la tierra si á los cielos pudiese engañarse, y toda la tierra estuviera al alcance de sus trapacerías.

—Gran seguridad debéis tener, señor, cuando tal decís.

—Oh, sí, la tengo: y decidme ¿para qué os pidió una audiencia á la media noche don Francisco de Quevedo?

La reina se levantó pálida y temblorosa como quien ha tomado una decision suprema, dudando gravemente acerca de sus consecuencias.

Fué á una papelerera, la abrió, tomó de ella un papel, le trajo y le presentó al rey.

Era el original del soneto que el rey sabia ya de memoria.

A pesar de esto, el rey disimuló cuanto pudo y dijo:

—Y bien, este es un soneto, aunque mejor seria llamarle sonsonete, á causa de su perversidad.

—Verdaderamente que este soneto es perverso, dijo la reina.

—Como quien le ha hecho llegue á mis manos... ¿hablábamos de don Francisco de Quevedo, señora?

—Libreme Dios de llamar perverso á un tan buen caballero como don Francisco: cierto es que él me trajo este soneto, pero fué porque se lo dió la condesa de Santurces, á quien yo le habia entregado para que averiguase quién era el infame audaz que habia corrompido á algun miserable de mi servidumbre á fin de que yo encontrase el infame papel sobre mi reclinatorio.

Y la reina estaba descompuesta de ira.

El rey se encontraba en la situacion que habia pretendido evitar.

—Y bien, dijo, no comprendo con qué objeto ha podido ponerse esto sobre vuestro reclinatorio.

—Matad al conde de Villamediana, señor, dijo la reina, porque él es el autor de ese desacato sacrilego, de esa traicion: esa Belisa á quien se dirige el desatentado conde, soy yo; el soneto se encamina

á un sol coronado, á un imposible posible por la virtud del amor.

—Si eso fuera cierto... exclamó el rey.

—Cierto: ¿pues qué, no os acordais, señor, de las últimas fiestas reales?

—Y bien, qué... dijo el rey.

—¿No os acordais de la divisa que sacó el conde de Villamediana cuando salió á quebrar rejoncillos?

—No.

—Pues reparó en ella mucha gente y reparé yo, señor; pero no me atreví á hacerlos reparar tambien: yo creí que el conde se desengañaria y que acabaria todo...

—¿Pero esa divisa, esa divisa?...

—El conde sacó una adarga forrada de damasco azul y en ella bordadas de oro estas letras: *son mis amores* y por debajo pintados reales de plata.

—¡Ah! exclamó el rey.

—De modo que la adarga decia harto claro: *son mis amores reales*.

—Morirá el conde, exclamó el rey; pero no ahora, ahora no, podria decir ahora al sentir la muerte: él me mata, me mata de celos; no, cuando pase tiempo, cuando desengañado de su temeridad haya desistido de ella. ¡Ah! ¿y nada os dijo don Francisco cuando os dió este soneto?

—Sí, dijo la reina, me dijo lo que yo debía hacer por no causaros un gravísimo disgusto; me dijo: la mujer casada no debe tener secretos para su marido, y mucho más cuando sobre ser su marido es su rey; ponga vuestra magestad ese papel donde le encontró, llame al rey, llévele á donde el papel se encuentre y muéstreselo. Yo no me he atrevido, señor, no me he atrevido; pero os he visto tan airado, y luego, sí, era necesario, esto debía ser, la esposa no debe guardar secretos al esposo.

—Vive Dios, que solo un traidor como Villamediana, dijo el rey, ha podido hacer que nosotros hablemos de tales cosas: ahora no me espanto de que hayamos estado sin entendernos.

—La traicion, señor, la traicion: ¿pues qué, creéis que es ageno á esto el conde-duque?

—Ah, no, no me hableis de esto, dijo el rey: si yo creyera que el conde-duque era capaz de tal traicion contra mí, moriria al par que Villamediana. No hablemos, no hablemos más de esto; desvanézcanse todas las nubes que hayan podido cruzarse entre nosotros,

seamos felices, y puesto que hemos venido á comer con vos, comamos.

Y el rey guardó el soneto en la parte interior de su ropilla.

III.

La reina no estaba tranquila, veía al rey descompuesto, no sabía si se habia salvado ó se habia perdido; la verdad era que la necedad de Villamediana de una parte y la infame intriga que de aquella necedad se habia aprovechado, producía sus necesarias consecuencias.

La fé en la virtud de la muger es tan susceptible, que cualquier duda, por ligera que sea, la destruye y establece la situación más anómala y más difícil en que puede verse un marido que no vé claro, que recela, y ofuscado por los recelos, acaba por creer lo que no existe.

El rey no queria más explicaciones y se levantó y se dirigió llevando á la reina de la mano á la cámara donde la reina comía y estaba ya servida la mesa.

Entrambos se dominaron porque no estaban solos y hablaron de tal manera, de tal manera se miraron, que los de la alta servidumbre que asistieron á la comida, dijeron:

—¿Qué es esto? Sus magestades se llevan muy bien.

Este dicho queria decir que en la córte se creía que el rey y la reina se llevaban muy mal.

Esto era obra del conde-duque, llevada á cabo por sus hechuras. Y como en la servidumbre de la reina habia hechuras del conde-duque, aquella misma tarde se inquietó harto, cuando uno de los que habian asistido á la comida de los reyes, le dijo:

—Sus magestades se llevan muy bien, han comido juntos y parecían dos recién casados.

Pero cuando á la noche fué el conde-duque para acompañar al rey á casa de la Calderona, se tranquilizó.

El rey estaba demasiado sereno, demasiado tranquilo, demasiado alegre, y el conde-duque conocía demasiado á Felipe IV para no conocer que su serenidad, su tranquilidad, su alegría ocultaban un padecimiento cruel.

Tuvo á más el experto conde-duque el indicio de que el rey mostraba demasiada impaciencia por ir á casa de la Calderona.

Se comprendía harto claro que Felipe IV necesitaba ahogar su

pena en la satisfaccion de un deseo, largo tiempo habia contrariado.

IV.

A las doce de la noche el rey entraba casa de la Calderona acompañado del conde-duque y de algunos hombres que se quedaron escondidos entre los árboles.

Entonces de la entrada de la callejuela donde habia sido herido don Lope de Fonseca, salió un bulto y atravesó con paso tardo por delante de la casa, miró á sus cerrados balcones de una manera suspicaz, ahogó un suspiro, y luego, siguiendo adelante, cruzó el Prado de San Gerónimo, parte de la calle del Prado, tomó por la de San Agustín, luego por la de Cantarranas; y por último, por la del Niño, y en su comedio, á la derecha, llegó á la puerta de una tapia, la abrió y entró.

No necesitamos decir quién era aquel hombre.

CAPITULO LXVII.

De cómo se encontró Quevedo con que el conde-duque habia cumplido bien, lo cual le abrió las ganas de cenar.

I.

Quevedo entró en su cuarto, y la luz de su linterna arrancó de su mesa un brillo dorado y mate.

—¡Ah! exclamó Quevedo, para esto no he hecho yo falta en casa: servicialísimo ha andado por Dios el conde-duque: uno, dos, tres, cinco: diez y siete filas y media de pilas de doblones de á ocho, y cada pila, ¡oh! sí, de veinte doblones: ya, cuarenta y cuatro mil ducados, los atrasó de diez años de mi pension doblados; mucho se espera de mí... bah, chasco se llevan, pagan al enemigo: eh, ¿estás tú ahí, Teresa? dijo sintiéndola.

—Sí, si señor, aqui estoy, dijo con alegría la pobre Teresa: me he acostado vestida, eso sí, para estar lista para cuando viniérais, y no he podido dormir.

—Ya, la falta de costumbre; te se ha metido este oro en la masa de la sangre, te pesa y no has podido dormir, pobrecilla; pero ¿quién ha traído esto?

—Trájolo esta tarde con dos criados un señor muy seco, muy feo, que dijo era ayuda de cámara del conde-duque; se entró aunque le dije que no estábais, respondiéndome: para dejar dinero se pue-

de entrar siempre: yo, la verdad, cuando vi dinero y vi que los dos criados traian cada uno al hombro un talego, no me opuse á que entrasen.

—Su majestad en público, dijo Quevedo: habránlo visto los vecinos y habrán visto tambien las libreas del conde-duque: mañana no se hablará de otra cosa en el Mentidero: y bien, que hablen, que digan, ¿qué importa? siempre han de decir algo: es un tonto el que se sacrifica al que dirán de picaros, capaces de vender su alma como Judas por dos reales.

—Teneis mucha razon, señor, dijo Teresa; oros son triunfos: así no tendreis que escribir más sermones para quien no sabe ni aun leerlos, y que los echa á perder lastimosamente, porque yo he ido á oír algunos, y no se conocía que eran vuestros.

—Anda, anda; el trabajo y las penas se han hecho para los pobres pelones; para los ricos la holganza, el descuido, el buen bocado y el buen trago.

—¡Ay qué cena que os tengo, señor! Venid, venid á la cocina, que la pobre está asustada de lo que la sucede: yo no me acuerdo de haber encendido el fogon y todas las hornillas, y esta noche, vaya, señor, tengo en el rescoldo una empanada de anguilas y una cacerola de chochas y perdices y unas manos de cerdo con salsa de almendra y un ánade estofada, y una merluza entera asada con limon, todo muy bien aderezado y de la hosteria de la calle del Leon, que ya sabeis si es buena.

—Pues te lo comes todo, Teresa, dijo Quevedo.

Afligióse la pobre.

—Qué, ¿no quereis cenar porque yo lo he traído? ¿acaso os habreis hecho miserable y os duele el gasto? Pues mirad, de tanto doblon no he tomado más que uno, y pensando en vos que os gusta tanto comer bien, y que, vamos, queria yo cenar con vos en albricias de la solemnidad del milagro de ver aquí tanto dinero...

—¿Sí, pobre Teresuca? dijo Quevedo; ¿esas ilusiones tenias tú? pues cenemos; todo se reducirá á que yo probaré de cada cosa y á que tú comerás cuanto quieras.

—¿Y por qué no habeis de comer vos bien? dijo Teresa.

—Porque esta mañana he almorzado en el convento de la Trinidad con el padre don Fray Buenaventura Torralba de Guzman, varon muy docto y muy graduado, pero mucho más graduado en el comer; figúrate tú lo que engullirá el buen religioso, cuando con todo esto que has traído para que yo me regale no tiene para hacer

boca; estúveme con él hasta la hora de comer, que fué tres horas después, y ya no pude hacer más que catar lo que fueron poniendo, aunque el bueno de don Fray Buenaventura comió como si hubiera pasado un siglo desde el almuerzo: dormimos luego la siesta, y por la tarde nos fuimos á dar un paseo á las huertas de Atocha, donde merendamos, es decir, merendó él, porque yo no podía abrir la boca para cosa que bocado fuese: dejéle á las oraciones en su convento y me fui pian piano á Puerta de Moros, casa de la condesa de Santurces, que me hizo tomar algunas golosinas. Pero cenemos, Teresa, cenemos; y para que hagas boca, mira, esa media fila de doblones, que son ciento, te la guardas.

—¿Y para qué quiero yo tanto dinero, señor?

—Para que te compres el vestido de anascote que deseas. Acuérdate de que esta es la primera vez que te pago salario, mujer, y de las muchas miserias y hambres que has pasado por mí.

Teresa se compungió y no se movió: fué necesario que Quevedo tomase el dinero y se lo echase en el delantal y que la obligase á que lo sostuviera.

—Bueno, bien, dijo; ya llegará día en que haga falta, porque vos teneis las manos rotas; no digo yo ese dinero que han dejado ahí, pero aunque fuera más, daríais cuenta de él en cuatro días.

—Redondo lo hicieron, Teresa.

—Sí, sí, pero mientras no se eche á rodar no rueda.

Y á todo esto iban hácia la cocina, usual comedor de Quevedo, especialmente en tiempo de invierno, á causa del fogon en que habia el único fuego que se encendia en la casa, cuando se encendia: en el verano Quevedo comía en la misma mesa en que hacia sus versos, sus sermones y sus admirables discursos.

II.

Teresa se metió por una mezquina puerta que habia á la derecha de la entrada de la cocina: aquel era su cuarto: se oyó el ruido de una llave en una pequeña cerradura, y poco después el despenñarse el dinero, produciendo ese ruido tentador del oro en una arca al parecer casi vacía.

Por cualquier lado que se anduviese en la casa de Quevedo resaltaba la pobreza.

Teresa salió.

Quevedo se habia sentado junto á una mesa cubierta con un

mantel y unos platos, aunque ordinarios muy limpios, al lado del fuego en un enorme sillón de los antiguos de nogal y de baqueta que se ven aun en las barberías de las pequeñas poblaciones. A aquel sillón había añadido la cuidadosa Teresa una almohada para que su señor estuviese blando.

—Esto conforta, Teresa, esto conforta; buen calor y buen olor. Este último me fastidia un poco porque estoy ahito.

—¿Pero tan ahito estáis, que no podreis cenar razonablemente, ayudándoos este aloquillo que he traído de la taberna del Pelón, á pesar de que es muy caro?

Y Teresa puso una gran botella al lado de Quevedo.

Este se sirvió en un vaso y lo probó.

—Gran persona es el tal Pelón, dijo; no aloque debe llamarse este, sino néctar de los dioses; prometo no beber de otro mientras sea rico. Trae acá esa empanada que estoy viendo sobre el rescoldo, que con el trago que acabo de echar se me han despertado maravillosamente las ganas de comer.

Teresa puso con aspecto triunfante la empanada sobre la mesa.

Al fin su amo, aunque había almorzado y comido con un padre trinitario y merendado con él en las huertas de Atocha y tomado luego conservas y refrescos casa de la condesa de Santurces, hacia honor á la cena que le tenia preparada: la verdad era que la bñlis había hecho en Quevedo el oficio de digestivo, que de otra manera, aunque tenia buen diente no hubiera podido pasar bocado.

—Así, así, dijo Teresa; hubiera sentido mucho que no cenárais.

Y se puso á cenar con gran apetito.

Es verdad que la pobre no había comido en todo el día.

—Hágolo, dijo Quevedo, no solo por darte gusto sino tambien por prudencia, porque voy á ponerme en camino y siempre es bueno cuando de camino se va llevar repleto el estómago.

—¿Cuándo parareis, señor? dijo Teresa.

—¡Cuándo! Cuando me abrigue amorosa la madre tierra; como no sea que yo haya nacido para andar vivo y muerto de acá para allá, y despues de enterrado salga de mi sepultura para ser horror de la sombra andando de acá para allá cual sombra en pena.

—¡Jesús, y qué cosas decís y á estas horas, cuando canta una maldita lechuza sobre la chimenea!

—Es que viene á consolarse con el olor, Teresa; así conozco

yo muchas lechuzas que andan siempre oliendo en donde guisan y que no aguardan más que una ocasion para dar el picotazo.

—Así andais vos, de trataros con las tales lechuzas.

—¿Y quién no es lechuza en este mundo, Teresa? Todos vivimos de chupar, yo té chupo, tú me chupas, aquel me chupa; chúpanme á mí cuanto pueden, y yo cuanto puedo chupo.

—Vos no chupais á nadie, señor, dijo Teresa; á lo ménos hasta ahora que se han venido esos malditos doblones, de lo cual estoy maravillada, no habeis chupado más que prisiones y desgracias.

—¡Ah, inocente! yo cuando no chupo sangre chupo paciencia; pregunténte si no á mis enemigos, que ellos responderán; y á veces chupo sin querer de quien no quisiera chupar.

—Vaya, dijo Teresa, que vió venir á Quevedo, no se hable de eso.

—¿Y por qué no se ha de hablar? dijo Quevedo; ¿qué hacias tú en Leon cuando yo estaba encerrado en aquella maldita torre de San Márcos? hilar y más hilar, y perder la calor del estómago, y hacer calceta y más calceta por la noche, y por el dia asistir acá y allá para ganarte un menguado sustento, para llevarme los domingos hilas y trapos finos para mis heridas y alguna cosa apetitosa que yo comia; chupádoté hé tu sustancia, porque, Teresa, desengáñate, todos hemos nacido para chupar ó ser chupados segun lo que; con que no te asuste esa pobre lechuza; y en cuanto á lo de ser yo algun dia alma en pena, no te inquiete, porque no vendré á tirarte de los piés, á no ser que me hagais falta, que entonces acudiré.

—Pero antes de entrar, señor, habládme que yo os conozca, porque si os veo con la mortaja sin conoceros, me moriré de miedo. Y ¿á dónde vais de viaje, señor?

—A no muy lejos de aquí, á buscar á un amigo que me está esperando con ansia. En cuanto cene, ó mejor dicho, en cuanto acabes de cenar tú, me lleno todos los bolsillos de oro y me voy á casa de Ginesillo el Parduero á que me alquile una mula de paso.

—¡Cuando decia yo que no tardariais en darle aire al dinero!

—Mira, Teresa, este es un préstamo que me lo devolverán más pronto de lo que sea menester.

—¿Y tanto urge, señor?

—Si no urgiera, ¿me tomara yo este mal rato?

—Pero ¿no veis, señor, que á estas horas están cerradas todas las puertas de la villa y que no vais á poder salir? sin mula y con más agilidad que la vuestra, podriais saltar por las tapias; pero ¿cómo habriais de hacer saltar tambien á la mula?

—Inocente que tú eres, Teresa; te quiero por lo bonachona; no sé yo que haya puerta que no se abra con llave de oro.

—Pues, así es dura el oro tan poco; como que no sabeis hacer nada sin él; y luego, señor, ¿quién se pone en camino de noche y con mucho dinero en el bolsillo andando por los alrededores de Madrid una cuadrilla de bandoleros que dicen tiene su guarida en la sierra de Guadarrama, y que son tan malos que andan de cabeza los cuadrilleros de la Santa Hermandad que no pueden dar con ellos?

—Pues cabalmente á que se acaben esos bandoleros voy yo.

—¡Cómo! exclamó Teresa mirando con ojos espantados á Quevedo.

—Comiendo, contestó este, y de una manera que á tí no te importa.

Y se echó al cuerpo un vaso de vino y se levantó: se fué á una silla donde estaban su talabarte, su daga y su espada, y se las ciñó.

—Vamos, ya has cenado, dijo, y á lo que me parece, bien; los ojos te están haciendo relampaguzas y te llama la cama; ven, tomaré el dinero que necesito, y luego vendrás á cerrar la puerta.

—Todo sea por Dios, dijo Teresa levantándose; haced lo que queráis, que yo no diré ni una sola palabra, solo porque no me digais que me meto en lo que no me importa.

Y se entró detrás de Quevedo en el cuarto de este.

III.

Quevedo tomó dos filas de columnas de doblones, esto es, cuatrocientos, y se los fué colocando en todos sus bolsillos; en el de los gregüescos de la derecha habia todavía ceniza: esto recordó á Quevedo su lance con Mercuelo.

—Si por donde se le salió el ojo se le habrá salido á aquel pícaro la mala alma que tiene, dijo.

—¿A quién se le ha salido un ojo, señor? preguntó Teresa.

—A tí no te se saldrá ninguno, pero lo que es preguntas sobre lo que no te va ni te viene, es distinto.

—¡Ah, pecadora de mí! dijo Teresa, que se me habia olvidado; pero no lo volveré á hacer.

—Por el contrario, mujer, hazlo con más frecuencia, porque mujer que no es curiosa no es mujer entera; herencia es esta de vuestra madre Eva, que si curiosa no fuera, no estuviéramos sentenciados á muerte y andaríamos por el Paraíso todos inocentes y todos

contentos como por la isla de Jauja, teniendo cuanto hubiéramos menester colgado de las narices. Pregunta, Teresa, pregunta, que contra el vicio de preguntar hay la virtud de no responder, y demos punto que ya me tarda ponerme en camino, y échame á la calle y cierra, y luego guarda esos maravedís en mi cofre.

Y Quevedo encendió el cabo de vela de su linterna, y le puso en ella y se fué para el patio seguido de Teresa.

Cuando llegaron á la puerta, esta, llave en mano, le dijo:

—¿Y se puede saber, señor, cuándo volveréis?

—Sí por cierto, habré venido cuando esté en casa.

—Bueno, dijo Teresa, quédese vuesa merced á oscuras sin saber lo que le interesa más de lo que parece.

—No te ofendas, mujer, que no te ofendo diciéndote la verdad. ¿Cómo he de decirte cuándo he de volver si no sé si alguno de los enredos que continuamente me persiguen me meterá en algun torbellino y me tendrá rodando por ahí tres años? Cuando un hombre se va de un lugar, ¿cómo puede decir cuándo volverá? Peor ha sido otras veces que te has quedado sin blanca. Conque adios y hasta la vista.

—Dios quiera que sea pronto, dijo Teresa abriendo la puerta.

Quevedo salió y adelantó en paso lento, inclinada al suelo su linterna, para ver por donde pisaba.

Teresa permaneció en la puerta hasta que Quevedo torció la esquina de la calle de Francos. Entonces cerró murmurando:

—Dios quiera que no le suceda nada. ¡Cuándo sentará mi amo la cabeza!

Este dicho de Teresa prueba la verdad de la observacion de aquel que dijo que no habia hombre grande para su mayordomo.

La verdad es que Teresa se acostó de muy mal humor, y que á pesar de que era muy tarde y de que habia cenado bien, se desveló.

CAPÍTULO LXVIII.

De cómo Quevedo que pensaba ir en mula, fué en una especie de tren que no se conoce hoy.

I.

Quevedo llegó no menos que á la una y media sin tropezar ni siquiera con una ronda, y con un frio menos que tolerable á la calle del Meson de Paños, al antiguo meson que existía y existe aun en aquella estrecha travesía.

De aquel entonces acreditado establecimiento, era dueño un Ginesillo el Parduelo, rufian, ladron y galeote cumplido, que por su buena gracia, habiendo vuelto de la Carraca á Madrid á buscar fortuna, y habiendo aposentado en el meson, habia hecho prisionera el alma de Ana Maria Perez, llamada la Piconá, dueña del establecimiento y viuda de un cuatrero que á fuerza de ganados hurtados á sus dueños, habia aumentado el caudal de la Piconá.

Tomó posesion legítimamente por ante la santa madre Iglesia de lo que habian ganado el cuatrero y la Piconá y á más de esto Ginesillo; y como era de despierto ingenio y habia corrido mundo y tratándose con gentes, dió tal impulso al meson haciéndole á la par hostería y depósito de mulas de alquiler, de caballos, y de sillas de mano y literas, que las ganancias subieron como la espuma.

Habia ademas adecentado un buen número de cuartos, y entapizádolos y puéstoles buenos lechos; cuartos que eran muy pedidos; y á pesar de las pragmáticas, tenia allá en lo profundo una sala,

donde se jugaba á los dados y á los tres naipes: siendo de advertir que aunque los alcaldes perseguian mucho los juegos de azar y de envite, nunca se habia dado caso de que la justicia sorprendiese á los jugadores, gracias á que todos los domingos por la mañana y antes de ir á misa, Ginesillo el Parduelo iba á hacer una visita al secretario del alcalde del cuartel.

Quevedo conocia mucho el tal meson y al tal Ginesillo, no por la parte del juego, sino porque muchas veces habia tomado allí abrigo.

—Pues no, dijo Quevedo al llegar á la puerta del meson, haciendo alto en las reflexiones sobre la situacion en que se encontraban sus amigos, con el poleo que corre esta noche, no es noche de mula: á litera me atengo, rico soy, no haya miedo, vivamos como quien somos, puesto que tanto hemos aguantado como quien nunca debiéramos haber sido.

Y llamó fuertemente á la puerta del meson, con tal aire á lo alcalde, que tanto quita los reparos el fuero del oro como los fueros de la justicia.

Asustado el mozo de paja y cebada que dormia sobre su arca en una cabecera, envuelto en una manta, se levantó y llamó apresuradamente á Ginesillo, temeroso de que fuese la justicia quien llamase porque habia una de juego en la sala destinada á el, que no habia para qué la justicia tomase cartas.

II.

Puesto en temor de esto Ginesillo, por su mozo de paja y cebada, encajóse rápidamente las calzas y los gregüescos; lióse en una manta; y como Quevedo impulsado por un vientecillo norte que se colaba por la calleja, llamase cada vez con más fuerza y más priesa, dióse por acometido por la justicia, y para parar el golpe en corto, bajó y abrió por sí mismo la puerta.

Dióle en los ojos la luz de la linterna de Quevedo, que se entró de rondon por guarecerse del viento que enfilaba al descubierto á la calle, y dijo:

—Ah, Ginesillo, á tí me vengo necesitado, resuelto á que me sirvas.

—¡Válame por don Francisco, y qué susto que me habeis dado! pero pardiez, me alegro de veros, que hace un siglo que no teníamos el contento de veros por esta casa.

—Descontento hanme tenido á mí, dijo Quevedo, más de tres dias y más de trescientos en San Marcos de Leon, y no muy satisfechos á los canónigos que tenian en mí una matraca.

—Si, ya se dijo por aquí que estábais preso, y yo lo sentí mucho; y á fé á fé, que no ha mucho que la Piconá y yo hicimos una rogativa en San Ginés porque os soltasen.

—Que la Piconá lo hiciera, no lo extraño, que es muy aplicada y estima como debe á sus frequentadores, quiero decir, á los del meson, y es además muy buena cristiana; pero extrañolo en tí que eres un pícaro; aunque no lo extraño, porque tú dices amen á todo lo que hace y dice tu mujer, atento siempre á la paz del matrimonio: pero como eso no me importa un bledo, vengamos á lo que yo vengo: necesito no menos que una litera.

—¿Para cuántas personas? ¿para dos? preciso, ¿no es eso? dijo Ginesillo.

—No señor, para una; que así será más pequeña y hará en ella menos frio: pero quiérola con las portezuelas que ajusten bien, y con buenos cristales de Venecia y blanda. ¡Ah! se me ocurre, mira: búscame una de dos asientos, uno delante y otro detrás, rellena el hueco de en medio con lo que te se alcanzare; ponle cama, dos colchones, sus sábanas limpias y su buena cubierta.

—Pues tengo yo una que no hay que hacer nada, porque es una litera ancha; pero no es de una persona sola, don Francisco.

—Mejor, con eso me podré revolver á mi gusto, y ¡calla! diablo, no se me habia ocurrido; es bueno que sea para dos personas.

—Cuando decia yo... dijo sonriendo Ginesillo. Mira, Cascote, á ver si levantas á los mozos de la litera-lecho: ya sabes, y que enjaecen las dos mulas tordas. Dos mulas como dos castillos, don Francisco, y con el portante más bravo del mundo; nada, que dá gusto del meneo de la litera; aunque haya estado tres dias durmiendo el que en ella se meta, en cuanto echan á andar la Cascabela y la Generosa, se duerme. Entrad, entrad ahí en la cocina, que todavia hay fuego, mientras yo voy á que la Piconá saque almohadas y sábanas limpias y cobertores y colcha; y que han de ser las sábanas de Cambray, y la colcha estofada, que no merece menos vuestro grande y siempre maravilloso ingenio que tanto sabe hablar á lo pícaro como á lo noble en sus jácaras y en sus romances: si yo os sé de memoria, don Francisco.

—Pues apuesto á que me has aprendido de memoria prestado,

porque tú tendrías á culpa mortal en comprar todo libro que pasase de cuarenta hojas: conque, anda, hijo, anda.

—Os voy á decir una cosa, don Francisco, dijo Ginesillo; que la litera gana por cada dia que está fuera, diez reales de á ocho: y dígolo, porque vos acostumbrais cuando hay dudas en las cuentas, á gobernarlas á cintarazos, y acuérdome que un dia me disteis uno en la rabadilla que me volvió la punta al vientre, que á más de cimbrearne me heristeis, y no quiero que se repita la funcion.

—Toma dos doblones de á ocho, y anda de prisa á que la Picon saque todo el avío del lecho, y avisame á tiempo, que empiece yo á desnudarme y no tenga que entretenerme, que estoy de prisa.

—Bueno, bien, en dos periquetes estoy aquí.

Ginesillo se fué.

Quevedo echó sus dos piernas á los dos lados del rescoldo que habia en el fogon, y que habia removido con la contera de su espada.

Estaba verdaderamente arrecido, meditabundo y silencioso.

De improviso se dió un golpe en la frente.

—¡Ah, pardiez! dijo; tengo la cabeza á pájaros, ó mejor dicho, á melancolias, á dudas y á temores: necesito otra litera-lecho. ¡Ginesillo! ¡Ginesillo!

Acudió el mesonero.

—Ay, don Francisco, dijo, qué genio y figura hasta la sepultura: ¿os parecia que tardaba, eh?

—A los que les dá por hacer suposiciones, les dá por decir necesidades, y porque suponer acertando, cosa es no comun, no; anda, pon para dos, necesito otra litera-lecho: ¿la tienes?

—Tengo otra; como me la piden muchas veces cuando tenia ocupada la una, yo dije: á ganar, ¿estamos? hagamos otra: ¿pero para qué quereis dos literas?

—Para variar.

—Buene, bien, mejor.

—Toma otros dos doblones.

—Voy por las sábanas, por la colcha y por las mantas.

Y se fué.

Al poco rato Quevedo exclamó:

—Cuando yo digo que se me han trastornado los sesos. ¡Ginesillo! ¡Ginesillo!

Acudió de nuevo el mesonero.

—¿Se ocurre alguna otra cosa?

—Sí, hombre, sí, mira, ¿tienes ocupada aquella habitación en que hay unos tapices viejos recompuestos con muchos Cupidillos?

—Y Diana y Endimion y Júpiter y Leda.

—Sí, hombre, sí, esa.

—No, señor; porque es cara y se ocupa poco, como que quiero por cada día que se ocupe tres reales de á ocho sin la comida.

—Pues tómolala por diez y seis días y ahí van tres doblones.

—¿Y cuándo se ha de ocupar?

—Mañana por la mañana.

—¿Muy temprano?

—Tú tenla dispuesta al amanecer.

—Pues voy á levantar á la moza para que limpie y barra.

Y se fué.

Antes de cinco minutos volvió á llamarle Quevedo.

—Sí, señor, sí; dijo con alguna impaciencia Ginesillo; ya están las literas y podeis iros desnudando.

—Vuelta á tus suposiciones; no es eso; para mañana por la mañana, mesa puesta y buen almuerzo preparado.

—¿Para cuántas personas?

—Para dos.

—¿De mucho precio?

—Gasta ese otro doblon.

—Me alegro don Francisco, me alegro.

—¿Por cuánto?

—Porque estais rico.

—Rico fui yo siempre, si no de dinero, de esperanzas: ¡ah, qué cabeza la mia! toma otro doblon.

—¿Para qué?

—Para comida; á ver si haces que tu cocinero haga maravillas, que ya sabemos que sabe hacerlas; y para que se lo propongas, dile que yo digo, que si no me satisface la vianda, que para esto de mechar soy yo un gran cocinero; y por si no me conoce, cuéntale lo de tu cintarazo de la rabadilla.

—Descuidad, don Francisco, descuidad, que será como para el rey; qué digo yo para el rey, como para el Papa; voy, voy á dar prisa, porque estos malditos mozos...

Y se fué.

A los tres minutos le volvió á llamar Quevedo.

—Ah, dijo cuando le vió; escucha.

—No escucho, cobro.

—¿Y qué tienes que cobrar, bergante?

—El estropeamiento de mis piernas, que me habeis hecho bajar cinco veces en cinco minutos la escalera.

—Espérate á que me ponga de pié cuando á cuento me viniere para robustecertélas con una friega.

—Gracias, don Francisco; estamos en paz.

—Oye, que vengan cuatro mozos de buen alma, que no se asusten, ¿entiendes?

—Como si hubiese en mi casa gente asustadiza, dijo Ginesillo.

—Que lleven espada y daga.

—Eso, por supuesto; pero, ¿para qué quereis eso en Madrid?

—Que lleve cada uno un arcabuz y dos pedreñales al cinto.

—¿Y todo eso para Madrid, don Francisco?

—¿Y quién te ha dicho que para Madrid sea?

—Es que esas literas, generalmente me las alquilan á mí de noche, y se están en ellas desde las huertas de Atocha á las de Recoletos va y viene.

—Pues las tales santas van á viajar, Ginesillo.

—A viajar; ¿y por qué puerta vais á salir?

—Eso no te importa á tí: conque anda, anda, que se armen como he dicho esos buenos mozos.

—Es que entonces hay que darles algo, don Francisco, y que los arcabuces y los pedreñales ganen su alquiler.

—Ya, ya se les dará.

Ginesillo salió de nuevo.

Sintió Quevedo los cascós de las mulas en el soportal de la posada.

—Ginesillo, dijo.

—Aquí estoy, contesto el llamado.

—Tírame de los zapatos.

—Y á mucha honra de ser vuestro ayuda de cámara.

Y uno tras otro quitó los zapatos á Quevedo.

—Toma estas herramientas, le dijo éste, desciniéndose la daga y la espada, y ponlas en la litera; pon tambien la linterna.

Obedeció Ginesillo y volvió.

Quevedo, que se habia quitado los gregüescos, se los dió.

—¡Pardiez, y cómo pesan! dijo.

—Ponlos en la litera, hácia los piés, y no me seas goloso por el camino, Ginesillo; que si me falta un solo real de á ocho, cuando haga mi cuenta, lo sudas; llévate de camino mi ropilla, la capa y el

sombrero, y vamos, mejor sera que vaya yo contigo, que las tentaciones son malas.

—¡Pardiez, y cómo pesa tambien la ropilla! dijo el posadero.

—Anda, hijo, anda.

Quevedo le siguió con la figura más rara del mundo, en calzas y almilla.

Un mozo todo asombrado por aquello, tenia abierta la portezuela de la litera.

Zambullóse en ella Quevedo, tomó las ropas que tenia en la mano el posadero, las echó á los piés, se tendió y se abrigó.

—Verdaderamente, dijo, que este lecho está con mucho ingenio; paréceme á mí que voy dormirme en seguida como un liron, y bien que me hace falta: oye tú, muchacho, á la puerta de Segovia; y en llegando, despiértame; que nõ te se olvide nada de lo que te he encargado, Ginesillo: conque hasta mañana; buenas noches.

—Pasadlas muy buenas, don Francisco.

Cerró el mozo la litera, y esta, seguida de otra exactamente igual, se puso en marcha.

CAPITULO LXIX.

De cómo Quevedo llevó la paz y la alegría á don Alonso de Fuensalida y á su gente, y un lecho que no esperaba, á doña Esperanza.

I.

Iban sobre las cuatro mulas de las dos literas embozados hasta los ojos, calados los chapeos y dejando ver cada cual por bajo de su capa el cañon de un arcabuz, cuatro mozos de pelo en pecho.

El que cabalgaba en la mula de delante de la primera litera, llevaba una linterna encendida.

Subieron por la Costanilla de Santiago, torcieron hácia la plazuela de San Miguel, ganaron la Caba Baja, y por Puerta Cerrada entraron en la pendiente calle de Segovia, y continuaron por ella hasta la puerta.

Los del resguardo de la real Hacienda, al ver aquella luz que se les echaba encima y al oír el ruido de los cascós de las mulas, avanzaron y cercaron la primera litera.

—¿Pero estareis locos? dijo el que parecia jefe de los del resguardo; si creereis que así, sin más ni más, os vamos á dejar salir.

—A mí me manda el que me paga, contestó ágricamente el mozo que llevaba la linterna, y no tengo que ver otra cosa, ni estar loco ni cuerdo; esperaos á que yo le llame, y él verá si sale ó no sale, que lo que es á mí me parece mucha persona para que no pueda salir.

—¿Y quién es?

—El se lo sabrá, que yo no lo sé; pero me huele á personaje.

—¿De qué se trata? dijo Quevedo asomando la cabeza á la portezuela de la litera, cuyo cristal habia abierto; ¿qué irreverente disputa es esa sobre mí?

Consistia el que Quevedo hubiese estado tan á punto, que habia extrañado aquella cama móvil, y no se habia dormido tan pronto como habia creído.

Pusiéronse en respeto los del resguardo que rodeaban la litera, porque, como ya hemos dicho, la voz de Quevedo tenia un nó se qué tan enérgico de autoridad cuando mandaba ó reprendia, que se hacia sentir de todos.

—Perdone, señor, perdone, dijo el del resguardo apelando al impersonal, porque no sabia qué tratamiento tendria aquel personaje.

—Mi señoría, dijo Quevedo, no tiene que perdonar ni no perdonar, sino que hacer que no se vuelva mi señoría, sino que en el momento, súbito, se abra la puerta para que mi señoría salga, de órden de su magestad el señor emperador don Carlos V, aquí presente, aunque en efigie.

Y dió un doblon de á ocho de los del cuño del emperador al del resguardo.

—Pues con órden de tal príncipe, dijo este, no hay que hacer más que abrir la puerta y que vuestra señoría salga: anda, Tientollo, y abre.

—Pues cierro, dijo Quevedo; y escondiendo la cabeza, cerró el cristal y se tendió.

Poco despues las dos literas bajaban al buen portante de las mulas hácia el puente de Segovia.

II.

Ya hemos dicho que al otro lado del puente de Segovia se abrian tres caminos.

El de la izquierda conducia á Andalucía; el del centro á Extremadura; el de la derecha á Castilla.

Paráronse allí las literas, porque los mozos no sabian por qué camino habian de tomar.

Pero apenas habian parado, quando salieron en tropel de entre los árboles muchos hombres á caballo y rodearon las dos literas.

Por de contado, ninguno de los mozos pensó, ni por asomo, echar mano á las armas.

Eran lo ménos veinte los de á caballo, y todos tenian lanza y coselete.

Parecian soldados, aunque no lo parecian en lo que acababan de hacer.

—¿A quién llevais ahí? dijo con voz ronca uno de ellos.

Abrióse el vidrio y sonó la voz de Quevedo.

—Llévanme, hermano Pablo, dijo Quevedo; y veníisme bien, porque yendo con vos iré asegurado de otros; ¿y cómo está vuestro doliente?

—El cirujano, que es un buen muchacho, dice que aunque el mandoble fué bueno y que aturdió y debió aturdir al capitan y causarle una fiebre de los diablos, no ha roto el hueso; y que aunque la cosa no es leve, tampoco es muy grave; y que dentro de quince dias podrá el sugeto hacer pinitos; y por cierto que ha estado impaciente porque llegue la hora de que vengamos á esperaros.

—Pues escóndome, que hace un norte que afeitá, y á buen paso al sitio.

Escondióse de nuevo Quevedo, cerró el cristal, se tendió, se acurrucó, y por aquella vez, como el camino era llano y no resonaban de una manera ruda las pisadas de las mulas, se durmió blandamente mecido por el acompasado movimiento.

Despertó de improviso movido suavemente por una mano respetuosa, se incorporó y le dió en los ojos el reflejo de una luz.

Restregóselos para quitar de ellos las últimas turbiedades del sueño, y vió un lecho, y en él incorporado un hombre con la cabeza vendada, y junto al lecho, sentada en una silla, una dama vestida de blanco, pensativa y cabizbaja.

—¡Ah diablo! dijo Quevedo; pues si habeis metido aquí la litera, con acercarla á la cama del capitan, que podamos hablar, hemos concluido: así no tendré que vestirme, porque este es un buen lecho y acabaré de pasar en él la noche.

Acercaron la litera al lecho [de don Alonso, haciéndola formar ángulo con él, y salieron los cuatro bandidos que habian metido hasta allí, gracias á la altura y anchura de la puerta, la litera.

III.

Quedaron solos don Alonso, doña Esperanza y Quevedo, que envuelto en la cubierta del lecho que dentro de la litera habia, y sentado en medio de él sacaba de su ropilla una cartera de seda.

—Tomad, dijo á don Alonso alargándosela; sacad las tripas á esa cartera y leedlas.

Doña Esperanza se levantó para tomar la cartera, porque no podían tocarse ni con mucho las manos don Alonso y don Francisco.

—Ea, y buenas noches, dijo éste; que bastante he hecho y bastante digo con lo que esa cartera lleva: el sueño es un beneficio de los dioses, de que rara vez gozo, y ya que me está acariciando no quiero asustarle y á él me entrego.

—Descansad, descansad en buen hora, don Francisco, dijo don Alonso, y gracias con toda nuestra alma.

Pero antes de que acabase de decir estas palabras don Alonso, habia cerrado el vidrio don Francisco, se habia tendido, y don Alonso no habia acabado de hablar, cuando ya se oían los sonantes ronquidos de Quevedo, que como todo lo suyo tenían algo de punzante, de acre y aun de sarcástico; sus entonaciones eran de todo punto extrañas, y parecia como que respondía á los movimientos del ensueño de Quevedo.

Y lo que soñaba Quevedo era, que entrecojía al conde-duque y le apeaba y hablaba con el rey y le decidía á que le ahorcase.

Sin embargo, el conde-duque dormía muy tranquilo, creyendo haber hecho su amigo á Quevedo.

IV.

Don Alonso de Fuensalida no tomó la cartera que le daba doña Esperanza.

—Estoy muy débil, dijo; me he hecho una violencia al incorporarme para recibir á don Francisco; leed, leed vos, amada mia, que bueno debe ser lo que don Francisco nos trae.

V.

Los dos amantes, como sucede siempre que un hombre y una mujer se quieren mucho, se habian entendido.

Doña Esperanza tenía la seguridad de que don Alonso no era culpable ni aun cómplice de la muerte de su padre, y á pesar de los ruegos de doña Esperanza, que no quería que don Alonso se tomase la justicia por su mano, éste habia mandado ahorcar de uno de los inmediatos pinos á Juan García.

Por supuesto, que en la entonacion con que habia dado la orden, habia comprendido Pablo el Renegado que la recibió, que no debia cumplirla sino hacer que Juan García, que habia confesado haber sido el matador del capitán Salvatierra creyendo defender á su amo, desapareciese de modo que no le volviese á ver doña Esperanza.

VI.

—Toma, le habia dicho Pablo el Renegado, cuando estuvieron fuera del apeadero de los palacios de Boadilla, donde como sabemos estaba la compañía; toma estos dos doblones de á ocho y entretente por ahí por Segovia, quiero decir, por la Boca del Asno, hasta que te avisemos de que puedes andar delante de todo el mundo, hasta de los alcaldes de Casa y Corte, y de los señores cuadrilleros de la Santa Hermandad.

—Yo, no, dijo noblemente Juan García; mi amo está sufriendo grandes desgracias por dos equivocaciones mias, malhaya mi mano; y yo voy á presentarme á la justicia y á decir, y es más, á probar que quien mató al marqués y al capitán don Mendo de Salvatierra fui yo.

—Déjate de tonterías, Juan; tú cumpliste con tu obligacion defendiendo á tu amo, y has de saber que don Alfonso no tiene necesidad de que tú hagas ese sacrificio, porque le ha prometido don Francisco de Quevedo que él hará de manera que don Alfonso vuelva á ser lo que fué y le levanten la confiscacion de sus bienes y le honren y se acaben sus miserias.

—Ah, pues si don Francisco lo ha prometido, dijo Juan García, lo hará, porque yo he oido decir de ese caballero que no se chancea más que cuando escribe versos, y que aun así, sus chanzas son tales veras, que punzan y levantan roncha á aquel á quien las dispara. Voime, pues, á hacer trotar al caballo un poco por esos andurriales.

—Por supuesto, dijo Pablo, que no te metas con nadie, Juan; porque has de saber que don Francisco ha dicho tambien que hará que se nos indulte: mira, más vale que te andes por ahí por los alrededores, y que te dejes caer por aquí mañana al amanecer, que yo tengo orden de ir á esperar esta noche, despues de mediada, á don Francisco de Quevedo á la entrada del puente de Segovia, y puede ser que traiga consigo el arreglo de todo, y entonces no hay por qué andes tú por ahí solo á salto de mata.

—Pues me voy al aprisco de los cabreros, y los envío por vino al pueblo, y allí me estoy hasta mañana al amanecer.

—Eso será lo mejor, dijo Pablo. Conque adios, y hasta la vista. Y se volvió, entró en el aposento de don Alonso, y dijo:

—Ya están cumplidas vuestras órdenes, señor.

Doña Esperanza se puso densamente pálida, pero como encontró muy justo se castigase al asesino de su padre, la palidez pasó.

De esta manera habia sobrevenido el arreglo de los dos amantes.

Ella tenia la seguridad de que don Alonso era inocente de aquella desgracia y que el culpable habia sido castigado con todo el rigor con que pudiera haberle castigado la ley, mediando la sentencia de un juez.

Doña Esperanza no era todavía completamente feliz, sentia muy de cerca aun el dolor de la muerte de su padre; pero estaba más tranquila, porque no podia culpar de aquella muerte al hombre á quien amaba.

El verdadero culpable, si se atendia á la primera causa de aquella desgracia, era el conde-duque, que habia hecho entrasen en su casa gentes para robarla, en ocasion en que se encontraba hablando con ella en el jardin don Alonso de Fuensalida.

VII.

Doña Esperanza abrió con mano trémula la cartera, que era de las antiguas de bolsa, que se cerraban por una larga cinta de seda doble de canutillo de color fuerte, generalmente azul ó rosa.

La tela de la cartera era de raso, listado de rojo sobre blanco, con cordon de oro en la costura y en el borde de la vuelta.

Doña Esperanza sacó de la cartera tres pliegos, leyó, abrió el uno de ellos, y leyó lo siguiente:

«El rey nuestro señor ha tenido á bien comunicarme el siguiente decreto:—Constándome por hechos indudables que todas las acusaciones que por varios delitos supuestos se han fulminado contra don Alonso de Fuensalida, del hábito de Santiago, regidor perpétuo de la ciudad de Córdoba, son injustos por infundados, porque solo se han probado por apariencias; estando cierto de que el dicho don Alonso de Fuensalida en nada y por nada ha manchado su honor ni faltado á los deberes de caballero y de cristiano, mando que sin sustanciarse esos procesos, por ser innecesario, se le absuelva y dé por libre de la instancia ó instancias que en contra suya se hayan



—Un hombre á quien no se deja dormir.

hecho. Y así mismo, que se le levante la confiscacion de sus mayorazgos y bienes libres, y se le entreguen, con más las rentas de estos mismos bienes, del tiempo que de ellos ha estado desposeído. Tendréislo entendido y lo comunicareis á quien corresponda para su cumplimiento.

—¡Ah don Francisco, don Francisco, exclamó conmovido don Alonso!

—¡Oh, mi padre, mi pobre padre, si viviera! dijo llorando doña Esperanza.

—Daria yo mi vida por resucitarle, dijo don Alonso.

—Oid lo que dice este otro papel, dijo doña Esperanza enjugando sus lágrimas.

Y leyó lo siguiente:

«Habiendo V. S. solicitado de S. M. como caballero del hábito de Santiago, como mayorazgo y como regidor perpétuo de la ciudad de Córdoba, su real licencia para casarse con la señora doña Esperanza de Salvatierra, huérfana del capitán inválido don Mendo, su magestad ha tenido á bien conceder á V. S. la real licencia que ha solicitado al efecto. Lo que digo á V. S. para su satisfaccion.»

Firmaba el conde-duque.

—¡Oh! exclamó don Alonso; ¿quién es don Francisco que tanto puede?

—Un hombre á quien no se deja dormir, exclamó con entonacion de canto llano-Quevedo, desde el fondo de la litera.

Y abriendo el vidrio, junto al cual estaba escuchando, dejó ver su cabeza con la gran cabellera encrespada y sus grandes y relucientes ojos negros que sin las antiparras parecían verdosos.

Lo demás no se veía; lo tenia tapado con la cubierta de la cama en que estaba rebujado hasta las orejas.

La voz tomaba una especie de eco al salir de aquella abertura.

—¡Ah! pues antes roncábais como trompeta, dijo doña Esperanza distraida de su dolor por la extraña catadura y por la no ménos extraña salida de Quevedo.

—Señora mia, tuve la desgracia al dormirme de tener un buen ensueño; y tan bueno era, que como Dios ha dispuesto que yo de nada bueno goce, me ha despertado para que ni en sueños me contente. Figuraos que soñaba que veía ahorcar al conde-duque, y era preciso que yo despertase para que la verdad me persuadiera de la mentira del ensueño; pero pésanme los ojos, y creo que dormiré, si Dios quiere que en vez de soñar gratamente me acometa un mal en-

sueño como, por ejemplo, que me veo obligado á hablar pacíficamente con el conde-duque, y á darle la mano como si fuera mi amigo, y á tomar dinero suyo; y á propósito de dinero, vos, don Alonso, con la alegría de la absolucion y de la licencia para las bodas, no os habeis acordado de que no teneis ni un maravedí.

—Y es verdad, dijo don Alonso; pero sobre mis bienes que me son devueltos, encontraré fácilmente quien me preste dinero.

—Pues bien, yo os lo presto, que soy un usurero muy cómodo, pues que me contento con la usura de que prometais lo que yo os pida.

—¿Y qué es lo que vos quereis, don Francisco?

—Que me ayudeis contra el conde-duque.

—Y el conde-duque me favorece...

—Quien os favorece, ya que de favores se trata, soy yo; que por favoreceros y tambien á otros pobres, me he desfavorecido á mí mismo haciéndome, aunque en falso, amigo del conde-duque, y sufriendo y dándole la mano; bien es verdad que él me ha dado los atrasos de mi pension doblados, y que ha desempeñado mi señorío, pagando mis deudas; de donde el dinero que os presto es legítimamente mio, como que me ha costado lo que yo nunca hubiera creído dar, mi paciencia y mi asco, y el tragarme la bilis y el haber estado á punto de echar los bofes. Conque no hablemos más de esto, y acérquese doña Esperanza y tomé estas pobres prendas mias que con asombro suyo están tan ricas, que la riqueza las incomoda y están deseando verse libres de ella.

Y con su brazo forrado de la pajiza bayeta de la almilla, echó mano á los piés del lecho, cogió los gregüescos y los sacó.

Doña Esperanza estaba inmóvil, mirando con extrañeza á Quevedo, que le parecia tenia sus puntas de loco.

—Tomadlo, doña Esperanza, yo os lo suplico, dijo don Alonso; que no debemos negar nada á quien tanto ha hecho por nosotros.

Doña Esperanza se levantó, tomó los gregüescos, y apenas pudo sostenerlos; tanto pesaban.

Al ponerlos sobre la mesa produjeron un sonido metálico.

—Allá va mi ropilla, dijo Quevedo, sirviéndola de roja vergüenza la roja encomienda con que antes se honraba.

Decia esto Quevedo por la enorme cruz de Santiago cosida sobre el lado izquierdo de la ropilla.

Pesaba tambien esta grandemente.

—Hacedme la merced, señora, de volverme purificadas esas prendas.

Entendíóle doña Esperanza y empezó á sacar el oro, primero de los bolsillos de la ropilla, y luego, con alguna repugnancia, de los gregüescos, que olian demasiado á Quevedo, que no era muy limpio.

—¿Qué es esto, ceniza? dijo con extrañeza doña Esperanza.

—¡Ah, Estebanillo Mercuelo, exclamó Quevedo, que me parece que oigo desde aquí tus berridos!

—¿Qué decis? exclamó doña Esperanza.

—Digo que mis gregüescos son tan cristianos, que como se acercan las Carnestolendas, se han prevenido con anticipacion de ceniza. ¡Ah, pecado! ahí debe haber tres reales de á ocho que nada tienen que ver con el conde-duque, sino con el sermon del muy docto padre fray Buenaventura Torralva de Guzman; mirad, señora, si alguno de esos reales de á ocho tiene lodo seco.

—Hélo aquí, dijo doña Esperanza.

—Pues hacedme la merced de él con sus dos compañeros; que en cuanto al del lodo voy á hacerle un agujero para colgarle con una cinta azul como milagro junto á la primer Virgen de Santa Lucia con quien me tope, porque ese real de á ocho ha tenido que ver con un ojo.

Doña Esperanza acrecentó más sus sospechas acerca de la cabeza de Quevedo, pero le dió los tres reales de á ocho y la ropilla, que ya estaba vacía.

Vació despues los gregüescos y se los dió tambien.

Habia sobre la mesa una razonable cantidad de oro.

Quevedo metió los tres reales de á ocho en los bolsillos de los gregüescos, donde quedaba aún ceniza.

—¿Y os quedais sin nada, don Francisco?

—Para desesperacion mia, quédame mucho más de lo que hay ahí. Vamos, de tal manera me ha pinchado el garrochazo, que me parece que mañana voy á decir á todo el mundo en las Gradas de San Felipe que me he vendido al conde-duque, para que si lo han sospechado, al confesarlo yo no lo crean; porque como todos se tapan sus inmundicias, no creen que haya cristiano que, en tñniéndolas, las descubra. Pero buenas noches, amigos míos; ya os he dicho todo lo que tenia que deciros y os he dado lo que tenia que daros, y me acuesto otra vez, pidiendo á Dios me dé un mal sueño, á fin de que no despierte.

Y cerró el vidrio.

Doña Esperanza miró con extrañeza á don Alonso, como diciéndole:

—Decididamente, don Francisco está loco.

Lo que tenía Quevedo era, que á causa de su avenencia con el conde-duque, no se podia sufrir á sí mismo, y de buena gana hubiera dado si hubiera podido dar trepas y saltos que hubiera llegado á la luna.

—Ah, dijo Quevedo abriendo de nuevo el ydrio, y asomando la cabeza, se me olvidaba: como don Alonso ya no está de cuidado, y como en leyendo ese otro pliego, el negocio que traemos entre manos ya ha dado fin y estareis rendida, bueno será que mandeis que entren la otra cama, digo la otra alcoba, que esto es bastante capaz para que tambien quepa.

—Mirad que no os entiendo, don Francisco, dijo doña Esperanza.

—Héme traído yo para vos, y para vos sola, otra litera-lecho invencion novisima debida á un pícaro de almadraba, que no perdona medio para abrir el apetito al prójimo con tal de ganar dineros. Llamad, y que la entren.

—¡Ah don Francisco, don Francisco! dijo don Alonso; capaz sois de quitar las penas al espíritu más triste con lo travieso de vuestro humor.

—Es que de las veinticuatro horas del día, veintiseis por lo ménos se me mete un diablo en el cuerpo, y así va todo; que cuando pienso acertarla, yerro; y cuando pienso errar, voy por lo llano: concluido héme, desgobernado ando, embrollo soy, acertijo me he vuelto. Conque llamad, llamad, que os metan la alcoba, doña Esperanza.

—En verdad, en verdad, dijo don Alonso, que me alegro de la buena ocurrencia de don Francisco, porque necesitais algun descanso, señora mia.

Y don Alonso silbó.
Presentóse el Renegado.

—Que entren aquí la otra litera que ha traído este caballero, dijo don Alonso.

El Renegado se retiró.

—Vaya; pues buenas noches, dijo Quevedo.

Y cerró de nuevo el cristal.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡qué lástima! murmuró doña Esperanza; un hombre con tan buen ingenio.

Entraron cuatro bandidos con la otra enorme litera, la pusieron en un lado y salieron.

Doña Esperanza miró con una especie de temor supersticioso aquella especie de lecho ambulante.

Para ella tenia algo de fantástico todo aquello.

—Veamos ese otro papel, dijo don Alonso.

Doña Esperanza le desdobló y leyó lo siguiente:

«Habiendo tenido S. M. en cuenta, que vos, Andrés del Páramo le habeis servido bien y lealmente en Flandes y en Italia con los que os acompañan, de lo cual se ha hecho informacion, y que por haber sido injustamente despedidos del servicio, y no teniendo otro oficio que el de las armas, habeis dado en el extravío de pedir armados por los caminos á los viandantes dineros con que sustentaros; teniendo eu cuenta que no habeis maltratado, herido ni matado, ni hecho resistencia á las justicias de S. M., ni ofendido la honestidad de las mujeres, S. M. os indulta á vos, Andrés del Páramo y á todos los que os acompañan, cuyos nombres están en la adjunta lista rubricada y sellada; pero con la condicion de que habeis de restituir lo que de los viandantes habeis tomado bajo color de préstamo, aunque forzoso, y en la accion punible, lo que se sabe de muchos de los obligados que lo han declarado así, y que os han visto tomar nota en un libro que con vos llevais; previniéndoos sin embargo, que si despues de este indulto volveis á obligar á alguno á que os preste, se os considerará como salteador y como tal se os castigará, y á los que os acompañen en el hecho.»

—¡Ah! pobres muchachos, dijo don Alonso, y cuánto se van á alegrar con esto; pero guardémosles la alegría hasta mañana. Estais rendida, doña Esperanza: yo me siento bien, no necesito de vuestros cuidados, recojeos.

—Consiento, dijo doña Esperanza, porque me siento mal: mi mal estar podia fácilmente convertirse en una enfermedad; pero que me avisen si es necesario.

—¡Oh! descuidad, descuidad, doña Esperanza, dijo don Alonso, y por mi amor, cuidad algo de vos ya que tanto habeis cuidado de mí.

Doña Esperanza fué á la litera, la abrió, entró en ella, y se acostó vestida.

VIII.

Pero los ronquidos de Quevedo no la dejaron dormirse hasta que la rindió el cansancio, muy avanzada ya la noche.

Don Alonso se durmió tambien.

Continuaron los ronquidos de Quevedo, lo que probaba, segun su dicho, que Dios le habia dado un mal ensueño.

En la primera estancia del apeadero dormian al rededor de una hoguera, la mayor parte de los bandidos, y entre ellos los cuatro mozos de las literas.

Los bandidos restantes velaban guardando el apeadero, colocados en lugares convenientes.

CAPÍTULO LXX.

De cómo Quevedo se encontró con un ejemplar desconocido en el género dueñesco.

I.

Al salir el sol, los bandidos, colocados al rededor de una pequeña mesa en que había una sartén enorme, comían las migas con torreznos que la sartén llenaba.

De tiempo en tiempo, una bota de vino daba vuelta á la redonda, haciendo que todos á su vez, contemplasen por algunos minutos la estructura del techo, cuando se oyó un silbido que partía de la habitación del capitán: acudió Pablo el Renegado, y á poco salió resplandeciente de alegría.

—Os voy á dar un buen postre, les dijo.

—¿Qué, qué es ello? dijo uno, ¿está ya el capitán tan bueno que puede montar á caballo?

—El capitán no está peor, dijo el Renegado; pero los que estamos mucho mejor somos nosotros, porque aquí está el indulto de su magestad.

Salió un alarido de alegría de todas las bocas, y todos, cuchara en mano, porque no habían acabado con las migas, vinieron á rodear á Pablo el Renegado.

—Que se retiren los que están de guardia y que vengan acá, dijo éste, que ya no hay que guardar nada, porque podemos ir por todas partes con la frente descubierta como cada hijo de vecino, y justo es

que los que están de guardia oigan la lectura del indulto lo mismo que los demás.

A poco entraron diez hombres que habían estado de guardia en derredor del apeadero, alborotados con la noticia que les habían dado los que por ellos habían ido.

II.

Reunidos todos, el Renegado leyó el indulto, y despues la lista de los comprendidos en él, que eran cincuenta.

Es decir, todos los de la banda de Andrés del Páramo.

Los mozos de mulas oían con la boca abierta, porque hasta entonces no se habían enterado bien de que habían estado entre bandidos.

El capataz del apeadero y su familia, ponían mala cara porque se les acababa el provecho.

Los salteadores estaban locos de alegría, pero cuando la alegría dió lugar á la reflexion, se fueron poniendo serios.

—Todo esto está muy bien, dijo uno; nos han quitado, como quien dice, del cuello la cuerda; ¿pero cómo vamos á vivir de hoy en adelante?

—Por eso no os dé pena, dijo el Renegado: primeramente, el capitan me ha dado un doblon de á ocho para cada uno de vosotros, y me ha dicho, que tiene en Andalucía tantas tierras, que os empleará de guardas en ellas, y aun no sereis bastantes, con tal de que prometais ser hombres de bien.

—Y vaya si lo seremos, dijo uno, mientras los otros aclamaban á grito herido á don Alonso.

—No griteis tanto, malditos, dijo el Renegado: bien sabeis que el capitan está herido en la cabeza.

Cesaron como por encanto los gritos.

—Y decid, señor Pablo, preguntó uno: ¿de veras, vá á devolver el capitan todo lo que ha tomado prestado por esos caminos de Dios? Yo creía que esto no era más que un gracejo.

—El capitan es muy caballero, y muy noble, y muy rico, contestó el Renegado, y ya sabeis que Juan Garcia lleva un libro en que están apuntados los nombres de nuestros bienhechores, con el lugar de su residencia, para poder buscarlos, y con la cantidad que nos han dado, la cual les será vuelta con las ganancias.

—¿Qué, tan rico es el capitan?

—Riquísimo, y ya vereis qué bien os trata cuando seais sus criados. Pero como Juan Garcia tiene en la maleta el libro de la apuntacion y hace falta, será menester buscarle, y además que es muy justo que él tenga esta alegría, que lo será más por lo que toca á su amo, que por él mismo; id al aprisco de los pastores, allá arriba, donde se fué á pasar la noche.

Tres de los ex-bandidos salieron.

Sonó entonces de nuevo el silbido de don Alonso.

III.

Entró en la estancia el Renegado y se encontró á la puerta con Quevedo, vestido y calzado con la capa sobre los hombros y el sombrero en la cabeza.

—Nos vamos, dijo Quevedo; procuradme, pues, un animal cuadrúpedo que me soporte para ir á Madrid, porque yo no podria soportarme á mí mismo; que aunque bien quiera ir en mi lecho, que se va muy ricamente, no puede ser esto, porque mi lecho le necesita don Alonso. Conque que entren, pues, á trasladarle cuatro buenos mozos, y esto pronto.

Poco despues entró Pablo con cuatro hombres, que asiendo cuidadosamente de don Alonso, le colocaron en la litera en que habia dormido Quevedo.

Doña Esperanza estaba en la otra.

Hecho esto, Quevedo, que se habia convertido en el ayudante de órdenes de don Alonso, dijo saliendo entre la gente:

—Ahora bien, vosotros os ireis á Madrid cuando haya pasado algún tiempo desde que el capitan, esa señora y yo hayamos tomado el camino; presentaos todos juntos á la justicia, es decir, á la sala de señores alcaldes de Casa y Córte, y presentad la real cédula de indulto: no os asusteis porque os pongan guardas hasta que los señores alcaldes se satisfagan de que sois los contenidos en la real cédula; entonces os darán á cada uno un testimonio por ante escribano del indulto, para que viva seguro, cosa que á cada cual le costará su dinero; por esto se os ha dado á cada uno un doblon de á ocho. Oid, señor Pablo el Renegado: vos, como teniente de Andrés del Páramo, sereis el que presentareis la real cédula de indulto á los señores alcaldes de Casa y Córte, y cuando os preguntaren que qué se ha hecho Andrés del Páramo, responded que él ha dicho se presentará despues, cuando todo esté concluido: os repartireis por las

posadas para no dar escándalo, que no hay necesidad de ello, y vos, señor Pablo, ireis á esperar órdenes al meson de Paños, donde estaré yo: ahora aqui los mozos de las literas; sacad la una tras de la otra, colocad las mulas, y en marcha: á ver si se me trae á mi un caballo que no sea muy retozon, que no tengo yo el cuerpo para es-carceos.

IV.

Un cuarto de hora despues las dos literas con los cuatro mozos, sin más escolta que Quevedo á caballo, caminaban hácia Madrid, al que llegaron á las diez del dia, y al meson de Paños, donde encontraron la habitacion preparada y la mesa puesta.

Colocóse en un buen lecho que habia en una gran alcoba á don Alonso, y despues de hecho esto y de haber mandado á buscar médicos y cirujanos para que continuasen en la curacion del herido, Quevedo dijo á doña Esperanza:

—Almorcemos.

—Ah, dijo doña Esperanza que estaba muy triste; tengo una gran debilidad; como que apenas si he tomado alimento en tres dias; pero no tengo apetito.

—El comer y el rascar, dijo Quevedo, todo es empezar: yo por mi parte os digo que tengo á un tiempo necesidad y apetito, y aun apetitos.

Y se quitaba entre tanto la capa, el sombrero, la daga y la espada.

Se vino hácia la mesa.

—Embistamos, dijo, con ese morcon que está entre esas coles guarnecidas de perdices asadas; huele de una manera exquisita; provocando está al cuchillo; respondamos bravamente á su reto.

Y Quevedo partió el morcon y sirvió de él á doña Esperanza.

Luego trinchó una perdiz y puso parte de ella y coles en el misma plato.

Sirvióse despues.

Doña Esperanza comió algo, estimulada por don Alonso que desde la alcoba la invitaba á que comiera.

—Es necesario que cuideis de no poneros flaca, dijo Quevedo; que estais en visperas de boda, y las desposadas que se parecen á aquel caballo, perdonad la comparacion, que *tantum pellis ed osa fuit*, causan conmiseracion á todo el mundo, porque no parece sino

que las dan el matrimonio por medicina. Ah, inapreciables carmines, y ¡qué pocas hay que se sonrojen por lo que acabais de oír, doña Esperanza! Perdonad, que yo no sé hablar de otro modo, pero la intencion es buena.

—¿Con tales gentes es habeis tratado siempre? dijo doña Esperanza.

—De ellas con las peores y de ellos con los más malos, y cuente que las he tenido de alto coturno: ¡ah mi doña Catalina, mi doña Catalina! y ¡cómo os vereis sin mí! probablemente como yo me ando sin vos; más intranquilo por otras razones que por nuestra ausencia.

—¿Y quién es esa doña Catalina? preguntó doña Esperanza.

—Quién ha de ser, sino una principalísima hembra, más principal por la hermosura que por la nobleza, con quien tropecé una noche en el alcázar de Madrid hace muchos años: ya va para vieja, aunque es verdad que yo no voy para mozo, y antójaseme que aun todavía, tales como Dios ó el diablo nos han parado á ella y á mí, hemos de dar guerra al marido, que es un necio de aquellos que con oírle media hora seguida se muere uno sin remedio; hombres venenosos por el vacío que le meten á uno en la cabeza con las vanidades que á borbotones como de una laguna Estigia de su boca salen; y otros soberbios y llenos de sí mismos, que no parece otra cosa sino que se creen dioses. ¡Ah bienaventurados pavi-pollos! ¡qué bien que oleis con esta salsilla picante y apetitosa que les ha puesto el insigne Cucufate, famoso cocinero de la hosteria del meson de Paños! Comed de este carnoso alon, doña Esperanza, que no sé por qué á las mujeres os han de gustar tanto los alones; como no sea por aquello de alicortar á todo el mundo incluso los volátiles comestibles, porque hay volátiles que no se comen, como por ejemplo, mi reciente amigo el conde-duque, y que en vano pretenderia comerse, porque tengo para mí que tiene la carne dura y no habria quien le echase el diente, sin exponerse á quedar desdentado.

—¿Volátil llamais á ese hombre? dijo doña Esperanza.

—Pues á fé que no vuela alto para que no se le llame volátil, dijo Quevedo; y volátil buitre, porque de allí, de las altísimas alturas de donde se encumbra, se deja caer de repente sobre la presa y se come hasta los huesos de los pobres españoles.

—Dios le maldiga, dijo doña Esperanza, recordando que él habia sido la causa inmediata de la muerte de su padre.

—Paréceme, dijo Quevedo, que al tal Dios le maldijo desde

antes que le concibiese su madre; pero esto viene á redundar en daño de la república, porque los malditos tienen carne de perro y aguante de gato, y no hay quien los mate, antes bien ellos matan á todo el mundo y se quedan apergaminados y enjutos sobre las ruinas que han causado, representando la estatua del hambre, la peste y la destruccion. Este gigote hojaldrado debe estar muy bueno, doña Esperanza; comed, comed, y bebed un trago para ayudar al engullimiento, que no está bien á vuestra edad las mugeres flacas, y mucho ménos, como ya os dije, cuando van á casarse.

—Me estais distraiendo á mi pesar, don Francisco, dijo doña Esperanza, y la verdad es que me haceis comer.

—Pues eso quiero, señora, eso quiero; y como pronto habremos satisfecho el apetito, porque lo hacemos bien, voy á prevenirme para no tener que detenerme despues de que el almuerzo acabe. Hola Ginesillo, Ginesillo.

V.

Apareció Ginesillo todo solicitud y benevolencia, porque sabia bien que Quevedo tardaba muy poco en echar mano á su chafarote y á sentarle con mano fuerte.

—Oye Ginesillo, le dijo: súbito subitísimo, búscame una beata, que no faltará de ellas una docena en la vecindad, que no sea polvorosa, ni gangosa, ni apergaminada, ni de mogollon, como si dijéramos, á fin de que cuide á ese caballero enfermo y dé respeto á esta señora doncella, que no parece bien esté sola en un mismo aposento con quien no es su marido, por más que el triste no pueda, aunque quiera, sacar un pié fuera de la cama.

—Doña Sulpicia al canto, dijo Ginesillo, que es la dueña más fresca, más rolliza, y más aromática, y más limpia que yo conozco, y no tiene nada de mogigata, ni pegajosa, sino que es una muger más cabal, como seria de desear fuesen todas, y que vive de lo que asiste.

—Eso es mentira, ó esa no es dueña, dijo Quevedo; porque una dueña no puede tener nada bueno, ni aun la sombra, que tambien es cicatera y feble y mentirosa; pero venga esa dueña Canca-musa que más bien será *Cáncana*, y de las negras y venenosas; y que no tarde, que para lo que ha de estar al lado de esta doncella, cualquiera es buena: ¿qué tardas que no vas? dijo Quevedo haciendo ademán de levantarse é inclinándose hácia el sitio donde tenia su espada.

Ginesillo escapó.

—Comamos de esta anguila empanada, que no siempre ha de ser empanada de anguila, continuó Quevedo haciendo de nuevo el plato á doña Esperanza.

—Ah, yo no puedo más, dijo esta; he comido demasiado.

—Sí, demasiado poco y á pocos, pero para las golosinas ya os quedará algun apetito; tomad de esta salsa de guinda, y de esta compota de membrillo: pues no digo nada los orejones enmelados con Jerez que están aquí ansiosos de ser comidos.

Y á todo esto servia á doña Esperanza, y por su parte se despachaba á su gusto en la empanada de anguila, y echaba el ojo á una chocha-perdiz, envuelta en una túnica de tocino.

Siguió gracejando con doña Esperanza y haciéndole á veces reir.

Se tenia Quevedo por ácre y de alma seca, y sin embargo, con los débiles y los tristes era dulce como un niño, y cuidadoso como una madre, valiéndose de su gran ingenio para mitigarles la pena.

Quevedo blasfemaba de su corazon, porque su corazon habia sido siempre para él su mayor inconveniente.

Hacia ya algun tiempo que habia acabado de almorzar doña Esperanza, y empezaba con los postres crasos como el queso y los pestiños y los dulces de cocina Quevedo, cuando este volvió de una mara nerviosa y como espantado la cabeza.

Habia sentido ruido de camándula, lo que queria decir que se acercaba una dueña.

Entró esta.

Quevedo la abarcó con una mirada de basilisco.

—Conocido he, dijo, dueñas culebras, dueñas lagartijas, dueñas alcotanes, dueñas gimios, y dueñas diablos; pero todavía no habia conocido á la dueña elefante. Dios os guarde y tanto, que nadie os vea: y entre y sosiegue, que viene trasudada, y tome lo que quiera de lo presente y perdone lo dicho, que cuando al verla no he hecho la cruz no he hecho mucho.

—Y que me place, contestó con voz hombruna la gigantesca dueña. Conque ¿vos sois el señor don Francisco de Quevedo y Villegas, el de las jácaras y los romances picarescos? Pues diga, diga cuanto mal quiera de las dueñas y aun de mí misma, que á trueque de conocerle y de hablarle y de ofrecerme á servirle, cosas os oiré yo con contento, que no se las sufriria ni á mi abuela.

—Mónstruo, exclamó Quevedo; pantera que encojes las garras,

sirena disfrazada, yo os indulto de mi excomunion á las dueñas, porque tal sois, que pareceisme dueña extraordinaria que no entra en la regla comun; y ved qué silla toma para sentarse, no tengamos aquí una desventura, aunque si se sentára en el suelo no haria mucho, que bien alcanza sentada en el suelo con los codos á la mesa: proposicion he de hacer al rey nuestro señor para que os compren por lo que pidan y os metan en la casa de fieras. ¿Y casada fuisteis?

— Si señor.

— ¿Y con qué marido?

— Cuatro fueron.

— Créolo bien, porque si con vos dormian, debisteis de reventarlos al mejoraros de postura entre el sueño.

— Muriéronse enfermos del pecho, señor don Francisco.

— Créolo bien, porque lo mucho tira de lo poco, y debisteis vos quitarles toda la sustancia vital.

— De enfermedad fué esta gordura.

— Es que crecisteis tanto á lo largo como á lo ancho, porque pardiez, yo no os llego ni con cuatro veces al sobaco: en fin, doña Máxima.

— Doña Sulpicia, señor don Francisco.

— Tanto dá, doña Sulpicia Máxima, porque si fuérais lo contrario de lo que sois, seriais doña Sulpicia Mínima. Ah, yo me ahogo, me está fatigando vuestra gordura, como si en ella embozáraisme: salto y me escurro y corro á tomar el aire temeroso de que me absorbais, como sucede á los satélites en ciertos planetas: oid, doña Superlativa, aquí os quedais para guardar esta doncella y cuidar de aquel caballero mientras que yo volviese, que tardaré lo menos posible.

Y Quevedo tomó su daga y su espada, se las ciñó, se puso su capa y su sombrero, y desde la puerta miró con asombro á doña Sulpicia.

Despues se oyeron sus lentos pasos que se alejaban á lo largo del corredor.

CAPÍTULO LXXI.

De cómo Quevedo se libró de la lectura de una comedia y dió un mal rato al conde-duque de Olivares.

I.

Quevedo salió del meson de Paños, subió hácia la Costanilla de Santiago, y por la plazuela de Herradores y por la calle de la Caza, habia salido á Platerias meditabundo, cabizbajo y abismado por sus pensamientos.

La jovialidad que habia brillado en su mirada y en su semblante cuando hablaba con doña Esperanza y despues con la enorme dueña, habia desaparecido, reemplazándole una expresion biliosa, por decirlo así.

Tan distraido iba que á poco más se le echan encima las mulas de una carroza que adelantaba por Platerias.

El cochero refrenó.

Quevedo le miró con cólera y echó mano á la espada.

—Eh, don Francisco, don Francisco, dijo una voz que salia de una cabeza que asomaba á una portezuela de la carroza; dejad á mi criado, que yo le castigaré por haber puesto en peligro la vida del ingenio más grande del mundo.

Quevedo miró al que así hablaba y murmuró para sus adentros:

—¿Y quién te ha dicho á tí, infame, que no tiraria yo de la espada mejor para tí que para tu cochero?

Y dejando la empuñadura de la toledana, adelantó sonriendo.

—Buenos dias, conde, ¿cómo os vá y cómo os viene?

—Vame bien, y venísme mejor, dijo con su eterna fatuidad Villamediana, que él era; y tan bien me viene el que vos me vengais, que por mio os tomo y en mi carroza os meto y con nos me os llevo, que hace hermoso dia y tengo que consultaros.

Al oír la palabra consulta, Quevedo á quien importaba mucho conocer las intenciones de Villamediana, dijo poniendo el pié en el banquillo que al pié de la carroza habia puesto un lacayo,

—Pues encarrózome.

Y se entró en la enorme carroza de dobles dimensiones que los mayores coches de hoy.

Aquello más bien que una carroza, era un camarín encaramado á grande altura sobre cuatro enormes ruedas.

Cerróse la portezuela y la carroza echó á andar.

II.

—¿A dónde ibais? preguntó Villamediana.

—Despues á casa del conde-duque.

—¿Vos á casa del conde-duque?

—Yo: antes al Mentidero, á decirle á todo el mundo que me he vendido en cuerpo y alma al ilustre, eminente, sabio, provechoso y nunca bien como se debe alabado y ponderado egregio señor conde-duque de Olivares, mi grande amigo.

—Me maravillais, don Francisco, dijo el conde.

—Maravillado estoy de mi mismo de no haber hecho antes lo que hago ahora, contestó Quevedo, porque á la fin y á la postre con mantenerse firme y dejar que nos revengan los huesos en una prision y que de nuestra carne coman, maldito lo que nadie gana, y nosotros nos perdemos lo que nos ganariamos de salud y de dinero y de honras y de preeminencias por cometer el mal pecado de dar oídos y obediencia á nuestra soberbia.

—No me someto á creerlo, dijo el conde: si vos haceis eso, que más bien no será más que dicho, no le envidio la ganancia al conde-duque, porque brava será la zancadilla que le tendreis preparada.

—Hombre soy de malos zancajos para esto de zancadillas, dijo Quevedo; pero ¿á dónde me llevais?

—Ya que os decis amigo del conde-duque, no vario mi intencion de ir al jardin del Buen Retiro, donde al templado sol que hace y en medio de una soledad hermosa en que el arte mejora á la natu-

raleza, pensaba pulir y acabar una comedia que traigo entre manos, y que me desasosiega, porque tiene que estar corriente muy pronto para que pueda hacerse la tramoya, que será muy grande y muy vistosa, como nunca se ha ofrecido á los admirados ojos de la muchedumbre, y que ha de representarse en Aranjuez el dia 8 de abril de este año.

—Ah, comedia palaciega. Apóteosis de un real natalicio.

—En efecto, para eso se hace, para celebrar los diez y siete floridos y venturosos años del rey nuestro señor.

—¿Y cómo se intitula esa comedia?

—La Gloria de Niquea.

—Ah, sí, murmuró Quevedo, aquella gloria en que estarán los angelitos hasta el pescuezo.

—¿Qué decís, don Francisco? voy poniéndome un poco tardo del oido.

—De tanto abuso de palabras escuchadas: decia, pues, que me parece maravilloso el título y de gran significacion: *la Gloria de Niquea*, muy bien: ¿y qué personajes hay en esa comedia?

Sacó el conde de debajo de su ropilla un mamotreto, dobló la cubierta y leyó:

—La Diosa de la Hermosura, Niquea, la Corriente del Tajo, el mes de Abril, la Edad, Amadis, Dariel escudero, Danteo pastor del Tajo, La Noche, La Aurora, Cuatro gigantes, Alvida Ninfa, Lurcano, Aretusa Ninfa.

—Bien, muy bien, dijo Quevedo; ¿y quién va á representar esa comedia cortesana?

—La reina y sus damas, contestó con una gran infatuacion el conde.

—Ah, ¿su magestad se mete á cómica?

—Su magestad no habla en la comedia.

—Pues si no habla, ¿qué papel hace?

—La Diosa de la Hermosura.

—Guarda, guarda, Villamediana, dijo Quevedo, no sea que su magestad repare en que convertís en diosa á su muger.

—¡Ah, su magestad me estima mucho!

—Más vale así: y decid, conde, ¿qué papel haceis vos en la comedia, el de Amadis?

—No, no por cierto; yo no tomo en la comedia más parte que la de haberla compuesto.

—Ya, vos os quedais entre bastidores.

—Es el lugar más seguro y desde donde se vé mejor.

—¿Y qué afortunado galan hace el papel del enamorado Amadis?

—No será galan, sino dama.

—¡Ah, ya! Vos no quereis que salgan de la boca de ningun hombre las ternezas que sin duda dirá Amadis á la Diosa de la Hermosura: conde, conde, soy caritativo y os repito lo que ya os he dicho otras veces: andaos con pies de plomo, no fieis de apariencias; mirad, que aunque no sois muy niño, podeis vivir naturalmente aun muchos años.

—Ya sabemos que vos sois muy prudente, don Francisco, dijo sonriendo de una manera intencionada Villamediana.

—En la córte toda prudencia es poca: y decid, ¿sabe el conde-duque que vos componeis esa comedia?

—Ya lo creo; como que la idea es suya.

—Ah, pues no creia yo fuese poeta el conde-duque de Olivares, mi amigo.

—No he querido yo decir, replicó vivamente el conde herido en su amor propio de autor, que la idea, esto es, el asunto de la comedia sea del conde-duque: la idea, la única idea que el conde-duque ha tenido, es de que se solemnice el natalicio de su magestad con una comedia alegórica y de tramoya que se represente en Aranjuez en el jardín de la Isla.

—¿Y quiénes van á representar con la reina?

—¿Quiénes si no la señora infanta y las señoras de la cámara de su magestad?

—¿Y habiendo dos tan altas personas como la reina y la infanta en la farsa, no hay ninguna persona baja?

—Sí por cierto, la negra cantora de su magestad.

—¿Y qué representa ese hollin?

—La Noche.

—Bien pensado, dijo Quevedo; pero antójaseme que no me leeis hoy vuestra comedia.

—¿Y por qué, don Francisco?

—Porque hácia aquí viene, apenas entrados en jurisdiccion del Buen Retiro, un gentil-hombre del conde-duque, que habiéndoos conocido sin duda por las libreas de vuestros criados, viene á hablaros.

III.

En efecto, la carroza paró por una indicacion que hizo al cochero el gentil-hombre del conde-duque que se acercaba, y llegado que fué, dijo al conde de Villamediana que se habia asomado á la vidriera:

—¿Sabe vucencia que está aquí mi señor, ó viene como otras veces á pasear por los jardines?

—A pasear venia, contestó el conde, con mi grande amigo don Francisco de Quevedo; pero puesto que está ahí el señor don Gaspar, iremos los dos á besarle las manos. ¿No os parece bien, don Francisco?

—¿Que si me parece bien? De ángeles, contestó Quevedo. ¿Pues hay algo en el mundo que yo estime tanto como el conde-duque?

Y luego añadió en voz ininteligible:

—Para ahorcarle.

—Mi señor, continuó el gentil-hombre, ha visto desde los miradores la librea de vucencia y me ha enviado á decirle que necesita urgentemente hablarle.

—Pues allá vamos, allá vamos, caballero, dijo Villamediana.

Trataban de esta manera respetuosa al gentil-hombre, porque en aquellos tiempos en que los favoritos hacian lo que querian y se permitian todo género de enormidades, tenian una servidumbre semejante á la del rey.

Los gentiles-hombres de estos soberbios señores eran como los del rey estimados, y no se daba este cargo sino á caballeros que á veces querian más ser gentiles-hombres del favorito que gentiles-hombres del rey.

En cambio, el favorito abusaba de ellos más que el rey de los suyos.

En un caso semejante, el rey hubiera dado la orden á un gentil-hombre, el gentil-hombre á un ugier, y este hubiera ido á llevar el recado.

IV.

Saludó el gentil-hombre, se retiró, cerró el vidrio el conde de Villamediana, y la carroza siguió hasta el vestibulo del palacio del conde-duque, que estaba situado en el mismo lugar donde hoy lo está el de San Juan.

Pero era infinitamente más suntuoso aquel palacio que el actual.

Como que aquel lo había costeado España, y el que hoy existe lo costeó un rey, y un reino es siempre más rico que un rey.

Lo que quiere decir que un favorito que explota al reino, era más rico que un soberano que solo tenía lo que el reino le daba.

V.

Subieron por las anchas escaleras de mármol de Carrara, atravesaron ostentosos recibimientos, y se encontraron al fin en una suntuosa cámara en cuya chimenea ardía medio monte de leña del Pardo.

—¡Oh, bien venidos seais, amigos míos, bien venidos! dijo el conde-duque saliéndoles al encuentro y dándoles al mismo tiempo las manos, solo que dió la izquierda á Villamediana y la derecha á Quevedo: ¿cómo tan juntos?

—Cautivóme en Platerías el conde, dijo Quevedo, cuando iba yo á buscaros á vuestra otra casa de la calle de la Almudena; metióme en su carroza, y con intencion de encajármela, desenvainó una comedia que medio ha compuesto para cierto natalicio; indulgíame de ella sin más pena que oír los nombres de las personas, y cerréme á banda porque con mis versos me sobra y de ellos ando ahito. Venirle con versos á un hijo de Apolo, es lo mismo, don Gaspar, que empeñarse en atracar de pan á un panadero, ó á un confitero de confites: pero alégrome, porque cautivándome, me ha traído á vos, á quien no hubiese encontrado en vuestro otro palacio, y á fé á fé que lo hubiera sentido, porque tengo que hablaros de cierto negocio que no admite espera.

—Pues veamos, don Francisco, veamos, y perdonad vos, Villamediana, que harto lugar tendremos de hablar nosotros.

Y se llevó á Quevedo al hueco de un balcon.

—Volveos de espaldas, le dijo Quevedo, que cuando es posible que se nos mude el rostro, no es prudente que nadie lo vea; aunque bien es verdad que con los necios se está á salvo de adivinanzas por los movimientos del semblante.

—¿Tan grave es lo que teneis que decirme, don Francisco? preguntó con cuidado el conde-duque.

—Grave sí, no sé si para vuestro corazon ó para vuestro amor propio, porqué se trata de doña Esperanza de Salvatierra.

—¿Pues qué, dijo el conde-duque poniéndose pálido, no he con-

sentido ya en que se case con ese don Alonso de Fuensalida probándoos cuánto estimo vuestra amistad cuando he cedido á esta condicion que me habeis impuesto, porque la verdad es que amo á doña Esperanza?

—Esperanzas tendreis de sobra, don Gaspar, y por lo mismo esta no es cuestion de corazon, sino de amor propio, y siento, siento en verdad tener que haceros una nueva peticion de doña Esperanza; pero que me condene si tengo parte alguna á donde llevarla como no sea á casa de la señora condesa de Santurces y me guardaré muy bien de ello.

—¿Y bien, qué? dijo el conde-duque.

—¿Qué ha de ser? que doña Esperanza es huérfana, que no tiene en Madrid parientes, que es forzoso que se case con don Alonso de Fuensalida; y como esto no puede hacerse en dos dias, primero porque don Alonso está muy mal herido, y despues porque es necesario cumplir con lo que estableció respecto al matrimonio el santo Concilio de Trento, es necesario tambien que doña Esperanza esté en una parte tal y tan autorizada que no padezca menoscabo alguno su buena y limpia fama de honrada doncella, he pensado que en ningun parte podia esperar mejor el dia de su casamiento que en vuestra casa y bajo el amparo de vuestra buena muger la virtuosa señora doña Beatriz de Zúñiga.

—¿Y bien?... dijo despues de un momento de vacilacion el conde-duque.

—Y bien, que necesito una carta vuestra de presentacion para mi señora doña Beatriz de Zúñiga, que me conocerá indudablemente de nombre porque de nombre me conoce todo el mundo, pero no en persona, porque yo como los gatos huraños me ando por los zaquizamies y nunca entro en los grandes salones, por donde solo anda vuestra noble esposa.

—Hareis de mí lo que querais, don Francisco, dijo el conde-duque; voy á daros una carta para doña Beatriz.

Y el conde-duque se fué á una mesa y escribió.

Villamediana se habia sentado junto á la chimenea, y se recreaba leyendo su comedia.

Quevedo tocaba el tambor con los dedos en la vidriera del balcon, y recibia con cierta delicia el hermoso sol de invierno que penetraba por ella.

El conde-duque volvió y dió una carta abierta á Quevedo.

—Pues con vuestra licencia, dijo Quevedo, que esto urge.

—Esperad, dijo el conde-duque; no habeis de iros á pié desde aquí á la Almudena.

Y el conde-duque fué á la mesa y agitó una campanilla de oro. Apareció al momento un gentil-hombre.

—Que pongan luego luego una carroza para el señor don Francisco de Quevedo, dijo el conde-duque.

Y se volvió al balcon donde Quevedo estaba.

—Entre tanto, dijo el conde-duque, tengo que daros una noticia para que no me culpeis.

—¿Y qué?

—El rey sabe lo del soneto.

—¡Ah! ¿y cómo lo sabe? dijo Quevedo.

—Lo ignoro; estamos rodeados de intrigas sordas que no conocemos; el rey me habló de ello, y aun me mostró copia del soneto; despues se fué á visitar á su magestad la reina, y creo que ha habido grandes explicaciones.

—¿Y qué ha resultado?

—Nada; el rey no me ha dado órden alguna contra Villamediana.

—¿Y creéis?.. dijo Quevedo.

—Oh no, no: yo no puedo creer nada en daño de la reina, dijo el conde duque; solo creo que Villamediana es un necio que se está perdiendo; esa comedia que ha compuesto, que va á presentar al rey para que se represente el dia de su natalicio en Aranjuez, el alto cargo que en palacio tiene el conde y lo muy emparentado que está con altas personas, me obligan á ceder á sus necesidades; pero esto acabará mal; me parece que el conde se pierde.

—Ah, dejad, dejad correr las cosas, contestó Quevedo envolviendo la verdad de su pensamiento en el tupido velo de su diplomacia; dejad, dejad marchar las cosas, que todo podrá ser que nos encontremos libres de grandes obstáculos.

—Eso creo yo tambien, dijo con cierta expansion el conde-duque creyendo que de todo punto se le vendia Quevedo.

—Pero adios, don Gaspar, adios, dijo este; que donde está doña Esperanza no puede estar mucho tiempo, y es necesario ponerla cuanto antes bajo el noble amparo de mi señora doña Beatriz de Zúñiga.

—Id, id, don Francisco, que tanto por ser vos quien sois, como por la carta que llevais, doña Beatriz os recibirá bien.

Quevedo se fué á Villamediana, le dió la mano y le dijo:

—Tened mucha cuenta con vos, os lo aviso como cristiano.

—Bah, vos veis siempre las cosas negras, don Francisco.

—Púsome negro el humor la fortuna.

—Pues como la mia es cada vez mejor, me la pone cada dia más de color de rosa y más encendida.

—Dios quiera que no os la pongan roja, y adios, que tengo mucho que hacer.

—Adios, don Francisco.

El conde-duque acompañó hasta las escaleras á Quevedo.

Este bajó murmurando:

—Me parece que en todo lo que pongo mano me equivoco, y que cuando más quiero acertar más yerro: paréceme que la reina está perdida, pero no importa, tiempo queda, y para verdades el tiempo.

Y metiéndose en una carroza que encontró al pié de las escaleras, se hizo conducir á la gran casa situada frente á Santa Maria, que fué del duque de Lerma, despues del de Uceda, por último de Olivares, y que hoy se conoce con el nombre de casa de los Consejos.

CAPÍTULO LXXII.

De cómo la condesa-duquesa de Olivares era más casamentera de lo que parecía.

I.

Doña Beatriz de Zúñiga, hija de aquel suave diplomático don Baltasar, que supo hacer su negocio sin hacerse enemigos y sin adquirir mala reputación, como otros tantos que conocemos que se están á la capa y hacen su agosto con todo el mundo sin ofender á nadie; doña Beatriz de Zúñiga, repetimos, esposa del conde-duque de Olivares, era una excelente señora; y casi, casi, una santa que en nada intervenía en los negocios públicos, y que se reducía á rogar á Dios por su marido.

Cuando recibió la carta de este recomendándola á Quevedo, le hizo entrar al momento y le recibió regocijada.

—A buen agüero tengo, dijo Quevedo, la buena cara que vuecencia me pone, señora, porque yo creo que si mi suerte es mala consiste en que solo me trato con pícaros.

—Ah, don Francisco, don Francisco, vos no sois bueno, dijo doña Beatriz; y lo prueban vuestros romances, que no se pueden leer por lo mucho que pican.

—¿Leídos los habeis, señora?

—El principio de tres, de lo cual no pasé en cuanto no me supo bien la lectura, y por ello díjeme: muy olvidado de Dios anda este don Francisco cuando en tales licencias deja correr su docta pluma, porque eso sí, vuestros escritos sérios instruyen y convencen.

—Muchas gracias, señora, cuando escribo serio hablo conmigo

mismo, porque estoy seguro que nadie me entiende, y para que todos entiendan lo que hablo y quiero decir, vóime por lo licenciado, porque ahora nadie lee un papel, ya sea en prosa ó verso, sino muerde como perro que rabia ó no pica como guindilla: culpa es de los que leen que se aficionan á la maledicencia, y no del que escribe, porque de algun modo ha de hacer para que llegue al vulgo su sátira correctora.

—Disculpas son esas que no contradigo porque temo meterme con vos en contestaciones, porque seria gran atrevimiento en mí que con un entendimiento sencillo me pusiese á disputar con un tan grande ingénio como vos, que á todo encontrais disculpa y buena salida; pero reconociendo mi buena intencion, dejadme que os dé un consejo: ¿por qué no os casais?

Hizo un enérgico movimiento de extrañeza y contrariedad Quevedo, y dijo:

—Venido soy aquí, señora, para que me favorezcáis, no para que me ajusticieis ó para que por lo menos me echeis en vivo corroza y sambenito.

—Todo eso es porque os aconsejo que tomeis estado.

—Tomara yo antes á punta de lanza el estado de Flandes contra todos los esguizaros del mundo, que tomar el estado del matrimonio, que en lo primero solo arrostraba la muerte, y aun así meritoria á Dios porque la recibiria de mano de herejes, y en lo segundo, solo hallaría infierno y angustia y pesadez en la cabeza. ¿Casado quereisme? Pues mejor me pareceria que me quisiéseis muerto, que cayendo en el caso grave de que viniesen á recitarme en mis narices mis propios romances y mis propias letrillas, y me hiciesen la mamola y me tirasen tomates y tronchos por esas plazuelas.

—Pues si no quereis vos casaros, dijo doña Beatriz, ¿por qué quereis casar á todo el mundo?

—Porque hay sinos, señora, y al que nace con sino de arrastrar carreta, no hay que irle á la mano; y en fin, porque Dios ha hecho á cada animal para su cosa y no hay que lanzar al aire el pez ni sumergir en el mar al ave: para todo se necesita vocacion; cásense los que nacen maridos, que yo nací águila libre para volar sin rémora por todas partes.

—Pues juro á Dios, Quevedo, dijo doña Beatriz, y cuidado, que yo temo tanto á Dios, que nunca juro en vano, que mis amigas y yo hemos de hacer una conjura para casaros.

—Pues os declaro por enemigas mias á muerte, y en todo lo to-

cante á este asunto, guerra os haré sin tregua, y veremos quién vence á quién.

—En buen hora, admitido el reto, dijo doña Beatriz.

—Protesto, dijo Quevedo; entiéndase, que de retar á defenderse hay una gran distancia.

—Convenido, don Francisco, convenido; pero os casaremos, y o lo juro.

—¿Y cuándo, señora? para prevenir los cirios y la mortaja.

—Ah, no; es el caso que os habeis de casar por vuestro gusto, y aun enamorado.

—Ah, respiro; tengo tanta confianza en mí mismo, que bajo esas condiciones estoy seguro de que no me caso nunca.

—Lo veremos, don Francisco, lo veremos, y que ya hace años que ha nacido vuestra enamorada.

—Ah, ¿con que ya conoceis á la novia? dijo Quevedo: ¿y quién es, señora? ¿quién es?

—Ah, si os lo dijéramos, os prevendriais: ello ha de venir por sus pasos.

—¿Y hace muchos años que nació esa futura señora mia?

—No baja de quince, ni pasa de veinte.

—¿Hermosa?

—A maravilla.

—¿Noble?

—Como el rey Wamba.

—¿Rica?

—Señora de título.

—¿Y ámame?

—Con toda su alma.

—¿Y se llama?

—Alto allá, don Francisco; el nombre está vedado, porque no ha de ser ella quien ha de buscaros, sino vos quien la busque, ni haria yo por nada del mundo oficio de casamentera.

—Permitidme, señora, que dude del amor de una dama jóven, rica y hermosa, por este pobre poeta mal traído y mal llevado, enfermo y triste, y aunque no por los años, por las dolencias y las desgracias viejo.

—Os olvidais de que teneis alma, y de que las mujeres bien nacidas y mejor criadas, estiman más el alma que el cuerpo.

—Metídome habeis en confusiones, señora, y si esto supiera, no viniera á vos ni por todas las esperanzas del mundo.

—¿Y con qué esperanzas veníais, don Francisco?

—No venia yo con esperanzas, sino por una doña Esperanza que se quedó huérfana, que donde morar honradamente no tiene, que ha de casarse, y que mientras se casa, ha menester de una señora tal como vos que bajo su amparo la tenga: conócela en fin mucho el conde-duque mi señor y mi amigo, mi demanda sabe y á vos me envía.

—¿Me dais vuestra palabra, don Francisco, de que esa jóven es digna de que una honrada dama la tenga bajo su techo y en su compañía?

—Ah, yo os lo juro, señora: quedóse sin padre por un crimen; salió espantada huyendo, dió en casa de la condesa de Santurces, de donde para trasladarla á este punto la sacaron de noche: robáronla unos bandidos, pero yo la libérté de ellos y ahora está en un meson con su prometido esposo, pero autorizada por una honrada dueña.

—Basta, basta, don Francisco; no creo que viniendo encomendado este asunto por mi marido y mediando vos, me pidais cosa que pudiera pesarme: voy pues á mandar que enganchen una carroza.

—Haila enganchada á la puerta, señora; la en que he venido yo desde el palacio del Buen Retiro.

—Ah, pues entonces dadme licencia para que vaya á cobijarme, que al momento vuelvo y vos me acompañareis.

Y la condesa-duquesa salió.

II.

—Honrada, bien nacida, mejor criada, que no baja de los quince ni pasa de los veinte, hermosa, rica, señora de título y de buen entendimiento puesto que se enamora del alma... del ave fénix tan hablado, don Francisco, no te fies, no sea esto añagaza mortal que te ponen ante el apetito por vengarse de tí algunas damas recoletas: mujer que se enamora del alma, y ¿dónde está ese milagro? Antójase me que la señora doña Beatriz de Zúñiga tiene más puntas de traviesa que de pícaro su marido: apenas me vé me echa el lazo y no pretende menos que ahorcarme del árbol del matrimonio: y si tan recomendada es esa buena hembra que de mí se ha enamorado sin conocerme, sin duda por lo que de mí ha leído, ¿por qué no te dá su nombre? En guardia, don Francisco, y ya que has caído de

bruces con el marido, no vayas á caer tambien con la mujer; al conde-duque puede armársela mañana, pero una vez casado, no hay medio de librarse de la cadena sino rompiéndola: por estas roturas ahorcan cuando debieran premiar al que una mujer mata, porque la mejor da cien veces al día motivo para que su marido la mate: y ¿por qué habré yo reposado tanto en esta idea? ¿si tendrá doña Beatriz gracia para hacer casamientos? pues con no volverla á hablar en toda mi vida, me libro del encanto, si le hay. Pero aquí viene, compongámonos y preparémonos, que me parece más serio hablar con esta que con su marido.

III.

Apareció doña Beatriz cobijada con un magnífico manto, y dijo á Quevedo:

—Acompañadme, sois mi caballero; debiera decir mejor, guiadme.

Quevedo salió precediendo á doña Beatriz.

Bajaron las escaleras, atravesaron el ancho zaguan y llegaron á la carroza.

Entró en ella doña Beatriz, y al entrar Quevedo, dijo al criado que quitaba el estribo:

—Al Meson de Paños, por la costanilla de Santiago.

IV.

Poco despues Ginesillo que estaba á la puerta del meson, veia con asombro que delante de él paraba una carroza de córte que tenia en las portezuelas un gran escudo con corona de duque, que salia de ella Quevedo y que daba la mano á una muy ilustre dama que de la carroza bajaba.

—Válgame Dios, dijo doña Beatriz, y que en tal lugar está esa dama.

—Donde se ha podido, señora, donde se ha podido, contestó Quevedo; pero aunque esta parte baja como de posada, es fea y mala, las habitaciones de arriba son ya habitaciones muy honradas, aunque no tanto que se pueda tener á honra el estar en ellas.

Y Ginesillo guiaba gorra en mano, y Quevedo llevaba de la mano á doña Beatriz por las estrechas y pendientes escaleras que conducian á los corredores, donde con un gran número uno sobre la

puerta, estaba situada la habitacion en que se encontraban don Alonso, doña Esperanza y la dueña elefante como la habia llamado Quevedo.

Entraron.

Doña Esperanza, que estaba junto á un brasero, se levantó.

La enorme dueña que ocupaba una gran silla, que habia sido necesario llevarla, se levantó tambien.

—Y bien, dijo doña Beatriz, ¿es esta jóven la dama de que me habeis hablado, don Francisco?

—Si señora, dijo Quevedo, esta es doña Esperanza, huérfana del capitán inválido don Mendo de Salvatierra.

Y luego, presentando á doña Esperanza, doña Beatriz, la dijo:

—La excelentísima señora condesa-duquesa de Olivares.

—¡Oh Dios mio! dijo doña Esperanza poniéndose densamente pálida.

—Oh, nada temais, hija mia, nada temais, dijo doña Beatriz equivocándose acerca de la causa de la palidez de doña Esperanza, porque no sabia que el empeño de su marido por ella era el que habia causado la muerte de don Mendo de Salvatierra: nada temais porque conmigo os llevo, y estando á mi lado estareis bien amparada.

—¡Oh señora, cuánta bondad! dijo doña Esperanza.

—Dejemos, dejemos eso, dijo doña Beatriz, y salgamos: no es conveniente que esteis por más tiempo aquí, ni yo quiero estar tampoco.

Y asiendo de la mano á doña Esperanza, la llevó consigo.

Quevedo las acompañó hasta la carroza.

Cuando estuvieron en ella, doña Beatriz dijo:

—Adios, don Francisco, tendré mucho gusto en volveros á ver por mi casa, tenemos que hablar de lo que sabeis.

—Ah, no me digais eso, señora, porque no me atreveré á ponerme en vuestra presencia; pero confiado en que tendreis caridad de mí y no querreis perderme, iré á veros muy pronto.

—Pues hasta la vista, don Francisco.

—Adios, dijo doña Esperanza.

—Adios, señora mia, adios, contestó Quevedo, cerrando la portezuela.

Y dejó la carroza: y luego volvió al aposento donde quedaban don Alonso en el lecho y doña Sulpicia hecha una pieza con lo que habia visto.

—¿Y para qué se lleva á doña Esperanza la condesa-duquesa de Olivares? dijo con ansiedad don Alonso.

—Para tenérsela depositada, guardada, cuidada y engordada de tal manera que os alegre mucho de que hasta ser vuestra esposa haya estado en tales manos.

—Ay, don Francisco, que esta herida mia es muy grave y temo que no me consienta llegar á mi felicidad.

—Reposad, reposad, don Alonso, y estad tranquilo; sobre todo, no habéis: con el viage aunque pequeño, os habeis recargado y tenéis algo de fiebre; os impongo pues, silencio y docilidad; lugar tendremos para hablar: entretanto, aquí no ordena y manda nadie más que yo, y ordeno y mando que os quedeis solo á fin de que reposeis.

Y saliéndose de la alcoba se dirigió á doña Sulpicia.

—Supongo, la dijo, que vos tendreis siempre ganas de comer.

—Oh, eso sí, si señor, dijo doña Sulpicia: gracias á Dios, no he perdido todavía el estómago ni el apetito.

—Ni yo tampoco, dijo Quevedo, tengo un hambre que rabio, y eso que hace cuatro horas que almorcé como un tudesco, pero yo creo que cuanta más tarea se le dá al estómago más quiere; y que se come mucho mejor cuando se ha almorzado bien, que cuando se ha ayunado. Hola, Ginesillo, hijo, la comida, dijo Quevedo dirigiéndose á la puerta.

Y poco despues fué servida la comida mucho más opípara que el almuerzo de que ya dimos cuenta á nuestros lectores.

CAPITULO LXXIII.

En que se dá cuenta de la respectiva posicion de nuestros personajes, y de un encuentro desagradable que tuvo el señor alcalde de Casa y Corte Pedro Gutierrez de Santisteban.

I.

En este lugar hay una laguna casi de dos meses, en que no aconteció nada notable, como no fuera la retirada del teatro de María Calderon.

Retirada, cuya causa supo todo el mundo, porque muy pronto se hizo público que María Calderon era la favorita de Felipe IV.

Don Lope lo tomó esto con paciencia, porque como era de la última que llegaba, andaba muy metido en amores con su tia la señora condesa de Santurces, y esperando con ansia la dispensa que habia de legitimar su union.

La condesa á medida que se acercaba el dia de las bodas, iba perdiendo su mojigatería y pareciéndose con exceso á las mujeres que saben que han nacido para amar y ser amadas.

Llevaba á todas partes á título de sobrino suyo á don Lope, y de tal manera, que ya hasta los menos maldicientes tenian algo que decir.

Y no era esto solo, sino que como don Lope estaba acostumbrado á los amores de las damas galantes, se llevaba á la condesa de Santurces que estaba loca por él, á merendar á la puerta de Atocha y aun á cenar alguna noche en la hostería de los Tudescos.

No porque la condesa de Santurces tuviese necesidad para merendar y cenar bien de salir de su casa, sino porque decia don Lope que aquellas meriendas y cenas fuera tenian color de aventura, y que el amor es tanto más sabroso cuanto es más aventurero.

La condesa cerraba los ojos á todo miramiento, contenta porque daba gusto á su sobrino y se dejaba arrastrar á locuras.

Así son generalmente las beatas que dicen que aborrecen á los hombres, cuando llegan á demostrar que los quieren: de un extremo pasan al otro.

II.

La buena condesa de Santurces no tenia remordimiento alguno de tanto malo como habia hecho en contra de la reina, solo por alcanzar á aquel sobrino á quien tanto amor y tan desordenado habia tenido encubriéndole.

De la misma manera la vieja duquesa de Sástago andaba dando poco ménos que escándalos, yendo á todas partes con su primo el buen mozo, con el conde de los Barbados que habia consentido en casarse con su horrible prima y la hacia el amor de la manera más amartelada del mundo, porque el conde-duque le habia prometido el vireinato de Méjico si se casaba con su prima.

Causóle la sola proposicion repeluzno y horror al conde de los Barbados, pero no tenia muy arreglada su hacienda: tres años de vireinato eran tiempo y ocasion bastante para hacer una gran fortuna, y mirando á su conciencia, cerró los ojos y envistió con la vieja.

Pero se necesitaba tambien dispensa y habia que esperar algun tiempo, por más que la solicitud hubiese ido á Roma muy recomendada por el conde-duque.

III.

Este disponia en cuerpo y en alma contra la reina de aquellas dos honradas señoras, y lo iba preparando todo para dar á la reina el golpe de gracia.

IV.

Parecia como que el rey y la reina se llevaban bien, comian casi siempre juntos y salian muchas veces en público juntos en carroza.

Pero la situacion interior era tirante.

Los dos jóvenes esposos se amaban, pero estaban alejados: ella resentida del rey, el rey receloso de ella.

Para consolarse de estas amarguras intimas del matrimonio, el rey iba todas las noches al mediar á casa de la Calderona, y no salia de ella hasta el amanecer.

María Calderon parecia lo más feliz del mundo, y ó lo era en efecto, porque desengañada de don Lope, la hubiera fascinado el frenético amor que por ella sentia el rey, ó si lo aparentaba, fuerza era confesar que aunque se hubiese retirado del teatro, Maria Calderon era una cómica sublime.

Y para desencantarse completamente de don Lope, la habia dado este causa y razon bastante, solicitándola de una manera tenaz despues de que era pública la intimidad del rey con ella.

María no pudo menos de despreciar á don Lope: por lo mismo podia suceder que necesitada de amor hubiese amado con toda su alma al rey.

V.

Otra venta miserable del alma se habia consumado.

Al mes justo del encuentro de Quevedo con Mercuelo al revolver de una esquina de la calle del Nuncio, que costó la pérdida de un ojo á aquel servil satélite del conde-duque, este le casó por mediacion de la condesa de Sástago con la doncella de esta Estefania.

Venta fué aquella, porque se dotó convenientemente á la joven, lo que le endulzó el disgusto de casarse con un sér tan raquitico, tan repugnante, y además tuerto, como Mercuelo.

Y habiasele quedado el ojo sumido, recosido, seco, repugnante.

En cambio toda la vista se le habia recojido en el ojo derecho, y no se sabia cuánto parlaba, cuánto veia, cuánto se alargaba, cuánto bufoneaba, renegaba ó maldecia, aquel ojo verde pequeño y diabólico, cuyos párpados estaban siempre rojos de irritados.

Sin embargo, Estefania, habia tenido arte bastante para hacer

creer á su marido que le adoraba, y para que no conociese que á quien adoraba verdaderamente era á un lacayote záfio de la duquesa de Sástago, que se alegró mucho del casamiento de su amada porque con él se le aumentaron los provechos.

El mundo siempre ha sido lo mismo.

Siempre ha habido pájaros de la especie de este lacayo para las malas mujeres.

¿Y qué ha de hacer un pobre á quien la pobreza ha hecho filósofo sin una de estas diosas que sea su providencia?

VI.

Llegaron al fin las dispensas.

Casáronse primo y prima, tía y sobrino.

Púsose completamente bueno don Alonso de Fuensalida, y con gran sentimiento del conde-duque y gran contento de la condesa-duquesa y de Quevedo, se celebraron las bodas, siendo los padrinos el conde-duque y su esposa doña Beatriz de Zúñiga.

Pero no teniendo valor el conde-duque para asistir á las bodas de una mujer por quien tanto se habia empeñado, hizo que al rey se le ocurriese ir á cazería al Pardo, y con el pretesto de que no podía dejar de acompañar á su magestad, faltó á la celebracion del matrimonio.

Por decontado que como no habia terminado el luto de doña Esperanza por su padre, aquellas bodas se hicieron sin ostentacion.

Hubiera partido de buena gana para Córdoba con su mujer don Alonso, pero le quedaba un deber que llenar en nombre de Andrés del Páramo, esto es, pagar á todos sus acreedores á quienes habia tomado dinero prestado en el camino.

Entendióse Pablo el Renegado con Juan García, que no se presentaba á su amo porque este enamorado andaba siempre con doña Esperanza, y esta creia que Juan García habia sido ahorcado.

Este habia sumado las cantidades y con sus réditos al seis por ciento, resultaba que debia á sus acreedores Andrés del Páramo, diez mil y quinientos ducados. Y como le habian sido devueltos sus bienes con sus rentas al señor don Alonso de Fuensalida, este entregó á Pablo el Renegado once mil ducados: los quinientos sobrantes, para mantener la gente que debia acompañar á Juan García al pago, y se dió el raro ejemplo de que aquellos dos honrados ladrones no pensaron ni por un momento en quedarse con aquel dinero, sino

que Juan García, montó á caballo y acompañado de diez hombres con un pasaporte en regla y haciendo el itinerario con arreglo á los nombres y lugares de residencia que aparecian en un cuaderno, invirtió no menos que un mes en ir pagando, y no se dió el caso de que no encontrase ni á un solo acreedor, lo cual no hubiera sucedido ciertamente si hubiera ido á buscar deudores.

Juan García, entregó á Pablo el Renegado el cuaderno con el recibí de cada uno de los prestamistas, al lado de su nombre; y al dárselo, le dijo:

—Que nombre el señor á quien quiera para ir recorriendo los pueblos por donde he andado á informarse de si es cierto que se han pagado las cantidades que aquí aparecen como recibidas.

—Tanta confianza tiene en tí el señor, contestó el Renegado, que me ha dicho que no puede pasar sin tí, que te andes por esos mundos de Dios tres ó cuatro años y que al cabo de ellos vuelvas, que ya se habrá olvidado de tí doña Esperanza, y para que puedas sostenerte me ha ordenado te entregue cuatro mil ducados.

—Tómolos, dijo Juan García porque sin ellos no sabria qué hacerme.

Y tomando aquella cantidad en buenos doblones de oro, Juan García, montó á caballo, y saliéndose por la Puerta de Toledo tomó el camino de Andalucía.

Cuando hé aquí que en mala hora, al revolver por la salida del Puente de Toledo para tomar la carretera de Andalucía, se encontró manos á boca al perinclito alcalde de Casa y Corte Pedro Gutierrez de Santisteban, que caballero en una acémila y seguido de alguaciles á pié y de un mozo que traía en una acémila atasajado un difunto que habia sido muerto violentamente, venia de las afueras á donde le habia llamado en cumplimiento de su deber aquel delito.

VII.

No puede concebirse un buen juez que no sea buen fisonomista, como tampoco escribano á quien se despinte preso que haya tenido una vez entre sus garras.

Así es que en cuanto vieron á Juan García el señor Pedro Gutierrez de Santisteban y su secretario el señor Ponce le reconocieron.

Juan García, iba á la ligera sobre un buen caballo sin más

armas que daga y espada y un par de pistoletes al arzon.

Alentáronse al ver esto alcalde y secretario, y el primero echando encima su mula á Juan García, le dijo todo hosco con gesto de vinagre y con la voz trémula de cólera y de impaciencia:

—Dése preso el ladron á la justicia del rey nuestro señor.

—Cuidado con lo que se dice, señor alcalde, contestó tranquilamente Juan García, que si ayer lo fui, no lo soy ahora, y no he de permitir se me llame hoy como se me llamaba antes.

—¿Conque no sois vos ladron? dijo el señor Pedro Gutierrez: como si yo no os conociera, como si no hubiérais cometido el desacato de violentarme y de encerrarme y de tenerme allá hasta que otro, de quien no quiero acordarme, fuese á echarme fuera.

—¡Ah, sí! pues hágame usía el favor de devolverme una bolsa que me dejé sobre la mesa del aposento de la casa en que le dejé encerrado, dijo Juan García.

Púsose verde y lívido el alcalde.

—Vive Dios que os he de ahorcar, dijo: ¡á ver, ministros, echadle abajo del caballo, desarmadle y atadle y quede embargado el caballo para responder de las costas!

—Hágame usía la merced, dijo Juan García, de leer este papel antes de que esos honrados ministros me toquen.

—¿Y qué papel es ese?

—Por este papel resulta, que si ayer fui bandolero, hoy no lo soy porque me ha quitado del oficio el rey nuestro señor.

—¡Ah pecador de mí! dijo Pedro Ponce; y que es verdad que este era de la cuadrilla de Andrés del Páramo que por su magestad ha sido indultado. Y ¡pardiez! que este testimonio que este buen mozo me presenta, lo he firmado y signado yo.

—¿Qué fecha tiene el indulto? dijo teniéndose aun firme el alcalde.

—Señor, contestó el escribano, el indulto tiene la fecha posterior á la del delito que este hombre cometió con usía y conmigo secuestrándonos; así es, que no ha lugar á proceder.

—Eso os valga, dijo contrariado y confuso el alcalde: idos en hora mala, y tened en cuenta que si una vez os cojo bajo mi jurisdiccion, me las habeis de pagar todas juntas y con las setenas.

—Me he echado á hombre de bien, y no pienso volver á dejar de serlo. Conque, señor alcalde, buenos dias, que usía viva muchos años, y si se le ocurre algo que mandar, escribid á Córdoba á Juan

CAPITULO LXXIV.

De los preparativos que se hacian en Aranjuez para celebrar el décimo-séptimo natalicio del rey don Felipe IV.

I.

Era llegado el mes de Abril de 1622.

La estacion se habia adelantado y la primavera era hermosisima. La córte se habia trasladado á Aranjuez para empezar la jornada de verano.

En el jardin de la Isla cerca de la cascada, habia un gran número de carpinteros levantando un magnífico teatro.

En los salones bajos del palacio los pintores y los tramoyistas preparaban decoraciones.

Las modistas de la reina y de sus damas, andaban á toda prisa confeccionando ricos trajes, no de córte sino de teatro, y las damas de la reina se daban unas entradas de estudiar versos que les cruzaba la piel.

Todo se disponia para la representacion de la *Gloria de Niquea*, comedia famosa aun antes de ser representada, que habia compuesto el correo mayor de su majestad, conde de Villamediana, para celebrar el décimo-séptimo natalicio del señor rey don Felipe IV.

Y no era esto solo lo que se preparaba.

Debia haber máscaras nocturnas en góndolas á la veneciana en el Tajo, convenientemente iluminadas sus orillas.

Fuegos artificiales de gran diversidad en otro lugar del jardín de la Isla.

Cena régia bajo la oscura fronda de las avenidas de castaños.

Y baile de córte en una gran rotonda que se habia preparado en el mismo jardín.

La funcion debia empezar al oscurecer con la gran regata de góndolas, debia seguir por la comedia del conde de Villamediana, continuar por los fuegos artificiales, tener lugar en seguida la cena, y por último el baile.

Era posible que parte de este programa no se cumpliese porque faltase noche para ello.

II.

Andaba alborotado Madrid con la noticia de la gran fiesta que debia tener lugar en Aranjuez en la noche del 8 de Abril.

Quien tenia carro, carreta, coche viejo, caballejo, mula ó asno que alquilar, estaba preparado para acudir á la calle de Toledo y plazuela de la Cebada, á fin de encontrar quien le alquilase su mal elemento de ruedas ó de cuatro patas.

Los coches de camino se preparaban, las carrozas de los grandes señores se ponian corrientes, trabajaban á destajo sastres y modistas, y los mesoneros, hosteleros y taberneros se preparaban para ir á establecer un verdadero campamento en Aranjuez donde comieran, bebieran y se holgaran los que á la fiesta, ó á oirla y verla desde lejos, fueran.

El dia 7 de Abril, el camino de Madrid á Aranjuez, segun lo que se preparaba, tenia todas las trazas de una romeria.

III.

Algunos habian tomado la fiesta con más anticipacion, porque debia ser muy entretenido asistir á los preparativos.

En efecto, á las dos orillas del Tajo habia una gran actividad, se trabajaba en transformar las lanchas comunes de la casa real en góndolas á la veneciana, y se construian muchas nuevas, especialmente una en forma de cisne que debia servir para el rey y la reina y de la cual debian ser gondoleros algunos de los marinos más graduados y famosos.

Se hacia un embarcadero de madera cuidadosamente labrado en

el jardín de la Isla, con tres grandes escalinatas que debían ser alfombradas de ricas telas, y cuyos balaustres serían dorados.

De árbol á árbol, en una gran extensión de las dos riberas, se extendían guirnaldas artificiales de las cuales debían pender faroles de seda de una infinita variedad de colores y formas.

Se habían talado no sabemos cuantos árboles que estaban muy descuidados de que la celebración de un natalicio del rey los mataba, y allá se había levantado un largo y anchísimo tablado, y sobre el tablado se habían levantado pilastras de madera haciendo un gran cuerpo dórico.

En el centro de este cuerpo, estaba el escenario con todos los juegos y máquinas para las transformaciones de la tramoya.

Las dos alas de este cuerpo á derecha y á izquierda del escenario, eran dos verdaderos palacios de madera que en el interior debían ser revestidos de tapices y de lienzos pintados.

El de la derecha, con una gran cámara, estaba destinado á la reina, y en él se habían hecho todos los compartimientos necesarios, tocador, camarines, retretes, aposentos para la servidumbre que no representaba, y cuerpo de guardia para los suizos.

El de la izquierda venía á ser semejante, solo que los compartimientos eran otro tantos cuartos donde debían vestirse la señoras que representaban, con espacio bastante para que cupiesen de una manera holgada sus dueñas y sus doncellas.

La cámara extensa y grandilocuente por su rica ornamentación era una especie de *foyer* ó de salón común al que correspondían las puertas de todos los aposentos de vestuario, y en cuyo lugar podían entrar los galanes, maridos, parientes y amigos de las damas actrices.

Este departamento tenía también un cuerpo de guardia.

Detrás de estos dos cuerpos y del escenario, había un largo y ancho espacio para tener en él todas las decoraciones, trastos y mecanismos necesarios para la ornamentación de la comedia.

Al frente se había hecho una inmensa rampa de un suave desnivel, en la cual debían ponerse largas filas de escaños con asientos y respaldos de terciopelo para que los convidados viesan la función; cerca del escenario á la derecha se veía un estrado alto destinado para el rey, sus ministros y su corte, en el cual debía haber un dosel.

Por último, altísimos pilares de madera ornamentados con banderas y trofeos de armas y con los escudos en ellos de todos los reinos, señoríos y títulos de la monarquía española, estaban destinados á sostener un inmenso toldo de cuyo centro debía pender una

riquísima araña de cristal que diese luz bastante para alumbrar al teatro como si fuera de día.

El pabellon destinado para el baile, no era menos costoso ni menos rico que el teatro.

Se habia hecho tambien para él una impia tala; y en los altísimos pilares se ajustaban grandes bastidores pintados y dorados que componian juntos una rica ornamentacion turca, una especie de palacio semejante á los de las mil y una noches, porque no debia verse luz ninguna; debiendo alumbrarse clarísimamente este inmenso espacio por la luz que penetrase por los trasparentes; y trasparentes eran todos los lienzos que formaban el decorado.

Por último, un pabellon de tafetan carmesi con grandes arabescos dorados, debia ser la techumbre del salon de baile.

En sus cuatro lados habia cuatro grandes departamentos destinados á servir de vestuarios, donde remudasen de trajes cuantas veces quisiesen las máscaras.

Este salon de baile como el teatro, con el cual se comunicaba, estaba tambien en comunicacion con el embarcadero que se construía sobre el Tajo y con la gran galeria de castaños en que se preparaba todo para un banquete, al cual debian asistir por lo menos tres mil convidados.

Las cocinas, los aposentos de reposteria, frutería, conserveria, etcétera, era otro maremagnum; y los curiosos que habian ido con tres ó cuatro dias de anticipacion, se asombraban al ver en sus corrales tanto volátil de tanto y tanto género; tanto cuadrúpedo de distinta casta, á los cuales se alimentaban pródigamente para que no perdiesen su crasitud.

Miraban con asombro las pilas de jamones, los repuestos de queso y de mantecas, y sobre todo la bodega que llenaba un local infinito.

Por fin, en grandes tinas se veian vivos enormes salmones, enormes truchas, enormes tencas, anguilas, barbos, cangrejos, y hasta galápagos y tortugas.

IV.

¿Pues, y lo que se preparaba para los fuegos artificiales?

Se imitaba nada menos que la famosa ciudadela de Amberes, que debia ser combatida á un tiempo por mar y tierra, sirviendo el Tajo de oceano.

V.

No trabajaban menos los que preparaban sus tiendas, figones, hosterías y hospederías, para poder servir á los que fuesen á Aranjuez el día de la fiesta.

El rey había nombrado veedores y oficiales, para que aquel campamento fuese levantado fuera de Aranjuez hácia la parte de Chinchon, se dividiese en cuarteles con el debido orden y la necesaria anchura, en una parte las tabernas, en otra las confiterías, en otra las hosterías y las hospederías, con su correspondiente cuerpo de guardias para mantener el orden y su tribunal para entender en los percances que indudablemente sobrevendrían.

Habiase acotado también un inmenso espacio para que en él se emparcasen, por decirlo así, carros, carretas, calesas, calesines, coches, bestias; toda cosa en fin que hubiese servido para la traslación de viajeros desde Madrid á Aranjuez.

VI.

No podía darse mayor animación.

¿Y de dónde salía el inmenso caudal que debía gastarse en todo aquello?

Esto importaba poco: era necesario que el rey se divirtiese, se entretuviese y se creyese grande al ver tanta grandeza artificial.

Nada importaba que entretanto el marqués de Espinola y los demás generales que sostenían por España guerras inútiles en Italia y los Países Bajos, estuviesen desesperados por falta de pagas y aun de armas para los soldados, y que estos anduviesen sin camisa y se viesen obligados á cometer en el extranjero excesos que desprestigiaban á España para no morir de hambre.

Importaba poco que los ocho millones de españoles (que entonces no éramos más en casa) que pagaban los crecidos tributos que eran necesarios para sostener las cargas del Estado y para enriquecer al conde-duque y á sus hechuras, sudasen el quilo, exhaustos, fatigados por un trabajo, cuyo fruto no era para ellos.

Era necesario que el rey no pensase en pobrezas ni en miserias.

¿Y cómo había de pensar el buen Felipe IV que sus vasallos que no eran frailes ni monjas ni golillas ni mayorazgos se morían de hambre al gozar de fiestas tan espléndidas como la que se preparaba?

El que vive en medio de la hartura, de la comodidad y del lujo, cree que no hay pobres en el mundo.

Era necesario que el rey creyese ricos y felices á todos sus vasallos.

¿Ni qué había de pensar tampoco el buen rey cuando viese que de Madrid y de sus pueblos circunvecinos acudian á oír y oler la fiestas miles y miles de personas, todas las cuales habian necesariamente de haber sufragado los gastos de su viaje?

¡Ah! el buen Felipe IV no sabia que los madrileños para ir á los toros ó á cualquier espectáculo que les llama la atencion, venden la cama y se van sin comer y aun sin almorzar, á la fiesta.

No digais que en Madrid hay dinero porque se llenen en un mismo dia la plaza de toros y tres ó cuatro teatros en que se dá un espectáculo llamativo.

Eso puede significar que se ha gastado dinero, pero no que se tiene, porque cuando el dinero sale de la miseria este dinero es como la sangre que se escapa de un cuerpo por una herida grave.

La córte ha sido siempre muy aficionada á divertirse, y por ver á un gallo con tres patas ó á un leon que dice la buena ventura, son capaces los madrileños de vender las narices si no tienen otra cosa que vender.

Y no os fieis tampoco cuando en un buen dia de otoño ó de primavera veais todos los alrededores de Madrid llenos de familias que están de campo.

No, no es que hacen un sobregasto, sino que ahorran; porque llevan una comida á la diabla, que consiste en una tortilla de escabeche, ni más ni ménos, y una bota pegada pez con pez, que se llena de vino moscatel ó pardillo á tres ochavos la pinta, con lo cual entretienen el hambre y la miseria al aire libre, bailotean, y cuando vuelven á su casa llegan con más hambre que si no hubieran comido, á causa de haber andado una legua ó legua y media cuando no dos, y de haber estado bailando todo el dia.

VII.

No hay que fiar en las apariencias de expansion de un pueblo; á veces su alegría es ficticia, no es otra cosa que una carcajada hueca y sarcástica que arroja á su miseria, una carcajada que extremece al pensador que la escuche.

A los pueblos hay que buscarlos en su hogar, en las rayas de

la caña de la tienda de comestibles, en la cuenta de la taberna, y á más de esto en el hospital.

Allí es donde se encuentra la medida exacta de su situación.

VIII.

Pero Felipe IV no se metía en honduras: le bastaba con ser rey, y confiaba ciegamente en el talento, en la probidad, en la justicia de sus favoritos, y estos tenían desplegada siempre delante de él una tela de oro para que no pudiese ver la miseria de España.

CAPITULO LXXV.

De cómo Quevedo hizo inútilmente el papel de demonio.

I.

A Quevedo le habia tocado tambien parte en aquel exceso de gasto, porque convidado por una parte por el conde-duque y por otra por don Alonso de Fuensalida, que habia recibido carta de convite para sí, su esposa y cuatro personas más, no podia excusarse de ir á la fiesta.

Y ¿cómo ir con su ropilla raida, sus gregüescos maltratados, sus calzas no muy sanas y sus zapatos deslustrados y recosidos, ni su sombrero grasiento?

Vino bien esta necesidad para que Quevedo se restaurara el traje, porque de otro modo, tal cual estaba hubiera continuado aun mucho tiempo, no por miseria, porque no era miserable y tenia dinero, sino por dejadez.

Pero no encargó al sastre un vestido ostentoso, nada de eso, ni aun siquiera pensó en el terciopelo.

Contentóse con paño fino de Segovia, pero de buen corazon, para ropilla y gregüescos; calzas negras de seda y lana; zapatos de buen cuero de caballo con lazo de cinta negra; chambergo de castor y golilla y puños de Cambray.

Y el único exceso que se permitió, ó más bien que tomó, fué una hermosa cadena de oro en forma de cordon, de la cual pendia

esmaltada en una placa la cruz de Santiago que le obligó á aceptar doña Esperanza y un ceñidor bastante rico con tirantes para la espada que le comprometió á que aceptase don Alonso.

II.

El dia 6 por la mañana, Quevedo, llevando delante de sí un muchacho con un talego en que iban sus ropas nuevas, despues de haberse despedido largamente de Teresa, escena que suprimimos por innecesaria aunque en ella hubo buenas cosas, se fué á la calle Ancha de San Bernardo, donde en una casa muy principal que habia comprado, vivia don Alonso de Fuensalida.

Quevedo, al subir por las escaleras, entregó á uno de los criados el talego que llevaba el muchacho; dió á éste cuatro cuartos y un capirotazo en la nariz, encargó al criado pusiese aquella ropa de tal modo que no se arrugase en el equipaje, y subió á las habitaciones principales donde ya le esperaban para almorzar los recién casados don Alonso y doña Esperanza.

Estaban estos de luto como no podia menos de ser por la muerte de don Mendo, por lo cual no podian asistir ostensiblemente á la fiesta; pero como habia de haber gran funcion de máscaras, don Alonso encontró este expediente para persuadir á doña Esperanza á que fuera á distraerse.

Resistió esta, pero en fin fueron tales los ruegos de don Alonso y las sutilezas de Quevedo, que consintió, pero con la condicion de que saldrian de Madrid echadas las cortinillas del coche y entrarian en Aranjuez del mismo modo, yendo á ocupar de incógnito la buena posada que á costo y costa, enviando allá á su mayordomo, que era un criado nuevo, se habia procurado en Aranjuez, en la misma poblacion don Alonso.

Habia mandado además construir una góndola completamente á la veneciana y habia contratado por lo que pidieron para que la sirviesen cuatro barqueros del Tajo.

Los trajes de máscara tanto de don Alonso y de doña Esperanza como el de Quevedo, con quien tambien se habia contado, y los de los cuatro barqueros y los de los criados que acompañaban á don Alonso, eran completamente á la veneciana.

El, de rico *condottiero*, y ella, de noble dama, y don Francisco de Quevedo, de senador del Consejo de los Diez.

Los barqueros de gondoleros y los criados de esbirros.

Con arreglo al programa se habia dicho que para evitar á los convidados la molestia de desnudarse y de vestirse, se les permitia asistir de máscara y con antifaz á la representacion de la comedia, y para que las cartas de convite dejasen á salvo el incógnito, no eran personales.

III.

Partieron despues del almuerzo los dos esposos y Quevedo en un gran coche de camino cargado á la zaga, con delantera como la de las galeras y ocho poderosas mulas por tiro.

Pero aunque robusto y feo en el exterior, el coche estaba en el interior vestido de terciopelo blanco con pasamanería de oro y los cojines eran blandísimos.

A más, bajo la alfombra llevaba un cajon bien provisto de fiambres, conservas, pan y vinos para no tener que hacer alto en ninguna parte.

Cuatro criados á caballo y con arcabuces, pedreñales y espadas, escoltaban el coche, y á más el cochero y el zagal iban tambien provistos de arcabuces.

No pararon hasta que llegaron á Aranjuez, lo que aconteció por la noche, yendo á parar á la mejor habitacion de la hospedería de la Cabrera vieja.

Aposentáronse todos, salieron á dar una vuelta por los jardines á la luz de una luna hermosísima, y se estuvieron conversando acerca del interés que podia tener el conde-duque en que se celebrase la ostentosa fiesta que se preparaba.

Se hicieron deducciones graves, y como á las diez de la noche se volvieron á la hospedería, cenaron y se recogieron, quedando convenidos en levantarse temprano para ir á gozar de la hermosura de los jardines y de las alamedas, ver cómo andaban los preparativos de la fiesta, y sobre todo, ver don Alonso si su góndola estaba ya de todo punto corriente.

Pero Quevedo no se acostó porque tenia mucho de murciélago, y se puso en la calle para irse á pasear por las sombrías avenidas de olmos.

A Quevedo le gustaban la soledad, el silencio, el misterio de las espesuras, el canto del grillo, los monótonos ruidos de la naturaleza que ha hecho que los insectos, los reptiles y otra multitud de seres velen y canten, chirrien ó susurren mientras los hombres duermen.

La hospedería estaba en uno de los extremos de Aranjuez, y muy pronto Quevedo se encontró marchando por una de aquellas interminables avenidas, sobre las cuales se cruzan las copas de los árboles.

Avanzaba filosofando como tenia de costumbre nuestro buen ingenio, andando en paso tardo y lento sobre un césped que apagaba el ruido de sus pisadas.

De improviso escuchó á un lado de la avenida sobre su derecha, una voz áspera, chillona, desagradable, á que contestaba otra bronca y opaca, vinosa y perdonavidas.

—¿Aquí Mercuelo? dijo Quevedo deteniéndose; necesariamente debe ser ahora peor que antes, porque es tuerto y á nada bueno puede venir aquí. No me parece tampoco muy católico el otro con quien habla. Veamos.

Y Quevedo desenvainando su daga, avanzó silenciosamente hasta apoyarse en el tronco de un árbol, detrás del cual habia una espesa maleza cerca de la que sonaban las dos voces.

—Pues te digo, decia el de la voz cavernosa, que no digo yo por un doblon, ni por diez hago lo que quieres. Pues si dicen que el tal es hombre que con cuatro que le acometan se tiene y ó los mata ó los estropea.

—Cierto que sí, dijo Mercuelo, te has informado bien, amigo Sancho; dirásme á mi qué hombre es, cuando siguiéndole por el mes de enero, al revolver de una esquina me llenó los ojos de ceniza y me saltó uno, desde cuya noche soy miserablemente tuerto, por lo que quiero que tú le dejes ciego y sordo y mudo y sin movimiento.

A pesar de oír esto Quevedo, permaneció inmóvil: le importaba escuchar.

—Bien, sí, dijo Sancho; á una dagada por detrás y sobre la marcha, no hay quien se resista, y rieme de su destreza cuando yo le haya hecho dos el corazon; pero es mucha persona y seria tratarle con menosprecio dársela por menos de diez doblones.

—Pues todo lo que yo te puedo dar, dijo Mercuelo, es tres doblones, y aun así haciendo un gran sacrificio, porque mi muger me pide cuentas del dinero que saco; tiene muy mal genio y voy á disgustarla pidiéndoselos, aunque busque para ello el mejor pretesto del mundo: conque si quieres, bien; y si no, lo mismo; no faltará quien lo haga.

—Bien, vengan los tres doblones, dijo Sancho.

—Ahora uno; así que la cosa esté hecha, los otros dos.

—Corriente: ¿y dices tú que está en Aranjuez don Francisco?

—Si señor, está en la posada de la Cabrera vieja; como que yo, que estaba dentro, le ví parar y pregunté y me dijeron que habia venido con dos señores á hospedarse allí, y que habian tomado de antemano la mejor habitacion de la hospedería pagando por ella dos doblones diarios: los de Aranjuez debian de hacer una estátua de oro á mi señor, porque con esta fiesta les dá bien que ganar.

—¿Y saldrá solo don Francisco de Quevedo? dijo Sancho, porque si va acompañado no será fácil darle.

—Don Francisco de Quevedo es como los hurones, contestó Mercuelo, y le gusta andar por escondrijos y solo en su solo cabo, y ya tendrás ocasion de seguirle por alguno de estos laberintos de árboles si tienes cuidado.

—Pues si de Aranjuez sale y entre los árboles se mete que se cuente por difunto.

—Vamos á otra cosa, dijo Mercuelo: ¿ha llegado la Agustina?

—Y vaya si ha llegado, y está en casa de mi compadre Mediodiente, ya sabes, en el molino de la orilla del rio, allá en el quinto infierno: y si vieras qué preguntona está y que para qué la quieren, y por qué la han de vestir de señora y pasearla por el rio la noche de la fiesta, y otras muchas tonterías: en fin, como yo tampoco sé nada, aunque bien hubiera querido responderla porque ella hace de mí lo que quiere, no he podido decirla una palabra.

—¿Y no ha sospechado nada? preguntó con intencion Mercuelo.

—Yo no sé, contestó Sancho, aunque sé que la Agustina se parece en el cuerpo y en el color de los cabellos y de los ojos y en la garganta y en los hombros y hasta en la voz á la reina: yo creo que algun gran señoron la quiere dar algun chasco. Pues cuidado con aquello que se la ha encargado, que cuando se agarre del brazo de cierto señor que llevarán á donde ella esté, no hable ni una palabra.

—Pardiez, exclamó para sí Quevedo, ¿qué traicion se urde aquí?

Los otros continuaron.

—Nada te importa lo que eso sea, amigo Sancho, dijo Mercuelo; lo que importaba era que la Agustina hubiese llegado: estando ella ahí, se la dirá lo que tiene que hacer, y con hacerlo ganará la buena dote con que puede casarse contigo. Conque adios, que aunque por aquí no anda nadie, bueno es que nos separemos mucho antes de que puedan vernos.

Y Mercuelo con la agilidad de una ardilla saltó por entre la maleza á la avenida, y se alejó sin ver á Quevedo á causa de la oscuridad.

Sancho salió tambien por el mismo sitio por donde habia salido Mercuelo, pero más despacio, y echó á andar en sentido contrario á Mercuelo.

Quevedo le siguió silenciosamente, y cuando creyó habia pasado bastante tiempo para que Mercuelo se hubiera alejado lo necesario para no apercibirse de lo que pudiera suceder, dió una gran voz y dijo:

—Detente, mal hombre, detente y ven á dar cuenta de tus malos propósitos.

Tan pavorosa habia sido la voz de Quevedo, tan sombrío era aquel lugar, que el llamado Sancho tembló de los piés á la cabeza y se detuvo.

Quiso hablar y la voz se le ahogó en la garganta.

Quevedo habia cojido la vuelta de su capa, habia empingorotado su brazo y aparecia convertido en una especie de fantasma puntiaguda; pero esto lo habia hecho con su brazo izquierdo, porque en la mano derecha tenia la espada.

Aunque habia gran sombra en la avenida á causa de la copa de los árboles, como hacia gran luna se podian distinguir los bultos.

Quevedo, doblando y enderezando sus piernas, se encojia y se estiraba, se inclinaba hácia Sancho, se torcia á la derecha y á la izquierda, entonaba una canturia chirriante y triscaba como un pequeño demonio.

Al fin Sancho no pudiendo resistir al pavor, creyéndose en poder de un alma del otro mundo que Dios le enviaba para castigarle, cayó de rodillas exclamando:

—Perdon, perdon, yo no lo haré aunque me den todo el oro del mundo.

Estaba inclinado con los brazos cruzados sobre el pecho, y en esta situacion Quevedo se le echó encima.

Le asió por el collarin del sayo y le dió tal vuelta de cintarazos tan furiosos y tan terribles, que Sancho cayó al suelo desmayado; porque aquellos cintarazos le habian cojido desde la nuca hasta la rabadilla, como que Quevedo los habia dado á gusto y á placer suyo.

Despues Quevedo por si oia algo, se inclinó sobre él, y le dijo con voz áspera, desentonada, casi casi infernal:

—Remedia el mal que has hecho, porque si no te he llevado

conmigo á los profundos infiernos, es para darte lugar á que enmiendes tu delito: guarda un grande secreto acerca de esta aparicion y busca á don Francisco de Quevedo, aunque no será menester que lo busques, porque anda por aquí divirtiéndose su tristeza en estas soledades, y te encontrará y te ayudará.

Y Quevedo se escurrió, se perdió entre los árboles, fué á salir por mucho más abajo y adelantó hácia el sitio donde habia dejado en tierra á Sancho.

Cuando llegó, encontró á este sentado sobre la yerba, palpándose los riñones y dando quejidos lastimeros.

—¿Qué os sucede, buen hombre? dijo Quevedo con acento blando. ¿Os habeis subido á algunos de estos grandes árboles en busca de algun nido de cuclillos y os habeis caido?

—Pésia á mí, dijo Sancho con voz quejumbrosa, que no hème caido yo de ninguna parte, sino que háseme venido encima un demonio del infierno que me ha puesto tal que creo que no me ha dejado hueso sano.

—¿Demonio fué? dijo Quevedo.

—Si señor, que tal me lo decia, cuando me estaba dando; y los demonios deben de gastar espada y de Toledo, porque con la que me daba el tal, se cimbreaaba y me cojia de cabo á rabo: ay, señor; era un demonio alto, largo y agudo, que no parecia otra cosa sino una gran lezna puesta de pié y negra y más que negra por su color y por sus hechos.

—Por los hechos, concedo; pero en cuanto á la color, bien podia ser azul ó parda, que no está la luz en estos sitios para que se pueda distinguir de colores.

—Pues á mí me pareció negra y renegra, caballero, y hacedme la merced de ayudarme en caridad á ver si me puedo levantar é irme á donde me bizmen. Pero señor, si creo que ese maldito demonio me ha partido por el espinazo. ¡Y cómo apretaba, Dios mio, cómo apretaba! Y luego me tenia por el cogote que no me podia rebullir: ay, ay, caballero; no me hagais tanta fuerza en ese brazo, que lo tengo tambien dislocado y veo estrellas.

—¡Cuerpo de tal! dijo Quevedo; ¿y cómo he de levantaros?

—¡Ah, por fin! dijo Sancho poniéndose encorvado y con ambas manos en los riñones. Nada, imposible, estaria bueno que yo me quedase así toda mi vida, mirando al suelo como los borricos.

—Muy grande ofensa habeis debido de hacer al demonio, dijo Quevedo, cuando tan mal os ha pagado.

—Ay señor, que á ese demonio le ha enviado Dios para castigar un mal pecado mio.

—Si yo fuera vuestro confesor, dijo Quevedo, os preguntaria cuál era ese pecado.

—Y sin ser mi confesor, dijo Sancho, yo os lo diria con tal de que fuéreis don Francisco de Quevedo, á quien debeis conocer, porque á don Francisco le conoce todo el mundo.

—Pues cata ahí que Dios me ha enviado, dijo Quevedo, porque yo soy don Francisco en persona.

—¡Vos!

—Sí, pardiez.

—Esperad, esperad, que aunque hace oscuro, si yo afilo los ojos y vos sois don Francisco de Quevedo, os conozco.

Y haciendo un esfuerzo, se enderezó como pudo y acercó tanto su rostro al de Quevedo, que se estremeció.

Brillaban entre la sombra los ojos de don Francisco como los de un chacal.

Por la mirada le reconoció, pero con miedo, Sancho.

IV.

—Si quereis, don Francisco, venid; recostémonos aquí sobre la yerba á fin de que yo repose mis huesos molidos y os diré cosas que os importa mucho saber.

—¿Y qué es ello? dijo Quevedo andando unos pasos hácia el tronco de un árbol á cuyo pié el terreno estaba un tanto en declive y ofrecia un mullido lecho por su espesa yerba, sobre la cual se echó fatigado Sancho y se sentó Quevedo.

—Pues habeis de saber, dijo Sancho, que yo soy balletero del rey nuestro señor y conozco mucho á Estebanillo Mercuelo, que es criado del señor conde-duque de Olivares.

—Y bien, ¿qué me importa á mí eso? dijo Quevedo.

—Vaya si importa á usía, dijo Sancho recordando el hábito de Santiago de Quevedo; como que Mercuelo, que iba siguiéndoos una noche de orden de su amo, al revolver de una esquina...

—Sí, le llené los ojos de ceniza y le dejé tuerto.

—Pues tal rabia ha criado contra usía Mercuelo, que encontrándonos los dos en Aranjuez esta noche, fué á buscarme á la posada donde paro, y me dijo vénte conmigo, y me trajo aquí; y cuando me tuvo aquí, me dijo lo que con usía le habia sucedido y

que se habia quedado tuerto y que habia tomado interés á usía y que queria matarle y para eso me buscaba y me ofreció tres doblones de á ocho y me dió uno y yo dije que sí.

—¿Conque tan barata anda ya mi vida, dijo Quevedo, que se vende por veinte y cuatro reales? ¡Válgame Dios! ¿Sabes tú que eres un deshacedor de estorbos muy barato y que por lo útil merecias un premio?

—Calle usía, que apenas se habia ido Estebanillo Mercuelo, cuando oí una voz detrás de mí que me dijo detente, hombre, una voz espantosisima.

—Sí, sí, eso es, una voz infernal.

—Se me paró la sangre y me volví y me quedé muerto porque ví una cosa negra, alta, que se subia y que se bajaba y que se bamboleaba, y tan pronto se echaba para adelante como para detrás, y á la derecha como á la izquierda; y por último, me reprendió mi delito y yo me arrodillé, y entonces se me echó encima y me agarró por el pescuezo y empezó á darme, y mientras me daba me decia: busca á don Francisco de Quevedo, mal hombre, y cuéntaselo todo y pídele perdon, que si él no te perdona no serás perdonado y vendré y te llevaré: en fin, que me estuvo dando hasta que me dió tanto, que yo no sentia ya lo que me daba ni por donde se fué el demonio, y cuando volví en mí, me encontré partido y allí me estuviera si no llegara usía vos á levantarme. Conque, ya lo sabe usía todo, y yo le pido perdon y le ruego que me le otorgue, no sea que vuelva aquel mismo demonio ú otro peor y acabe de deshacerme lo que no me ha deshecho.

—Perdonado estás, pero con la condicion de que me digas la verdad neta, porque si no, quiero que mi perdon no valga y que Dios te castigue.

—¿Y qué quiere usía que le diga?

—¿Cuando has venido á Aranjuez?

—Hoy.

—¿Has venido con otros ballesteros del rey?

—No señor.

—¿Quién te ha enviado?

—Héme venido yo con Mercuelo.

—¿Y quién más ha venido contigo?

—Una muger.

—¿Tu parienta, ó parienta de Mercuelo?

—No señor, mi manceba.

—¿Y á qué ha venido tu manceba á Aranjuez?

—¡Ay señor! en qué apuro me pone usía.

—Di la verdad, ó no te perdonará Dios.

—Pues ha de saber usía que Agustina Retuerta, que así se llama mi moza, es la muchacha más garrida del Mundo Nuevo, y ha de saber usía que es tripicallera y que no tiene padre ni madre y que se la encontraron una noche en cuerecitos y como de dos años en la puerta de la buñolería del callejon del Tio Estéban, y la buñolera, que era una muger muy cristiana, la recogió y la crió y la puso cuando la bautizaron condicionalmente, por si no estaba bautizada, por nombre Agustina, porque fué en la madrugada del dia de San Agustin el dia que la encontraron, y luego, por apellido la Retuerta, porque siendo niña se quedó de un ojo que no veia nada y así estuvo algunos meses y la dijeron la tuerta; y luego se le curó el ojo y se le quedó mejor que antes y más hermoso, y el otro se le puso malo, que no vió, y así estuvo seis meses y por eso la llamaron la Retuerta; y corrió el mote y se quedó con él, aunque despues se le curó el ojo y se le quedó más hermoso que antes, y creció y se despelotó; y decia el barbero de la vuelta, que habia crecido y se habia puesto tan hermosota porque habia echado por los ojos todo lo malo que tenia en el cuerpo; y cuando tuvo catorce años la Retuerta, como no tenia padre ni madre, y la verdad es que la Ambrosia la Trifolla, digo la buñolera, la tenia medio desnuda y la hacia trabajar como una perra y la daba mal de comer y la pegaba, se escapó con un carbonero de la calle de más abajo; y porque el carbonero la tiznaba y la ponía fea porque no habia agua, que la lavara la mugre, se fué con un vendedor de hierro viejo, y el carbonero se fué al del hierro viejo y le rompió la cabeza y el del hierro viejo le dió al carbonero tal zurriagazo con una cadena mohosa, que le desgobernó toda la cara y le arrancó todas las muelas y dientes y se quedó hecho una vision; por lo cual, la Retuerta se mudó con un matachin del matadero, pero este la hacia lavar las tripas y hacer morcillas, y la muchacha no se podia resistir á sí misma porque olia mal; y en esto tenia ya tenia diez y seis años, y un dia que fui yo á encargar uñas de vaca frescas y morcillas de lustre y uñas de carnero para un alboroque con unos amigos, la ví y me quedé sin vista, y ella lo conoció; y como yo llevaba mis arreos de soldado y olia á ámbar y á almizcle, porque yo me cuido mucho, me dijo:

—¿Quiere voacé, señor soldado, que yo le saque un poquito de agua y vinagre con azúcar, porque me parece que se ha asustado?

—Lo que tienes que darme, rubia, respondí yo, es el alma que me la has sacado del cuerpo con esos ojos que Dios te ha dado.

—Ay, dijo ella, pues si eso es así, ¿á qué callar? estamos en paz, porque voacé me ha sacado tambien á mí algo.

—¿Y cómo se ve si eso es verdad, reina? dije yo.

—Voacé mande y se verá.

—Pues eche hácia fuera de la tienda y cójase á mi brazo y vengase conmigo.

—Pues ya está, contestó ella.

Y se salió á tiempo que salió tambien un moceton con más fuerzas que Roldan y dijo:

—¿A dónde vas tú, Retuerta?

—A que me pongan en donde cuando salga no huela á tripa, que estoy yo ya harta de pringue y asco.

—Las malas tripas que tú tienes son las que yo voy á ver ahora mismo, dijo el hombre saliéndose de la tienda con un cuchillo que cojió en ella y yéndose como un rayo hácia la Retuerta.

Pero como estaba yo allí no pudo ser lo que queria, sino que metí yo mano á la toledana y le dí tal vuelta de cintarazos que lo volví loco y allí se quedó tendido en el arroyo, que no era muy limpio, y yo me fui con la Retuerta y me la llevé á un cuarto que tengo en la calle de la Palma baja; y como yo no temo ni tengo desbaratada la cara sino con muy buen gracejo, ni huelo á tripa ni morcilla, ya hace dos años que la Agustina está conmigo siendo una mujer de bien, y me ha dado un hijo, y con ella me voy á casar en cuanto la doten.

—¿Y quién os dota la mujer? preguntó Quevedo.

—¿Quién me la ha de dotar? quien puede mucho: el señor conde-duque de Olivares.

—Hola, hola, dijo Quevedo; ¿y á causa de qué dota á vuestra manceba el conde-duque?

—Aquí entra lo ágrío, señor; aquí entra lo ágrío, dijo el ballestero.

—Lo agricuerno ¿eh? dijo Quevedo.

—Vive Dios que no; que si en otro tiempo la Agustina tuvo ó no tuvo, fué porque era niña y dió con medios dias; pero ahora es la muger más honrada del mundo y me quiere que ciega, y ni aunque la mataran me haria ella una sinrazon.

—Pues no acostumbran los grandes señores á dotar de valde á las buenas mozas, dijo Quevedo.

—Es que hay otra cosa aquí, en que no puede dar usia tan fácilmente sino conociendo á la Agustina: porque ha de saber usia que la Agustina en la estatura y en las carnes y en la garganta y en los hombros y en el cabello y en la color del rostro y en los ojos, se parece á la reina nuestra señora de tal manera, que vestida como ella y como ella peinada y como ella prendida y con un antifaz puesto, todos creerían que era la reina, y aunque hablase, porque hasta en la voz se la parece.

—Y bien y qué, ¿no hay persona en este mundo que no tenga alguna ó algunas que se le parezcan?

—¡Ay señor don Francisco, que aquí entra lo ágrío!

—Pues veamos, veamos esas agriedades.

—Pues ha de saber usia que Mercuelo me paró antes de ayer y me dijo:

—Prepárate para marchar mañana con la Agustina á Aranjuez.

—A Aranjuez iré yo porque tengo que ir con el rey; ¿pero á qué asunto ha de ir la Agustina?

—El conde-duque quiere que vaya.

—No me gustó esto á mi gran cosa, y dije con mal talante á Mercuelo:

—¿Y por qué quiere el conde-duque que vaya la Agustina á Aranjuez?

—¿Qué te importa? con tal de que te se pague bien y con que Agustina haga lo que se le mande...

—Es que yo no la vendo por ningun oro del mundo.

—Será menester decirte de lo que se trata para que te se quite la celera, contestó Mercuelo: has de saber que se piensa chasquear á los convidados del dia del cumpleaños del rey, y para chasquearlos, nada mejor que vestir como la reina á la Agustina, y con el antifaz puesto, hacer que la tengan por su magestad; de manera que muchos que la vean aquí la verán luego allá, y no podran explicarse cómo hay dos reinas en la fiesta, ¿entiendes tú? y este chasco hará mucha gracia á sus magestades, y darán un buen por qué á Agustina, y la reina la hará lo menos moza de retrete, sin contar con que el conde-duque la dotará.

—Ya, dijo Quevedo, me parece bien, muy bien; pero podría suceder que en vez de gustarles la chanza á sus magestades, lo tomen tan á mal que la acriminen á ella y á vos tambien por ser ella cosa vuestra y haberos vos metido en ese desacato: pero ¿no conocéis vos, mal peca dor que sois, que pretender pasar por su magestad la

reina y vestir como ella y andar por la fiesta es un delito de lesa magestad que os puede costar á ella y á vos la cabeza? Y fiao del conde-duque, que si se le ha propuesto embromar á alguien, con decir luego que él no tenia conocimiento de tal cosa, os quedareis en blanco vos y la Agustina, y no pagais con menos que con horca; pero se habrá divertido el conde-duque, eso sí.

—¡Cuerpo de tantos! exclamó Sancho, por mi fê que tiene usía razon, y qué bien dicen que usía es el más grande ingenio que tiene España. Pues mire usía, no habia pensado yo esto, y será gran lástima que por inadvertencia nos sucediese á la Agustina y á mí una desgracia. Pues no, lo que voy á hacer en cuanto amanezca Dios y aun cuando no pueda tirar de mis huesos, llevármela á Madrid y pagar con este doblon de á ocho que para que mate á usía me ha dado Mercuelo, el primer coche que encuentre, que despues, aunque Mercuelo vaya á quejárseme, yo sabré lo que tengo que hacer.

—¿Qué necesidad hay de que os lleveis á Madrid á vuestra mujer, que vuestra mujer será, porque yo la doto con cincuenta doblones? ¿hay más de ir por ella donde está y llevárnosla á la hospedería de la Cabrera vieja y dejarla allí bien asegurada en compañía de una noble señora, esposa de un mi grande amigo, con la cual señora estará honrada y amparada?

—Pues no ha pensado mal usía, dijo Sancho, y á ello me atengo y vamos á donde está la Agustina, que aunque el diablo aquel me dejó mal parado, todavía puedo tenerme en pié y andar aunque con dolores.

—Pues á la obra, dijo Quevedo.

Y se levantó; y ayudó á levantarse á Sancho.

V.

Emprendieron el camino hablando de lo mismo, y habiendo ganado la orilla del Tajo y caminado como media hora por ella, llegaron á un molino que estaba muy por cima de Aranjuez.

La puerta estaba cerrada.

Llamó Sancho; cuando preguntaron desde adentro quién era, respondió:

—¿Quién ha de ser, compadre, más que yo?

—Pues vete, dijo el molinero, porque vienes en muy mala hora.

—¿Y en qué mala hora vengo yo? dijo Sancho.

—En la mala hora de que aquí han estado unos alguaciles de

la Inquisicion y se han llevado presa á la Agustina y han registrado el molino á ver si te encontraban á tí, y no abro mi puerta á personas que la Inquisicion busca por tratarse con brujas y herejes. Conque no me tientes la paciencia, porque si te empeñas, saco el arcabuz por el ventanillo, que no quiero yo perder mi casa: eso no quita, Sancho compadre, que mandes en todo lo demás.

—Adios, dijo Sancho con la voz dolorida: ¿para qué quiero yo entrar si no está ya Agustina?

—Anda, anda con Dios y escóndete, que será lo mejor, dijo el de adentro.

VI.

Sancho echó á andar harto de prisa á pesar de lo dolorido que estaba.

Quevedo que veía que se consumaba una intriga miserable, le dejó ir.

¿Para qué queria ya aquel hombre?

La córte debia haber llegado aquella noche á Aranjuez y con la córte el conde-duque.

Para Quevedo era indudable que aquellos alguaciles del Santo Oficio los habia enviado el conde-duque para apoderarse de aquella mujer que tanto se parecia á la reina.

—Ah, exclamó Quevedo, atravesando con fatiga á causa de la oscuridad la pradera sirviéndole de norte algunas luces que se veían en las casas de Aranjuez; hé aquí, hé aquí para lo que se gastan tan inmensos caudales; hé aquí para qué es esta ostentosa funcion de máscaras; hé aquí por qué para celebrar el natalicio del rey se ha mandado ó aconsejado á Villamediana esa desdichada comedia la Gloria de Niquea: buenos vamos á salir en la tal gloria: ¡y saber tanto y no saber nada!... porque saber las cosas á medias, es peor, mucho peor que ignorarlas: ah, no, no, yo me voy al conde-duque y le armo una intriga, que con lo que me ha contado de la Retuerta ese Sancho, ya tengo asunto bastante: yo veré si esa mujer está en poder del conde-duque, y despues, despues veremos lo que se hace.

Y Quevedo, siguió cavilando hasta que entrando en Aranjuez, llegó al palacio y llamó por el postigo que dá á la galería de la parte del Sur.

VII.

—¿Quién llama? contestó desde adentro la voz de un centinela.

—Don Francisco de Quevedo y Villegas, del hábito de Santiago, secretario de su magestad con ejercicio, que viene á palacio.

Llamó el centinela á un portero, que cuando oyó lo de don Francisco de Quevedo y secretario de su magestad, no tuvo inconveniente en abrir la puerta.

—A ver uno que me alumbre y me guie, dijo Quevedo.

El portero llamó á un criado, que con una hacha encendida porque á causa de lo avanzado de la hora estaban apagadas las luces de palacio, se puso en marcha delante de Quevedo hasta el pié de las escaleras principales donde se detuvo.

—¿Y adónde quiere ir usía? dijo.

—Al cuarto del conde-duque de Olivares, contestó Quevedo.

—Ah, pues entonces tenemos que salir á los jardines y atravesarlos, porque su excelencia ha tomado por habitacion la gran casa rústica de la cascada.

—Pues vamos allí, dijo Quevedo.

Desanduvo un tanto de lo andado el guia, llegó por la izquierda á un postigo, recorrió sus cerrojos y pasó.

Tras él pasó Quevedo.

—¿Cómo es que se queda encerrado el conde-duque? dijo este.

—Su excelencia, contestó el criado, se marcha por la verja que da á las alamedas.

—Ah, ya, dijo Quevedo, eso es distinto.

Y no volvió á hablar más hasta que llegaron á la casa rústica, cuya puerta encontró abierta y el recibimiento iluminado.

—Podeis iros, dijo al que le siguió hasta allí, Quevedo, que yo paso aquí la noche.

—Beso las manos á usía, contestó el criado con ese cumplimiento untuoso de todos los empleados de palacio de baja estofa.

A Quevedo le detuvo un hombrecillo en el recibimiento, ó más bien, Quevedo detuvo á aquel hombrecillo que salia.

Era Mercuelo.

—¡Ah, escorpion escapado de tu nido! ven conmigo, ven, que si por enero te salté un ojo, hoy te arrancaré el espinazo.

Y le asió por una oreja.

—Téngase don Francisco, exclamó Mercuelo; téngase ó llamo.

Quevedo le impulsó con un fuerte tiron de la oreja hácia adelante, y de un puntapié le echó de la parte afuera de la puerta.

Mercuelo cayó, Quevedo se arrojó sobre él.

—¡Ah, no me mateis! exclamó Mercuelo: sois una fiera.

—¡Qué he de matarte, dijo Quevedo, si los muertos no hablan y es necesario que hables mucho! ven conmigo.

Y le alzó asiéndole por un brazo, y le llevó hasta un lugar donde habia una balaustrada saliente sobre el Tajo.

Aquella balaustrada se alzaba sobre un asiento de piedra.

—Siéntate, dijo Quevedo.

Mercuelo se sentó.

Quevedo se sentó junto á él.

CAPÍTULO LXXVI.

De la extraña manera que tuvo Quevedo para procurarse una entrevista con el conde-duque.

I.

—Si gritas y llamas en tu ayuda, dijo Quevedo, te lanzo al rio; si no me respondes á lo que voy á preguntarte, al rio te arrojo: conque escoje: ó servirme, ó convertirte en pez; eso si no llegas muerto abajo, porque hay una profundidad algo regular desde esta balastrada al agua.

—Señor, respondió todo asustado Mercuelo: usia se ha propuesto quitarme la vida; no le basta á usia haberme saltado un ojo hace tres meses, sino que esta noche me ha dado de puntapiés y todavía quiere tirarme al rio; ¿qué he hecho yo á usia para que me tenga tanta enemiga?

—¡Cómo, picaro! exclamó Quevedo; ¿pues no le has dicho á un tal Sancho, balletero del rey, que me mate ofreciéndole tres doblones y dándole uno de presente, y todavía crees que no tengo motivo para estrellarte como un huevo?

—Quien lo ha dicho, mintió; es un mal cristiano, perro judío que me quiere mal: ¿cómo habia yo de atreverme á la vida de usia queriéndole tanto como le quiere mi señor el conde-duque?

—Dejémonos de palabras inútiles, Mercuelo, dijo Quevedo; ya ves que la soledad es grande y que á la ocasion la pintan calva: conque no dés lugar á que yo me aficione mucho á la idea de hacerte

dar un vuelo hasta el Tajo y contéstame liso y llano á lo que te voy á preguntar.

—¿Y qué es lo que quiere saber usía?

—Quiero saber dónde para Agustina la Retuerta.

—¡Jesucristo! dijo Mercuelo; pero usía lo sabe todo.

—Soy duende, lo que no viene al caso, porque lo que importa es que me digas donde está la Retuerta.

—Durmiendo sin duda en el Molino de Mediodiente.

—Estuvo, pero ya no está, porque fueron por ella unos alguaciles de la Inquisicion y se la llevaron presa.

—¿Cómo habian de ir á prender á la Retuerta alguaciles de la Inquisicion, dijo con el mayor aplomo Mercuelo, si el Santo Oficio no ha enviado familiares ni alguaciles á Aranjuez, ni los enviará hasta el dia de la fiesta, que es pasado mañana.

—Pues ello es, dijo Quevedo, que alguaciles del Santo Oficio se han llevado no hace una hora á la Retuerta del molino de Mediodiente.

—Será como usía lo dice, pero no tengo noticias de esos alguaciles; y si alguaciles han sido, esté usía seguro de que han sido alguaciles falsos.

—Por lo mismo, por tu mano debe de haber pasado esa alguacilada.

—Juro á usía por mi alma, dijo Mercuelo, que de eso no sé ni una palabra.

—Tu amo se vale de tí para todos los enredijos.

—Pues si este es un enredijo de mi amo, como usía dice, no ha contado para él conmigo; porque ha de saber usía, que desde que se puso bueno Gil Perez de las estocadas que le dieron allá por enero en Puerta Cerrada, él es quien corre con todas las cosas del señor.

—Bueno, eso quiere decir que me entenderé tambien con el señor Gil Perez; pero que yo me entienda con él, no quita el que te cumpla lo que te he prometido: ¿me dices donde está la Retuerta?

—Que no lo sé, exclamó asustado Mercuelo porque Quevedo le habia cojido contra la balaustrada y no podia escapar; le juro á usía por mi alma que no lo sé.

—A la una, ¿me lo dices?

—No lo sé, señor.

—A las dos, ¿me lo dices?

—Por el amor de Dios, señor don Francisco.

—A las tres, ¿me lo dices? ¿me lo dices?

—¡Confesion, socorro! exclamó dos segundos despues Mercuelo, cuyas voces se perdieron en el aire.

No habia contestado de estupor, y Quevedo le habia asido y con una fuerza que nadie hubiera supuesto en Quevedo, le voleó por encima de la balaustrada.

El pobre diablo dió con los piés en la pared, y queriendo agarrarse hizo un esfuerzo tan desesperado que él mismo ayudó al lanzamiento.

Oyóse instantáneamente ese chasquido particular semejante al de muchas sutiles hojas metálicas que se chocasen, acompañado de otro sonido sordo que producen los cuerpos al caer en el agua.

—Llévete el diablo, dijo Quevedo.

Y se fué de nuevo hácia la casa rústica.

Se metió en el recibimiento, y como á la sazón no hubiese ningun criado, llamó dando palmadas.

II.

Acudió un lacayo.

—Decid al señor Gil Perez, le dijo Quevedo con aquel acento imperativo con que se hacia obedecer de todos, que ahí fuera le aguarda un grande amigo suyo.

Quevedo no sabia si estaba ó no estaba Gil Perez; pero habia mandado redondamente para cortar mejor una negativa; y debia estar Gil Perez, porque el criado, sin hacer ninguna objeccion, se metió para adentro.

Quevedo se salió á la parte afuera de la casa y se colocó de modo que no le pudiese ver desde la puerta el que saliese.

A poco se oyeron rápidas pisadas.

Gil Perez no podia suponer que dentro de un jardin de palacio le acechase un gran enemigo.

Creyó más bien que el que le esperaba seria algun amigote suyo de los de la servidumbre del rey.

Salió y miró á derecha é izquierda.

Quevedo estaba á la derecha pegado á la pared y no pudo verle Gil Perez.

—Venid, venid acá, señor mio, le dijo disfrazando su voz; tengo que daros á conocer cierta dama.

Tan cicatera era la voz que habia adoptado Quevedo, que Gil

Perez creyó que se trataba de algun corredor de busconas y por curiosidad echó hácia donde habia sonado la voz.

—Seguid, seguid, dijo Quevedo con la misma voz mezquina, descarada y baja, que la dama que llevo al lado es muy principal, y no se deja ver sino sobre seguro.

Siguió Gil Perez hácia donde sonaba la voz.

—¿Pero no os venis? dijo mucho más lejos la fementida voz de Quevedo.

—Ya voy, ya voy; pero vais muy de prisa.

—Como que esta dama tiene grandes deseos de hacerse sentir por vos, y va que vuela conmigo hácia aquellos árboles.

Gil Perez penetró á poco en la galeria de castaños, donde dos dias despues debia tener lugar la régia cena.

Apenas hubo entrado, sintió un cintarazo tal, que habiéndoselo dado en la espalda, la punta de la espada le vino al pecho.

—¡Ah! ¡qué es esto! dijo echando mano á su espada, porque Gil Perez era bravo.

—Esto es, dijo Quevedo con su voz natural, que la dama que os deseaba os ha abrazado.

—¡Ah! exclamó con voz rugiente de cólera Gil Perez, ¡sois vos, don Francisco de Quevedo!

—Si, yo soy; ¿y crees tú, lobezno, que mi espada no es una dama muy principal y que no va siempre conmigo, tonto?

Entróle cierto asco medroso á Gil Perez, porque sabia lo gran esgrimidor que era Quevedo, y respondió:

—¿Qué he hecho yo á usia para que me trate de ese modo?

—¿Que qué has hecho, mal ladron, caribe, antropófago, que qué has hecho dices y me has robado con alguaciles falsos del Santo Oficio ó más bien con pícaros falsificados de alguaciles de la Inquisicion, me has robado una prenda de mi alma, una rapaza por quien estoy sin sentido, y te la has llevado sabe Dios á donde?

—Que mala landre me coma, señor don Francisco, si yo he preso ni con alguaciles ni sin ellos, á ninguna mujer, en todos los dias de mi vida.

—Mira, Gil Perez, como no me respondas, te saco yo la respuesta de las entrañas.

—Pues como no puedo responder á usia, porque nada sé, no extrañe usia el que yo me defienda; porque aunque usia sea ahora amiguísimo de mi señor, esto no quiere decir que yo me deje mal-tratar por usia.

—¿No? pues mira: á la una, ¿me dices dónde está la Retuerta?

—Mal puedo decir á usía lo que no sé.

—A las dos, ¿quieres decirme á dónde la Retuerta te has llevado?

—Repito y juro que no lo sé, señor don Francisco.

—A las tres, ¿dónde está Agustina?

—¿Qué diablos sé yo quien es Agustina?

—Pues toma.

Y tiró una estocada á Gil Perez que éste paró; porque al oír la palabra toma, habia hecho un molinete.

—Ah, bien, sí, dijo Quevedo; eso es lo que yo queria, que no queria matarte como asesino; te he cogido hierro; espera, espera, hijo; ¿no sabes que yo riño á oscuras como los gatos?

—Y yo tambien, vive Dios, dijo Gil Perez.

—Pues riñes muy mal, porque mira, te me cuelo, eso es.

—¡Ay de mí, que me habeis muerto! exclamó Gil Perez.

—No, muerto, no; porque he tirado muy alto y muy de través, pícaro; pero ya tendrás para rascarte tres semanas. Quitarme á mí la lumbre de mis ojos... mira, como no me lo digas, no respondo de mí; te coso á estocadas.

—Por Dios, señor don Francisco, por Dios, dijo Gil Perez, yo no sé nada de eso.

—¿Pues puede ser que digas verdad? contestó Quevedo.

—¿Que si digo verdad? como el Evangelio, señor don Francisco.

—Pues ten paciencia, que aun más te hubiera hecho; más me reces por tu picardía. Vamos á otra cosa, Gil Perez: ¿está en la casa rústica el conde-duque?

—Si señor.

—¿Y se le puede ver? porque temo que ni á mí mismo, que ahora soy su grande amigo, me reciba.

—Ni al rey que fuera, contestó Gil Perez; pero que se me va mucha sangre, don Francisco.

—Mejor, con eso tendrás ménos molestia en el cuerpo: y ahora dime, si no quieres que yo te abra otro boquete por donde te salga mucha más sangre, de qué medio he de valerme para ver ahora mismo al conde-duque.

—Hay una seña.

—¿Y cuál?

—Diga usía á los criados que vá de parte del alcalde Estremera, pero diga tambien usía que vengan á recogerme.

—Cuando yo me cerciore de que puedo ver al conde-duque.

—Con esa seña, de seguro, señor don Francisco; pero por Dios, que no tarde usía en enviar por mí.

—Enviaré aunque no lo mereces, y adios, que tengo grandes deseos de saber si me has engañado.

—Ah no, no señor, no he engañado á usía, usía lo verá.

—Pues voy á verlo cuanto antes.

Y Quevedo se dirigió de nuevo hácia la casa rústica, dejando en el suelo, bajo la galería de castaños, á Gil Perez.

Quevedo llegó á la casa rústica, y dijo á un criado que encontró en su recibimiento:

—Decid á su excelencia que le busca el alcalde Estremera.

—Suba usía, se apresuró á decir el criado.

Y llevó á Quevedo por unas escaleras alfombradas á otro recibimiento superior en donde le dijo:

—Tenga usía la bondad de esperar á que avisen á su excelencia.

Quevedo esperó.

El criado entró por una puerta cubierta por un grueso tapiz, volvió á poco y dijo:

—Pase usía.

—Id á la galería de los castaños de Indias, dijo Quevedo, y recoged al señor Gil Perez, que bien lo ha menester.

Y despues de esto pasó bajo el tapiz que alzaba el criado.

CAPÍTULO LXXVII.

De cómo hacia novelas Quevedo.

I.

Encontróse en una cámara en que aparecía un refinado lujo.

Aquella casa rústica que no existía antes, se había hecho expreso para el conde-duque, y se había concluido, amueblado y entapizado antes que todo, para que yendo el conde-duque con alguna anticipacion al día de las fiestas, pudiese hospedarse en ella.

En aquella cámara estaba el conde-duque sentado en una mesa y escribiendo.

No levantó la cabeza ni miró, y por consecuencia no vió á Quevedo.

—Os esperaba con ansia, señor Diego Estremera, dijo el conde-duque; tengo que daros órdenes secretas.

—Alto allá, no sigais, dijo Quevedo, que no quiero yo saber secretos que no son para mí.

Alzó vivamente la cabeza el conde-duque, y exclamó con sorpresa:

—¡Cómo! ¿Sois vos, don Francisco? ¿A estas horas en palacio?

—Yo estoy siempre donde necesito estar, contestó Quevedo, salvo cuando me tienen preso; y entro en todas partes, y especialmente en palacio que me conoce, porque en él me crié; y es que

tengo yo una llave que abre todas las puertas, amigo don Gaspar, saber, el ingenio.

Y Quevedo se sentó con aire decidido y arrojó al suelo su sombrero, que se habia quitado al entrar.

El conde-duque se alarmó.

—¿Y de qué ingenio necesitais vos, dijo con miedo aunque de una manera forzada, para llegar á donde yo estoy como y cuando querais?

—Es, don Gaspar, que como entro en todas las partes que quiero, sé tambien todo lo que necesito saber, salvo cuando no lo sé como ahora, que me falta una noticia que necesito mucho; por lo demás, me apresuro á comunicaros que á vuestro satélite Mercuelo le he tirado al rio, y podeis mandar recogerle con una red, si es que él, como tiene algo de rata, no se ha salvado nadando; y añado que para coger la seña ó el nombre único con el cual podria llegar hasta vos, porque se me dijo que ni al rey recibiríais, me he visto gratamente obligado á dar una estocada á vuestro ayuda de cámara Gil Perez.

—¡Cómo, en palacio!

—El terreno de palacio, que es muy resbaladizo, es para mi más firme que otros, y no me falta ni se me hunde cuando me voy á fondo con una estocada.

—Pero por Dios, don Francisco, ¿á qué viene todo esto? dijo el conde-duque; me estais asustando.

—Vos me habeis herido, faltando á la buena amistad que habíamos pactado.

—¿Que os he herido yo?

—Sí, pardiez, y gravemente; me habeis herido en el corazon.

—Eso es imposible, don Francisco; ¿heriros yo?

—De vos no fio; me habeis aborrecido demasiado para olvidar tan pronto vuestro aborrecimiento.

—Os juro por mi honor que no os comprendo, don Francisco.

—¿Qué habeis hecho de mi Agustina, de mi amada Agustina Retuerta? exclamó Quevedo con la misma vehemencia que si se hubiera tratado de la mejor mujer del mundo, de la más dama, de la más hermosa, de la más discreta, de la más pura, de la más adorable.

—Me vais á volver el juicio, don Francisco, y no quiero deciros que temo que vos lo hayais perdido, porque no lo toméis á ofensa.

—¿Sabeis, sabeis vos quién es mi Agustina? ¿Conoceis vos el

secreto de su existencia? Vamos, vos no sabeis, no sabeis, me habeis perdido.

—¿Pero qué he de saber yo? no os entiendo, don Francisco.

—Enrique IV el Bearnés, aquel gran rey de Francia, aquel consumado político á quien se tuvo por tonto hasta que fué rey, ó mejor, hasta que dijo que Paris bien valia una misa, era muy aficionado á las mujeres morenas, y...

Y Quevedo que habia dicho estas palabras con voz campanuda, flechando sus ojos á través de las antiparras en el conde-duque, se detuvo.

—¿Y á qué asunto, dijo el conde-duque, si me permitís, amigo don Francisco, me sacais ahora aquel rey de Francia?

—Oid, dijo Quevedo: se moria el rey Enrique por las mujeres morenas, y Caperinet, su mayordomo para estos negocios, le habia ya procurado un centenar de mujeres morenas, de ellas por lo ménos las sesenta jitanas; pero no habiendo tropezado el buen rey Enrique con una morena que fuese rubia y tuviese los ojos azules, dijo muy sério á Caperinet:

—Te hago gobernador de la Bastilla con tal de que me procures una hermosa morena que tenga los cabellos rubios y los ojos azules.

Caperinet comprendió que esto era imposible, porque morenas con ojos azules las hay, aunque á la verdad, pocas hermosas, porque lo moreno y lo azul hacen mal consorcio; pero además rubia como el rey la queria, sabia Caperinet, que era muy inteligente en mujeres, como que con ellas se industriaba, que solo por un fenómeno podria encontrarse; pero vino á obviar la dificultad una buena industria de Caperinet, y fué que él tenia una amiga nacida en España, en Madrid y del barrio de Toledo, que habia ido á Paris siguiendo á un nuestro soldado hecho prisionero por los franceses en los Países Bajos, y muerto este y desamparada ella y sola en Paris como por casualidad se tropezase con Caperinet y este se apiadase de ella, púsose bajo su amparo.

Era, Inés, que así se llamaba la perdida, de no menos que diez y ocho años, blanca como la nieve, rubia como el oro virgen y con los ojos azules como el cielo de la mañana.

Caperinet, que estaba cansado de mugeres como los confiteros de confites, se aburrió muy pronto de ella, y el aburrirse fué á tiempo que se le ocurrió á Enrique IV desear una muger morena, rubia y con los ojos azules.

Caperinet se acordó de Inés y se propuso teñirla.

Se puso en inteligencia con la muchacha, buscó á un tintorero, le preguntó que qué tinta habia para teñir una muger, y el tintorero se hizo todo cruces, y dijo que de esto no entendia una palabra porque tales prendas no las habia teñido nunca, aunque sabia si que se descoloraban.

Caperinet acudió á maese Renato, el gran envenenador de Catalina de Médicis, y le dijo que necesitaba teñir una criatura blanca, convirtiéndola en bruna como dicen los franceses para decir lo moreno.

Don Renato no se maravilló, sino que dijo á Caperinet volviese al otro dia, y vuelto que fué, dióle un botecillo de estaño con un unto, con el cual, frotándose la criatura ó frotándola, quedaria morena para todos los dias de su vida.

Tomó Caperinet el bote, fuese á la casa, desnudó á su cóima y untóla, despues de lo cual, quedó tan morena la Inés y con una belleza tan diabólica, que no habia quien la resistiera.

Tentaciones le dieron á Caperinet de quedarse con ella, porque entonces lo raro le abria el apetito; pero le gustaba mucho más el gobierno de la Bastilla, y no se tomó más licencia que la de tardar ocho dias en llevar al rey la morena de ojos azules y cabellos rubios: en conclusion, vistióla con ricas galas, aderezóla con costosas joyas, la metió en una carroza y se la llevó á Fontainebleau, donde estaba Enrique IV, y la metió al oscurecer por un postigo del parque de palacio.

De tal manera se enamoró Enrique IV de ella, que la ennoblecíó y la hizo marquesa, oid bien, marquesa de la Tour Brune, y se gastó con ella lo que no se gastaba con nadie, y de ella tuvo una hija que salió blanca, rubia, con ojos azules; y en una palabra, tan parecida á la reina nuestra señora, que salvo algunos accidentes del semblante, por la reina se la tomaria.

Pues bien, don Gaspar, esa muger es Agustina la Retuerta.

—No la conozco, dijo el conde-duque, que no cayó en el lazo. Quevedo se mordió el lábio inferior, pero por dentro.

—¿Que no la conoceis?

—No, amigo don Francisco, no: quien os ha dicho que yo la conozco, os ha engañado.

—Es que no me lo ha dicho nadie, sino que lo he supuesto yo.

—¿Y por qué lo habeis supuesto?

—Habiendo yo de venir á estas fiestas de Aranjuez y no pudiendo pasar sin ella, enviéla delante, hicela que se escondiese en el

molino de Mediodiente, y esta noche apenas libre de la compañía de don Alonso de Fuensalida y de su esposa, cuando fui á buscarla al molino, dijéronme que se la habian llevado alguaciles del Santo Oficio.

—¿Alguaciles del Santo Oficio en Aranjuez? dijo el conde-duque: ¿cómo puede ser eso? no tengo noticia de que haya una sola persona del Santo Oficio en el Sitio: vamos, don Francisco, vuestra Melisendra se ha escapado con alguno, y este tal, para desorientaros, se habrá valido de algunos truhanes vistiéndolos de alguaciles de la Inquisicion.

—Puede ser, puedo ser, dijo Quevedo terriblemente contrariado; pero tambien puede ser que vos mandeis buscar *incontinenti* á esos galopos, hallados los cuales, podrá saberse dónde está la Retuerta, quiero decir, la hija bastarda de Enrique IV y de la marquesa de la Tour Brune.

—Se buscará, se buscará, y al momento, don Francisco; pero me ha interesado vuestra relacion: ¿cómo diablos siendo esa señora tan principal ha venido á parar á Madrid sin que nadie la conozca?

—Su madre era una desastrada, se enamoró de un busca vidas español que fué por allá, y con él se vino para acá trayéndose á su hija muy pequeña y todo lo que le habia dado el rey, al que dejó inconsolable. Yo tengo las pruebas de todo esto ordenadas, claras, precisas; me interesaba habérselas presentado al rey para que reconociese á su cuñada aunque bastarda, y por el hallazgo me la diese por esposa.

—¿Que teneis las pruebas de que esa mujer, esa Retuerta, es hermana de la reina?

—Oid bien, sí, pruebas indudables que se confirman con la gran semejanza corporal que existe entre la reina mi señora y la Retuerta: ¿qué quereis? tales son las consecuencias de ser los reyes enamoradizos: supongamos que mañana el rey mi señor tiene un hijo de la Calderca...

—Sucederá eso dentro de poco.

—Ah, ya, el rey ha fructificado por la via ilegítima: pues ahí teneis, dentro de seis meses, aconteciendo bien todo, tendrá un hermano bastardo el príncipe don Carlos: la naturaleza no respeta gerarquias, es una señora absoluta que lo domina todo. ¿Conque decis, volviendo á mi propósito, que ninguna noticia teneis ni de la Retuerta, ni de los alguaciles del Santo Oficio que se la han llevado presa del molino donde yo la tenia?

—Ninguna absolutamente, don Francisco.

Dijo con tal aplomo, con tal severidad estas palabras el conde-duque, que Quevedo dudó.

II.

—Señor, dijo á la puerta un criado del conde-duque, aquí hay un señor que dice llamarse Diego de Estremera, y como yo le he contestado que no podia ser porque ya estaba hablando con vucencia el señor Diego de Estremera me ha dicho yo no sé cuantos improperios y me ha llamado bruto.

—Y ha tenido razon, Cascante, ha tenido razon: pues qué, ¿no puede haber en el mundo dos Diegos de Estremera? Que entre. Salió el criado.

—Y nos viene bien, vive Dios, dijo el conde-duque, porque el señor Diego de Estremera es un alcalde de casa y córte como no hay dos, y él nos servirá. Pasad, señor Diego de Estremera, pasad y os ruego perdoneis la torpeza de mi criado; ellos son así.

—Vea vucencia, contestó un hombre alto, seco, bilioso, que acababa de entrar, envuelto en una loba negra, con birrete negro, y á pesar de la estacion, capa negra tambien y una larga vara de justicia en la mano: vea vucencia, decirme á mí cuando llegaba que estaba yo aquí, es decir, que estaba yo hablando con vucencia.

—Torpezas irremediabiles que os suplico perdoneis, señor Diego de Estremera. Ahora bien: os llamo para encargaros de un asunto importante; es necesario averigüeis donde están unos falsos alguaciles del Santo Oficio que se han llevado una mujer que se llama... ¿cómo se llama, don Francisco?

—Agustina la Retuerta, contestó tragando saliva Quevedo, porque no estaba seguro de si el conde-duque hablaba sinceramente ó se le escapaba con un fingimiento.

—¿Es decir, dijo el alcalde, que hay que buscar á unos que, disfrazados de alguaciles de la Inquisicion, se han apoderado de una mujer que se llama Agustina la Retuerta?

—Eso es.

—¿Y dónde se han apoderado de esa mujer esos hombres?

—En un molino que está á alguna distancia de palacio corriendo arriba del rio, contestó el conde-duque. ¿Cómo se llama ese molino, don Francisco?

—El molino de Mediodiente.

—Quedo enterado, dijo el alcalde, y haré cuantas averiguaciones sean necesarias.

—Pero eso ahora mismo, señor Diego de Estremera; porque yo no os he llamado para otra cosa: ahora bien, ¿quereis hacerme la merced, don Francisco, de acompañar al señor Diego de Estremera, á fin de que con la luz que vos podais darle, se encuentre más fácilmente lo que buscamos?

—¿Y por qué no? dijo Quevedo; acompañaré yo á este señor alcalde, y por acompañarle me doy por muy honrado.

—Pues sea la busca cuando vos querais, dijo el conde-duque, puesto que á vos más que á nadie interesa este asunto.

—Pues ahora mismo, don Gaspar, ahora mismo, dijo Quevedo que conoció que lo que el conde-duque queria era quedarse solo.

—Sea cualquiera la hora que volvais, estará dada orden para que se os abra el postigo de palacio por la parte del jardin de la Isla; yo no me acostaré hasta muy tarde, despues de que me hayais participado las noticias que hayais adquirido.

—Pues hasta luego, don Gaspar, dijo Quevedo.

—Hasta luego, don Francisco, contestó el conde-duque.

—Beso las manos á vucencia, dijo el alcalde.

—Y yo las vuestras, señor alcalde, contestó el conde-duque.

Salieron, el alcalde lleno de extrañeza, y Quevedo, de una cólera que habia reprimido á duras penas.

CAPITULO LXXVIII.

De cómo Quevedo continúa haciendo novelas.

I.

Indudablemente no se había llamado al alcalde Estremera para lo que se le había mandado, por lo que Quevedo deducía que el conde-duque había aprovechado un pretexto para quedarse solo.

—Bueno, bien, murmuró Quevedo; pues si está en poder del conde-duque esa perdida, ya le dejo tarea para que se divierta con el cuento que le he encajado, y que ha creído; vaya si lo ha creído: quisiera estar por un lado oyéndole sin que me viera; pero ¿qué hacer, Dios mio, qué hacer? ¿Cómo evitar la mala intriga que se urde contra la reina, cómo avisar al rey? Esto no puede ser, no; son asuntos demasiado espinosos, y luego que nada se sacaría en limpio: el conde-duque haría desaparecer esa aventurera, sin dejar puebas de que la había tenido en su poder, y el rey me creería un calumniador miserable; pero, señor, si lo más derecho era dejarse de cortesías y contemplaciones y darse de estocadas con ese hombre y quitarle de en medio; pero esto me comprometería grandemente, y la reina no me lo agradecería, ni me lo agradecería nadie: no vayamos tan lejos que nos perdamos por gentes que no se perderían por nosotros; rueda la bola y vaya donde el diablo quiera; que cuando Dios no extermina á estos malvados, es porque se vale de ellos para castigar á otros; no pretendamos querer ser más sábios y más justicieros que Dios.

II.

—Muy pensativo vais, señor don Francisco, dijo Diego de Estremera á tiempo que cruzaban el jardín de la Isla, precedidos por un criado del conde-duque que llevaba una antorcha y los guiaba hácia el postigo del jardín.

—¿Qué, me conocéis, señor alcalde? dijo Quevedo.

—¿Y quién no os conoce, si no personalmente, por los retratos vuestros que andan por ahí?

—¿Y vos me conocéis de cuerpo presente, ó por imágen? preguntó Quevedo.

—De ambas maneras, porque antes de vestir yo la toga, vestí el colete y ceñí la coraza y anduve en los tercios viejos de Nápoles, cuando era virey el gran duque de Osuna.

—Razon teneis en decir que aquel Osuna era grande; y tan grande, que valia por toda la pequeñez de ciertos pigmeos que se tienen por jigantes: el gran duque de Osuna no se pagaba de las bajas intrigas, como ahora se usa, sino que lo resolvía todo, como Alejandro, por la espada.

—Hombres como el duque de Osuna, dijo el alcalde, caen heridos por los amaños de sus enemigos ruines, como un árbol corpulento sucumbe á causa del insecto que roe sus raices.

—Pues hoy se roe de firme, alcalde, dijo Quevedo; y tanto se roe, que un dia nos encontraremos con la roedura del reptil en las entrañas; ¡pobre patria!

—Afortunadamente, dijo el alcalde, el conde-duque no permitirá las desgracias de la patria.

Dió un respingo Quevedo: creía que habia tropezado con un descontento del conde-duque que le servia á regañadientes, y se encontró con una hechura suya sin duda, puesto que tan grande le parecia.

—Vamos, dijo Quevedo, estoy de desgracia; he perdido el tino, en todo tropiezo.

—¿Qué decís, don Francisco?

—¿Qué, no habeis notado el respingo que he dado? Pues fué que tropecé.

—Diablo, pues si esta calle está acabada de enarenar.

—Pues ahí vereis, señor alcalde, hasta en lo llano tropiezo; y cuando ando sobre los lisos pavimentos del alcázar, resbalo: ¿qué

quereis? soy ya viejo, he perdido la vista y el tacto, y hasta el olfato, que le he tenido muy fino como de perdiguero.

III.

En aquel momento el criado llegó al postigo, ó mejor dicho, á la verja de salida al jardin, abrió y dijo:

—¿Acompaño á vuestras señorías?

—No, contestó Quevedo, pero esperad aquí á que volvamos.

Y el alcalde y Quevedo tomaron por una avenida que conducia á la orilla del rio.

—¿Conoceis vos, dijo Quevedo al alcalde, á una muchacha muy rubia, muy blanca, con los ojos azules, que se parece mucho á su magestad la reina?

—De esas señas he preso yo una esta noche, y cabalmente iba á dar parte de esa prision al conde-duque.

—De cuya orden la habeis preso, ¿no es verdad?

—Si señor.

—¿Y con qué causa?

—Porque dice el conde-duque que unos ociosos, habiendo encontrado por casualidad á esa muchacha que tanto se parece á su magestad, se la habian traído á Aranjuez para presentarla en la fiesta: y calculad, señor don Francisco, lo que hubiera sucedido si en la fiesta se hubiera presentado una mujer tan parecida á su magestad.

—Ah, es mucha la prevision, es mucha la lealtad de mi amigo el conde-duque, dijo Quevedo que resollaba mal: ¿y á dónde habeis llevado á esa perdida?

—En el piso bajo de la casa en que está el conde-duque se encontraba cuando nosotros salimos.

—¡Ah, pecador de mí, exclamó Quevedo, pues si esa es la dama á quien yo busco, si esa es Agustina la Retuerta!

—¿Cómo decís dama, don Francisco, si aun cuando muy hermosa, esa mujer es ordinaria en sus maneras y echa por aquella boca sapos y culebras?

—Ah, porque ella, la desgraciada, ignora quién es, dijo Quevedo: ella es una hija perdida, que por haberse perdido, se ha perdido, y ahora está perdida; rosario de perdiciones que viene desde muy alto, porque esa que vos llamais mujer, señor Diego de Estremera, es no menos que una hija bastarda del señor rey de Francia Enri-

que IV, hermana de su magestad la reina, y tan parecida á ella como vos habreis podido juzgar.

—En efecto, don Francisco, dijo el alcalde, se parece mucho esa mujer á quien llamaré señora, conociendo su origen, á su magestad la reina.

—No sabeis lo que habeis hecho, alcalde, exclamó Quevedo: volvamos, volvamos cuanto antes: veamos si aun no se ha apoderado de esa señora el conde-duque: mirad que os va en ello más que creéis, porque si el rey sabe que esa dama á quien ansiaba tanto encontrar se ha perdido, y que vos habeis ayudado para que se pierda, lo pasareis muy mal; porque el rey no os perdonará, ni yo le aconsejaría que os perdonase: pues á fé, á fé que no es grande la trascendencia del negocio en que sorprendido por el conde-duque, y sin saber lo que haciais, os habeis mezclado; pues no os ha comprometido mucho mi amigo don Gaspar: ¡oh! corramos, volemós; ¿no veis cómo corro yo, á pesar de la defectuosa configuracion de mis piernas y de mis piés?

—Ah, ya os sigo, ya os sigo, contestó el alcalde que iba jadeando detrás de Quevedo, que haciendo un maravilloso esfuerzo, corria como no habia corrido en la vida hácia la verja del jardin de la Isla.

IV.

Llegaron á ella en pocos minutos, porque se habian separado poco de ella.

El criado estaba allí.

—Abrid voto á... dijo Quevedo, abrid pronto, que nos corre una vaca brava con la que nos hemos tropezado por esas alamedas.

El criado abrió y los dos pasaron.

—Cerrad pronto que la vaca no entre, que viene encima, y corred hácia la casa rústica, no sea que la vaca salte la verja y nos coja, que la ferocidad de estos bichos en nada se para.

El criado cerró apresuradamente, y sin duda no era muy torero, porque dió á correr y se entró en la casa rústica gritando:

—Guarda la vaca.

—El diablo sois, don Francisco, dijo el alcalde deteniéndose jadeando junto á la puerta: si es tan cierto lo de la bastardia de esa señora con Enrique IV, como lo de la vaca, no os perdono el susto.

Pero Quevedo no le oía, ya se había metido dentro diciendo:

—Decid á su excelencia que aquí está el alcalde Diego de Estremera.

—Su excelencia no está, sé ha ido á palacio.

—¿Solo?

—No señor, con una dama.

—Poder de Dios, dijo Quevedo, y en palacio no se puede entrar ahora: será necesario esperar.

—Ha dicho su excelencia, que cuando vuelva el señor alcalde Diego de Estremera, se le diga que no se moleste, porque el rey le ha llamado; va á pasar la noche despachando y no volverá hasta mañana.

—Está visto, murmuró Quevedo, todo me sale mal: oh, ingenio mio, ingenio mio, y qué aguado que estás y qué chirle! A ver uno si me guía para que yo salga de palacio.

—Están cerradas las puertas, y no se pueden abrir ni para salir ni para entrar, sin orden del rey nuestro señor.

—¿Qué os parece, señor Diego de Estremera? dijo Quevedo al alcalde, estamos pues presos en palacio; perfectamente, buena noche nos aguarda.

—No tomen por eso pena vuestras señorías, dijo un criado que parecia de mayor graduacion que los otros, que aquí hay habitacion y lechos donde vuestras señorías reposen, y cena si quisieren.

—Acójome á lo de la cena, dijo el alcalde, por no ver la procesion de las ánimas que dicen se aparece á los que se acuestan sin cenar.

—Guien, pues, al aposento y lleven la cena, dijo Quevedo resignándose, porque veía que el conde-duque se le escapaba, pero hábilmente, sin dar motivo alguno á que se le reconviniese.

Un criado encendió dos bugias, y por un pasadizo del piso bajo llevó al alcalde y á Quevedo á una habitacion muy bien amueblada en que habia dos lechos ricos.

—Pardiez, dijo para sí Quevedo, este es el dormitorio del conde-duque; ¿pero por qué hay en él dos camas?

El criado puso las dos bugias sobre una mesa y salió.

IV.

—¿Qué decis de esto, señor Estremera? preguntó Quevedo.

—Digo, que el aposento es primoroso, excelentes las camas y lujosísimas, y que si la cena se asemeja á todo esto, vamos á cenar muy bien y á pasar muy buena noche.

—Teneis razon, vamos á pasar una noche muy buena, dijo Quevedo arrojando sobre un sillón su sombrero y su capa como si hubiese estado en su casa, y desajustándose el cinturon que con su daga y su espada dejó sobre otro sillón. Noche de ángeles para mí, porque si á vos os incomodan los ronquidos la vais á pasar muy mal, yo ronco como un elefante.

—Ah, descuidad, descuidad, don Francisco, que yo ronco como una trompeta, dijo el alcalde.

—Pues tendremos sueño con orquesta, dijo Quevedo.

En esto aparecieron cuatro criados trayendo una mesa cubierta, y sobre ella dos candelabros encendidos, la pusieron en el centro de la habitacion y colocaron al un lado y al otro de ella dos sillones.

Despues salieron.

Sentóse Quevedo y junto á él el alcalde.

—A comer nos vamos la cena del amo, dijo Quevedo.

—¿Eh, qué decis? exclamó el alcalde.

—Buen oficio habeis hecho esta noche, replicó Quevedo: haberle traído entretenimiento al conde-duque, solo que yo le he echado de aquí.

—Eh, ¿qué es eso?

—¿Qué ha de ser? que mi amigo don Gaspar y yo teníamos hecha una apuesta acerca de quién se apoderaria de esa infanta incógnita: ganádomela há, lo confieso, pero ha sido con complicidad de la justicia, por lo cual esa apuesta no es válida, y os tomo de testigo para eximirme de pagarla.

—¿Pero qué es lo que estais diciendo, don Francisco?

—¿Qué he de decir? que habeis disfrazado vuestros alguaciles con el nombre de alguaciles del Santo Oficio, para sobre seguro traerlos del molino de Mediodiente á esa hermosísima dama, en lo cual ha habido fraude, por lo cual la apuesta es nula y vos habeis incurrido en abuso que os producirá censuras del Santo Oficio que no andará blando con vos.

—¡Diablo, diablo! don Francisco no me asusteis.

—No quisiera asustaros, porque se os podría indigestar la cena.

—Es que se me va quitando la gana de cenar.

—Pues ved ahí, á mi se me aviva.

—Concluyamos con las bromas, don Francisco; ¿vais á denunciarme al Santo Oficio por la licencia que me he tomado?

—Obligacion es de todo fiel y católico cristiano denunciar al Santo Oficio todo lo que sea contra la pureza de la fé, y contra la fé es hacer pasar al Santo Oficio por papeles poco dignos, tales como los de procurar mancebas á los grandes señores; delito que vos que sois letrado calculareis qué bravísima pena debe esperar de la severa rectitud de la Santa Inquisicion.

—Don Francisco, que me vais á hacer pasar una muy mala noche.

—Pasaréla yo en cambio muy buena, porque me habré vengado de la mala accion que me habeis hecho, haciéndome no perder, sino poner en duda mi apuesta.

—¿Y no puedo yo subsanaros el daño en algun modo?

—Sí que podeis, dijo Quevedo; pero silencio, que vienen los criados con el primer servicio.

Entraron en efecto algunos criados, trayendo algunos platos con viandas exquisitas.

Cuando hubieron llenado las copas, Quevedo les dijo se retirasen, diciendo que ya los llamaria cuando los necesitase.

Los criados salieron.

—¿Y qué he de hacer yo para satisfaceros, don Francisco? dijo el alcalde.

—¿Qué? como vos sois el corre, ve y dile de este negocio y esa mujer no puede permanecer en el palacio ni aquí porque seria escándalo, el conde-duque os la entregará para que se la guardéis....

—Es posible, es posible, dijo el alcalde atragantándose con un pedazo de tortuga; ¿pero qué quereis que yo haga, si el conde-duque me entrega esa mujer?

—Entregármela.

—¿Y cómo, cómo he de responder yo despues al conde-duque?

—Decidle que se os ha escapado.

—El conde-duque se irritará.

—Más se irritará la Inquisicion.

—Don Francisco, que se me va á indijestar lo que estoy comiendo: qué empeño teneis.

—¿Que qué empeño tengo? no sabeis vos hasta qué punto es el

empeño mio por esa señora: hasta tal punto llega, que soy capaz de daros de estocadas si mañana no me la entregais; y como yo he cenado lo bastante porque como mucho y deprisa y no quiero hablar más de lo dicho, mañana os aguardo en la hosteria de la Cabrera vieja, con esa señora; y no quiero hablar más del hecho, me voy.

Y metiéndose Quevedo entre sábanas vestido y hasta con zapatos, no sabemos si del exceso de la cólera ó del cansancio del camino, se durmió como ya le hemos oido roncar en otra ocasion.

—¡Oh, maldita suerte la mia! dijo el alcalde royendo el anca de una perdiz, ¡en qué compromisos se vé metido el que sirve á estos señores! la Inquisicion... y don Francisco es capaz de hacerlo como lo dice.

Y para consolarse el alcalde cortó una gran rebanada de cabeza de jabalí, y se puso á devorarla con un apetito envidiable.

Estaba visto que el cuidado, el disgusto, la ansiedad no quitaban las ganas de comer al señor Diego Estremera, ni el sueño; porque cuando hubo cenado lo que quiso, se desnudó, se acostó en el otro lecho, y á poco roncaba de una manera sonora asemejándose su ronquido como él lo habia dicho al sonido de un trompetin.

CAPÍTULO LXXIX.

De cómo el conde-duque sabia tambien hacer novelas y preparar tragedias.

I.

Apenas habian salido Quevedo y el alcalde, el conde-duque llamó y se presentó un criado.

—Cascante, le dijo; ¿hay abajo unos alguaciles con una dama?

—Si, señor.

—¿Y está esa dama en sitio donde hayan podido verla los que acaban de salir?

—No, señor; está en el camarín que mandó disponer vuecencia.

—¿Y los alguaciles?

—En la portería.

—De modo que no han podido ver...

—No, señor.

—Dame mi espada, mi capa y mi sombrero.

Sirvió Cascante estas prendas al conde-duque, que bajó y entró en el mismo aposento donde despues cenaron y se acostaron Quevedo y el alcalde.

—Dios os guarde, hija mia, dijo el conde-duque; ¿estais asustada?

—¡Asustada! Vaya, yo no me asusto; ¿por qué me he de asustar? causóme, si, un poquillo de escozor aquello de la Inquisicion,

pero como luego el señor que mandaba en los alguaciles me dijo que no tuviera cuidado, que vucencia el señor conde-duque queria verme, y que no me sucederia nada, alegréme; porque en fin, quien ha tratado con tanto pelon, tiznado el uno, mal oliente el otro, viejo aquel, y por mejoría dar en un balletero, tiene que alegrarse cuando sabe que un señor tal como vucencia ha puesto los ojos en una: ya me habian dicho las comadres de la vecindad, que siendo tan hermosa acabaria por ser prenda de un señor muy rico.

—Bien, bien, dijo el conde-duque; pero importa que no nos detengamos.

—Por mí no hay detencion.

—Pues asios á mi brazo, seguidme, y deprisa.

II.

La Agustina estaba completamente vestida como una dama noble y rica, con un traje azul de cielo relevado de plata, joyas y un gran manto de terciopelo negro con velo de encaje de Flandes.

Asióse al brazo del conde-duque y este la dijo:

—Cubrios bien con el manto.

Cubrióse ella y salieron.

El conde-duque atravesó el jardin, llegó á un postigo del palacio, llamó, dió una seña, le abrieron, pasó y subió por unas larguísimas escaleras aunque anchas y de piedra.

Al desaparecer por el primer descanso la pareja, el portero dijo:

—Pardiez, ¿cómo viene á estas horas por este postigo su magestad con el conde-duque? mucha honra le hace su magestad.

—Oh, á su excelencia, dijo un lacayo que estaba junto al portero, le estiman mucho sus magestades; la reina habrá querido ver trabajar de noche ó pasear á la luz de la luna.

Esto indicaba lo fácil que era de ser confundida la Agustina con la reina, cuando dos de la servidumbre de palacio habian caido ya en la equivocacion.

III.

El conde-duque se entró por una porteria cuya mampara abrió con un llavin.

Allí no había nadie.

Atravesó á tientas un espacio oscuro, tocó á otra mampara, la abrió y empujó dentro á Agustina, cerró luego y llamó.

Acudieron.

—Luces, dijo el conde-duque.

Poco despues apareció un criado con dos candelabros que el conde-duque tomó con gran extrañeza del que los habia llevado.

—Retiraos, dijo el conde-duque.

El criado desapareció.

Cuando de nadie pudo ser visto lo que se ocultaba detrás de la mampara, el conde-duque la abrió y tornó á cerrarla.

Estaba en la dependencia que en el palacio de Aranjuez servia de secretaria de Estado.

Hizo pasar á Agustina á su despacho que estaba magníficamente amueblado.

—¡Qué bien se está aquí! dijo la muchacha dejándose caer en un blandísimo sillón.

—Oid, dijo el conde-duque, y oid sériamente.

—Ah, pues no me rio ni puedo reirme porque estoy aturdida, dijo Agustina.

—Hasta la voz, dijo el conde-duque.

—¿Qué dice su excelencia de mi voz?

—Que es muy armoniosa.

—Ay, pues si su excelencia me oyese cantar, ni un ruiseñor ni un canario; vaya, pues si tenia yo fama en el Mundo Nuevo; pues y en Maravillas, vamos, no quiero hablar, porque dicen que la alabanza propia envilece: *Ay bullí, bullí cuzcuz de la veracruz...* añadió entonando una jácara de las de Quevedo la Agustina.

—Callad, callad por Dios, dijo el conde-duque, que encima duermen sus majestades y están abiertas las ventanas.

—Ah, yo no lo sabia; perdone su excelencia; yo creia que estábamos solos.

—Y solos estamos de todo punto, hermosa, dijo el conde-duque.

—Calla, dijo con descaro Agustina; ¿vuecencia me llama hermosa?

—Como que lo eres.

—¿Y por qué me llama hermosa vuecencia?

—Bah, porque á mí me gusta decir la verdad.

—Pues mire vuecencia, eso me lo han dicho á mí muchas veces, tantas, que quererlas contar sería lo mismo que querer contar

las estrellas del cielo, pero siempre que me lo han dicho me lo han dicho por algo.

—No te lo digo yo por nada, contestó el conde-duque á quien la ambicion no dejaba sentir el capricho vulgar por la mujer; dime, ¿te acuerdas de tus padres?

—¿Y qué sé yo si los tuve? contestó Agustina; yo solo sé que la tia Ambrosia la buñolera del callejon del tio Estéban en el Mundo Nuevo, al abrir la puerta una mañana me encontró junto á ella arrecida de frio y llorando; recogióme aquella buena mujer, crióme, y cuando fui grande pasé por muchas manos.

—Sí, si, ya sé, dijo el conde-duque; has sido desgraciada.

—¿Desgraciada, señor? ¡pues si tengo la mejor suerte del mundo! todos me quieren y todos me dan; á donde quiera que voy, soy la primera, y cuando canto ó bailo, los que me oyen ó me ven, se creen en la gloria.

—¿Y si fueras tú una gran persona?

—Bah, bah, ¡qué he de ser yo una gran persona! ¿cómo, ni por dónde?

—¿Conoces tú á don Francisco de Quevedo?

—¡Ay Dios mio, qué risa! dijo la Agustina: don Francisco de Quevedo, solo de oírle nombrar me regocijo, porque me acuerdo de sus jácaras que son muy chistosas; pero no conozco á ese buen señor, y daría un ojo de la cara por conocerle.

—Pues le conocerás, Agustina, le conocerás; es muy amigo mio.

—Pues cuanto antes, señor, cuanto antes; que quiero que me componga á mí un romance tan bueno como otros que ha compuesto, y que me sé yo de memoria; pero el que más me gusta es aquel de

Parióme adrede mi madre:
¡ojalá no me pariera!

—Le verás despues de la fiesta, pero guarda si te gusta él tanto como sus versos, porque don Francisco de Quevedo es muy duro de enamorar.

—¿Qué sabe vucencia? A medio guiño que yo le haga, le pongo blando como un jabon. Venga acá don Francisco, que como entre en casa no sale de ella.

—Pues mira, don Francisco dice que eres una gran señora.

—Pues si don Francisco lo dice, será verdad, porque aseguran

que don Francisco no miente nunca: ¿y por qué dice don Francisco que yo soy una gran señora?

— Porque tiene las pruebas de tu nacimiento.

— ¿Y de quién soy yo hija? preguntó con ansia Agustina, porque para ser yo una gran señora, es necesario que mi padre sea un gran señor.

— Tu padre murió.

— Pues que Dios le haya perdonado, aunque no sea más que porque dejó sola en el mundo á su hija.

— Tu padre no tuvo la culpa, sino tu madre, que se huyó contigo quitándose del poder de tu padre.

— La pegaria mucho: ya vé vucencia: el hombre que le pega á una muger, no la quiere, ¿y qué ha de hacer una muger al lado de un hombre de quien no es querida? yo tambien me he ido de todos los que me han pegado: ¿pues qué, me ha dado Dios á mí estas carnes tan blancas y tan suaves para que me las martiricen?

— ¿Y dices tú que no conoces á don Francisco de Quevedo?

— No señor, no le conozco, aunque siempre he tenido muchos deseos de conocerle.

— Pues si don Francisco dice que te ama, que está loco por tí.

— ¡Ay Dios mio! entonces es que sin conocerle yo me conoce él: ¿y dice vucencia que me ama? no me lo diga vucencia otra vez que me voy á volver loca. Jesus, pues si dicen que es tan valiente que nadie le tose y que dá gusto de oírle hablar y que tiene unas picardias...

— Ah, en eso no te han engañado, que picardias no le faltan á don Francisco de Quevedo: no ha sido mala la que ha querido hacerme esta noche, pero pícaro contra pícaro, el que da primero gana.

— ¡Cómo! ¿pues qué, vucencia es pícaro?

— De todo es necesario ser en el mundo: así pues, es necesario que tú seas alguna vez lo que no has sido nunca.

— ¿Y qué he de ser yo?

— Dama y dama muy principal, como una reina, á lo menos por una noche.

— Pues mire vucencia, de reina tengo yo algo, porque el mio, que es ballestero de su magestad, un buen mozo y muy valiente y que merece que vucencia le ampare y que se llama Sancho, me ha dicho muchas veces que yo me parezco á la reina.

— Ya lo creo, dijo el conde-duque: ¿pues no ha de parecerse á la reina vuestra alteza?

— ¡Jesus, Dios mio, y qué gracia! vucencia habla como si yo fuera la señora infanta; porque dice Sancho que á la señora infanta la llaman alteza.

— Hablemos formalmente, señora, dijo el conde-duque, y perdóneme vuestra alteza si por algun tiempo la he tratado como vuestra alteza trata á todo el mundo.

IV.

Pasó algo singular por el semblante de la Retuerta.

Vagaron sus ojos y miró con asombro al conde-duque.

Este se habia puesto en pié, se habia quitado el sombrero, y estaba en una actitud respetuosa murmurando para sí:

— Lléveme el diablo si pasado mañana no le saca esta los ojos á don Francisco.

— ¿Pero qué es lo que hace vucencia, señor? dijo Agustina.

— No me dé vuestra alteza tratamiento, que es contra etiqueta: llámeme vuestra alteza de vos, como la señora infanta.

— Pues qué, ¿soy yo infanta? dijo Agustina.

— Sí, señora, sí, infanta aunque bastarda; pero no infanta de la casa real de España, sino de la de Francia.

— Vaya, dijo la Retuerta de mal humor; ¿vucencia se está divirtiendo conmigo?

— Recuerde vuestra alteza, ¿los alguaciles que la sacaron del molino de Mediodiente, no llevaron á vuestra alteza á la Casa del Labrador?

— Si señor, sí, y válgame Dios qué susto que pasé, porque creí que la Inquisicion me prendia por bruja.

— Sin embargo, en la Casa del Labrador encontró vuestra alteza dos dueñas que la vistieron como está, quitándola sus ropas que no la convenian: yo creo que esas dueñas habrán tratado á vuestra alteza con mucho respeto.

— Sí, me llamaban señora, y cuando yo les preguntaba que por qué me ponian esas cosas tan ricas, desde la camisa hasta el guarda-infante, ellas me decian: así lo ha mandado, señora, el señor conde-duque á quien vais á ver. Ya se vé, yo decia: su excelencia se ha enamorado de mí y quiere, para verme, que yo vaya vestida como dama: bueno, bien, con tal de que me dejen todo esto que me están poniendo, no salgo mal librada, porque vendido, bien vale un puñado de doblones. Y qué feas y qué viejas eran aquellas brujas, di-

go aquellas dueñas, que deseando estaba yo de perderlas de vista: pero dígame vucencia, que aunque estoy con mucho cuidado no me he acordado de preguntárselo hasta ahora, ¿han preso también á mi amigo, digo á Sancho?

—Olvídense vuestra alteza de ese hombre.

—¿Cómo he de olvidarme, pesia á mí, exclamó con impaciencia la Retuerta, si le quiero más que á las niñas de mis ojos?

—Vuestra alteza está destinada á un gran príncipe, no á un ballestero záfio.

—Pero ¡qué porfia! respondió la moza; ¿por qué se empeña vucencia en hacerme creer que yo no soy Agustina la Retuerta, sino una gran princesa?

—¿No os he dicho ya que sois de sangre real?

—¿Y quién dice eso?

—Don Francisco de Quevedo, que es mucha persona y que tiene las pruebas, por lo cual iba á buscaros esta noche al molino, y no encontrándoos y sabiendo que os había preso la Inquisicion, vino á mí y me dijo:

—¿Qué es lo que la Inquisicion ha hecho? equivocada por las apariencias y por una acusacion falsa, ha preso á una gran señora, á una hija del rey de Francia Enrique IV y de su favorita la noble marquesa de la Tour Brune.

—¡Ay, Dios mio! señor, que me pongo mala, que me parece que vucencia habla de veras; y ello, en fin, bien puede ser, porque á mí no me han sembrado ni he nacido de las malvas; que á la fuerza vengo yo de un hombre y de una mujer, y ya he visto yo comedias de Lope en que una pobre villana que no sabia quiénes fueron sus padres, resultaba hija de un gran príncipe y de una gran princesa, y luego la casaban con un rey, y todo ello era que algun mal hombre por venganza habia quitado al padre su hija y la habia perdido, y que luego Dios habia hecho que por esto ó por lo otro y por señas que tenia en su cuerpo la tal princesa, la conocia algun caballero vasallo de su padre, y todo acababa en casamiento y regocijo; y mire vucencia que yo tengo en la espaldilla izquierda un lunar colorado y me han dicho muchas comadres que por este lunar me habia de suceder una gran fortuna.

—Pues cabalmente ya no hay duda, dijo el conde-duque; vuestra alteza es la princesa María de Borbon por reconocimiento del señor rey de Francia Enrique IV, y la gran prueba es ese lunar colorado que vuestra alteza tiene en la espaldilla izquierda; así me lo

ha dicho no hace mucho don Francisco de Quevedo.

—¡Ay, Dios mio! yo me ahogo, yo me sofoco, que me den agua, exclamó la Retuerta.

—Pásese por ahora vuestra alteza sin ella, dijo el conde-duque: sería necesario llamar y que entrasen y viesen á vuestra alteza.

—Pues si no quereis que me vean, dijo cambiando de repente de tono la Retuerta porque la conciencia del poder da fuerza, id vos por ella.

Hízose atrás el conde-duque y se puso pálido.

Le pareció que en aquella mujer se revelaba algo de sangre real, de sangre de una raza acostumbrada al mando, y vaciló.

—¿Será acaso verdad, dijo para sí, lo que asegura don Francisco? ¿será esta mujer hermana de la reina?

—¿No veis que sudo y me sofoco? exclamó con impaciencia la Retuerta, ¿ó quereis que llame yo? porque siendo yo lo que decís, estoy en mi casa, ó lo que es lo mismo, casa de mi hermana; porque yo sé muy bien, porque se lo he oido decir á todo el mundo, que la reina nuestra señora es hija del rey de Francia.

—Voy, voy, señora, dijo el conde-duque.

Y salió dejando encerrada á la Retuerta.

V.

Esta se levantó y fué á mirarse á un grande espejo que habia sobre una consola de mármol entre dos balcones.

—Pues puede ser que sea verdad, dijo mirándose y volviéndose y ensayando actitudes altivas; y bien, si lo es, mejor; no hay más sino que sería menester dejar á Sancho; y le quiero, vamos, si señor, le quiero; es el único hombre que he querido en toda mi vida, porque me sabe llevar el genio, y no me pega y se gasta conmigo lo que rebusca y me tiene hecha una princesa, y como todos los dias olla podrida y muy rica: pero Dios mio, ¡yo hija de un rey! y decia bien la tia Zuecos:

—Hija mia, por este lunar colorado te vendrán grandes cosas, y ¡bendito sea Dios, qué espalda tan blanca y tan hermosa que tienes!

Vaya, pues bien, todo puede arreglarse; si me casan con un gran príncipe, siempre me quedará un ratillo para ver sin que nadie nos vea, á Sancho: si señor, sí; si ya me lo habian á mí dicho; cuando te pones seria y miras derecho y fijo, pareces una reina.

Y en efecto, la muchacha era hermosísima, y envanecida por lo que la habían dicho, estirada, sería, parecía una dama algo rígida, pero siempre dama, privilegio de las nobles formas de la belleza.

VI.

El conde-duque entró.

Traía en la mano, en una salvilla de plata, una gran copa con agua.

Para esto había tenido que irse á la secretaria, sentarse á una mesa, pedir agua, y cuando se la trajeron, decir que se la dejaran allí.

Las bajezas que el conde-duque usaba para asegurarse en el favor del rey y que llegaban como lo acabamos de ver á las bufonías, no eran para dejadas ver de nadie.

Adelantó hácia la Retuerta, y la presentó la copa.

Esta bebió con ansia.

Luego se sentó en el mismo sillón que había abandonado.

El conde-duque dejó la salvilla con la copa sobre una mesa, y volvió y quedó de pié delante de la Retuerta.

—Y decidme, le preguntó esta, ¿qué pensais hacer conmigo?

—Mañana, durante la fiesta, sereis presentada al rey mi señor, que ya tendrá la prueba de quien sois: para esto ireis acompañada de un noble caballero, de don Juan de Tarsis, conde de Villamediana.

—Ah, sí, dijo la Retuerta, ese caballero es correo mayor de su magestad.

—¿Quién lo ha dicho á vuestra alteza?

—Sancho, que me habla mucho de las cosas de palacio.

—Siempre ese Sancho... olvidese vuestra alteza de él.

—Ah, sí, sí, por olvidado, dijo la Retuerta; ya le casaremos bien, y le daremos mucho dinero para que se consuele, porque yo creo que seré rica.

—Riquísima, señora.

—Y decidme, ¿por qué me ha de acompañar el correo mayor de su magestad?

—Para que vuestra alteza se convenza de lo parecida que es á su magestad la reina, porque el conde de Villamediana se equivocará.

—¡Ah, sí! pues voy á divertirme mucho; pero por muy parecida que yo sea á su alteza, alguna diferencia habrá.

—Es que vuestra alteza llevará un antifaz, un medio antifaz como este.

Y el conde-duque sacó uno de sus gregüescos, y añadió:

—¿Tiene vuestra alteza la bondad de ponérselo?

—¿Y por qué no? dijo la Retuerta poniéndose el antifaz.

La quedaba descubierta parte de la frente y la barba.

—¿Tiene vuestra alteza la bondad de ponerse de pié?

La Retuerta se levantó y permaneció erguida.

El conde-duque se puso pálido, y en sus ojos brilló un relámpago de lúgubre alegría.

La Retuerta, con el medio antifaz puesto, se confundía con la reina.

—Agárrese de mi brazo vuestra alteza, si quiere, dijo.

—¿Y por qué no? contestó la Retuerta.

Y se asió al brazo del conde-duque.

—Paseemos, dijo éste.

—Pues paseemos.

Y se pusieron á dar vueltas de un lado á otro del despacho que era muy extenso.

—Supongamos, dijo el conde duque, que vuestra alteza es la reina y que yo soy el conde de Villamediana; supongamos que vos estais esperando en una enramada en el jardin de la Isla; que llega el conde de Villamediana, y os dice sobre poco más ó menos:

—¡Ah, señora, qué felicidad, vuestra magestad me ha escrito, vuestra magestad se ha conolido de mí!

—Pero qué es esto, dijo la Retuerta, ¿el conde de Villamediana está enamorado de su magestad?

—Como un loco.

—¿Y la reina?

—No se sabe si le ama ó no le ama, esta es la verdad; pero sábese sí, que no le escucha.

—Ah, pues si yo pudiera engañarle, me divertiría mucho con él; le haria creer que le amaba, y cuando estuviera loco de contento me quitaria el antifaz y le diria: sois un necio, mirad á la que habeis creído la reina.

—Perfectamente, exclamó el conde-duque: el traidor de Villamediana bien merece tal desengaño: pero veamos, veamos; yo soy siempre Villamediana, vuestra alteza la reina; ahora oid:

—Señora, vuestra hermosura me enloquece, conozco la inmensa distancia que nos separa; pero para el amor secreto...

—Sí, sí, contestó la Retuerta, el amor lo une todo.

—No tan pronto, no tan pronto, señora, dijo el conde-duque; mirad que Villamediana como nécio es osado, y que le daríais demasiadas alas con esas palabras: cuando el conde de Villamediana, alentado por la carta que habrá recibido, os declare su pasión, le dejais decir y luego le respondeis:

—Mirad á lo que os atreveis, conde; mirad que si bien la naturaleza ha hecho iguales en el corazón á todas las criaturas, ha puesto una valla insuperable entre los reyes y los vasallos; y aunque no mirárais más sino que soy casada y cristiana, que juré mi fé ante Dios al rey mi señor, y que acepté el depósito de su honra...

—Es que yo no me voy á acordar de todo eso, exclamó la Retuerta, ni yo sé decir esas palabras tan así que vos decís; aprenderé á decirlas, pero todavía no he aprendido.

—Yo las escribiré, y mañana por la tarde iré á donde estareis y os las repetiré para que las sepais de memoria.

—Ah, sí, sí, de esa manera sí, dijo la Retuerta.

—Pues bien; os vais á quedar aquí, es ya muy tarde, y necesito descansar; os quedareis encerrada aquí; en este camarín hay un lecho.

Y el conde-duque abrió una puerta oculta en la tapicería.

—Entrad, yo os traeré de comer y de beber, y luego cierto traje que habeis de vestir.

—¿Y voy á estar aquí encerrada mucho tiempo?

—¿Qué importa á vuestra alteza? mañana á la media noche vendré á sacar á vuestra alteza de aquí.

—¡Oh Dios mio, me voy á aburrir!

—Considera vuestra alteza que este es el último aburrimiento que la queda que sufrir: vamos, adios, buenas noches, señora.

—¿Tardareis en venir?

—Procuraré no tardar mucho.

El conde-duque cerró la puerta secreta.

Luego se sentó en su mesa de despacho y con el rostro afeado por un gozo de demonio, se puso á escribir.

CAPÍTULO LXXX.

De cómo no era cosa fácil prender á Quevedo, y de cómo tenia el mejor y el peor olfato del mundo.

I.

Al día siguiente desde muy temprano, como era de esperar, el camino de Madrid á Aranjuez era un verdadero rio de carrozas, coches, carros, carretas, calesas, calesines, acémilas, y aún viandantes.

Madrid se despoblaba para ir á determinar una plétora de poblacion en Aranjuez.

A más de los convidados, que eran muchos, pues se contaban por miles, acudia un número inmenso de gentes que esperaban recrearse con lo que de la fiesta no podia ocultarse á los no convidados, esto es, los fuegos artificiales, las cucañas, las regatas en el Tajo.

Las tiendas de los especuladores empezaron á realizar desde el momento fabulosas ganancias, á pesar de que muchos, presintiendo la exorbitancia de los precios, iban provistos desde Madrid.

II.

Apenas echó Dios sus luces al mundo, cuando en medio de un cavernoso bostezo, despertó Quevedo.

Vió luz por las rendijas de las ventanas, se restregó los ojos, se

desperezó, se echó fuera de la cama, se fué á la en que dormia como un justo el alcalde Estremera, y le movió bruscamente.

Despertóse sobresaltado el alcalde.

Quevedo se fué á una ventana y la abrió.

—Ya veis si hace claro, dijo al alcalde.

—Y bien, ¿qué? contestó este.

—Que con tal claridad y con algo de la de vuestro entendimiento que la añadais, no os será muy difícil dar con esa señora infanta que se nos ha perdido; mirad que si no me la llevais á la posada de la Cabrera vieja antes de que empiece la fiesta en palacio, el inquisidor general, que estará en la fiesta, sabrá de qué manera habeis abusado del respetable nombre del Santo Oficio.

A todo esto el alcalde se vestia cabizbajo y cejijunto, y no respondia una palabra.

Parecíale muy recia, y en efecto lo era, la situacion en que se encontraba, puesto entre el conde-duque y Quevedo, terrible el uno por su poder; el otro por su valor, su ingenio, su audacia, y su valimiento con todo el mundo, debido á sus grandes cualidades.

—Paréceme, señor Diego Estremera, dijo Quevedo, que andais cobarde y reacio.

—¿Y cómo quereis que ande, señor don Francisco, quien se encuentra en el apretado trance en que yo me veo? ¿Os parece fácil quitarle esa señora al conde-duque?

—Idos por la línea curva, averiguad el paradero de esa señora, tomadle las vueltas al conde-duque y prendedla.

—Vos me haceis desesperar, don Francisco; porque vos, que tenéis el mejor ingenio del mundo hasta el punto de que pareceis algunas veces brujo, segun que adivinais, no hareis lo que os obstinais en que haga yo.

—¿Pues qué, creéis que estaréme yo ocioso? dijo Quevedo; pero más ven cuatro ojos que dos, más que dos andan cuatro piés, y vos no sois dos ojos ni dos piés, sino todos los ojos y todos los piés de una ronda, como si dijéramos, de una jauria de sabuesos.

—Bien, muy bien, se buscará, yo os lo aseguro.

—Pero si no se encuentra, pagareis la pena de torpe; y puesto que ya estais vestido, salgamos.

Salieron, y á la puerta de la casa un criado dijo al alcalde:

—Señor, su excelencia os llama.

—Aprovechad la ocasion, dijo rápidamente Quevedo al alcalde estrechándole la mano; ved si podeis descubrir algo con lo que el

conde-duque os diga, aunque bien puede ser que os entregue esa señora para que la guardéis, y os repito lo que os he dicho: ó me entregáis esa señora, ú os delato á la Inquisicion, á no ser que prefiera daros de estocadas. Adios.

Quevedo se separó del alcalde, y este volvió á entrar en la Casa rústica.

En cuanto le vió el conde-duque, le dijo:

—Acabais de separaros de don Francisco de Quevedo, ¿no es verdad?

—Si señor.

—Pues id tras él con vuestros alguaciles que están abajo, y prendedle.

—¡Que le prenda! exclamó Estremera poniéndose pálido como un difunto.

—Ya sé, ya sé que temeis que os dé de estocadas, porque don Francisco es el diablo; pero espero que se le acerquen sin ser sentidos los alguaciles; le sugeten por detrás y le desarmen: encerradle luego en una sala del palacio á que os llevará el alcaide, que ya estará prevenido: ponedle dentro guardias de vista, que por fuera se pondrá gente de la guardia española: no perdais tiempo, que don Francisco anda muy despacio y le podreis cojer antes de que salga de los jardines.

—¿Y por qué he de prenderle, señor? porque á don Francisco no se le puede prender sin decirle la causa.

—Pues bien; le prendeis por haber tirado al rio desde la balastrada del jardin de la Isla á mi criado Estéban Mercuelo y por haber herido á mi ayuda de cámara Gil Perez, todo dentro de palacio y con desacato á la magestad real: id, id, no perdais tiempo.

II.

El alcalde salió trasudando y encontró abajo á su ronda.

Ahora bien, Quevedo no debía de haber salido sino por el postigo de los jardines que correspondia al palacio y al callejon por donde se salia al exterior, porque era el camino más corto y debia haberle elegido Quevedo á causa de la fatiga que le costaba el andar.

Partieron como rehiletos el alcalde y los alguaciles hácia el postigo, y desde lejos vieron que por él se entraba Quevedo.

En cuanto éste hubo desaparecido en la parte interior, corrieron

los alguaciles como podencos, pero en cuanto hubieron llegado al postigo se contuvieron.

Dentro de palacio no se podia ni se puede prender á nadie.

Ni era tampoco prudente asomarse porque el callejon era una cervatana, y si por cualquier evento volvia la cabeza Quevedo y los veia, se hacia el prendimiento imposible, porque le bastaba quedarse en palacio.

Pero cuando Quevedo hubo salido y desaparecido por detrás del otro postigo, corrieron, y llegado que hubo el primero al postigo, avizó y vió que Quevedo iba por la galería exterior del palacio hácia la poblacion.

Allí continuaba aún la inmunidad, porque aquello era todavía el palacio.

Aquella galería se prolongaba torciendo por la derecha y luego por la izquierda, rodeando las caballerizas y las dependencias de palacio hasta llegar á la iglesia de San Antonio, dejando en medio una gran plaza ó más bien un anchísimo descampado limitado por la izquierda, en parte por el jardin de la Isla, y en parte por otros jardines que eran tambien considerados como palacio y cuyas verjas de hierro eran tan bajas que con la mayor facilidad del mundo podia saltárselas.

El alcalde sudaba y trasudaba.

Habia que correr mucho tras de Quevedo y no podia ser esto sin que al fin se aperciese.

¿Qué hacer?

El alcalde, aunque le repugnaba, se decidió á una traicion.

Hizo seña á los alguaciles de que se detuvieran y fueran á buscarle á la avenida de olmos situada entre el jardin del Principe y los otros jardines, dándoles órden de que mientras él estuviese hablando con Quevedo llegasen por detrás y le sujetasen.

Para esto debian retroceder los alguaciles, entrar en palacio, atravesar el jardin de la Isla y salir por la verja.

Estaban cerca de la entrada de la avenida.

Hecho esto, desaparecidos los alguaciles, el alcalde salió de la galería, cortó terreno y alcanzó con facilidad á Quevedo.

— Señor don Francisco, le dijo, os traigo muy buenas noticias.

— ¿Buenas noticias, eh, tan pronto? contestó Quevedo mirando con recelo al alcalde.

— Como que el conde-duque me ha llamado para entregarme á esa señora, y ahora mismo voy á donde me ha dicho que está.

—¿Y dónde está? preguntó Quevedo.

—En las habitaciones de la pajarera que está al fin de aquella avenida de olmos.

—Calla, ¿á media legua de aquí, no es esto?

—Sí, señor, sí; pero ya que tanto os interesa tener á esa señora, venid y os la entregaré.

—Tanto me interesa á mí el que me la entregueis como á vos el entregármela; por consecuencia, señor Diego Estremera, tomaos vos solo esa andancia, que yo no tengo para qué, tanto más que yo me voy á estar paseando sabe Dios cuánto tiempo por estas frescas galerías: y que anda por aquí un olorcillo á torreznos, como que han puesto una hostería aquí en caballerizas para los empleados de palacio y aquí me meto á almorzar.

Trasudóse el alcalde.

Quevedo le miraba de hito en hito y parecia que le adivinaba los pensamientos.

III.

—¿Antójaseos, señor golilla, dijo al fin Quevedo, que es tan fácil echarme á mí la mano encima?

—¿Pero quién os ha dicho?... exclamó aturdido el alcalde.

—Vos.

—¡Yo!

—Si señor, vos, que os habeis acercado á mí como aquel que viene á un mal hecho y duda y teme y deja ver su duda y su temor en los ojos, en la boca, en las narices, en todo el cuerpo: ¿para qué creéis que ha hecho Dios el entendimiento? para que los que lo tienen se burlen de aquellos que no han recibido de la naturaleza ni un tantico de inteligencia: bah, bah, [señor Diego Estremera, vos venís á prenderme con dos pretextos: primero, con el de haber yo echado al rio anoche á Estéban Mercuelo, y segundo con el de haber dado una estocada á Gil Perez, ayuda de cámara de su excelencia; y os advierto que no hay para qué prenderme, porque Estebanillo Mercuelo se ha cruzado hace poco por delante de mí en esta galería muy desenfadado y muy en ello y con la ropa seca; lo que prueba lo que yo me creía, esto es, que rata en la estatura y en las acciones, seria tambien una rata para nadar: pero en cuanto me vió, dió un salto atrás, escapó de costado, y tal corría, que á los quince pasos se le enredaron los piés y cayó: yo le dejé que se leván-

tase tranquilamente y que siguiese corriendo asustado: en cuanto á Gil Perez, estoy seguro que la cosa no pasará de un mes de lecho, porque yo tiré la estocada no á matar, sino á castigar, como casi, casi estoy tentado de hacer con vos.

Hízose dos pasos atrás el alcalde y miró á derecha é izquierda como buscando lugar para escapar.

—Ah, no os asusteis, no os asusteis, dijo Quevedo, que si yo tengo para vos la inmunidad de palacio, vos teneis para mí la inmunidad de que os necesito: idos, pues, y no perdaís tiempo, porque si esta tarde antes de que empiece la fiesta no teneis en mi posada de la Cabrera vieja, no os olvideis, á esa señora á quien conoceis bajo el nombre de Agustina la Retuerta, se os acaba la inmunidad, y no sé, no sé lo que haré de vos, sin contar con que si yo cuento á su magestad que estais sirviendo en malos manejos al conde-duque, puede pesaros tanto que no podais con la carga. Pero este es asunto para el conde-duque y yo, y por lo mismo vóime á verle y entraréme por la verja del jardin de la Isla, y no importa que deje la inmunidad de palacio porque llevo conmigo la inmunidad de mi espada: acompañadme, alcalde, quiero que veamos juntos al conde-duque.

—¿Y para qué señor, para qué? dijo cada vez más sofocado el alcalde.

—Si no venís, contestó Quevedo que habia visto que Diego Estremera le temia como á una vara verde, os deajo, no ya en disposicion de acompañar á nadie, sino de la de ser acompañado por vuestros amigos si los teneis, al cementerio.

Ejercia tal presion Quevedo en el alcalde, que este le acompañó, pero cabizbajo, meditabundo y sin saber cómo iba á salir de aquel compromiso.

Quevedo iba cuanto de prisa podia, porque estaba colérico y la cólera es uno de los mejores elementos de locomocion tratándose del sér humano.

Quevedo se acercaba á la verja confiado en su cruz de Santiago para que los centinelas le dejasen entrar con su acompañante.

En fin, Quevedo llegaba á la verja al mismo tiempo que salian por ella los ocho alguacilés de la ronda del señor Diego Estremera.

IV.

Al ver aquellos sabuesos de la justicia á don Francisco manos á boca, vieron llegada su hora.

Pero Quevedo les conoció la intencion en el movimiento de los semblantes, y los ganó por la mano, exclamando:

—Ministros, prended ahora mismo de órden del rey nuestro señor, á este alcalde de Casa y Córte.

Los alguaciles se quedaron perplejos.

—¡Cómo! ¡á mí! exclamó Diego Estremera: ¡que me prendan á mí mis alguaciles!

Quevedo aprovechándose de la perplejidad de estos, dió un salto y se metió en el jardin.

—Prendedle, prendedle en nombre del rey nuestro señor, dijo irritado el alcalde, aunque sea dentro de la jurisdiccion de palacio, que yo pleitearé si hay ó no en este caso impunidad.

Pero los centinelas cruzaron las alabardas y no dejaron pasar á la justicia, obedeciendo á la consigna que tenian, de que si un delincuente se acercaba á la jurisdiccion de palacio huyendo de la justicia, le deixasen pasar é impidiesen de todo punto el paso á los que le persiguiesen.

Inútiles fueron las amenazas y las protestas del alcalde.

Los centinelas no solo mantuvieron cruzadas sus alabardas, sino que cerraron la verja, y amenazaron al alcalde que si por fuerza queria pasar, pedirian socorro que les seria enviado del cuerpo de guardia que estaba inmediato.

El alcalde hubo de resignarse á dar la vuelta para entrar por la otra parte en palacio y dar cuenta al conde-duque de lo que acontecia.

Quevedo adelantaba entretanto hacia la Casa rústica, y en el momento de llegar á ella vió salir al conde-duque que iba con un bulto debajo del brazo cubierto con un paño de seda.

Al ver á Quevedo que le miraba descaradamente, sorprendióse el conde-duque, cayósele de debajo del brazo el lio, sonó á vidrio roto, rodó un pedazo de pan candeal y por otro lado una pequeña ánade asada, con más un cubierto de plata.

V.

—Ah, señor don Gaspar, exclamó Quevedo; no me gusta que los grandes hombres incurran en tales caprichos, porque es señal clara de que se les va aguachirlando el seso.

—¿Capricho decis, don Francisco? contestó sonriendo el conde-duque.

—Sí, el capricho de ir á almorzar solitariamente á algun lugar sombroso y apartado á la orilla del rio, á imitacion de los pastores de la Arcádia; solo que aquellos comian queso hecho con la nutritiva leche de sus vacas, y miel en el propio panal, cogida en la colmena; y cuando más, cuando más, de postre algunas sabrosas bellotas ó castañas ó alguna fruta de la estacion.

Y á todo esto Quevedo miraba profundamente al conde-duque, que estaba un tanto aturdido.

—Pues, manías, dijo Quevedo, y lo que prueba que habeis dado en manías, es que habeis mandado al alcalde Diego Estremera que me prenda sin saberse por qué ni para qué.

—Y bien, sí, dijo el conde-duque saliendo del apuro de cualquier modo, he mandado que se os prenda porque conspirais.

—No, ciertamente; habeis mandado que se me prenda con el pobre pretexto de haber yo dado un baño á uno de vuestros criados y de haber hecho una ligera sangria á otro criado vuestro.

—Soy bastante vuestro amigo para decir á nadie que conspirais, pero la razon de vuestra prision es lo que conspirais contra mí, que es lo mismo que conspirar contra el rey.

—Es cierto que contra el rey conspiro, dijo Quevedo; pero conspiro contra el rey con vos, que sois mi cómplice.

—Este no es sitio de hablar de eso, don Francisco.

—Para decir la verdad todo sitio es bueno.

—Don Francisco, salid desterrado de orden del rey, cuatro leguas á la redonda de su córte, y en el momento.

—Vive Dios, que no se destierra á un hombre cómo yo de palabra, dijo Quevedo.

—Pues bien, se os desterrará con una orden por escrito.

Y el conde-duque se metió adentro.

VI.

Quevedo se alejó á gran prisa hácia el palacio.

Por el camino iba meditando:

—El conde-duque llevaba debajo del brazo un almuerzo: ¿para quién podia ser este almuerzo tan disimulado bajo un paño de seda sino para una persona oculta? ¿y qué persona oculta puede ser esa más que la Agustina la Retuerta? ¿y dónde puede tener escondida en palacio á esa muger el conde-duque? ¿dónde ha de ser! indudablemente en la secretaria de Estado: ah, yo conozco muy bien todas

las dependencias de este palacio: válgame el haberme criado en la córte. En el despacho de su excelencia hay una puerta oculta por la que se pasa á un camarín donde hay lecho y aguamanil y cuanto se necesita para descansar y asearse: de molde le ha venido á su excelencia; ah mientras él pone la órden, yo voy á meterme entre su hueso y su carne.

Entraba en aquel momento por el postigo de palacio que conducía á la secretaría de Estado.

Al verlo los centinelas llegar tan desenfadado y con la cruz de Santiago al pecho, le dejaron pasar.

Los porteros le conocían demasiado, y no le pusieron impedimento.

Los de la secretaría le dijeron únicamente:

—No hay nadie, señor don Francisco.

—No importa, vengo á esperar á su excelencia, llevadme á su despacho. Su excelencia me ha dicho que le aguarde en él.

Como nada tenía esto de extraño, los porteros llevaron á Quevedo al despacho del conde-duque, y le dejaron en él.

—Ah, dijo Quevedo en cuanto se encontró solo, la puerta está aquí; ¿pero dónde el boton del resorte con que se abre?

Quevedo, buscó, rebuscó y encontró por fin el boton.

Le oprimió, y la puerta se abrió silenciosamente.

Entró Quevedo y volvió á cerrarla.

El camarín era pequeño, como de cuatro varas en cuadro, y no tenía respiradero alguno.

En un ángulo había un magnífico lecho con grandes colgaduras, y en una mesa de maderas preciosas, un servicio de plata y cristal para agua y un candelabro en que se consumían tres bujías.

A otro lado un aguamanil y algunos sillones.

En un sillón junto á la cama se veían ricas ropas de mujer, y sobre la mesa un collar de diamantes y dos brazaletes.

Había además dos pequeños guantes de ámbar.

—Pues me he equivocado, dijo Quevedo, aquí hay una mujer, pero no es la que yo busco: porque, ¿cómo diablos ha de gastar Agustina la Retuerta una tripicallera del Mundo Nuevo, estas ropas y estas alhajas? ¿quién será? Se oye su respiración suave como la de un niño, luego es joven, porque solo las jóvenes que tienen el pecho sano duermen de esta tranquila manera: veamos.

Y Quevedo extendió su mano hácia uno de los cabos de bujía que ardían en el candelabro.

—No, no, dijo, puede despertarla la impresion de la luz, la examinaré sin ella: entra luz bastante á través de las colgaduras para poderla ver.

Y Quevedo conteniendo la respiracion, se acercó, metió la cabeza por entre las colgaduras y miró.

Pero apenas hubo repasado la mirada algunos segundos en la mujer que dormia, se retiró espantado exclamando para sus adentros:

—¡Dios mio, la reina! Pero no, esto no puede ser.

La opaca luz que penetraba en el lecho á traves de las colgaduras, habia engañado á Quevedo.

—Y bien, bien, dijo, ó soy presa de una fantasmagoría de mis ojos, ó esa es la reina por difícil que parezca que la reina esté aquí: si examino más, me espongo á despertarla: oh, no, no, ocultáreme, sí, entre la pared y el lecho, detrás de las colgaduras.

Y apenas pensado esto, Quevedo se ocultó, y para estar más cómodo, se sentó sobre la alfombra y acabó por recostarse del todo.

CAPITULO LXXXI.

De lo que oyó Quevedo escondido detrás de una cama

I.

—Saavedra, dijo el conde-duque á uno de los oficiales de la secretaría de Estado que le acompañaba; tomad este pliego, buscad en los jardines á don Francisco de Quevedo; entregádselo y que cumpla al momento la real orden de destierro que ese pliego contiene.

—Muy bien señor, dijo Saavedra.

Y salió.

Pero por más que buscó por todo el jardin de la Isla á don Francisco, no logró dar con él y se volvió, encontrando al conde-duque cuando con un nuevo almuerzo envuelto en un nuevo paño de seda, lo más disimuladamente posible salia de la Casa rústica.

—Don Francisco de Quevedo, señor, dijo, no está en los jardines, á no ser que se haya escondido en alguno de los artificios que se han hecho para la fiesta.

—Pues que se le busque por todas partes, hasta debajo de los tablados, dijo el conde-duque; importa mucho dar con él.

Saavedra se retiró, y el conde-duque se dirigió al palacio.

II.

Cuando un ministro da á raja-tabla, como enérgicamente suele decirse, una órden semejante á la que el conde-duque habia dado, medio mundo de alguaciles y de espiones y de bichos de presa se ponen en movimiento dilatadas las narices y olfateando por todas partes.

Pero por más que se buscasse y se rebuscasse, ¿cómo habian de dar con él ni quién habia de figurarse que Quevedo estuviera en el mismo despacho del ministro que habia mandado su prision?

El conde-duque subió á la secretaria, pasó entre los porteros, que se inclinaron profundamente, y que no le dijeron que estaba allí don Francisco de Quevedo, porque suponian que lo sabia.

El portero mayor no estaba, primero, porque aún no era hora; despues, porque era dia de fiesta.

III.

El conde-duque abrió con un llavin la puerta de su despacho, entró y cerró por dentro.

Luego tocó al resorte de la puerta de servicio, y entró en el camarín.

Cerró tambien por dentro la puerta.

Como era muy temprano, y Agustina la Retuerta se habia acostado muy tarde y no habia dormido lo que hubiera querido, estaba como si dijéramos en su primer sueño.

El conde-duque se acercó, la miró y dijo:

—Duerme y bien, no la despertemos; es necesario que descanse para que tenga la cabeza despejada y pueda estudiar su papel; luego almorzará.

Quevedo oyó este monólogo del conde-duque y se afirmó más en que la dormida era la reina por aquello de que la reina tenia que representar en la Gloria de Niquea el papel de diosa de la hermosura.

Cierto es que la reina no hablaba, pero un actor no estudia solo lo que ha de hablar; estudia tambien las actitudes, los movimientos.

El conde-duque dejó sobre la mesa el buen almuerzo fiambre que llevaba, salió del camarín, pasó á su despacho, y se puso á escribir.

Luego suponiendo que aún no habia dormido bastante Agustina, salió de su despacho, le cerró y por otra comunicacion que tenia la secretaría con palacio, salió para entretenerse con las damas de servicio, especialmente con la duquesa de Sástago.

Pasaron dos horas.

Trajéron algunos pliegos para su excelencia, y un portero fué al despacho para entregarlos al conde-duque, y encontró el despacho desierto.

—Vaya, dijo, se han ido por la otra puerta; es mucha la amistad que tienen ahora su excelencia y don Francisco de Quevedo.

Por este juicio erróneo del portero quedaba absolutamente escondido Quevedo, y sin que nadie pudiese dar razon de él.

IV.

Quevedo tenia hambre y le habian dado grandes tentaciones de salir quedito, apoderarse del almuerzo que el conde-duque habia dejado para Agustina, y comérselo á lo gato, en el suelo, entre la pared y el lecho.

Pero esto hubiera sido una imprudencia que le hubiera denunciado.

Sufrió, pues, la exigencia de su estómago, y esperó.

El conde-duque habia tenido una larga conversacion con la duquesa de Sástago y con la condesa de Santurces.

Algunas damas de las que trabajaban en la comedia le habian mostrado sus trajes.

Habia tropezado, en fin, con Villamediana que, como autor en dia de representacion andaba aturdido del cuarto de la una dama al de la otra, recomendando á todas diesen un último y buen repaso á sus papeles para que no incurriesen en equivocaciones.

El conde-duque se habia mostrado muy amable con Villamediana, y le habia dicho al separarse de él:

—¡Ah, os tengo envidia! ¡Qué feliz vais á ser esta noche!

V.

Cuando entró el conde-duque en su despacho, encontró sobre su mesa los pliegos cerrados que habia dejado el portero.

Eran dos.

Sobre las nemas de ambos se leia con una letra igual: «Al exce-

lentísimo señor conde-duque de Olivares, secretario de Estado y del despacho universal del rey nuestro señor.»

—¡Ah, gracias á Dios! dijo el conde-duque, creí que Buendía se descuidaba; veamos cómo ha cumplido su encargo.

Y abrió uno de los pliegos.

Luego el otro.

—Perfectamente, dijo el conde-duque; este Buendía vale un mundo.

Y guardó los dos pliegos en su cartera.

Luego abrió la puerta del camarín y entró.

Por aquella vez, la Retuerta, que habia dormido lo bastante, le sintió.

—¡Ah! ¿sois vos, querido mio? dijo la Retuerta.

—Sí, si señora, contestó el conde-duque, ¿vuestra alteza ha pasado bien la noche?

—Muy bien, muy ricamente, como pocas; pero tengo hambre, hijo mio.

—¡Ah pecador de mí! exclamó Quevedo; esta no es la reina, pero se la parece en la voz y en el semblante, y puede haber una equivocacion; ¿y qué hacer, señor, qué hacer? ¿matar al conde-duque, matar á esa mujer? ¡ah! esto no es posible: posible es todo; pero un hombre no debe hacer lo que no le conviene: ¿quién me libra á mí de un afrentoso patibulo si á tal exceso me arrojo? Causame compasion la reina, pero siento más compasion de mí mismo. Observemos, y veamos lo que de aquí puede sacarse; lo mejor es no darse por entendido, é irse detrás de ellos cuando salgan: ¿pero señor, y si no salen hasta las tantas? digo ella, que él ya saldrá.

Y Quevedo se resignó.

V.

—Y bien, dijo el conde-duque; ¿recuerda bien vuestra alteza?

—¿Que si recuerdo? vaya.

—Repetídmelo, pero en voz muy baja, estamos rodeados de testigos; este es un escondrijo.

Por más que Quevedo alargó el oido y el cuello, no pudo percibir más que un murmullo de lo que decia la Retuerta.

—Perfectamente, dijo el conde-duque; no falta ni una palabra ni una coma.

—Es que yo tengo muy buena memoria.



—¡Ah, pecador de mí,—exclamó Quevedo,—este pícaro
aprovecha mi novela.

—Dios la conserve á vuestra alteza.

—Mirad; me acuerdo de que eran de sebo las sopas que me daba la buñolera del callejon del tio Estéban, dijo la Retuerta, y eso que entonces era tamaña como la mano de un mortero, y me acuerdo de tantas cosas de allá de tantos años.

—¿Y no se acuerda vuestra alteza de su madre la señora marquesa de Tour Bruné, ni de su padre el señor rey de Francia?

—¡Ah pecador de mí, exclamó Quevedo! este pícaro aprovecha mi novela.

—¿Sabeis, dijo la Retuerta, que tengo mucha gana de conocer á don Francisco de Quevedo, primero, porque siempre he querido conocerle, y despues porque me haga verdad que yo soy hija del rey de Francia y de la marquesa de qué sé yo cuantos?

—En cuanto pase la fiesta, yo os presentaré á don Francisco de Quevedo, dijo el conde-duque.

—Ah, infame traidor, murmuró Quevedo, y cómo me vuelve mi cuento sobre mí: ¡ay! esa muger nunca hubiera creído yo que se pareciera tanto á la reina: ¿pero por qué la da alteza ese pícaro? ¿apostamos á que ella se ha creído lo del infantazgo y lo de la bastardía? ¡Ah, tripicallera del diablo! y por lo visto se ha puesto á almorzar, más bien por el oido, que desde aquí no se vé, se oye: si yo pudiera adelantar y mirar por la falda de la cama... pero puedo tropezar con algun enemigo que ande por aquí emboscado: permanezcamos quietos, y Dios quiera que no nos dé un golpe de tós, que con la debilidad del vacío estómago todo podia ser: sufrid, don Francisco, sufrid el cicatero martirio de oír comer teniendo hambre: ¡y cómo mastica esa perdida! pardiez, rompe los huesos como un mastin, y es hermosa, eso si, hermosísima, y vá á echármela el conde-duque así que se acabe la fiesta, sin duda para que me acompañe en mi destierro: ¡ah, señor conde-duque, señor conde-duque! ¿y qué sabeis vos de lo que habrá sucedido antes de que la fiesta se acabe? Pero calla, si el conde-duque no está allí: se ha escurrido silenciosamente: ¿con quién, pues, habia de hablar esa? ¡Ah! ya está ahí.

Habia rechinado ligeramente la puerta de entrada.

VI.

—¿Que traeis en esa enorme caja de carton? preguntó la Retuerta al conde-duque.

—¡Qué he de traer! el traje que os habeis de vestir: manto ya le teneis.

—A ver, á ver, dijo la Retuerta levantándose.

—Poco á poco, no le toqueis, dijo el conde-duque: teneis llenos los dedos de grasa de pato, y le manchareis.

—Teneis razon, dijo la Retuerta, yo no sé comer con trinchante ni con cuchillo ni con todas esas zarandajas: ¿para qué ha dado Dios los dedos de la mano? si se llenan de grasa, se chupan bien y se quedan tan limpios.

—¡Ah, desesperada, exclamó Quevedo, y cómo te se salen por la boca las tripas del Mundo Nuevo!

—Pero señor, dijo la Retuerta, ese vestido es todo de plata, ¡y cómo reluce, Dios mio! ¡y qué fino que es! si parece una tela de araña.

—Debajo va un viso de tul color de rosa, y debajo aun una túnica azul de cielo, lo cual producirá un tornasol admirable, y además las joyas y el prendido.

—¿Por supuesto que me enviareis un peluquero?

—Eso no puede ser, dijo el conde-duque; pero traeré una peluca que vendrá peinada y en ella puesto ya el prendido.

—¿Y qué hago yo con esta miseria de cabellos que Dios me ha dado? dijo la Retuerta.

—Acomódeselos vuestra alteza en pequeñas trenzas por encima de la cabeza, que bien creo que vuestra alteza podrá hacer esto sola.

—Ya lo creo, pero voy á tener muy gorda la cabeza. ¿Pues qué, creéis que mis cabellos no abultan?

—Cuanto más abulta el peinado á una dama, más hermosa está.

—Quiero que me mostreis las joyas, conde-duque.

—Esperad, esperad, que voy por ellas.

Y el conde-duque salió de nuevo.

Quevedo oyó otra vez masticar y roer huesos, ó mejor dicho, triturarlos á la Retuerta.

—Pues no, dijo, esta bribona no pierde rípio: en cuanto no tiene con quien hablar, come.

VIII.

No tardó en volver el conde-duque que se acercó á la Retuerta.

—Dios mio, ¿y viene llena toda esa caja de joyas? dijo esta.

—Ya lo creo, mire vuestra alteza, este es un collar.

—Sí, sí, ya lo veo, pero es un collar larguísimo, y todo de ro-

setas, y qué grandes, y con piedras encarnadas y azules y verdes y blancas: esto quita la vista.

—Y los brazaletes son lo mismo; mire vuestra alteza, este collar debe dar tres vueltas á la garganta y caer luego sobre el seno: pues mirad, esta corona es de mirto y de rosas y de azucenas, todo de oro, todo esmaltado, todo con pedrería, y ved qué bien puestas están estas mariposas, particularmente esta de las alas de oro, de rubí, de amatistas y de esmeraldas.

—Ay Dios mio, ¡esto debe de haber costado un tesoro!

—Ha costado cincuenta mil ducados.

—¡En tanto aprecias, infame, la perdición de la reina! murmuró Quevedo. Capaz has sido de encargar doble traje, unas dobles alhajas: el demonio te ha procurado una mujer doble, una perdida á quien hacer pasar por la reina; pero no será, vive Dios, no será; yo lo impediré: ¿cómo? lo ignoro; y se me olvida ¡pardiez! que estoy de desgracia, que me he acabado, que ya no vivo; en fin, no hay que desmayar, veremos: es necesario que yo salga de aquí, pero no para que me prendan y me destierren; no ¡pardiez! que no he de perder la inmunidad de palacio mientras mi libertad pueda servir para algo.

Mientras pensaba esto Quevedo, la Retuerta habia estado contemplando las joyas con el mudismo del asombro.

—¿Y todo esto es para mí? dijo al fin.

—Indudablemente, señora, contestó el conde-duque; ¿pues cómo habia de ponerse vuestra alteza un traje y unas joyas que no le perteneciesen?

—¡Ay qué contento se va á poner mi Sancho!

—¿Qué es eso de Sancho, señora? dijo el conde-duque; acordaos de que sois hija de rey y de que no habeis nacido para un noble ballestero.

—Tambien es verdad; pero eso no importa. Sancho se alegrará mucho porque yo se lo diré en secreto, digo, porque creo que aunque yo sea más infanta que doña Urraca, aquella que reza el romance, bien podré hablar á solas y sin que nadie lo sepa con mi enamorado, que ya sé yo que ha habido infantas y condesas y duquesas que han tenido amores ocultos.

—Bien, lo oculto no lo sabe nadie, y es como si no sucediera; pero no me detengo más; dejo aquí estas joyas y este traje, que os vestireis esta noche; estad prevenida para cuando yo venga á buscar á vuestra alteza.

—Id, id con Dios, y quiera él que pase pronto la noche para

que deje de estar encerrada, que os aseguro que como no tengo costumbre me fastidio.

—Ah, este es un encierro corto: pronto os encontrareis en libertad y honrada y favorecida.

Y el conde-duque salió.

Quevedo esperó algún tiempo.

Quando hubo trascurrido el suficiente para que el conde-duque saliera de la secretaría, Quevedo se enderezó, dió silenciosamente la vuelta al lecho, adelantó y se puso detrás de la Retuerta que se estaba probando delante de un espejo el collar que habia tomado de la caja que sobre la mesa habia dejado el conde-duque.

CAPITULO LXXXII.

De cómo conspiró nuevamente Quevedo contra el conde-duque.

I.

Agustina vió en el espejo la imágen de Quevedo, exhaló un grito y se volvió.

—¡Ah! ¿por dónde habeis entrado que yo no os he sentido? exclamó; ¿sois tal vez un duende?

—Si no soy un duende, contestó Quevedo, me parezco mucho á un alma en pena, como á otra alma en pena os pareceis vos.

—¿Y á qué alma en pena me parezco yo, vos, quien quiera que seais? Pues si quereis asustarme, os engaÑais, porque yo no me asusto de nada.

—Ya se os conoce.

—¿Sabeis que á mí no se me habla de vos?

—Ya lo sé, á tí te se llama de tú.

—¿Qué es lo que estais diciendo? exclamó irritada Agustina.

—¿Hay algun hombre amado por una muger que no la hable de tú?

—¿Y yo os amo?

—Si, de oidas como me han amado otras tantas.

—Yo no amo á los viejos, contestó la Retuerta: cuando me ha convenido, los he engaÑado; pero lo que han dicho los labios no ha salido de mi corazon.

—Vaya, yo sé que amas á don Francisco de Quevedo.

—Mucho que sí, porque tiene un ingenio, ¡qué ingenio, señor! es el hombre más discreto de España, y no hay deleite mayor para mí que el oír leer sus jácaras y sus romances: no le conozco, pero aunque fuera viejo y feo, le amaría con locura.

—Pues te cojo la palabra; empieza á volverte loca, porque ese don Francisco de Quevedo que tanto deseas, ese hombre tan regocijado que tanto te divierte, ese más ingenioso que todos los ingeniosos de España, soy yo.

—¡Vos! ¿que vos sois don Francisco de Quevedo?

—Con mi hábito de Santiago á cuestras y con mis antiparras sobre las narices.

Y Quevedo miró profundamente y con una expresion picaresca á la Agustina.

—¡Ay Dios mio! sí, vos sois, exclamó riendo la muchacha; vuestros ojos son tan regocijados como vuestras jácaras; y luego, sí, gran cabellera, gran bigote, gran perilla, gran frente y con chichones y gran nariz: vamos, así me habia dicho Sancho que érais, y veo que no me ha engañado. Pues no me vuelvo atrás, no, os quiero, os requiero, os adoro.

—No me lo digas mucho, porque puede antojárseme ser rey de semejanza como tú de semejanza eres reina, y á fé á fé que estamos realmente aposentados en el real palacio.

—Don Francisco, yo me quiero ir con vos.

—Muchacha, yo tambien quiero que te vengas conmigo.

—Yo quiero vivir á vuestro lado.

—Y yo quiero revivir á tu calor: nos iremos á mi Torre de Juan Abad.

—Írème yo con vos á donde quiera, y eso que pierdo lo que vos no sabeis.

—¡Ah! sí, pierdes el ser infanta.

—Pero yo creo que con los cincuenta mil ducados que valen esas alhajas que se ha dejado aquí el conde-duque, bien podemos pasar como reyes.

—Oh, es verdad; hétème aquí metido á ladron.

—¿Pero y cómo escapamos, Dios mio? si supiérais cuantos deseos tenia yo de conoceros: una abuela vecina me habia dicho: yo conozco á una monja que conoce á un fraile que conoce á don Francisco de Quevedo; y por la monja y el fraile, podremos hacer, hija mia, conozcas á ese hombre por quien tanto te desvives; y en conocién-

dole, deja que ya le daré yo un bebedizo para que te quiera y se morirá por tí.

—¿Conque te tratas con brujas, muchacha?

—Yo me trato con todo el mundo.

—Tambien es verdad, dijo Quevedo, y como yo soy parte de todo el mundo, es necesario que te trates conmigo: ¿sabes que eres de hermosa un prodigio?

—Decidme otra cosa, que esa estoy cansada de oirla.

—Pues dígame, que cuanto antes tomemos el tole.

—Al momento, pero dejad, dejad que me tape con la gorguera este collar y que me abroche los herretes del vestido.

—¡Ah pecador de mí! exclamó Quevedo, y que mi cabeza va perdiendo ya aquella seguridad admirable que ella tenia: no podemos irnos sin asegurar antes á su excelencia.

—Ah, sí, es verdad; así no podrá dar orden para que nos persigan.

—Pues cabalmente: oye, Agustina, Agustinita mia, mi paloma, mi tórtola, esperanza y encanto de este corazon dolorido.

—Seguid, seguid, don Francisco, que eso no me lo ha dicho nadie.

—Luego te encajaré yo un rosario de cosas dulces y apetitosas, mi adorada; pero por si se nos echa encima el conde-duque, oye lo que hay que hacer: me parece que tú le gustas algo al conde-duque.

—¿Algo? ya lo creo: mucho, mucho; si sabré yo que le gusto mucho.

—Pues mira, cuando venga le haces cuatro carantoñas, le entretienes y procuras que esté de espaldas á la cama aunque un poco retirado de ella.

—¿Y para qué?

—Para que yo llegue por detrás y le sujete.

—¿Y luego?

—Mientras yo le tengo sujeto, acudes tú con un pañuelo y le vendas fuertemente los ojos: pero si gritase, acudes primero á la boca y le pones el pañuelo como una mordaza, que despues hay tiempo de vendarle los ojos.

—Bien, ¿y luego?

—Luego se le ata.

—¿Y con qué se le va á atar, don Francisco? ¿teneis vos cordel?

—¡Ah cuerpo de Baco, exclamó Quevedo, que es verdad! ahorcado tenemos, pero falta la cuerda.

—Esperad, las cortinas en este lecho tienen cordones y cintas anchas.

—¡Ah! pues tenemos ataduras y venda; anda, anda, hija; anda, quita del lecho como puedas un buen trozo de cinta.

La Retuerta se encaramó en el lecho.

—Esto está muy fuerte, don Francisco; yo no lo puedo arrancar, dijo.

—Toma mi daga, que corta un pelo en el aire, hermosa.

—Ay lo que me gusta que me digais hermosa, exclamó la Retuerta tomando la daga. Mirad, con esta os mato, ó con otra como esta, como no me querais; vaya, allá van lo ménos seis varas de cordon, y que es fuerte el pícaro, y de seda: pues allá van dos varas de venda. ¿Se conoce? yo he cortado por dentro.

—No, hija, no; dame la daga y bájate.

II.

Quevedo cortó en dos trozos iguales el largo y fuerte cordon de seda que le habia arrojado desde lo alto del lecho la Retuerta.

Luego partió en otros dos pedazos la cinta que era de raso blanco con labores rojas, y ancha lo bastante para poder servir, ya de venda, ya de mordaza.

Enrolló los cordones Quevedo y se los guardó en los bolsillos de los gregüescos y dijo á la Retuerta:

—Tú, guárdate esos dos pedazos de venda, y cuando llegue la ocasion no te descuides, hija: la sorpresa hace siempre entreabrir la boca: entonces tú, zás; con la una venda antes de que pueda cerrar los dientes á la boca, y átale fuertemente por detrás; bueno es que alguna vez se enfrene al conde-duque: en seguida á los ojos: así que esté hecho, átale los brazos que yo le tendré cojido por detrás; mira, aquí en este bolsillo tengo los cordones.

—No, no os molesteis, don Francisco, no os molesteis; que ya sé yo cómo se ata á un hombre; ¿si será el primero?

—Ah, ¿tambien eso?

—Pues, no, de otro modo, ¿cómo habíamos de vivir los pobres? un señor que va diciendo: en el bolsillo llevo una buena bolsa, vé á la buena moza, esta se le sonrie y le mira, como diciéndole: seguidme, y él se va detrás, y ella le mete en un chiscon, y pués; se le quita el dinero, se le deja suelto, y se sale de la casa por otra puerta que da á otra calle.

—¿Y no te ha seguido nunca el rastro ningún sabueso alguacil? dijo Quevedo.

—Bah, poco manto que llevo yo cuando hago eso, y no dejo ver más que los ojos, y aun así la sombra; cabellos, ni un tantico, y buscad luego á la tapada.

—Eres un tesoro, hija mia.

—Como que me he criado en el Mundo Nuevo, y allí hay buenos maestros.

—Que por lo que se vé, sacan mejores discípulos que los de Alcalá; pero ya que hemos hablado de lo que teníamos que hablar, es prudente que no hablemos más y que yo me esconda: pero como siento cierto raimiento de estómago, me llevo á mi escondite ese medio pato, ese trozo de jabali, ese pan, esa conserva y esa limeta.

—¿Y dónde vais á esconderos?

—Detrás de la cama.

—Pues dejad, que yo os pondré allí el almuerzo.

Y la Retuerta se llevó detrás de la cama la comida y la bebida que sobre la mesa quedaban, y salió.

Quevedo se metió en su escondite, se sentó en el suelo, y se puso á almorzar murmurando:

—Ah, todavía sirvo para algo; es mucho el poder que tienen los versos para con todas las mujeres, hasta para las perdidas: ¡y qué hermosa es esa diabla! Vamos, voy á divertirme á mis anchas á costa del conde-duque, y á salvar por ahora divirtiéndome á la reina: despues Dios dirá, veremos lo que sobreviene.

CAPITULO LXXXIII.

De la buena y dulce manera que empleó Quevedo para deshacerse de la Retuerta.

I.

Era ya por la tarde, y el conde-duque no había tenido aun ocasion de volver al escondrijo donde tenia á Agustina, y era necesario llevarla algo que comiera.

El rey había entretenido á su favorito, haciéndole ver los diferentes trajes que había de vestir en la fiesta.

Villamediana le había entretenido no poco tiempo, haciéndole oir unos versos que había intercalado en su comedia y pidiéndole parecer.

Por último se vió libre.

Se proveyó de algunos manjares fiambres que ocultó como pudo, ó mejor dicho, desfiguró bajo un paño de seda: se fué á la secretaria, entró, abrió la mampara de su despacho, la cerró, guardóse la llave y entró en el camarín.

Oyó al entrar un ruido extraño como de una persona que se levantara de improviso y saliendo del lecho, apareció la Retuerta.

—¡Ah! exclamó, ¿sabeis, señor conde-duque, que se os puede tomar cariño?

—¿Por qué dice vuestra alteza eso, señora mia? contestó el conde-duque, ¿pues qué, no os amo yo y os reverencio?

—Mal se conoce, traeis el semblante lácio, venis de mala gana por lo que os importa y nada más; venid, venid acá, que os vea la cara.

Y le volvió de espaldas al lecho para que le diesen de frente las luces de las velas de cera que habia renovado en los candelabros el conde-duque.

—Bendito sea Dios, y qué mal humor gastais, dijo la Retuerta mirando fijamente al conde-duque, distrayéndole la mirada, y aperci biendo un trozo de venda.

De improviso el conde-duque hizo un movimiento brusco.

Se habia sentido asir fuertemente por las sangrias de los brazos, una rodilla apretaba sus riñones y una cabeza dura su cerviz.

En aquel momento, la Retuerta le echó la venda á la boca, que como habia esperado muy bien Quevedo, habia entreabierto á la sorpresa.

II.

El conde-duque se debatió, quiso gritar y la voz se ahogó en su garganta, y tan fuertemente le tenia asido Quevedo, que no podia desasirse.

La Retuerta era una mujer práctica.

Inmediatamente que tuvo amordazado al conde-duque, le vendó los ojos.

Despues pasó al otro lado.

Sacó del bolsillo derecho de los gregüescos de Quevedo los dos trozos de cordon, y con el uno, pasándole por entre los brazos del conde-duque, le ató no fuertemente sino de una manera holgada, con los nudos bien hechos, lo bastante para que el conde-duque no pudiera valerse de los brazos. Luego ató el otro trozo de cordon á la parte media del que sugetaba los brazos del conde-duque, y con el resto del cordon echó un lazo á la garganta del preso.

El conde-duque se debatía aun cuando tenia puesto el ahogadero, y vió que el debatirse le ahogaba: cesó de moverse.

Faltaba cordon.

La Retuerta quitó la daga á Quevedo, subió al lecho y cortó otro largo pedazo.

Ató las piernas del conde-duque como los brazos, y á seguida, arremetiendo á él, y ayudada por Quevedo, le tendieron en la cama, le doblaron las piernas y ataron el extremo del cordon al ahogadero.

Hecho esto, corrió las cortinas del lecho que quedó cerrado; cogió su manto, metióse bajo él la caja de las alhajas, é hizo á Quevedo una seña impaciente de que saliera.

Quevedo abrió la puerta secreta, salióse y la volvió á cerrar.

Pero se encontró que estaba cerrada la puerta del despacho.

—Debe tener la llave encima, dijo Quevedo; vé por ella.

Y abrió la puerta.

Agustina entró y salió á poco trayendo una llave que no era el llavin, sino un doble seguro de la mampara.

El conde-duque había alejado de intento á los porteros del interior.

Quevedo pudo cerrar la puerta del despacho sin ser visto de nadie.

Luego, como conocia el palacio, en vez de salir por la parte de abajo de la secretaría, tomó por la otra salida que comunicaba con las galerías.

Empezaba ya á oscurecer.

Los trenes de los convidados ocupaban la plaza de palacio.

Aquello era una confusion, un ir y venir de gente, porque se acercaba el principio de la fiesta.

Quevedo pudo escurrirse con suma facilidad llevando del brazo á Agustina.

Se lanzó con ella hácia el camino de Madrid, pasó el puente de barcas, y se perdió con la muchacha por una larga alameda.

Quevedo no se había olvidado de llevarse bajo el brazo la comida que el conde-duque había llevado á Agustina.

Había pues buena cena.

La noche era apacible.

Quevedo iba ébrio de alegría, y esta le había puesto tan decididor y tan oportuno y tan apicarado, que la Agustina iba loca con él.

Se perdieron allá lejos, muy lejos, remontando la otra orilla del Tajo.

Al fin Quevedo, cansado, se sentó en un altozano al pié de un árbol y dijo á Agustina:

—Desde aquí, si el viento continúa viniendo de allá, oiremos muy bien la música y lo que es los fuegos de artificio los veremos perfectamente, porque han hecho mar al Tajo y junto al mar está la ciudadela de Amberes. Oh, vamos á pasar una noche magnífica, muchacha: este ambiente, este campesino aroma, esta frescura, esta soledad, este silencio...

—Yo no me acuerdo de haber pasado mejor noche en toda mi vida, contestó Agustina.

—Pues bien, hija mia, cenemos, porque *sine Cerere et Bacho, friget Venus*.

Y aquellos dos amantes que de una manera tan extraordinaria se habian encontrado, se pusieron á cenar sirviéndoles de mantel la verde yerba.

III.

—Solomo de venado, exclamó. Quevedo; apetitoso, sustancioso, nutritivo; porque no sabes tú lo que nutre la carne de venado: como que al venado se le ceba, se le trata bien, se le acaricia, se le mima para que no brame y no embista; porque te advierto que ese animal inofensivo, ese que á todo dice amen, cuando llega á enfurecerse tiene una cornada muy mala. ¿No has cebado tú ningun venado, Agustina?

—Yo no: ¿y vos?

—Yo no pago, y mis venados como no vivan de otro ó de lo suyo, no echarán muchas mantecas: ¡válgame Dios, mujer, y qué bien que te trata el conde-duque! Se conoce que no quiere que te pongas flaca. ¡Qué adobo tan exquisito tiene este solomo, y qué bien cocido que está! A cocinero real me huele, y no puede decirse que sabe á poco, porque cuidado si hay racion.

—No me mantendreis vos tan bien como me hubiera mantenido el conde-duque.

—Mantendráte la tierra, que no me ha echado á mí mi madre al mundo para soportar cargas femeninas: basta con las otras que he soportado, soporto y soportaré. Hazme la razon, Agustina; toma la limeta; veamos si el mosto es tan bueno como la carne.

Bebió Agustina y á seguida Quevedo, por supuesto, en la botella.

—No sé por qué, dijo Quevedo despues de haber bebido, el vino sabe mucho mejor cuando se bebe en botella que cuando se le bebe en vaso. Oh, y este es Málaga añejo; tiene una gran suavidad y un grande aroma y un saborcillo tan rico á madera: niña mia, aqui me tropiezo con una empanada: huele muy bien, pero no puedo decirte lo que guarda en su seno, porque las empanadas son como las mujeres; hasta que se las abre no se sabe si son carne ó pescado. ¿Pescado dije? pues hé aqui que tenemos empanada de salmon. Nos regalamos, personas principales somos: eh, ¿qué tal?

—Muy rico, contestó Agustina á quien Quevedo habia dado la mitad de la empanada que habia cortado con la daga.

—El salmon exquisito, fresco, poco cocido, adobado con una salsilla de almendras y especias finas que se ha empapado en la pasta y le da un gusto que abre el apetito; pero calla, que me he tropezado por aquí un hueso: ¿de cuándo acá aunque pequeños tiene huesos el salmon? ¡ah! una codorniz: saquéla en limpio, y gordita y cebadita y jugosa, y paréceme que este otro bulto de la empanada es otra codorniz.

—Aquí tambien hay dos, dijo Agustina.

—Pues cómetelas, hija, cómetelas, yo me como hasta los huesos, son muy nutritivas y muy frescas y hacen muy buena sangre, y envueltas en su túnica de tocino: bien haya el conde-duque: ¿y sabes que nunca he comido tanto, Agustina? Es verdad que el largo encierro, tantas horas desbalagando la comida... Veamos qué más hay en el talego, para comer más ó ménos, es decir, para guardar apetito si lo aun no visto ó mejor dicho aun no tocado, porque ahora no se vé, merece que se le reserve un lugar en el estómago. ¡Cáspita! pernil, pernil cocido en vino de Jerez y con azúcar y canela y pimienta y clavo: de Avilés debe de ser, segun que huele un poquillo á humo; guarda un poco de apetito, Agustina.

—¡Ay don Francisco, que me perezco por esta pasta de empanada!

—Pues cómetela, mujer, cómetela, que de un hartazon revienta un perro y me parece que voy á hacer lo mismo y que voy á aprovechar hasta las migajas: venga otro trago, adorada mia, transformada por mí en ninfa de estas verdes soledades: si yo estuviera en otra edad, escribiriate un madrigal, pero los madrigales huyen de mí porque les apesto. ¿Pues sabes que ahora me parece mejor el vino? Comime la empanada, personas somos; empanada con pasta de manteca de dos dedos de recia con dos ruedas de salmon que pudieran servir para un molino á volverse de piedra, con cuatro enormes codornices recayendo sobre medio solomo de venado, y nos lo comemos y lloramos por lo que nos queda y embestimos con el pernil de Avilés cocido en vino; algo nos parecemos á Milon de Cretona.

—¿Y quién era ese que vos decís?

—Era un desgraciado que padecia del estómago y para postre y quitarse el sabor de los otros manjares, se comia un buey cebon: la antigüedad le levantó estátuas porque la antigüedad estatuaba todo lo que era grande, aunque fuese brutal: de modo que si una ma-

dre se hubiera comido todos sus hijos, por lo mismo que habia hecho lo que ninguna madre hace, la hubieran levantado una estatua— eran muy brutos los antiguos, consideraban como héroe al más animal, al que más gente mataba, al que por más tiempo corria, al que más peso levantaba, al que comia más, y al que bebia mejor; y si no, ahí tienes á Baco convertido en Dios por los griegos, y ¿qué era Baco? un borracho célebre: ¿y qué era Mercurio? un capitán de alcahuetes y ladrones, el Dios de los mercachifles, el correo de las diosas busconas, el chismoso del Olimpo, un pícaro; que si le pillaran hoy nuestros alcaldes de Casa y Corte, le enrodarian. ¡Y que se tomen seriamente las cosas del mundo, y que por las locuras de los de ayer no se reconozcan las locuras de los de hoy! Así anda todo revuelto y embrollado: Dios deshizo el caos para hacer el universo, pero como no tenia donde meter el caos deshecho, sin decir agua vá, allá le soltó á la inteligencia humana no encontrando otra parte mejor en donde echarle.

—¿Sabeis, don Francisco, que me va dando sueño?

—Tienes razon, y me corriges, porque el que habla aquello que no entiende la persona que le escucha, se hace no palabra, sino sonsonete que provoca el sueño.

—No, pardiez, que aunque yo no lo entiendo, estais hablando de flores, y ya sé yo lo que quereis decir: que ayer hubo tontos, los hay hoy y los habrá mañana.

—Tienes razon, muchacha, tienes razon, y no eres lerda; antes que ellos, acabaránse las chinches. ¡Ah, los necios, y qué insectos tan insoportables y tan irresistibles que por más que se hace no puede un cristiano libertarse de ellos y se los traga hasta con el aire que respira! ¡Gran lástima!

—¿Y cuál es la lástima, don Francisco?

—¡Que no te haya criado un fraile sabidillo y filósofo y te haya enseñado latin y teología, porque serias tú una maravilla!

—¿Y qué, don Francisco, creeis que es mala escuela el Mundo Nuevo?

—Cállome, razon tienes, que has nombrado al mayor padre de pícaros que se conoce y que en la facultad de picardia tiene borla y muceta. ¿Mundo Nuevo dijiste? pues cuando yo esté mal, no me encuentre en otra parte peor; que allí es donde se sabe aliñar la uña de vaca y la morcilla de lustre, buenos manjares que no todos saben lo que son, porque no los han comido en el Mundo Nuevo: ¿pues y la cabeza de ternera con habas y el hocico de cochino con

las orejas, aderezado con garbanzos? Toma, toma este pernil que con el entremés de conversacion que hemos echado y con el recordar las cosas buenas del Mundo Nuevo, he criado yo ganas como si nada hubiera comido, y parece que á tí te acontece lo mismo; pero enjuaguemos la boca con ese néctar malagueño.

—Sea, y allá va, don Francisco, aunque á mí la cabeza se me anda y se me anda y se me cae, y me parece á mí que lo mejor que haríamos seria que echáseis la capa á los piés de este olmo y durmiéramos, que con este fresquito y la buena cena habíamos de echar un sueño que ni los ángeles.

—Pues echa más, muchacha, para que duermas mejor, pero come.

—Si bebo más, dijo la Agustina con la lengua un poco estropeada, no va á quedar vino para vos.

—Calla, mujer, pues si queda media limeta: ¿si habrán creído los porteros cuando entró el conde-duque con toda esta balumba que llevaba por lo menos debajo del brazo la mitad del archivo de Indias? Bebe, hija mia, bebe, que todavía quedará para mí sobrado, y si no quedase, con beberlo tú es lo mismo que si lo bebiera yo; porque creo que entre nosotros hay conjuncion de luminares.

Detúvose Quevedo y Agustina no le preguntó.

—¿Sabes tú lo que son conjuncion de luminares, muchacha? dijo Quevedo.

—Lo que sé es que me estoy durmiendo y que no puedo tener la limeta entre la manos; tomadla.

Quevedo tomó la limeta y bebió, pero moderadamente como habia bebido antes.

Dejó la limeta sobre la yerba, partió por la mitad el jamon de Avilés, y dijo á Agustina:

—Toma y come.

—No, dijo Agustina, yo voy á dormir.

Y se dejó caer.

—Bien, dijo Quevedo; me parece que ya tienes sueño hasta que salga el sol; este lugar es solitario y agreste, es posible que por aquí no pase nadie; no la quitarán la caja de las joyas, no, ni yo he de llevármela; eso seria un robo, y además que saque esta desdichada de esta aventura algo con que pasar descansadamente la vida; dejaréla al lado con que almuerce y lo que en la limeta queda para que se lo beba, y yo iréme dando fin de este rico trozo de pernil y de estas suplicaciones y de esta pastaflora y de estas conservas secas. Cuando

uno piensa lo de ridiculeces que ha tenido que hacer ese miserable conde-duque para tener á punto una contrafigura de la reina y engañar al rey y hacerle infeliz para toda su vida, el estómago parece que quiere salirse de asco por la boca; pero ¡bah! no nos detengamos, ya hemos dormido á esta sin violencia y hemos evitado el que se nos pegue como un castigo; á tu casa, don Francisco, á tu casa, y á ponerte el vestido nuevo y á la fiesta: es menester oír lo que por ella se diga acerca de la desaparicion del conde-duque, que á todos parecerá extraña: ¡y qué rato estará pasando su excelencia! Bendito sea Dios, que todavía nos deja gozar de algunos buenos ratos: ¡bah! ya tengo mi provision en el talego: vamos ahora cuanto de prisa podamos, que de aquí á nuestra posada de la Cabrera vieja hay por el rodeo lo ménos media legua.

Y don Francisco echó á andar mordiéndolo alternativamente del jamon en vino y del pan candeal con que llevaba ocupadas las manos.

No tardó ménos de tres cuartos de hora en llegar á la hostería de la Cabrera vieja, porque habia necesitado seguir el rio corriente abajo una gran distancia para ganar el puente de barcas que unia entonces á Aranjuez con el camino real de Madrid, y desde allí á la posada de la Cabrera vieja habia otra gran distancia.

CAPÍTULO LXXXIV.

De la breve manera que tenia don Francisco de contar una historia.

I.

—¿Pero de dónde venis, don Francisco, de dónde venis, dijo cuidadosa doña Esperanza, que no os hemos visto en todo el día, ni hemos sabido de vos, ni ha habido quien de vos nos diga una palabra?

—¿Alguna aventura, eh? dijo don Alonso.

—Aventuras de aventuras, amigos míos: lo que á mí siempre me sucede: en agarrándome ellas, no me sueltan: en la una se enreda la otra y se arma un enredo que ni el de Creta; ¿pero cómo es que no estais ya en la fiesta?

—¿Y cómo habíamos de ir sin vos, don Francisco, dijo doña Esperanza, y sin saber lo que de vos habia sido?

—¡Mal pecado para mí, dijo Quevedo, y que siempre he de hacer yo perjuicio! Pues voy, voy á encapillarme en un vuelo mi vestido nuevo y en el momento nos pondremos en marcha; id buscando las cartas de convite, don Alonso, no sea que se olviden y tengamos que dar la vuelta. Vuelvo al instante.

II.

Y en efecto, volvió á poco negro como un escarabajo, con el vestido sin domar, como él decia, sin más blanco que el de los ojos y el de la golilla, ni más color que la roja cruz de Santiago, ni más

joya que la placa de la misma orden, pendiente de una cadena de oro y el cinturón bordado y chapeado que le habían regalado don Alonso y doña Esperanza.

Extrañábase á sí mismo don Francisco al verse completamente limpio.

—No durará esto mucho, exclamó: dispararánse contra mí, como si intención les naciera, las alcuizas de la hostería y pondránme como suelo: tiene algo de cicatero y de mezquino esta limpieza, sobre todo para el que no sostiene ayuda de cámara que le coma un costado: los pobres y limpios no parece sino que le van diciendo á todo el mundo; mirad qué cepillada llevo toda la ropa, qué limpia y pura de todo polvo y de toda mancha; recibidme á vuestro servicio para que cuide de la vuestra.

—¡Qué cosas teneis, don Francisco! dijo doña Esperanza.

—Ah, señora, no lo sabeis bien: tengo yo cosas terribles, inmensas, inauditas para mi castigo; cosas que me vuelven loco, que me traen de acá para allá, que no me dejan sosegar ni un momento. ¿Pero teneis á mano los antifaces?

—Ah, sí, los tenemos en los bolsillos.

—¿Y las cartas de entrada á la fiesta real?

—También, contestó don Alonso.

—Pues dad acá la mía, no sea que yo me traspapele ó me trasfigure por el camino, y de vosotros me pierda, y me quede fuera como cualquiera de los sandios que se han gastado su dinero para oír cómo los otros se divierten.

—Tomad, don Francisco, dijo don Alonso dándole un papel avitelado en que estaban las armas reales y unas cuantas señas y rúbricas.

—¿Quereis antifaz, don Francisco? dijo doña Esperanza.

—Bastante antifaz es mi cara, contestó Quevedo; además, que aunque yo me pusiera tres antifaces, conoceríanme, me sacarían por el olor y por el resuello; porque hay persona en la corte que me siente solo con que yo piense en ir á palacio. Pero *andiamo, andiamo*; vos divertireis en la fiesta, doña Esperanza, las pocas tristezas que os queden, y yo me iré á enredar y á desenredar, que hay enredos que no se desenredan sino enredando.

III.

Echaron á andar.

—¿Pero qué es lo que os ha sucedido, que desde anoche que os separásteis de nosotros no os hemos visto? dijo doña Esperanza.

—Fuíme á mis soledades, que sin soledades yo no vivo; gústanme las humbrias de noche como á los mochuelos y á enarbolarme fui, digo, á rodearme de mis amigos los árboles, que saludan á los que los visitan con el dulce murmullo de sus hojas; tropecé con una picardia, cojí á uno de los pícaros, fantasma negra volvíme, aterróle, confesóme; busqué á una, llevádosela habian, importaba encontrarla, busquéla; tiré á un hombre al rio, herí á otro, vi al conde-duque, engañéle, dormí en palacio con justicia al lado, con la justicia salíme al salir el sol, llamó el conde-duque á la justicia, y yo temia que justicia con quien hablaba el conde-duque se torciese de tal manera que me cojiese á mí en la torcedura; escapéme, no pensé mal, siguiéronme alguaciles, mentiles yo, escurrimé, di esquinazo á la justicia, busqué agugero donde guarecerme y no le hallé mejor que la secretaria de Estado, sabia yo sus escondrijos, en uno de ellos coléme y halléme con el escándalo dormido, con la hermosura trasconejada; engañéme por semejanza, escondíme, sobrevino el conde-duque, oi grandes cosas de una mujer, apoderéme, conspiré con ella, sorprendí al conde-duque y allá se queda en el escondrijo atado y amordazado y rabiando; salíme, ya oscurecido, con dama y cena; llevémela al verdoso, dila bien de cenar y de beber, dormila, escapeme y aquí me teneis.

—Don Francisco, dijo don Alonso, os ruego que cuando tengais más tiempo nos digais ce por be todos los capítulos de ese índice, que de todos ellos debe de salir una historia muy divertida.

—Y muy necia: asco tengo de mí mismo y miedo de mirarme á la punta de las narices porque estoy cierto de que ha de salirme en ellas la color de la vergüeza; como gato anduve royendo huesos debajo de una cama y con no muy buena compañía, empozádome he en amores manidos, truhanerías he hecho de truhan y oficio de porqueron de alguacil de los que atan á un prójimo sin que estos vean quien les asegura; abandonado he á una dama, á una Europa, á una Dido, pero héla dejado almuerzo y vino y cincuenta mil ducados.

—¡Ah, ah! exclamó don Alonso, ¿y cómo ha sido eso, que no lo comprendo?

—Joyas traidoras iguales á otras que lucirá en la fiesta la primera dama de España.

—Me parece que en todo eso, don Francisco, hay un profundo misterio.

—El retrato de la reina he dejado allá durmiendo á orillas del padre Tajo, incitando á los fáunos y á los sátiros, y bien dormida á beneficio de un vinillo de Málaga que se cortaba de espeso, y con más espíritu que las Santas Escrituras en que todo es espiritual: en una palabra, amigos míos, se trataba de hacer que el rey se equivocase, que creyese criminal á su esposa, valiéndose de una mujer perdida.

—¿El conde-duque? exclamó don Alonso.

—¿Pues quién habia de inventar esa intriga de Satanás, más que el conde-duque?

—¡Ah, miserable! exclamó don Alonso, un motivo más para que yo espere con ansia un momento favorable para partírle el corazón.

—Esperad, amigo mío, esperad; los infames no prevalecen contra Dios, y Dios ha querido que anoche, despues de cenar me sintiese yo pesado y desease respirar el viento fresco y libre de la noche: por el momento está cortado el peligro; más adelante, quién sabe, como Dios ha hecho esta primera salvacion, hará otras; confiemos en Dios: pero hé aquí que ya estamos á la puerta del jardín de la Isla y que habremos de dar nuestras papeletas á esos señores que están tan tiesos en esa mesa cubierta de terciopelo: y no parece que se haya aun empezado la fiesta aunque es un poco tarde, porque no se oye la música; sin duda el rey, que no sabe hacer nada sin su conde-duque, no quiere que se empiece hasta que parezca: pues ya mando trabajo á los que le busquen: hurones han de ser si logran dar con él.

IV.

A este tiempo llegaban á la mesa que estaba á la entrada del jardín de la Isla, dieron sus cartas de convite y pasaron envueltos entre la noble multitud que invadia por aquella parte el jardín.

Muy pronto, una oleada de gente separó á Quevedo de sus amigos.

—Parece que se lo he mandado yo, dijo Quevedo; yo los estimo mucho, pero ahora me estorban; necesito yo andar libre y suelto,

escurriéndome por aquí, metiéndome por allá, oyendo por este lado y oliendo por el otro.

Y Quevedo, sin pretender unirse á aquellos de quien un accidente hijo de la situacion habia separado, se perdió entre la multitud.

CAPITULO LXXXV.

De cómo el conde-duque pensó hacerse amigo de la reina, y de cómo esta creyó que el conde-duque empezaba á convertirse.

I.

Quevedo se dirigió al teatro.

Estaba el jardin de la Isla magnífico, iluminado á la veneciana con faroles de seda de mil colores que asomaban entre el follage de los árboles.

Henchido de una noble multitud cubierta de riquísimas galas, de caprichosísimos trajes, de preciosas joyas.

La mayor parte enmascarados.

Solo los viejos y las viejas estaban sin carátula, sin duda porque como á Quevedo les bastaba con la carátula que á cada prójimo regalan gratis los años.

Sonaba un zumbido sonoro como el de un millon de gigantescas colmenas.

Entre aquel zumbido, se determinaban voces chillonas que pretendian decir cosas agudas, picantes, graciosas, intencionadas.

A Quevedo le molian, le conocia todo el mundo, y todo el mundo le daba bromas.

El se defendia como podia, y defendiéndose levantaba ronchas.

Codeaba, sudaba, empujaba, le tardaba el llegar la córte, donde debia encontrar personas conocidas y con la cara descubierta aunque no descubiertas del mismo modo la intencion y la voluntad

Al fin cansado, fastidiado, pisado, y estrujado, llegó al teatro y al pié del trono donde estaban las gentes de palacio.

II.

Habia allí una verdadera agitacion.

Se iba, se venia, se preguntaba, se respondia, se notaba, en fin, que faltaba algo; y de tiempo en tiempo algun gentil-hombre se acercaba al trono y hablaba con el rey que á todas luces aparecia impaciente.

Villamediana estaba no muy lejos entre un grupo de cortesanos, y mucho más impaciente que el rey.

Las gentes que ocupaban el anfiteatro de los espectadores, dejaban oír un largo zumbido producido por todas sus voces, que aunque contenidas, hacian sentir fuertemente una murmuracion general.

¿Qué se hacia? ¿Por qué no se empezaba la fiesta?

Al fin cundió por todas partes que el conde-duque se habia perdido, que no se le encontraba, y que el rey no queria empezase la funcion sin el conde-duque.

III.

Vió el rey á Quevedo y llamóle.

—Y bien, don Francisco, dijo, ¿qué noticias me dais?

—Gozo de singular salud, señor, contestó Quevedo, ¿y vuestra magestad?

—No me siento muy bueno, don Francisco, ¿dónde habeis dejado á vuestro grande amigo el conde-duque?

—Háse quedado él, dijo Quevedo, que yo no le dejára.

—¿Pero dónde?

—Lo ignoro.

—Don Francisco, dad la vuelta al teatro y esperadme entre una enramada de mirtos que hay á poca distancia; quiero hablar con vos; aunque tardase algo, no os impacientéis: esperad porque para que no se extrañe, voy á ponerme un gran ropon que me he hecho muy semejante al de Villamediana, sino es que el conde de Villamediana ha sorprendido á mi sastre y se ha hecho hacer un ropon como el mio; ya vereis, ó mejor dicho, mirad, allí teneis al conde.

—Es un ropon de dux de Venecia.

—Cabalmente; ese traje lo guardaba yo para la regata de gondolas en el Tajo, y he visto con sorpresa que Villamediana se ha vestido de una manera igual: de eso quiero hablemos; idos, esperadme.

IV.

Quevedo se separó del rey, y al salir del anfiteatro para tomar la vuelta del teatro, púsosele delante no ménos que el alcalde de Casa y Corte, Diego Estremera, que le dijo todo confuso y temeroso:

—Perdonad, don Francisco, perdonad; pero no puedo ménos de daros esta orden de su excelencia.

Tomó el pliego Quevedo, aseguróse las antiparras, y á la luz de un farol inmediato, abrió el pliego, vió que era una orden de destierro, y mirando fijamente y apuntando con sus narices al alcalde le dijo hosco y acre, con voz campanuda y seca:

—Se guarda, y no se cumple.

Y rasgó en pequeños pedazos la orden.

—Bien, don Francisco, bien; no me opongo, dijo el alcalde Estremera: con decir á su excelencia lo que habeis hecho, cumplo.

—Huélgome de que quedeis tan cumplido; adios.

Y tomó la vuelta del teatro, y á poco que anduvo llegó á la espesura de mirtos.

V.

Se buscaba entre tanto al conde-duque por todas partes como un tesoro perdido.

Cien veces los que le buscaban habian recorrido los mismos lugares, hasta que á uno de los criados del conde-duque se le puso por delante Estebanillo Mercuelo que estaba haciendo la ronza al grupo donde se encontraba el conde de Villamediana.

Pero no se atrevia á llegar á él porque estaba rodeado de grandes señores.

—Estebanillo, dijo Salgado, que así se llamaba el otro de la servidumbre del conde-duque, rendidos estamos ya sin encontrar al señor; id vos, haced algo.

—Yo hago falta aquí, dijo Estebanillo.

—Pero más falta haceis buscando al señor; vos sois quien más de cerca le servis y quien mejor puede saber en donde puede ocultarse.

—Ocultarse, ¿y por qué se ha de ocultar su excelencia? ¿apostamos á que está donde nadie le ha buscado, porque es el lugar donde más fácilmente podría encontrársele?

—¿Y dónde, Estebanillo?

—Vaya una pregunta; ¿dónde se puede encontrar más fácilmente á un secretario de Estado y del despacho universal?

—Y qué sé yo.

—¿Pues dónde si no en la secretaría?

—¡Bah! hoy no es día de secretaría.

—Para un buen ministro siempre es día de servir al rey y á la patria, y yo le oí decir el otro día á su excelencia, que las cosas de Holanda iban mal y que el inglés tomaba mucha mano en ello y que andaba en contestaciones con el inglés: pues ved ahí que su excelencia haya recibido un despacho muy importante; que haya sido menester contestar al momento y que su excelencia se haya encerrado sin decir á nadie oste ni moste porque no le llamen: vamos á ver qué importa más; ¿el que tarde algo en empezar la fiesta ó el que se envíe pronto un correo de Estado con un despacho que importe en gran manera al rey y á España?

—Me parece que no vas muy descaminado, Estebanillo; en fin, eso con verlo basta; id vos, que á vos os conocen los porteros y os dejarán pasar.

—Sí, señor, iré, dijo Estebanillo; y tanto más, porque aun cuando se halla encerrado su excelencia, tengo yo un llavín de la mampara de su despacho, y á más una llave por si ha asegurado la otra cerradura: voy, voy, que bien mirado no urge mucho que yo entregue al conde de Villamediana cierta cosa que tengo para él, aun hay tiempo; vamos, quedad con Dios, señor Salgado, y no os digo que vengais porque no haceis falta y porque no sois vos tan íntimo del señor como yo.

—Ya, ya os paboneais con ello, Estebanillo; pero á fé á fé que el ser tan íntimo á su excelencia, no quitó que os saltasen un ojo y que anoche os tirasen al río.

—Dejad, señor Salgado, dejad, que más largo es el tiempo que la fortuna, y mientras se está vivo no se pierde la esperanza de vengarse: hasta luego.

—Hasta luego, Estebanillo.

VI.

Y este último salió del teatro, se dirigió al palacio, entró por el postigo, por el que se pasaba á las escaleras, al comedio de las cuales estaba la secretaria de Estado, llegó á la portería de esta y se encontró con un solo portero que estaba de muy mal humor porque sus compañeros se habian ido á ver la fiesta y á él le habia tocado quedarse.

—¡Hola, señor Recorte! dijo Estebanillo: ¿qué haceis aquí tan solitario?

—Cada cual se fastidia cuando le toca, contestó Recorte.

—¿Está dentro su excelencia?

—¿Qué es lo que estais diciendo? ¿que si está aquí su excelencia? si su excelencia estuviera aquí, estarian los otros y estarian los oficiales y los secretarios: aquí no hay un alma, señor Estebanillo, más que yo, que tengo la mala suerte que no me toque nada bueno.

—Es que puede ser que esté su excelencia.

—Si su excelencia estuviera, señor Estebanillo, me hubiera pedido luz.

—Puede haberla pedido á los porteros del otro lado.

—En el otro lado no hay nadie, han cerrado.

—Pues ya que estoy aquí, no me voy sin saber si está su excelencia ó no: dadme una luz, señor Recorte.

—Si sabré yo que no está su excelencia, ni cómo vais á entrar en su despacho si está echada la llave, porque fuí yo con el llavin para aviar las luces por si acaso, y no pude abrir.

—Pues, señor Recorte, su excelencia nunca echa la llave.

—Es verdad.

—Pues cuando su excelencia ha echado la llave en su despacho, es porque en el despacho hay algo.

—Bueno, bien, tomad la luz, señor Estebanillo, por eso no hemos de reñir, pero ya vereis cómo en el despacho no hay nadie.

Y dió un candelero con una bugía encendida á Mercuelo.

Este atravesó las oficinas, llegó á la mampara del despacho del conde-duque.

Desechó la llave, sacó luego un llavin, abrió y entró.

Nadie habia.

VII.

—Pero señor, dijo Estebanillo, ¿si no está aquí, dónde está su excelencia?

Creyó oír entonces Estebanillo una especie de rugido sordo.

Aplicó el oído.

El rugido se repitió.

Era un sonido inarticulado, gutural, pero fuerte, nervioso, impaciente, colérico.

—Diablo, dijo Estebanillo, algo hay en el retrete secreto de su excelencia, parece un perro que regaña irritado.

Se acercó á la puerta secreta Estebanillo y tocó á ella como quien llama.

Se repitió aquella especie de rugido con más fuerza.

—¿Qué será esto? dijo Estebanillo, estoy por llamar á Recorte antes de abrir; pero no, creeria que tengo miedo, que puede ser uno de los grandes perros que se quedan en los jardines que se haya metido aquí sin saber cómo: pues con entrar con la daga de punta, asunto concluido.

Estebanillo apretó el resorte, se abrió la puerta y entró.

VIII.

Nada vió.

Las cortinas del lecho estaban corridas.

El rugido sordo que habia sentido antes, se repitió de nuevo con más fuerza, con más impaciencia.

—Pues la cosa está en la cama, dijo Estebanillo.

Y dejó la luz sobre la consola, se acercó á la cama con la daga de punta, y levantó la colgadura.

—¡Poder de Dios! exclamó: ¿qué es esto? ¿quién ha hecho esto? ¿cómo estais así, señor?

Y se acercó al conde-duque, le reconoció, cortó con su daga los cordones.

Acudió á las dos vendas de la boca y de los ojos, las desató, acabó, por último, de desatar á su señor y este salió del lecho furioso, terrible.

—¿Eres tú, exclamó, tú infame, tú asesino? ¿por qué no has venido hasta ahora?

—¿Qué sabia yo, señor? dijo Estebanillo.

—¿Qué se ha dicho de mí?

—¿Qué se ha de haber dicho, señor mio? que vucencia se ha perdido; pero ya he dicho yo que vucencia debia estar trabajando en algun asunto muy importante como el de contestar al inglés.

—Has hecho bien, Estebanillo, has hecho bien; eso diré yo á todo el mundo, eso diré yo al rey: ¿ha empezado la fiesta?

—No señor, el rey no ha querido empezar sin vucencia.

—Arrégrame un poco el traje y los cabellos, Estebanillo: mira, ahí fuera, en un canapé hay una dalmática y un manto de máscara y un antifaz y una caperuza de bajá turco, traémelo.

Estebanillo salió y volvió con los objetos que el conde-duque habia pedido y empezó á vestirselos.

—¿Pero quién ha hecho esto con vucencia? exclamó Estebanillo.

—No lo sé, no lo sé, contestó el conde-duque: por supuesto, guarda un profundo secreto acerca de lo que has visto, Estebanillo, que te va una puñalada.

—Descuide, descuide, vucencia, señor, dijo Estebanillo, que nadie lo sabrá; pero yo sé, yo sé quién lo ha hecho.

—¡Quién!

—¿Quién ha de ser sino don Francisco de Quevedo á quien ayuda el diablo?

—¿Has visto tú ó oído algo que te indique?

—No señor, pero lo supongo, porque esa atrocidad huele á Quevedo desde una legua.

—Yo no sé quién era quien me sujetaba, dijo el conde-duque, ni comprendo cómo haya podido ser don Francisco de Quevedo. ¡Ah! ese hombre... yo veré, yo averiguaré, yo lo sabré: sobre todo, Estebanillo, silencio, un profundísimo secreto; vete.

Estebanillo se fue á oscuras.

Pero sabia demasiado bien de memoria el camino.

IX.

El conde-duque buscó con ansia el lugar donde habia dejado las joyas: no las encontró, no vió más que el traje de tisú de plata.

—¡Oh! exclamó el conde-duque, más que de Quevedo, he sido víctima de ladrones: ¿quién sabia quién era esa muger? Se ha llevado las alhajas, me ha robado; se ha deshecho por un crimen vulgar

una intriga preparada hábilmente y que ha costado un tesoro: ¡ah! y estamos en un momento decisivo: el rey se fastidia de la Calderona y se vuelve hácia la reina: me he equivocado: yo debia haber contado con doña Isabel, haberla servido, haberla halagado, haber sido más favorito suyo que del rey: ¡ah! pero todavía hay tiempo: ella me teme: si logro inspirarla confianza... ¡Oh! vamos, vamos; no hagamos esperar más.

X.

El conde-duque tomó la bugía, salió disfrazado de bajá turco, cerró, y al entregar la bugía á Recorte que se asombró de verle, porque no habia creído cuando Estebanillo le dijo que estaba dentro el conde-duque, le dijo:

—Cerrad la secretaria, é idos también á gozar de la fiesta: decid á todo el que os pregunte que yo he estado encerrado trabajando secretamente en negocios importantísimos para su magestad y para el reino.

El conde-duque bajó y se puso el antifaz al bajar por las escaleras.

Esto le venia bien: la venda que habia tenido en la boca, demasiado apretada, habia dejado señales lívidas en sus mejillas.

Pero cuando llegó al teatro y preguntó por el rey, le dijeron que habia entrado á la cámara que tenia en el escenario la reina.

El conde-duque, sin contestar á las mil preguntas que se le hacian, fué á buscar al rey.

La reina estaba sola, vestida ya, ataviada desde hacia mucho tiempo para representar á la diosa de la Hermosura en la comedia de Villamediana, lo que hacia contra toda su voluntad, lo que la tenia de un humor terrible.

Tanto el rey como la reina habian contemporizado con el conde-duque que les habia dicho, que siendo el conde de Villamediana como correo mayor uno de los personajes más importantes de la corte, y habiendo hablado ya de aquella comedia que destinaba al natalicio del rey á medio mundo, podia interpretarse de mala manera la no realizacion de lo que el conde de Villamediana, presuntuosamente creyendo que no se le negaria, habia anunciado.

Así es, que por evitar murmuraciones, el rey y la reina habian consentido de muy mal grado.

XI.

—Siempre se ha de echar á perder por vos todo, conde-duque, dijo la reina que estaba en el disparadero y que no pudo contenerse.

—Tengo la desgracia, contestó el conde-duque, de disgustar siempre á vuestra magestad, siendo como soy su más leal, su más respetuoso vasallo: ¡oh, qué felices serian estos reinos si vuestra magestad me otorgara su confianza!

—¿Con qué fraile Francisco habeis hablado, conde-duque, que me parece que venis algo convertido?

En efecto, el conde-duque nunca se habia humillado tanto ante la reina, nunca la habia mirado de un modo tan suplicante, nunca hasta entonces habia reconocido en ella un poder.

—Muchas veces, señora, dijo el conde-duque, un solo error produce otros muchos gravísimos errores; yo he creído siempre enemiga mia á vuestra magestad.

—¿Y quereis que sea vuestra amiga aquella á quien tanto habeis hecho sufrir?

—Por error, señora.

—¿Y verme yo vestida de este modo, reducida á presentarme en un escenario como una farsanta, por más que esto sea entre mis damas y ante mi corte y que se acostumbre así en las cortes de Italia? Aquellos son duquesillos, no son reyes: una nieta de San Luis, una hija del grande Enrique IV, no puede sufrir con paciencia tales situaciones; pero ya se vé, no tiene nada de extraño que cuando el rey saca una cómica del teatro y la levanta hasta sí, reduzca á su esposa, á la reina, á la situacion de comedianta.

—¡Ah, señora, perdon! exclamó el conde-duque arrodillándose: yo no sabia lo grande que era vuestra magestad.

—¿Y esa mujer?

—Se la desterrará.

—¿Y el conde de Villamediana?

—Se le matará.

—Sí, que muera, dijo la reina; un traidor como él debe morir, pero sin escándalo.

—Morirá como es prudente que muera, señora.

—¿Y qué seguridad puedo yo tener de que no me engañeis? Se levantó el conde-duque.

—Vuestra magestad gobernará el reino con el rey y conmigo.

—Pero ocupando vos vuestro lugar de vasallo.

—Oh, por supuesto, señora.

—Cuidando de nuestros pobres soldados que pelean fuera de España por la honra de España.

—Oh, sí, señora.

—Cortando de buena manera, de una manera digna, nuestras diferencias con el rey de Inglaterra.

—Cabalmente, señora, el mal estado, el pésimo estado en que están las cosas de Holanda, la altiva, la amenazadora mediación del rey de Inglaterra, son los motivos que han hecho que yo me esconda para despachar inmediatamente un correo al rey Jacobo: esto importaba mucho más que el que empezara antes ó despues la fiesta; esto, en fin, señora, es tan grave, que me ha hecho comprender la grande urgencia de que vuestra majestad tome parte en la gobernacion del reino, que me ayude á influir sobre el rey. Su magestad es muy jóven, señora, y es necesario que vuestra majestad me ayude.

—Creo que hablais con sinceridad, conde-duque.

—Oh, sí, sí, señora, con toda mi alma.

—Pues bien, si así es, si conoceis todo el mal que me habeis hecho, yo os lo perdono: pero id, id, no es esta ocasion de hablar largamente de tales cosas: buscad á su magestad que está muy contrariado porque no habeis parecido, dadle vuestras excusas, y que la fiesta se empiece cuanto antes para que cuanto antes se acabe.

El conde-duque besó la mano á la reina y salió de la cámara murmurando:

—Por ahora, hemos ganado tiempo: se desterrará á la Calderona, ¡qué importa! ya es inútil: quitaremos de la escena al conde de Villamediana; los nécios como él, son funestos: veremos, en fin, si la reina nos trata de buena fé, y qué más dá, si así es, ya la enseñaremos á gobernar.

Entre tanto la reina murmuraba:

—Sucumbamos aun, suframos, tengamos esposo, tengamos rey y despues veremos hasta qué punto puedes hacerme tu cómplice, conde-duque.

CAPITULO LXXXVI.

En que suceden cosas terribles y graves, Quevedo comete un homicidio, y ve con despecho que ha trabajado para el obispo.

I.

Este al salir por la parte posterior del teatro tropezó con el rey que entraba.

Llevaba el traje de Dux de Venecia.

—Señor, dijo el conde-duque haciendo el ademán de arrodillarse, lo que no le permitió el rey.

—¿Sabiais, dijo, ante quién doblábais la rodilla, conde-duque?

La voz del rey temblababa y amenazaba.

El conde-duque se estremeció.

Nunca habia visto bajo aquel aspecto á aquel rey niño que se llamaba Felipe IV.

—Me arrodillo ante mi rey y mi señor, contestó cobardemente el conde-duque.

—¿Y cómo habeis podido saber que este aparente Dux de Venecia con el antifaz puesto, era el rey y no el conde de Villamediana?

—Señor, yo fui quien preguntándome vuestra magestad qué traje llevaria en la máscara, me atrevi á indicarle fuese el de Dux de Venecia.

—Sí, dijo el rey, el conde de Villamediana ha tenido la audacia de presentarse en la córte con el mismo traje que debia llevar el rey cuando llegase la hora de la mascarada.

—Estoy seguro, señor, de que esto ha sido una necesidad del conde, que ha comprado al sastre de vuestra magestad.

—Sí, sí, eso es, contestó el rey; esto ha producido equivocaciones, y equivocaciones terribles. Y el rey añadió con voz opaca, lúgubre, sombría, enérgica, como se dan las órdenes concluyentes que no admiten réplica: Conde-duque, matad al conde de Villamediana.

Y el rey pasó dejando aterrado al conde-duque.

Entró en la cámara de la reina, arrojó el ropón de Dux, el birrete, la careta, tomó su gorra orlada de una diadema, y repuesto al traje que había tenido en el trono, pasó por delante de la reina sin mirarla.

Bajó por el otro lado, subió al trono, llamó á su mayordomo mayor, y le dió orden de que empezase el espectáculo.

II.

El conde de Villamediana con su traje de Dux de Venecia, nécio, presuntuoso, estaba sentado en uno de los escaños más inmediatos al trono.

Llegó Quevedo y miró profundamente al conde.

—Dios os guarde, le dijo.

Y había algo de lúgubre en aquellas palabras de Quevedo.

—Guárdeme de una sátira vuestra, don Francisco, contestó alegremente el conde-duque.

—Yo no satirizo lo que no puede satirizar un cristiano, contestó siempre lúgubre Quevedo.

Y pasó murmurando:

—A los muertos se les reza.

Luego se sentó en una punta del mismo escaño en que le hizo lugar el prior de Guadalupe.

En aquel momento rompieron las chirimías, las guitarras, las arpas, las flautas y los sacabuches de la orquesta.

El espectáculo empezaba.

III.

Aquí terminaríamos este capítulo, pero debemos una explicación á nuestros lectores.

Ya hemos dicho que el rey irritado al ver que el conde de Villa-

mediana llevaba un traje de manera exactamente igual al que más tarde debía usar él, había llamado á Quevedo y le había dicho que le esperase detrás del teatro en cierta enramada de mirtos.

El rey había visto crecer las audacias de Villamediana, se había irritado, había cruzado por su imaginacion ya predispuesta una idea terrible y había sentido la necesidad del consejo de un hombre sábio, tan leal y tan caballero como Quevedo.

El rey era muy jóven.

Se le había acostumbrado desde niño á hacer su voluntad, no sabia reprimirse ni conocia la prudencia, esa alta prudencia que necesitan los reyes y que solo les dan la práctica de los altos negocios.

El rey no tenia junto á si al conde-duque, porque se había perdido y necesitaba dar á su alma una expansion con alguien.

Aprovechó á Quevedo.

Este se fué al sitio de la cita lleno de cavilaciones y dispuesto á aprovechar valientemente la ocasion, pero con calma, sin dar en una imprudencia.

Era necesario no embestir todavia de frente al conde-duque.

El rey, para tomar su traje de Dux, facilitando de este modo su entrevista con Quevedo bajo un incógnito, entró en el departamento destinado para la reina en el teatro.

La reina, como hemós dicho, vestia el deslumbrante traje de diosa de la Hermosura.

Estaba resplandeciente.

Y aquel tisú, aquellas joyas, aquella diadema, aumentaban hasta idealizarla su hermosura.

El corazon del rey ardió en una llama voraz de voluptuosidad al ver á la reina, y enamorado en el momento, empalidecido ya su amor por la Calderona, se entretuvo fatalmente de tal manera galanteando á su esposa, que dió tiempo á que Mercuelo acabase su comision con el conde-duque y volviese y fuese al departamento de las damas de la córte, con el recelo harto justificado de que su muger, que seguia sirviendo á la vieja duquesa de Sástago, estuviera bien entretenida con los pajes.

—Porque hacienda, tu amo te vea, iba diciendo Mercuelo mientras adelantaba á gran paso para tomar la vuelta del teatro y entrar por la puerta posterior en el departamento de las damas.

Al llegar á la escalinata, apareció en el pórtico un Dux de Venecia.

Mercuelo le tomó por el conde de Villamediana.

—Despachemos esto, dijo, que despues veremos lo otro: en mejor sitio no puedo cojer al conde: ¿dónde irá? seguiréle, que aquí hay todavía mucha gente.

Y se fué detrás del Dux.

Este se dirigió á la enramada de mirtos.

Mercuelo le siguió por una senda que se perdía en la espesura, alumbrada opacamente por uno que otro farol de seda.

El rey sintió el ruido de los pasos y se detuvo.

—Señor conde, dijo, esto me ha dado para vucencia una persona que vucencia estima en mucho.

El rey conocía demasiado á Estebanillo Mercuelo, y Estebanillo conocía demasiado la voz del rey; por consecuencia, Felipe IV no habló sino que tomó el pliego.

—¿Y no me dá vucencia nada en albricias?

El rey se quitó una sortija y la dió á Estebanillo.

—Mil años viva vucencia y sea dichoso, dijo Mercuelo: ahora, señor, leed y dadme la respuesta.

El rey hizo con la mano un ademan que quería decir esperad, y siguió adelante; pero al volverse, tal estaba, que no vió á Quevedo que esperaba en la espesura: siguió.

Quevedo permaneció inmóvil, pero avizorando al rey.

Felipe IV se detuvo á poca distancia junto á un farol algo más bajo que los otros, miró el sobreescrito de la nema, y se estremeció.

Lanzó un grito de rabia que oyó perfectamente Quevedo.

Había reconocido la letra de la reina en aquel sobreescrito, que decía:

«Al conde de Villamediana, muy secreto.»

Estebanillo reconoció en aquel grito al rey, é hizo un movimiento para escapar, pero Quevedo se le echó encima.

Hizo un milagro de rapidez hijo de su enérgica voluntad, asíó por el cuello á Estebanillo y le atrajo á sí, le arrastró y apretaba instintivamente, apretaba.

Ya sabemos que Estebanillo era pequeño, y por consecuencia la mano de Quevedo abarcaba perfectamente su cuello.

Quevedo había adivinado la situación, había visto el traje del conde de Villamediana, había comprendido la equivocación de Mercuelo, tenía los antecedentes de Agustina la Retuerta, su prepotente imaginación se lo había explicado todo.

Mercuelo acababa de entregar al rey una carta falsificada á la reina.

Esto lo veia claro Quevedo y se lo habia explicado claramente el grito de furor del rey.

Y tan nervioso le habia puesto el ver que no habia podido impedir la intriga de Olivares, tan nervioso, que sin darse cuenta de ello seguia apretando.

Hubo un momento en que Mercuelo dejó de debatirse y se desplomó.

Quevedo reparó entonces, miró, se inclinó y encontró espirando asfixiado á Mercuelo.

—Diablo, dijo, pues este tenia sino de que yo acabase con él; bien dicen que á la tercera va la vencida: no lo ha visto nadie; me fastidiaria un poco esto. El rey lo verá, no importa; se ha ahogado un secreto.

En efecto, el rey que habia leído la carta, se volvió.

Veamos lo que el rey habia leído:

«Conde: vuestro amor es tal, y tal su fuego, que venceria, no la constancia de una mujer sino la dureza de un diamante: esperadme esta noche cuando empiece la mascarada, más allá de la avenida de castaños, en un lugar junto al rio en que hay un asiento de piedra rústico al pié de un ciprés.

No firmo, porque no hay necesidad de ello; prudencia y sigilo.»

El rey habia leído tres ó cuatro veces esta carta, habia devorado sus caractéres, y tan bien falsificada estaba, que no tuvo duda de que aquella carta era de la reina.

Tuvo un momento de verdadera prudencia, de verdadera grandeza, que hubiera sido fatal si el fuego hubiera destruido la carta, impidiendo en lo sucesivo una prueba de la inocencia de la reina con la demostracion de la falsedad de aquel escrito.

Bien es verdad, que ¿cómo llevar aquella carta á un juicio, ni aun privado, cómo confiar á nadie aquel terrible secreto?

El rey arrojó la carta dentro del farol que le habia servido para leerla, y ofuscado no esperó á ver si se quemaba.

Se volvió.

Quevedo habia visto la accion del rey de echar arrugada en el farol por su abertura superior la carta.

Al volverse el rey vió á Quevedo, y á los piés de Quevedo un hombrecillo tendido.

—¿Qué es eso? dijo el rey con la voz terrible, casi sobrenatural?

—Nada, señor, contestó Quevedo; que este hombre ha caído de repente al suelo, le he examinado, y está muerto.

—Bien, nos excusamos de matarle, dijo el rey, y sin pronunciar ni una palabra más pasó.

En cuanto desapareció Quevedo, fué al farol, le atrajo á sí con los gabilanes de su daga, doblgando la rama de que pendia, le apagó, metió la mano por su abertura, sacó la carta, la desarrolló, la leyó á la luz de otro farol y dijo:

—A buenas manos has venido, papel infame; hoy no, ni mañana, otro día, cuando Dios quiera; ahora silencio, mucho silencio; que triunfe por el momento la maldad: Dios no duerme, ¡oh! y te llegará tu día, conde-duque, y tanto más terrible, cuantos más crímenes hayas cometido.

Y en paso lento se fué al teatro y pronunció al pasar junto á Villamediana las palabras que ya hemos indicado.

Después se quedó mirando de una manera hambrienta al rey, sentado en el lugar que le había hecho el prior de Guadalupe.

CAPÍTULO LXXXVII.

Cómo fué la representacion de La gloria de Niquea.

I.

Apenas sonaron en diferentes coros las chirimias, los sacabuches y demás instrumentos de la orquesta, se corrieron las cortinas y apareció una bella decoracion de selva con peñascos y fuentes y cascadas, verde, reluciente, diáfana y pintada de mano maestra, porque se estaba todavia en buen tiempo para las artes, como que aquella era la época de los Velazquez, de los Murillos, de los Canos, de los Zurbaranes y otros tantos, y no se habian perdido la tradicion y la educacion artistica.

Entonces todo el que tomaba en la mano una paleta y una brocha, valía por lo menos algo, sin hacer pasar por arte las artimañas.

Era aquello muy bonito, solo que se veian los cordeles que servian para poner en juego la tramoya.

Siguió la música.

De improviso con un ruido espantoso, con un chirrido insoportable de hierros y de garruchas y de maderas que se ponian en movimiento, se abrieron los peñascos y los troncos de los árboles, y aparecieron la infanta y las damas de la reina que habian de tomar parte en la representacion de la comedia, como si las hubiesen abortado los troncos y las peñas, deslumbran-

temente vestidas, cada cual con arreglo al papel que en la comedia representaba, con medios antifaces, y bailaron acompasadamente lo que entonces se llamaba una máscara.

Concluido el baile, quedóse huérfana la escena y pesarosos los espectadores de que más no hubiese durado, por el bello y deslumbrante efecto que producian los ricos trages y deslumbrantes joyas, y al son de una música interior, salió un magnífico carro de plata y olas tirado por náyades, en el cual se alzaba bellísima la jóven dama de la reina, doña Margarita de Tabara, que representaba la Corriente del Tajo, llevando un bellissimo traje de tisú verde y plata y una corona de plantas acuáticas toda de oro esmaltada, y con mucha y muy rica pedrería en que determinaban la mayor parte zafiros y esmeraldas que deslumbraban.

La jóven además era hermosísima.

Llegado el carro al centro del teatro, doña Margarita hizo al rey un profundo acatamiento, y empezó una larga tirada de versos, estropeándolos más que quería, á pesar de que ellos eran harto medianos, como podrá juzgar algun crítico que nos lea por su comienzo.

Del Tajo (gran Filipo) la corriente
Soy, que en coturno de oro, las arenas
Desde las perlas piso de mi fuente
Hasta ilustrar de Ulises las almenas:
Inclino á tus reales piés la frente,
Entre estas siempre verdes, siempre amenas,
Jurisdicciones fértiles de Flora
Que un río las argenta, otro las dora.

Y así continuó diciendo como pudo otras tres octavas tan premiosas como la primera, tan ampulosas, de tan pésimo gusto como la que hemos copiado.

La poesía habia encontrado en ella una digna intérprete, lo que quiere decir que la pobre jóven lo habia hecho muy mal.

Sin embargo, se la habia aplaudido á rabiarse, y las octavas habian parecido cosa muy buena, especialmente al prior de Guadalupe que atormentaba atrozmente á Quevedo, á quien hacia hacer gestos de mono á quien han untado el hocico con picante, á cada elogio que oia.

El rey estaba inmóvil y sério como un ajo, en lo que todos vieron, no disgusto, sino magestad.

II.

Apenas había pasado su primera fatiga doña Margarita de Tabara, cuando apareció otro carro de oro todo cubierto de flores arrojando de sí una deliciosa fragancia, sobre cuyo carro, representando Abril ó la Primavera, venia la hermana de la Corriente del Tajo, doña Francisca de Tabara, coronada de flores, vestida de flores y entre las flores perlas, rubies, amatistas que hacian valer un tesoro á su atavio.

Un toro coronado con guirnaldas tiraba del carro, es decir, un toro de carton, que lo que tiraba del carro era una cuerda que atravesaba todo el teatro.

Llegado el carro de Abril junto al de la Corriente del Tajo, Abril, ó mejor dicho, la hermosa doña Francisca, despues de hacer una reverencia al rey, enderezó con voz asustada á su hermana, los siguientes versos:

Deidad undosa, honor desta ribera,
 El manto mira, que espirando agora
 El mejor ámbar de la primavera
 Bordó el mejor aljofar de la aurora :
 Con él vengo á esperar la edad ligera,
 Que del Evo prolija moradora,
 Del cuarto lustro el año trae segundo
 Al gran monarca deste y de aquel mundo.

Esta octava hubiera sido peor que la que anteriormente copiamos, si hubiera sido posible una peor que aquella; y como las siete que siguió soltando á tropezones doña Francisca, no eran mejores, las suprimimos contando con el agradecimiento de los que nos leen.

Contestó como pudo la Corriente del Tajo lo que había podido escribir Villamediana, cuando hé aquí que con gran chirrido de poleas se descolgó de lo alto un águila colosal batiendo las alas y montando en ella y agarrada á la cuerda que sostenia el aparato y que llegado que hubo á su extension, tomó el movimiento de un columpio, otra ninfa que representaba la Edad, en la persona de la no muy jóven y no muy bella doña Antonia de Acuña, que se había

afeitado cuanto habia podido, es decir, que se habia revocado la cara, la garganta, los hombros y los brazos, pareciendo blanca y colorada, cuando era cetrina, con manto de púrpura sobrecargado de joyas y relumbrante corona imperial; porque la Edad, esto es el tiempo, la eternidad, la historia, lo pasado, lo presente y lo futuro, es el mayor emperador de todos los emperadores, puesto que son sus vasallos todos los seres que lleva á su destruccion.

La Edad, esto es, la respetable señora de Acuña, que enseñaba en unos calzadillos ó coturnos dorados unos piés larguísimos y el principio de unas piernas casi invisibles, bajando la cabeza al rey y haciendo balancear al águila para que tambien saludase, dijo lo siguiente:

Salve, ¡oh monarca! no de un orbe solo,
 Que tuyos son los términos del día,
 Si deste, si de aquel opuesto polo
 El dosel pende de tu monarquía,
 Si á tus gloriosas armas siempre Apolo
 Luminoso es farol, luciente guía,
 Manifestando incógnitas naciones,
 Que alumbren, que penetren tus pendones.

Continuaba una cáfila interminable de octavas.

III.

El prior de Guadalupe seguía elogiando. Quevedo haciendo gestos.

El rey sério.

Acabada su charla trabajosa doña Antonia de Acuña, cruzáronse los carros de Abril y el Tajo desapareciendo entre bastidores, y el águila desapareció con su carga, todo al son de cornetas y sacabuches que partía del interior del teatro.

IV.

Sonó entonces un disforme pito, gorgoriteando insolentemente, á cuya señal se abrió el tronco de un añoso roble y salió una ninfa representada por persona que tuvo la desgracia de que la historia se comiese su nombre, por lo cual nosotros no podemos decir quién

era, ni qué trage vestia, que dijo algunas necedades rimadas semejantes á las anteriores, y volvió á enconejarse en el árbol, desapareciendo con pena de los que habian bebido atónitos, por los avaros ojos, su hermosura.

Pero para que no les durase mucho la pena, otros cuatro añosos árboles, dando señales de su alumbramiento vihuelas y tiorbas además del pito del tramoyista, lanzaron de sí cuatro ninfas engalanadas con púrpura y oro, cuyo nombre tambien calla la historia, y cantaron unas décimas que no hacian más que repetir lo que ya se habia dicho tantas veces en alabanza del gran Filipo.

Tragáronselas tambien los árboles que las habian echado al mundo cuando hubieron acabado, y apareció doña Bernarda de Bilbao, camarista de la infanta, linda y graciosa, representando á Danteo, pastor del Tajo, con zurrón y pellico de tela de oro y pieles de armiño.

Detrás apareció doña Maria de Salazar, camarista de la reina, bella y simpática, representando á Darinel, escudero andante del andante caballero Amadís de Gaula; y despues de las genuflexiones y acatamientos debidos á su magestad, Darinel dijo con cierto tonillo de coro de escuela, que á ser mejores los versos, hubiera sido un crimen:

Gracias doy, que de un profundo
Sueño, suelto haya sido,
Al mundo restituido
De lo más bello del mundo.

Tú que en el Tajo, no solo
Mas en el claro sujeto,
Vacas de mejor Admeto
Conduces segundo Apolo.

Descifra á los ojos míos
Objetos, donde no hallo,
Ni aun estampa de caballo
En la arena destes rios.

A lo cual Danteo contestó:

Forastero, un rato engaña
De tu camino el trabajo,

En esta márgen del Tajo,
 Caudaloso honor de España.
 Pues aquel donde desata
 Pródigo una y otra vena,
 Pisarás oro en su arena,
 Verás en sus ondas plata.

DARINEL. ¿Este es el Tajo, este es
 El Pactolo español?

DANTEO. Si.

DARIN. ¿Y aquella quién es me di,
 Que besa el Tajo sus piés?
 Suntuosa magestad,

A dónde lo que se mira
 Escrúpulos de mentira
 Pone á la misma verdad.

Milagro de este horizonte,
 Pompa de la arquitectura,
 Alcázar de la hermosura
 Si ya en la eminencia monte.

DANT. Este edificio, que tanta
 Admiracion hoy te debe,
 Estrecho palacio es breve,
 Si de si mismo no es planta.

Y el ya glorioso Filipo
 Designando esto que ves
 Pensó fatigar despues

A Vitrubio y á Lisipo.

Mas sin podello acabar
 Murió; pero no su fama

En cuanto Tajo y Jarama
 Llevasen tributo al mar.

De su imperio la estension

Nos le pinta inmortal hombre,

Y hoy es simbolo su nombre

De justicia y religion.

Constante, atento, y severo,

Freno de uno y otro mundo,

En el nombre fué segundo,

Y en las virtudes primero.

Aquí su gran nieto asiste

Filipo humana deidad,
 Que olvidando la ciudad
 Esta selva de luz viste.
 Y alternando algunos dias
 El ócio con el cuidado,
 Fuéle á la corte negado,
 Gozar de estas aguas frias.
 Pues contra indómitas fieras
 Sale á ejecutar su saña,
 Adonis en la campaña,
 Hipólito en las riberas.

DARIN. Cuanto aqui espira es amor
 Y dulces efectos del:
 ¿No ves á Dafne en laurel?
 ¿No ves á Narciso en flor?
 En fragante laberinto,
 Que á Vénus son más acetas,
 Afrentan negras violetas
 Los candores del jacinto.
 De las amorosas vides
 Tejidas con dulces lazos,
 No desdeña los abrazos
 La sacra planta de Alcides.

DANT. En las ondas cuantos dias
 Sobre conchas erictreas
 Cocos de blancas Napeas,
 Y de bellas Amadrias,
 Al tomar versos suaves
 Numerosamente, en cuanto
 Con su no aprendido canto,
 Sueltan sus voces las aves.

DARIN. Varia produccion de flores
 Aqui descubre esta escena,
 Donde Proque y Filomena
 Se quejan de sus amores.

DANT. Este pues que el cielo baña
 De favores verde llano,
 El paraíso es humano
 Del gran monarca de España.
 Mas decid por vuestra vida,

¿Quién sois y lo que buskais,
 En pago de que hallais
 En mi ánimo acogida?

DARIN. Escudero soy andante
 De aquel vencedor invicto
 Por una espada nombrado,
 Por otra espada temido.
 Alto esplendor de las armas,
 De otro griego Alcides hijo,
 Nieto del Marte de Gaula
 Amadis de Grecia digo.

DANT. Hablas, amigo, soñando;
 Deliras, hombre sin juicio,
 ¿Tú de Amadis escudero
 Con facultades de vivo?

DARIN. Yo escudero de Amadis.

DANT. Sueño quiere ser, amigo,
 De Feliciano de Silva
 Y Fábulas de su libro.

DARIN. Vaquero, escúchame un rato,
 Que bien sé que no deliro,
 Si bien aun no he recordado
 De lo mucho que he dormido.
 En los reinos de la aurora,
 De velados infinitos,
 Gigantes desmesurados
 Y formidables vestiglos,
 Por la espada de mi dueño
 Aun más ardiente de filos
 En su mano, que en su pecho
 Resplandecientes prodigios,
 Un día que ardiente iba,
 De un enano conducido
 De enmendar un tuerto fecho
 A la dueña de un castillo,
 Alquife que á Zoroastro
 Y al rey que hoy es Monlivio
 Excede en la mágia, y es
 De Amadis, tutela y tío,
 No sé cómo, ni sé dónde

Rapto haciendo de improviso
De nuestras personas solas,
Durmiendo nos ha tenido,
Hasta que hoy á medio dia
Entre chopos y entre alisos
Nos restituyó á la vida,
Y segunda vez nacimos.
Besándole yo los piés,
Los brazos dió á su sobrino,
Y con alegre semblante
A mi nuevo Amadis, dijo:
Formado segunda vez,
Pisas este paraíso,
Imperio de Flora bello,
Imperio de flores piso.
Sitial fragante es agora
Del soberano Filipo
A quien nuevo tercer mundo
Guarda el tiempo en sus abismos.
Frecuenta las primaveras
Este delicioso sitio
Con su divina consorte
Que este Mayo no ha venido
Por dar púrpura al clavel,
Porque nieve aprenda el lirio,
Porque rayos beba el sol
O cristales la usurpe el río,
Sino por celebrar solo
Con aparatos festivos
El siempre natal dichoso
De su semidios marido.
Yo previniendo ocasion
De un prodigioso servicio
A la más bella deidad
Que humanidad ha vestido,
Te robé á la muerte cuantos
Dormiste ya años prolijos
Para que, de los andantes
Héroe más exclarecido,
A los monarcas supremo

Rindas un culto más digno
 Festejando su natal
 Con lo que ya he prevenido:
 Hallarás atado á un fresno
 Un caballo andaluz, hijo
 De un relámpago del Betis
 Que te llamará á relinchos,
 Y á su arzon verás pendiente
 Fatal escudo, que en limpio
 Cristal desmayos esconde,
 Si no vitales delíquios,
 Por puro cendal lo niega
 Al que no te es enemigo,
 Con él pues te ofrece osado
 A los mayores peligros.
 Una gloria y un infierno
 Te esperan á un tiempo mismo
 Ella de una casta hermana,
 El de un hermano lascivo.
 Redimirás á los dos
 Lisonjeando atrevido
 El más augusto teatro
 Que las edades han visto.
 Para más decoro suyo
 Os he rejuvenecido,
 Buscad el caballo ambos
 En el bosque: y esto dicho
 Se desvaneció en la sombra
 Y mudos nos dividimos,
 Amadis por una parte
 Yo por este soto humbrío
 Que flores haciendo en vez
 De celestiales zafiros
 Oro, vestidos y nieve,
 Me ofrece uno y otro siglo.
 Argos tú del uso, dime,
 ¿Qué sientes de lo que opino?

DANT. Que un tronco soy, mas con alma;
 Un mármol, mas con sentidos.

DARIN. ¿A quién, di, muriendo el día

Como si naciera e alba
 Tus vaqueros hacen salva
 Con su rústica armonia?

DANT. Escucha los instrumentos

Que son de su voz heridos
 Suspension de los oidos
 Y lisonja de los vientos,
 Quejas y celos espantan
 De las voces que escuchamos.

DARIN. Pues ¿por qué no nos llegamos
 Para entender lo que cantan?

V.

Hemos insertado esta larga escena, que en honor á la verdad, aunque difusa y en verso ampuloso, es tolerable y que tiene alguna cosa buena (no sin embargo la tuvo para Quevedo que cada vez hacia más gestos, como quien está en tortura), para que nuestros lectores vean la manera particular, audaz é insensata con que Villamediana requebraba á la reina llamándola deidad y cuanto ¡han visto nuestros lectores, en las narices del rey y ante toda la corte.

La seriedad de Felipe IV aumentaba, lo que para los necios queria decir que aumentaba la magestad del rey.

VI.

Al fin de la escena entre Darinel y Danteo, se oyó dentro la música de la capilla real que cantó una copla en honor del Tajo; inmediatamente despues de lo cual sonó un clarin de guerra, apareciendo doña Isabel de Aragon, de la cámara de la reina, que representaba al andante caballero Amadis de Gaula.

Llevaba este hechicero Amadis, que doña Isabel de Aragon, segun cuentan historias, era hermosisima, un arnés azul, bruñido con listas de oro y en el sombrero un bosque de plumas y un tesoro de diamantes.

Seguale con el escudo encantado cubierto con un cendal rojo un enanillo criado de la reina, del cual dicen textualmente las memorias de que nos servimos, *era tan breve y compendioso, que el más desvalido titere le hablara con impulsos de soberbia, si bien con pasos alentados empuñaba de vez en cuando la espadilla para hacer alguna baza, pero como no pasaba de lanceta, podia presumirse que la sacaba de algun estuche.*

Al aparecer Amadis tuvo efecto una trasformacion, apareciendo en el fondo del teatro un palacio suntuoso de diversidad de jaspes, sobre cuyo pórtico se leian en un targeton estos versos:

Al valor más peregrino
Al más constante en amar,
Gloria el sueño le ha de dar
Cuando esta peña camino.

En efecto, despues de haberse asombrado de lo que veia en largos versos, Amadis reparó en el targeton, leyó lo que decia, é infundiéndole sueño los versos, privilegio jamás disputado á los versos malos que no pasan de ser sonsonete, se recostó en un peñasco, sin duda porque Amadis, como caballero andante estaba acostumbrado á la comodidad de tales lechos, y durmióse, saliendo á punto una negra criada de la reina que representaba la Noche y más tenebrosa que ella cuando la luna se anda por los antipodas.

Pero era la tal negra, tan gallarda y tan buena moza, que á todos por la estravagancia del capricho, les pareció la Noche más deleitosa del mundo.

Esta divinidad negra, con su ceceo del Congo y la querenciosa blandura de los de su raza, cantó al son de una vihuela, que tocaron dentro, con voz magnífica, con gran maestría porque para cantora la tenia la reina, unas coplas, que no por ellas, sino por el canto, dejaron á todos confusos y aturdidos de ver realizado un tal imposible de armonía; y añádase á esto el efecto de una negra jóven esbelta, de chispeantes ojos, de lábios purpúreos aunque más de un tanto gruesos, vestida con una túnica de seda de color azul oscuro sembrada de estrellas de plata y diamantes, con una media luna sujeta en el cendal azul que rodeaba su cabeza, cuya media luna estaba cuajada de pedreria.

Suponemos que gran parte de la pedreria de que ya hemos hablado, sería de artificio, de pega, es decir, falsa, cristal puro, porque á ser brillantes todos los que dice el escritor que nos da estos datos, salieron aquella noche sobre los trajes, Golconda debió quedarse sin uno.

Lo que cantó la negra de la reina, fué lo siguiente:

Yo soy en opaco bulto,
Y en oscura confusion

Con manto de estrellas noche

Negra imágen del temor.

Soy cómplice tenebrosa

De cuantos hurtos amor

No fia de las auroras

Y esconde la luz del sol.

Amadis, duerme seguro,

Duerme, que en el sueño, no

Puedes temer los peligros

Desta encantada ilusion.

A esto contestaron una multitud de arpados pajarillos que se suponían ocultos entre las verdes ramas, aunque no era otra cosa que instrumentos que imitaban maravillosamente el canto de las aves.

Huyó la noche y alumbrándose gradualmente el teatro que se había oscurecido al dormirse Amadis, apareció una blanca nube con toques de oro y rojo.

La nube fué abriéndose dejando caer una lluvia de oro, y al fin allá de su recóndito seno salió con deslumbrante trage de tisú de plata y azul, coronada y prendida de pedrería, la Aurora ó más bien doña María de Aragon, hermana de padre y madre de Amadis de Gaula que entre tanto, y mientras aparecía la Aurora y la Noche hacia como que pugnaba por no irse, al concertado arpeo de las aves se oyó esta cancion que entonaba antes de aparecer, dentro de la nube, la Aurora.

AURORA. Huye, sombra escrupulosa,

Tú que confundes el sér

De las cosas y los casos

Que á más cierta luz se ven.

Yo soy la Aurora vestida

De apacible rosicler,

Bello principio del dia

Y fin de tu horror tambien.

Despierta, Amadis dormido,

Y despierta á merecer

Aventuras, á quien deba

Mil coronas un laurel.

Huye tú, pues soy la luz

Que á la rosa y al clavel
Los colores restituyo.

NOCHE. Huyo.

AURORA. Despierta para vencer.

Estas últimas palabras las habia dicho doña María de Aragon ya sobre el tablado, acercándose á Amadis, mientras la negra desaparecia entre los pintados lienzos del teatro; y la Aurora que habia faltado un tanto á su obligacion entreteniéndose con Amadis, montó de nuevo en la nube y se fué á escape á avisar al Sol que unciese los caballos y viniese á alumbrar aquel hemisferio.

Entre tanto despertó Amadis, y dijo:

AMADIS. Convalecido del cierto

Ó dudoso sueño, ya

Mi antiguo valor está

Para las armas dispuesto.

La noche en su negro manto

Robar mi esfuerzo intentó,

Su mágica se engañó,

Con más valor me levanto.

Que el alba hermosa y florida

Alentó mi corazon,

Y aunque el sueño es un ladron

De la mitad de la vida,

No robó mi valor, antes

Mi corazon alentó

El que á los dioses robó

Y el que usurpó á los gigantes.

VII.

Habiéndose dirigido Amadis al encantado palacio que en el teatro se veia y hácia los cuales caminaba la Aurora, porque sin duda allí habitaba el Sol, le detuvieron des coros que cantaron lo siguiente:

1 ¿A dónde vas, caballero?

Vuelve atrás, teme la muerte

Cuando á prodigios divinos

Humano aliento se atreve.

2 — Prosigue, blason del mundo;
 Pasa adelante, ¿qué temes
 Empresas grandes? si ayuda
 La fortuna solo al fuerte.

AMAD. Una voz me desanima,
 Otra me inflama y enciende
 En un divino furor
 Que toda mágica excede.

2 Esta accion concluye.

1 Huye.

2 Llega y revuélvete.

1 Vete.

2 Tu valor, ¿qué aguarda?

1 Guarda.

2 Tu aliento, ¿qué teme?

1 Teme.

AMAD. Dos más que humanos impulsos
 Me confunden y suspenden,
 No es temor, sino respeto
 El que mis pasos detiene.

1 Mortal fin se encuentra.

2 Entra.

1 Temor te convence.

2 Vence.

1 El te desalienta.

2 Alienta.

1 Los pasos revuelve.

2 Vuelve.

1 Ay osado caballero,

Mira que la vida pierdes,

No ha de intentar imposibles

El que aspira á ser valiente.

2 Ay cobarde caballero,

Mira que la fama pierdes,

Dificultades intenta

El que aspira á ser valiente.

AMAD. Deidad es la que ansío,
 Encanto el que me detiene,
 Seré otro Ulises haciendo
 Que sirenas se despeñen.

Gano escudo, ardiente espada,
Efectos de mi valor,
Tan alta gloria de amor
Para mí está reservada.

Quevedo estaba ya que se ahogaba: particularmente aquel fuego graneado de ecos, le irritaba; y todo aquello le parecía mucho peor, porque caía sobre la mala situación de espíritu en que se encontraba nuestro buen ingenio.

El rey continuaba más y más sério, ó lo que es lo mismo, más y más majestuoso.

A nadie se le ocurría que el rey pudiese estar irritado, impaciente, ansiando terminase el espectáculo; solo Quevedo veía claro y se irritaba más y más.

Al conde-duque le pròtegía el diablo.

VIII.

Volvamos á la representacion.

Amadis de Gaula, ó lo que es lo mismo doña Isabel de Aragon, quitó del cuello del enano el escudo mágico, le abrazó, tiró de la espada, y embistió con el pórtico del palacio.

Pero en aquel momento las cuatro columnas que le sustentaban, se abrieron y aparecieron cuatro gigantes armados, en los cuales estaban embutidas y asomadas por las celadas, como á cuatro ventanas, las camaristas de la reina doña Leonor de Quirós, doña Luisa Ortiz, doña Francisca de Zárate y doña Inés de Zamora.

La una se llamaba Furian, la otra Tisafer, la tercera Bradamante y la otra Eritreo.

Las cuales señoritas, que todas cuatro se mantenian aun en estado de pureza, dijeron pretendiendo ahuecar mucho la voz y enronqueciéndola y dándola un sonido giganteo, los siguientes versos:

FURIAN. Oh, tú que por trágico accidente
Este campo fatal has penetrado
Y menos advertido que valiente
Tu ya violento fin solicitado;
Huye plazo infeliz, muerte presente,
Cede á estatutos de inmutable hado,
Que te verás si mi valor esperas
Cebo á las aves hoy, pasto á las fieras.

TISAFER. Tú que con más honra que esperanza

Solicitando vienes tu ruina,
Si no enfrenas humana confianza
Que á admitir imposible se termina,
Será á tanto furor corta venganza
Tu cabeza que el cielo nos destina,
En cuya muerte inadvertida veo
Limitado el honor, breve el trofeo.

BRADAMANTE. Bradamante le ofrece fin violento

Al infeliz osar de tu fortuna
Y sale á castigar tu atrevimiento
De la estrecha prision desta coluna;
Si con alas de aviso el escarmiento
No presta á vano osar fuga oportuna,
Tanto esfuerzo ministro de la ira
Del cielo á su venganza justa aspira.

ERITREO.

Cuantos la selva límites contiene
Milagros son del arte de Medea,
Adonde Anaxtarax para si tiene
Reservada la gloria de Niquea;
Quien ambicioso pues á pisar viene
Sólíos que construyó la maga Alcea,
Que aquí habrá de quedar tenga por cierto
Para siempre cautivo si no muerto.

AMADIS.

No hay miedo que disuada
El alto valor de un hombre,
Dijísteisme vuestro nombre,
Mi nombre os dirá mi espada.
Este fatal resplandor
Del escudo, y nuevo rayo
De Júpiter, que desmayo
No dará al mismo valor.

Al pronunciar su última palabra Amadis, quitó el velo al escudo mágico que le cubría, á cuyos resplandores los gigantes se derrumbaron con horrisono estruendo, como si cuatrocientas herrerías hubieran venido al suelo.

Y debió ser que allá, detrás del teatro tuviesen algun carro de corazas y le volcasen á tiempo, porque el efecto no pudo ser más maravilloso.

Pasó adelante Amadis, cuando del interior del palacio le salieron al encuentro en traje de ninfas y con guirnaldas de flores, bajo los nombres de Albion y Aretusa, las camaristas doña Antonia de Mendoza y doña María de Guzman, que al son de violines ocultos, le dejaron oír lo siguiente:

- ARETUSA. Las que deidades hermosas
Presentes, Amadis, tienes,
Dedicaron á tus sienes
Esta guirnalda de rosa s.
- ALBION. Juventud, vida conserva,
Sal de este castillo fuerte,
Los aspides de la muerte
Pisas en flores y yerba.
- AMADIS. A Circe son parecidos
Vuestros regalos y antojos,
Taparéme yo los ojos
Como Ulises los oídos,
Y si del Dios elocuente
Me falta el celeste ramo,
Circes, Amadis me llamo,
Venza el nombre solamente.

No rindiéndose con esto, las ninfas quisieron envolverle en su guirnalda de flores y sacarle fuera del recinto; pero Amadis más temeroso de la hermosura de estas ninfas que de los cuatro gigantes, quitó del escudo el velo con que le habia cubierto anteriormente, y las pobres ninfas desaparecieron como sombras.

IX.

Pero no era tan fácil penetrar en la Gloria de Niquea, porque apenas desaparecidas las ninfas, salieron bramándolas dos terribles leones: suponemos que los que dentro de los leones bramaban, no serian leones de la cámara de la reina, sino cuando más, palafreneros ó gentes de escoba, porque no es posible creer se diese el papel de bramar á dos hermosas jóvenes.

En fin, Amadis descubrió otra vez su escudo y los bravos leones estallaron produciendo una multitud de chispas y de cohetes, lo cual pareció á todos muy bien, excepto á Quevedo que murmuró:

—Así viera yo reventar al conde-duque.

X.

Se iba de asombro en asombro.

El interés crecía.

Los espectadores esperaban con ansia una nueva peripecia.

Villamediana se inflaba como un globo.

Y el buen prior de Guadalupe dijo á Quevedo:

—Cosa como esta no se ha visto ni oido jamás.

A lo cual respondió Quevedo:

—Si, sí, es verdad, en jamás de los jamases se ha visto ni se ha oido cosa como esta; pero tanto se verá y se oirá, que hablarán los mudos y escucharán los sordos.

Pero no sobrevino ningun otro inconveniente á Amadis, sino que trasformándose el teatro, se encontró en la Gloria de Niquea y en ella con un letrado que leyó Amadis, y que decía así:

Esta misteriosa puerta

Que el cielo tiene cerrada,

Solo la merece abierta

Del mundo la fé más cierta,

Y la más famosa espada.

AMADIS. Gloriosa ambicion me llama

A generosos deseos,

Tal que escriben mis trofeos

Los anales de la fama.

Abriéronse entre multitud de coros de música las encantadas puertas: se efectuó una trasformacion.

Era sin disputa la mejor decoracion de la comedia.

Apareció un trono ostentosisimo de oro y pedrerias con doseles de transparentes tisús, y tras el trono un sol giratorio que daba vueltas y que se reproducia en las innumerables facetas de espejo de que estaban hábilmente revestidos los costados y el techo.

En las gradas del trono, que eran amplisimas, habia como hasta un centenar de ninfas vestidas de una manera deslumbrante, y sobre el trono aparecia la Niquea resplandeciente por sus galas y sus joyas, representada por la infanta.

XI.

Dirigióse estremecido de amor al trono Amadis, y al subir sus gradas aparecieron sobre él la Diosa de la Hermosura, representada por la reina y el mago Anaxtarax, que nosotros no sabemos quién lo representó, porque omitió su nombre el descriptor contemporáneo de aquella fiesta.

El traje de la reina le conocemos ya, puesto que le hemos visto en el retrete secreto del conde-duque.

Sobre parte de este traje, es decir, sobre las joyas dormía entonces tranquilamente la Retuerta.

El traje del mago era necesariamente negro y largo, con gran capirote en la cabeza, negro tambien, teniendo además una varita negra en la mano.

Amadis dobló una rodilla y dijo con la voz trémula por el respeto los siguientes versos, en cuyas frases suplicamos á nuestros lectores que reposen, puesto que por boca de Amadis ó de doña Isabel de Aragón, hablaba á la reina el conde de Villamediana.

AMADIS. Milagro de hermosura peregrina,
 Misteriosa deidad, luz que serena
 Se reconoce y no se determina
 O como imperceptible ó como agena;
 Sí amar hombre mortal deidad divina
 Por las leyes de amor no se condena
 Galardon hoy de mis fatigas sea,
 Sacar destes encantos á Niquea.

A lo cual respondió el mago Anaxtarax:

ANAXT. Quien intenta la victoria
 De penetrar esta esfera
 Donde el cielo reverbera
 Con relámpagos de gloria.
 Recelo nuevo cuidado,
 Nuevo mal el alma siente
 Que aun esta gloria aparente
 Pierde quien es desdichado.
 Prodigios y asombros veo

Humano osar puede tanto...

AMADIS. Desvaneci6se el encanto
Del cielo inmenso trofeo.

Amadis tenia por lo visto muy mal genio, porque sin dejar acabar al mago, le enderez6 el escudo 6 cuyos resplandores el perverso mago cay6 entre llamas al infierno de su amor incestuoso desvaneci6ndose el encanto de Niquea.

Entonces Amadis dijo dirigi6ndose 6 la reina:

AMADIS. Pues el alto firmamento
Solo es digno de tus pi6s,
Deja esta gloria que ves
De fabuloso contento.
Cual niebla deshecha al viento
Todos estos tronos son
Y efectos de una pasion
Que disculpar no se debe,
Pues 6 tu cielo se atreve
Con mentida adoracion.
A todas las ninfas sea
Igual tan alta ventura;
La diosa de la Hermosura
Venga, y con ella Niquea,
Adonde Cintia desea
Al son de cultas avenas
De ninfas y de sirenas
Formar apacible coro
Y con vivas flores de oro
Esmaltar estas arenas.

Baj6 la reina al proscenio llevando de la mano 6 la infanta rodeada de las ninfas y de otros personajes de la comedia, y Amadis dirigi6 6 Niquea una larga jaculatoria, ofreci6ndole su amor, su alma, sus sentidos, todo cuanto puede ofrecer un enamorado loco, en unos largu6simos versos llenos de im6genes y de nombres mitol6gicos, poniendo 6 contribucion la tierra, el agua, el aire, el fuego, las flores, los 6rboles, las nubes, la luna, las estrellas, el sol y no sabemos cuantas otras cosas.

Al final de estos versos, Niquea dijo:

NIQUEA. Amadis, mi exclarecida
Deidad, á Cintía votada
Bien puede estar obligada
Mas no ser agradecida.

AMADIS. Amor en tus manos deja
La fé pura que profeso.

NIQUEA. Obligacion te confieso,
No me solicites queja.

XII.

De aquí en adelante se vé claro, trasparente el estado de la pasion insensata de Villamediana por la reina; se habla como se verá de un amor que no espera recompensa, de un amor loco, de un amor tal que merece la muerte.

Hay que aturdirse al ver de qué manera se atrevia Villamediana á todo, valiéndose para ello de los lábios de una infanta.

Continúa la escena.

AMADIS. Siempre el mejor pensamiento
Busca el peligro mejor.

NIQUEA. Y es siempre culpa el error
Que toca en atrevimiento.

AMAD. Niquea el saber morir,
Lo tienes por mucho azar?

NIQUEA. Y es poco disvariar
Osármelo tu decir?
Calla, y no quieras perder
El premio de tu valor,
Disculpando con amor
La causa de enloquecer.
Limita Amadis el daño,
Entrate en tí y en camino
Que no es poco el desatino
Que ha menester desengaño.
Ponga freno á la pasion
El accidente más justo,
Echen cadenas al gusto
Las leyes de la razon.
Venza la causa al efeto,
Sea tu fama ensalzada

Más que por la ardiente espada
Por el debido respeto.

AMAD. No sé yo que contradiga
Ni que pueda ser error
Contra los fueros de amor
Una encubierta fatiga.
Mi ceguedad ya la veo
Y que no tendrá disculpa
Si puede una fé ser culpa
Que aun no llega á ser deseo.

NIQ. Solo fuera ciego intento
Con muerte, aun no castigado.

AMAD. Sin dicha aun no es desdichado
Quien tiene mi pensamiento.
Y conoceré, aunque muera
Entre el amor y el respeto,
De tan poderoso efeto
Que no teme quien no espera.
Cuya cobarde osadia
Verifica, que en intento
De forzoso atrevimiento
Es enmienda la porfia.
Es poca y parece mucha
Diferencia si se halla
Entre queja que se calla
Y queja que no se escucha.
Mas cualquiera estado es fuerte
Y es justo que satisfaga:
Servir, con servir se paga,
Premie tanto amor la muerte,
Pues yo mismo me sentencio
Á tan muda sepultura,
Que será el hablar locura
Y no mérito el silencio.
Dándome el rigor contrario
En partido peligroso
Fortuna de temerario
Y culpa de temeroso.

NIQ. Basta, Amadis.

AMAD. Basta, pues,

- De tu desden el rigor.
- NIQ. Agradecí tu valor.
- AMAD. Agradecimiento es
El que está sin premio?
- NIQ. Sí,
Adonde el agradecer
Está solo en conocer.
- AMAD. Conozco que me perdí.
- NIQ. ¿Qué ganas en tu locura?
- AMAD. Conocer que la hermosura
Es licita tiranía.
Mas como penando muero
En manos de puro amor,
Por parecerlo mejor
Ningun galardón espero.
- NIQ. Amadis, en tu fortuna
Esta es sobrada ambición.
- AMAD. Para mí es satisfacción
El no esperar á ninguna.
- DARIN. Intermite tú el desden
Si tú las quejas previenes,
Porque quejas y desdenes
Liras las departen bien.

XIII.

Estamos ya en el desenlace de la comedia.

Una piadosa ninfa salva de su infierno á Anaxtarax, y prescindiendo de otros episodios, la escena se llena de todos los personajes.

Anaxtarax pide perdón á su hermana Niquea, que ésta le concede, y termina la representación con una danza general que presiden sentadas en el trono la reina y la infanta.

XIV.

Acabado esto, corriéronse las cortinas, se puso todo el mundo en movimiento, y Quevedo se levantó: salió del teatro y se alejó: ¿á dónde iba? Eso lo sabremos más adelante.

Entre tanto, el conde-duque que había estado inmóvil á la derecha del rey, detrás de él, se separó del trono y se dirigió vivamente á Cascante.

—¿No ha parecido todavía Estebanillo? dijo.

—Oh, sí señor, sí, ha parecido, pero agonizando.

—¿Cómo? exclamó el conde-duque.

—Sí, si señor.

—¿Y qué dice?

—Apenas se le puede percibir una sola palabra.

—¿Qué palabra es esa?

—Unas veces Quevedo, otras el rey, otras la carta.

—No pierdas de vista al conde de Villamediana, dijo el conde-duque: yo voy entre tanto á ver á Estebanillo, ¿dónde está?

—En la Casa rústica.

El conde-duque pidió licencia al rey para separarse de él por un momento, y con algunos de sus servidores partió para la Casa rústica que solo para él se habia construido, junto á la cascada.

CAPÍTULO LXXXVIII.

En que la Retuerta varía de posicion.

I.

Quevedo buscó á don Alonso de Fuensalida y á doña Esperanza y los encontró, no sin dificultad, porque toda la gente se habia movido para ir á ver la regata de las góndolas en el Tajo, durante la cual debian tener lugar los fuegos artificiales, esto es, el asalto y toma de la ciudadela de Amberes.

Hallólos á un costado del teatro.

—No me fio de mí mismo, don Alonso, dijo, ni sé si conmigo mismo puedo contar, porque todo me punza alrededor: piérdenme, traspapélanme, destiérranme como si lo viera, y algo tengo que decir, algo que daros, para algo teneis que acompañarme, que vale mucho más que asistir hasta el fin á la fiesta.

—Pues dejémosla, don Francisco, dejémosla.

Y los tres se encaminaron á la verja de la salida del jardin de la Isla, á la que tardaron en llegar porque el gentío era inmenso y obstruia el paso, y porque como Quevedo era tan conocido y gran parte de aquella gente iba de máscara, detenian á nuestro buen ingenio para darle broma.

Al fin se vieron libres de los obstáculos del jardin, pero continuaban los obstáculos por fuera.

La gente no convidada y que de Madrid habia acudido para ver lo que pudiese de la fiesta, es decir, los fuegos artificiales que no podian circunscribirse á la diversion de los convidados porque se remontaban en el espacio y las regatas de las góndolas que podian verse desde la orilla del Tajo, esto sin contar con las cucañas y otros entretenimientos que se habian puesto fuera para que la plebe tuviese algo con que divertirse, y sin contar con el interés que tiene para el pueblo de Madrid toda concurrencia que puede parecerse en algo á verbena y á romería.

Por lo menos podia pasarse un dia de campo y una noche de danza, salpimentado todo con la comilona y la borrachera.

Además, podia decirse al volver no se sabia por cuanto tiempo, yo estuve en Aranjuez cuando la fiesta real y me costó el ir tanto y allá gasté tanto, lo cual era un lujo como otro cualquiera que debia causar su poco de envidia á los que se habian quedado.

El hombre, más que todo, es vanidad y á ella debe la mayor parte de sus desgracias.

II.

Rompieron con dificultad nuestros personajes por aquella segunda zona de gentío, y al fin se vieron anchos, aunque no contentos en su habitacion de la hostería de la Cabrera vieja.

Y decimos que no contentos, porque don Francisco no tenia motivo para estarlo, y los dos esposos se mostraban harto preocupados por la sombría nube que veian en el semblante de Quevedo.

Este, apenas hubieron entrado, pidió un pliego de papel, se lo trajeron, oblea además y tintero.

Sacó de un bolsillo la arrugada carta en que se habia falsificado la letra de la reina, la estiró, la dobló, la puso un sobre y luego otro y escribió encima:

«A D. Francisco de Quevedo y Villegas.»

Despues dijo á don Alonso:

—Tomad, amigo mio, y guardad esto como guardariais el tesoro de vuestra honra; no lo entregueis á nadie más que á mí; yo os daré más adelante cuando tenga tiempo de escribirla, una larga relacion cerrada, que no abrireis sino cuando supiereis que yo he muerto; mirad que en vos confio, don Alonso, mirad que aquí y en la instruccion que recibiereis, irá tal vez en un dia el honor y la paz de la reina, y tal vez la suerte de España.

Don Alonso era demasiado discreto para pedir ni una sola explicacion á Quevedo despues de lo que habia oido.

Se limitó pues á guardar el pliego y á decirle:

—Lo que me encargais, se cumplirá, señor don Francisco; y si yo muriese quedará mi esposa para cumplirlo, y si mi esposa hubiere muerto cuando yo muriese, no me faltará persona de confianza para delegar este encargo, tal vez sin salir de mis antiguos bandidos.

—Si yo no tuviera una ciega confianza en vos, contestó Quevedo, y en vuestra esposa, de vos no me valdria; pero os advierto que no tengais este pliego ni el otro que os remitiré, en lugar donde si se registra vuestra casa pueda ser encontrado: ahora vuestra esposa me dará licencia para que yo os robe por un poco de tiempo á su compañía.

—Lleváosle, don Francisco, lleváosle, dijo doña Esperanza, que nada temo acerca de mi esposo yendo en vuestra compañía, bien es verdad que nada temo tampoco cuando va solo.

III.

Salieron don Francisco y don Alonso.

—¿A dónde me llevais? preguntó este.

—A despertar á una Napea, á una Circe, á una deidad humana que está ahora mismo durmiendo una borrachera al pié de un olmo al otro lado del Tajo.

—Pues amigo mio, dijo riendo don Alonso, esa es una divinidad demasiado rastrera.

—Como que está tendida de largo á largo á lomo de tierra, dijo Quevedo; pero, qué vida mia, don Alonso, qué vida mia, y qué vida de cualquiera, cerrando un poco los ojos y encandilándolos para hacerse una ilusion óptica; porque si no, la tal vida tiene mucho de herpética y de desapacible, como cosa de Mundo Nuevo y de Maravillas, que es lo mismo que decir, cosa de olor de tripa y callo y de suela de zapato viejo; pero en fin, caprichos de la fortuna que derumba la divina beldad de la forma en los muladares, y eleva á las herejías vivientes contra lo humano, por lo raras, feas y monstruosas; por ejemplo, al de las aplastadas narices, al conde-duque digo, al pínaculo de la infamia luminosa que engaña á los tontos, porque deslumbrados con el resplandor de la grandeza, no ven el asqueroso cadáver roido de gusanos del cual salen aquellos resplandores. Pero hablando de otra cosa, don Alonso, ¿habeis escuchado bien esa co-

media que nos han balbuceado esta noche la infanta y las damas de la reina? De ella no tomo yo más que las representantes, que las habia, especialmente Amadis de Gaula, que podia consolar al más triste, y calmar el afan del más sediento: ¡qué doña Isabel de Aragon, y qué conde de Villamediana!

—Digoos, don Francisco, que estoy todavia asombrado y asustado: ¿qué hombre es ese que por medio de tercera persona, porque los versos ya son un sugeto, se atreve á enamorar tan á las claras á la reina, delante del rey y de toda la corte?

—Cómo se conoce, don Alonso, que no conoceis á los necios; un necio se atreve á todo lo que se atreve la estúpida ignorancia; un necio es una calamidad mayor que la peste, y espántome de que para castigar los pecados de su pueblo, á las siete plagas de Egipto no añadiese Dios la plaga de los necios: todo creen dominarlo, todo creen saberlo; para ellos nada hay grande, ni poderoso, ni sábio, más que ellos mismos; con ellos duerme la envidia, y con ellos despierta la calumnia; no hay nada que respeten, ni nada que teman; son más perjudiciales que un ciego que fuese tentando con la una mano con un palo, y con otro palo en la otra dando á derecha é izquierda; á golpe de necio no hay defensa que resista, ni nadie les hará creer en su ignorancia, aunque el mundo entero se lo dijese; porque tal es la soberbia de la necedad, que creerian que el mundo entero los envidiaba, y que se volvia contra ellos rabioso por humillarlos; esto es Villamediana, un necio contumaz y relapso, un necio no diré que incurable porque todos los necios lo son, sino más dañino que otro alguno, porque á su necedad natural une las ínfulas de su nacimiento, la prosopopeya de su alto oficio en la corte, y la soberbia de cuatro coplas que hace, y que le alaban y le rien los parásitos que le rodean, y los otros necios que escuchan, por los cuales se cree el primer ingenio habido y por haber. Ah, aquel amor imposible, aquel amor que merecia la muerte, aquel amor por la deidad de las deidades, aquel complacerse en el peligro de un tal amor, y aquella engañifa de Anaxtarax Carátula, nota con que se pretendia ocultar la verdad de la intencion; aquel rey, el pobre rey que no es tonto, don Alonso, sino débil, y aquella pobre reina, sin amigos, sin amparo, y el escándalo de la traicion y la desvergüenza producidos por la necedad: oid, don Alonso, yo creo que se ha perdido la comun razon; yo creo que nadie entiende lo que oye, ni nadie oye lo que no entiende; esto es una maraña, un juego á la gallina ciega, un se acabó, una empanada de tontos con

salsa de asafétida; yo reviento, yo me ahogo, yo voy á dar un tronido como el que dará esta noche el pelote que han puesto sobre el cimborrio de la ciudadela de Amberes: ah, esto no tiene cura, vamos de cabeza, y ha llegado el momento de no esforzarse y de decir encojiendo los hombros y echándose el alma á la espalda, y á mí qué se me da, hagámonos el paladar, y las narices, y los ojos, á lo necio, y vivamos y engordemos engañando tontos.

—Ah, don Francisco, don Francisco, ¿y cómo se puede vivir sin la satisfaccion del espíritu?

—Viviendo sin ella, puesto que por no tenerla no nos morimos.

—Pero agonizamos: buscad un tantico de alma, ni aunque la pagueis á precio de sangre.

—Bah, bah; ni amor en las mujeres, ni amistad en los hombres, ni lealtad en los tratos, ni amparo en las desventuras; Dios se cansa, esto se acaba; el enfermo antes de ser cadáver, se pudre y huele á diablos; pero en fin, Dios lo quiere, que ello sea: á mi Torre de Juan Abad me voy con mi Teresa y con mi deidad del Mundo Nuevo y Maravillas; métome á hortelano y á dómine de mi diosa. Vive Dios que la he de enseñar latin y retórica y griego y filosofia; y si la tierra fuere buena, á más de letras humanas letras divinas, y hasta la ciencia de Zoroastro, si hubiere humor y tiempo: ¿qué cosa hay más grata que cojer entre las manos una inteligencia ruda é irla labrando y puliendo hasta hacerla diáfana, hermosa y luciente como el diamante? ámame la desastrada, daréla yo causa bastante para que me adore con hambre de amor, castigaréla para trasformarla, y espero en Dios, ó mejor dicho: por desesperacion de que en mucho tiempo suceda nada bueno, espero que tiempo tendré para labrar mi diamante en bruto.

—¿Pero tanto vale esa mujer? dijo con curiosidad don Alonso.

—¿Qué os parece de la reina mi señora?

—Ah, gentil á maravilla, y tan dama, que lo culto, lo gracioso, suplen lo que pudiera faltarla de maravilloso en la hermosura.

—Pues parécese esta tal que vais á ver á la reina de tal manera, que vestidas de un mismo modo y con un medio antifaz puesto se las equivocara, y quitado el antifaz resulta más hermosa la del Mundo Nuevo que la del real mundo, y tiene cuando calla y mira grave, porque está triste, la gran nobleza de la grande hermosura, que no hay hermosura que no sea noble mientras calla el alma esclava, el alma torpe que encierra.

—Paréceme, don Francisco, que andais algo enamorado.

—No soy enamorado, pero sí carnívoro, y tanto me da el corral donde se haya criado el ave de buena pluma que me sirva para la mesa: no os digo que no entretenga mis ócios con esa hija de quién sabe, pero digoos también, que á no ser por ciertos proyectos que tengo, pasara de largo junto á ella sin de ella volver á acordarme.

IV.

Llegaban en aquel momento al puente de Barcas, y Quevedo se detuvo mirando á lo largo del río corriente arriba que parecía un girón de cielo, en el cual sonrieran rojas estrellas, dejando tras sí estelas luminosas, que tal parecían las farolas de las góndolas que corrían á competencia reflejándose en las tersas aguas.

Era que la regata había empezado; acompañábanla músicas acá y allá escondidas en las espesuras de ambas orillas, coros de melodiosas voces é instrumentos que remedaban los cantos de las aves, y cuyos músicos debían estar subidos en las copas de los árboles.

—Este es el festín de Baltasar, dijo Quevedo; el festín bajo el cual se derrumba Babilonia: ¡qué locura! las Españas despobladas, los campos incultos, los españoles embrutecidos por los frailes, los golillas y los cortesanos chupando la última sangre de la obeja enferma... y aquí la magnificencia, los resplandores, la locura, y debajo de todo eso el crimen. El Tajo me parece esta noche el Leteo, y esas góndolas las barcas de Aqueronte disfrazadas y ocupadas por la locura; sigamos, sigamos, don Alonso, no sea que como dentro de poco debe empezarse el asalto de la ciudadela de Amberes, despierten los truenos á nuestra náyade, que al verse sola se nos trashoje entre la verde selva y no demos con ella.

Y habiendo pasado el puente de Barcas, en el cual, sea dicho de paso, había tanta gente, que parecía según era su curvatura á causa del peso, iba á hundirse en el río, tomaron por la orilla derecha arriba, separándose un tanto, porque una gran multitud orlaba la ribera.

Esta multitud la constituía la gente común; la ribera izquierda estaba llena de la gran multitud de convidados, que teniendo horror al agua no había querido embarcarse.

Y siguieron, siguieron filosofando siempre Quevedo, y filosofando á la desesperada y sin incurrir en la blasfemia ni en la herejía en que con tanta facilidad incurre la desesperación; porque

Quevedo no confundía jamás lo absoluto con lo relativo, ó lo que viene á ser lo mismo, lo divino con lo humano.

Al fin empezaron á marchar por la parte de la ribera donde ya no habia gente.

Habian dejado muy atrás sobre la otra orilla la ciudadela de Amberes, que estaba silenciosa y como dormida porque no la habia aun obligado á ponerse en defensa el ataque.

V.

—Llegamos á tiempo, dijo Quevedo; de seguro aun no ha despertado; esta frescura, este balsámico ambiente y la lejana armonía de la fiesta convidan al sueño.

—En verdad en verdad, dijo don Alonso, que es amenísimo este sitio, y que le presta una gran melancolía la pálida luna que le argenta.

—Hé aquí el contagio, exclamó Quevedo: despues de haber oido la comedia de Villamediana, es necesario ser muy fuerte de cabeza para no dar en la imitacion: ¿á poeta se me os meteis, don Alonso, y á poeta de mogollon, que no sabe decir más que lo que antes que él han dicho otros tantos? Haced la cruz al diablo y no caigais en la tentacion de imitar lo malo, que es la peor locura en que puede incurrir quien pierde el seso. Pero alli veo un bulto que forma humana asemeja: créelo ella; la luna da á su traje azul un color neutro que resalta sobre el verdinegro césped: algo reluce: sí, ella es: la limeta que al lado dejéla para que rociara su almuerzo al despertar, es la que tímidamente copia el resplandor de la luna: ¿yo también? mal pecado, está visto que la mala poesía es una peste de cuyo contagio nadie se libra; ¡vive Dios! hubiera querido tener al lado á don Frey Félix Lope para haber visto qué cara ponía á tanto concepto alambicado y puesto al remo y al grillete; que poesía más forzada, no pienso oirla en toda mi vida, porque tengo para mí que no ha de quedar para hacer más versos Villamediana.

—¿Creeis?

—Nada creo, pero silencio, la ninfa duerme; baña amante la luna su cándido semblante: antes de que despierte, miradla y admirad.

—Que estais haciendo versos.

—Así es la suerte mia, nací para hacer versos.

—Sois un gran poeta, don Francisco.

—Por lo que acabo de decir, no me conozco: en otro tiempo la musa se me escapaba á borbotones, no podia contenerla; cuando no lloraba, reia, mordía; pero siempre decia algo: ha envejecido, se ha puesto fea, está desengañada y desgredada y sufre; se muere por la posta y yo la lloro porque con ella muero. Pero acerquémonos, poneos como yo en cuclillas, mirad qué hermosa.

—¡Oh Dios mio! exclamó don Alonso.

—¿No es verdad que con ese noble traje, con esas joyas, con esa bella actitud, extendido un brazo sobre la yerba, reclinada sobre él la cabeza, abandonado el otro brazo sobre el talle gentil, dejando ver la redonda altura de la cadera, y ese blando descenso que acaba en su pié de niña, con ese ancho rizo rubio que cae sobre su mejilla y con el blando y puro perfil que la luna alumbra cariñosa, cualquiera que conociése á la reina creeria que se ha escapado de la fiesta y se ha venido aquí á descansar entre los brazos de la verde Flora de lo que debe haber sufrido oyendo la comedia de Villamediana, haciendo en ella figura y tragándose una á una las insolentes necedades del poeta? ¡Ah! si supiérais por qué me he traído yo aquí á esta; pero reparad, ¿no veis que bajo el brazo tiene algo que reluce, que parece así como un estuche, y que en verdad es un estuche de carey? pues ahí hay un aderezo igualísimamente igual al que sacó la reina esta noche en su cabeza, en sus orejas, en su garganta, en su cintura, en sus brazos: cincuenta mil ducados en piedras y oro.

—¡Ah! pues no comprendo...

—No queráis comprender: ¡y cómo duerme! benéfica virtud del vino que hace más grato el único bien que Dios ha dado á los mortales, porque es un dulce remedo de la muerte el sueño: pero si quereis que despierte para juzgar de la hermosura y de la luz de sus ojos, quitadla ó pretendid quitarla cuanto levemente podais el estuche, que como en él tiene puesta el alma, despertará más pronto que si junto á una oreja suya disparasen un arcabuzazo.

VI.

Alargó el brazo don Alonso, cojió con dos dedos el estuche y tiró suavísimamente, lo que bastó para que la Retuerta se incorporase como despertada por un sacudimiento eléctrico, echase sus dos manos sobre el estuche como un gato sus zarpas sobre un raton y mirase con fiereza buscando al que queria arrebatlarla su tesoro.

- Vió á Quevedo junto á sí, y sonrió.
- Pues teneis buena manera, dijo, de despertarla á una.
- Era para que tardases menos en despertar.
- Acertado lo habeis, que quien no guarda su hacienda, no sé qué ha de guardar: ¿quién es ese caballero que está con vos?
- ¿Háste enamorado de él, Agustina?
- Estoy tan llena de amor, que no me cabe más, señor mio.
- Púes cuenta con que te pinchen y te se salga por la pinchadura, como el viento de una odre cuando la traspasan.
- Pues pellejo me llamais, diga ese caballero si soy yo buen ó mal pellejo.
- Tripicallera del Mundo Nuevo, don Alonso, dijo Quevedo como presentándola á su amigo.
- Eso era antes, ayer otra cosa, hoy no hay que decir, porque os amo y vos me amais, y mañana, quién sabe lo que seré yo mañana.
- A esta la enseño yo latin, dijo Quevedo.
- Lo que vos me enseñareis, serán picardías, que yo estaba muy llena de que era la mayor pícara del mundo, y despues que os conozco, he conocido que soy una pícara en mantillas. ¿Sabeis, caballero, que este viejo me ha vuelto loca, que me parece el más jóven del mundo y que me ha quitado de alteza? pero eso ya se verá, veremos si él lo merece, y le haremos infante.
- Loca, dijo Quevedo dirigiéndose á don Alonso.
- Misterio, don Francisco, contestó don Alonso.
- Sin nombre, ni patria, ni ascendencia, ni lados; hé ahí el misterio.
- Que haga el favor de explicarse ese caballero.
- Yo veo en tí mucho de tí desconocido, algo que en tí vive venido de parte ignorada; veo una historia perdida.
- Y una perdida mujer, ¿no es verdad? dijo con descaro la Retuerta: pues, mirad, no ando mucho tiempo perdida, porque, así, así, en cuanto me pierdo, las manos que quieren recojerme...
- Y la Retuerta abria y cerraba sus preciosos dedos.
- Dejémonos de descaros y desvergüenzas de que haces gala en mal hora, dijo Quevedo: de lo de alteza olvídate, que fué un cuento que yo inventé porque convenia: en lo demás, espera, porque me eres útil; ten juicio y acostúmbrate á ver á este caballero como á un protector, porque con él has de estar algun tiempo quitada de tus malas costumbres y de tus malas palabras, mientras yo te trai-

go á mí para criarte y recomponerte de tal manera que tú propia no te conozcas.

—Ay, don Francisco, que me habeis embrujado, que haceis de mí lo que quereis, y en lo de hacerme otra, pareceme que ya lo habeis hecho: extrañome de mí misma y de mí misma me espanto: inflada estoy de una cosa dulce que me anda por dentro y que me adormece y que me acaricia y que me besa el alma: con vos soñaba, y me hacia tanto bien el sueño.

—¿Quién de los dos será el maestro? dijo Quevedo, yo el tuyo, ó tú el mio: oh, naturaleza: oh, hijo de Cíterea, metamorfoseador divino, que ensalzas á los miserables y humillas á los altivos.

—Seguid, que me parece que estoy oyendo un sermón cuando el padre se vuelve hácia el altar.

—Que la inquisición está en todas partes, dijo Quevedo tapando la linda boca de la Retuerta.

Don Alonso se echó á reír.

Luego dijo:

—Me intereso por esta criatura, sea cual sea su vida; hay en ella algo que dormía y empieza á despertarse.

—Vamos, vamos, dijo Quevedo con su tono sério, que esto puede hacerse una pesadilla; dame el estuche, hija.

—Ay, que me revolveis las entrañas, don Francisco; sois más suave que una piel de gato recién nacido; tomad, y para que veais si os quiero más que al oro, tiradlas al río si os place.

—No en mis días, dijo Quevedo, y lo que me pesa es que no nos hayamos traído aquel trage de tisú de plata.

—Ya me acordé yo; pero dije, cuando á este no se le ocurre, dejémosle ahí.

—Mirad, don Alonso, dijo Quevedo abriendo el estuche que estaba forrado de terciopelo blanco, sobre el cual se destacaba con un brillo magnífico la pedrería; alzad esa cadena, mirad esa diadema, observad esas otras joyas.

—Iguales á las de la reina, y riquísimas, dijo don Alonso.

—Como que iba yo á hacer la reina, dijo Agustina.

—¿Qué misterio es este? exclamó don Alonso volviendo á colocar las joyas que había tomado en el estuche.

—Venid, dijo don Francisco cerrando el estuche y metiéndole debajo del brazo, nos acercaremos á la ciudadela de Amberes para gozar de los fuegos de artificio, y sentados á la par sobre la yerba os contaré algo que os asombrará.

Y se levantó.

Levantóse tambien don Alonso.

Por el contrario Agustina se inclinó.

—¿Qué estas haciendo? dijo Quevedo.

—Vaya, cojo el talego y el paño de los manjares y la limeta, que puede ser que á el alba, que hasta el alba durará esto, nos venga bien un consuelillo para las tripas.

—He aquí, dijo Quevedo, la prevision unida á la juventud: caso raro.

—¿Y hemos de permanecer aquí, hasta el alba? dijo don Alonso.

—Ah, no, amigo mio, permaneceremos solo mientras yo os explico todo esto que encontráis misterioso que conviene que lo sepais; porque podrá suceder muy bien, que lo que os explique ahora no pueda explicároslo en mucho tiempo: á Torre de Juan Abad me huele esto, sino es ya que vuelven á enviarme á San Marcos de Leon ó á otra parte peor.

Y como al decir esto hubieran llegado á un lugar donde se veia el simulacro de lienzo y de madera que representaba la ciudadela de Amberes, hicieron alto, sentáronse sobre la yerba, y Quevedo tuvo tiempo de explicar á don Alonso quién era Agustina la Retuerta, de qué manera él habia sabido de lo que se trataba, la novela que habia inventado para el conde-duque cuando fué en busca de ella, y para lo que el conde-duque queria á la Retuerta, con todo lo otro que sucedió en el camarín reservado del conde-duque.

VII.

—Con que tenemos al fin, dijo Agustina, que yo no soy hermana de la reina, ni hija del rey de Francia, ni quien tal pensó; pues mirad, no se me da nada con tal de que vos mireis por mí, don Francisco, que cuando el conde-duque me llamaba alteza yo no sabia lo que me sucedia y llegó momento que no podia conmigo misma. ¿Pero quién os ha dicho que yo tengo en el costado debajo del brazo un lunar colorado?

—Mala memoria tienes, Agustina; me lo has dicho tú.

—Ah, perdonad, pero yo creia que por el lunar colorado íbamos á alguna parte; en fin, me quedo Agustina la Retuerta sin padre ni madre conocidos, asendereada y saltando de amante en amante, cada dia más perdularia, hasta que he dado con vos y he creído al fin en lo que no habia creído nunca.

—¿Y en qué no habías creído tú?

—En que había amor.

—Bah, muchacha, hailo de muchos modos y maneras, tantos como hombres y mujeres han vivido, viven y vivirán; pero amor es el tuyo y de los buenos cuando le cifras en persona que ya es ruin y de edad madura, que solo puede darte tristeza y desengaños. Atención; ya acometen á Amberes; mirad, mirad, don Alfonso, qué manera de tirar cohetes desde aquellas diminutas galeras; mirad cómo se corona de fuego todo el bastion que mira al rio y qué riqueza de luces y de cohetes de colores: ¡qué dineral gastado en vanidad y en humo!

—Cosa tan grande no vi en mi vida, dijo la Retuerta.

—Pues recreáte, hija, recreáte, dijo Quevedo; que puede ser que otra cosa como esta no la veas en todos los dias de tu vida.

—Verdaderamente que esto es magnifico, dijo don Alonso.

Se iba corriendo el fuego por el primer cuerpo del castillo y apareciendo trasparentes y alegorias y ruedas azules y rojas y verdes y blancas.

Un cohete incendió el segundo cuerpo, que fue cambiando de trasformacion en trasformacion, y al mismo tiempo en las naves y en el castillo sonaban petardos que remedaban disparos de artilleria.

Pasó mucho tiempo en las trasformaciones del primero y del segundo cuerpo.

Invadió el fuego el tercero, y cuando hubo agotado todas sus ruedas, todos sus ramilletes, todas sus palmas, todas sus fuentes, todos sus colores, todas sus iluminaciones, quedó en medio una gigantesca cifra, sobrepuesta á la cual se veia una inmensa corona, detrás de la que giraba deslumbrante un sol de mil colores.

La cifra y la corona eran perfectamente blancas y se destacaban sobre el vivisimo arco iris que producian las luces de colores de la rueda que giraba representando un sol.

—Bah, dijo Quevedo, si aquella F y aquella I dijeran Fernando é Isabel, ese sol de artificio que rueda detras de ellas, parecierame oscuridad y pobreza; pero esas dos cifras unidas delante de un sol de gloria, cuando dicen Felipe é Isabel, me dan pena: mentira, todo mentira.

—¡Ay, don Francisco, qué maravilla! exclamó la Retuerta.

La cifra y la corona se habian trasformado en un fiero leon rampante, rojo, de tamaño colosal, detrás del que giraba un sol blanco.

—Mentira tambien, dijo Quevedo, hace mucho tiempo que el rojo leon de España no se vé cercado de tales resplandores. ¡Ah! prevenite, Agustina: una centella sube serpeando á lo alto del cimborrio, y si el polvorista es como suelen ser estos, habrá puesto en todo lo alto tres arrobas de pólvora atadas y apretadas y envueltas en hierro y en demonios á fin de que la conclusion de los fuegos de artificio sea un tronido que se oiga en diez leguas á la redonda.

Y al decir esto Quevedo, el último cuerpo del castillo dejó ver una gigantesca matrona que por el trage, el escudo que embrazaba y el cetro que empuñaba y el leon que tenia echado á los pies, representaba, pintada de mano maestra al trasparente, á España.

—Muy cerca han puesto á la pobre del trueno gordo, dijo Quevedo: parece que al necio del polvorista le he embaucado yo para que haga con su artificio una sátira: cuidado, Agustina, cuidado; tápate las orejas, hija, que ha cruzado un rayo por España y ha prendido en el cimborrio.

Al decir Quevedo estas palabras, sonó una detonacion monstruosa, una detonacion infinitamente más poderosa que el estampido de un mortero de á catorce pulgadas, y al retumbar esta detonacion formidable, España desapareció y todo quedó en sombra.

Los fuegos de artificio habian concluido.

—Sátira horrible es, sátira sangrienta, dijo Quevedo; truena España, se deshace, se pierde: hé ahí una profecia hecha por un tonto que ha creido hacer una gran cosa. Vámonos, don Alonso; vámonos, Agustina: los convidados de la córte se irán ahora á cenar; nosotros debemos ir á recojernos y á esperar el dia de mañana.

Y echaron á andar hácia el puente de barcas.

VIII.

Durante el camino Quevedo amonestó á la Retuerta para que se hiciese modesta y bien hablada y compuesta á causa de que iba á estar en la casa de una señora muy buena y muy honrada y de la cual podia tomar ejemplo.

La Retuerta prometió que se convertiria en una pajarita de las nieves, y que nadie la adivinaria su historia ni por el gesto ni por las palabras.

—Bien, dijo don Alonso, todo se reducirá á que si no estás con

la compostura debida, te encerraremos en un cuarto hasta que don Francisco decida de ti, y ten en cuenta que si no hicieras falta para descubrir un dia una gran maldad, ni don Francisco haria caso de ti, ni yo te recibiria en mi casa.

—Descuiden, descuiden, que yo soy ya otra; que ya sé para lo que sirvo y para lo que valgo, y lo que me falta que aprender, don Francisco me lo enseñará; entretanto voy á ser una monja recoleta, con los ojitos puestos en el suelo y sin hablar más que lo preciso, no sea que si hablo mucho, sin querer lo eche á perder.

Poco despues llegaron á la posada de la Cabrera vieja.

Doña Esperanza se maravilló al ver la grande hermosura y el parecido que con la reina tenia la Retuerta.

Esta se mostró tan contenida, tan modesta, que engañó á doña Esperanza.

—Ahora bien, amigo mio, dijo Quevedo llevándose á un lado á don Alonso; tomad estas joyas y guardadlas; son botin de buena guerra y á nadie quitamos nada quedándonos con ellas; servirán en su dia: yo os enviaré mañana los cincuenta mil ducados que esas alhajas valen, para que á nombre de Agustina la Retuerta y con resguardo á vos, los pongais á ganancias en casa de un genovés; pero si yo no pudiera enviaros ese dinero, que será señal de que me habrán preso y confiscado los bienes, ponedlos vos, que nos interesa tener segura y contenta á esa muchacha. Ahora adios, me duermo, voime á recoger: Dios quiera que me dejen descansar en paz.

Y Quevedo se fué.

A Agustina la Retuerta la acomodaron en un aposento que estaba dentro del que habian tomado en la hosteria don Alonso y doña Esperanza.

CAPÍTULO LXXXIX.

En que dá fin y remate esta verídica historia.

I.

Al día siguiente todos los que habían acudido á la fiesta de Aranjuez se volvieron á Madrid.

Entre ellos don Alonso y doña Esperanza, Quevedo y la Reuerta.

La corte se quedó en el Sitio para pasar en él la primavera.

La reina vió con sorpresa que el rey en lo íntimo de palacio se separaba de ella cuanto podia, que no la hablaba y que no pudiendo contenerse alguna vez la miraba airado.

Era necesario al corazón de la reina, á su dignidad explicarse aquel misterio.

El conde-duque aparecía triunfante, altivo, dominador.

La Calderona residía en Aranjuez y ostentaba un boato escandaloso.

Hasta la misma servidumbre de la reina se la mostraba fría.

Y cuando la reina pidió una explicación de su dureza y de su alejamiento al rey, este olvidado de la prudencia la dijo:

—Callad y agradecedme que os deje la vida y que vivais á mi lado en palacio: por lo demás, todo ha terminado entre nosotros, os prohibo que me habléis más acerca de esto.

La reina se desmayó, estuvo gravemente enferma, se sublevó

su dignidad: al convalecer se encerró en una reserva fria y altiva, y no volvió á pedir explicaciones.

La explicacion la tenia harto clara en la triunfante insolencia del conde-duque.

II.

Quevedo vió con sorpresa despues de haber llegado á Madrid; que pasaban horas, que pasaban dias y que nadie iba á prenderle, ni siquiera á decirle que saliese de la corte desterrado..

Tampoco el conde-duque se dejaba sentir de él ni por una simple carta.

—Me arrinconan, dijo Quevedo, pues mejor; yotejeré en mi rincon mi tela de araña.

Al segundo dia de estar en Madrid, llevó á don Alonso cincuenta mil ducados, lo cual mermó en gran parte su hacienda, aquella hacienda que debia á su aproximacion al conde-duque.

Don Alonso pugnó por que el dinero que se pusiese á ganancia á la Retuerta fuese suyo y no de Quevedo; pero no habia medio de resistir á este cuando se obstinaba en que fuese lo que él queria.

Los cincuenta mil ducados fueron puestos casa de un genovés á nombre de Agustina la Retuerta y con resguardo á favor de don Alonso por si algun dia era dificil probar la identidad de la muchacha, y á esta se la llevó á su casa Quevedo con el mayor desenfado del mundo, escandalizando y aflijiendo á Teresa, que no estaba acostumbrada á que en la casa hubiera otra muger que ella.

Pero tal influencia tenia sobre la Retuerta, Quevedo, que la compuso y la adobó de tal manera en la parte moral, que nadie hubiera conocido por lo modesta, lo bien hablada, lo prudente y lo dulce á aquella antes cabrá suelta.

Vestia anascote y toquilla como Teresa, no salia á la calle sino acompañada, y daba asiduamente leccion de leer y de escribir y de doctrina cristiana y cuentas con Quevedo, que se habia convertido para ella en maestro de escuela.

—Yo os amo, me estoy muriendo por vos, decia con mucha frecuencia interrumpiendo la leccion la Retuerta, y me estais martirizando.

Por supuesto que esto no lo oia Teresa.

—Todavia no es tiempo, decia Quevedo, aplicate, estudia, hazte muger, afirmate en este cambio de costumbres, y cuando

seas lo que yo quiero que seas, entonces, si es que entonces tú me quieres.

La Retuerta suspiraba y seguía delectándose siguiendo el dedo de Quevedo y con las lágrimas en los ojos.

Por supuesto que Quevedo había inventado una novela para que Teresa consintiese en vivir con Agustina, pero una novela muy sencilla.

Agustina era hija de un antiguo alférez de inválidos, grande amigo de Quevedo, que la había dejado huérfana y sola en el mundo al morir, y que antes de morir había pedido á Quevedo con toda su alma recogiese á su hija y la amparara.

Teresa lo creyó como un artículo de fé, porque creía de tal manera que su amo no podía mentir, que á quien le hubiera dicho que su amo mentía le hubiera sacado los ojos.

Por su parte la Retuerta ayudaba á Quevedo, porque como ya hemos dicho, era dulce, tímida, modesta, cariñosa, hablaba poco y se había olvidado de decir malas palabras.

Quevedo había logrado dominar la mala tentación de hacer su amante á aquella muchacha, á pesar de que su grande hermosura le cosquilleaba en los sentidos; pero su poderosa imaginación había avanzado en el porvenir y guardaba á Agustina para mayor cosa.

Todo iba bien respecto á la paz doméstica de Quevedo.

Su vida era más grata que otras veces.

Se levantaba á las ocho, tomaba chocolate en comunidad con su ama de gobierno y su educanda, y después hasta las diez daba á esta lección de escritura, de lectura y de religión.

En seguida cojía la capa y se iba al Mentidero á oler, á soltar sátiras, á aventurar noticias que todos creían y que acababa por repetir toda la corte, á pasar revista á las busconas que se deslizaban incitantes y provocativas por delante del Mentidero, á juzgar si había algún cuadro nuevo en los días de buen tiempo expuesto en las paredes de San Felipe.

A las doce ya estaba en casa, comía la olla podrida con lo que podía llamarse su familia, y dormía luego hasta las dos.

Se levantaba, llamaba á Agustina, la daba lección hasta las cuatro, en cuya hora se iba á casa de don Alonso de Fuensalida, permaneciendo allí hasta una hora después de entrada la noche, en cuyo punto se volvía linterna en mano, á no ser que hiciese luna, á su casa, rezaba el rosario con las dos mugeres, cenaban después, las divertía durante la cena y después de ella un breve

espacio con su aguda conversacion, las daba las buenas noches, se encerraba en su cuarto y durante dos horas escribia ó estudiaba.

Se acostaba despues y dormia bien.

La vida de Quevedo no podia ser entonces más metódica, más pura, ni si se quiere más santa.

Y esperaba, esperaba; pretendia trasformar á Agustina, no sabia por qué ni para qué, y pensaba en el conde-duque como un tigre, suponiéndole razon, pudiera pensar en una venganza lejana.

III.

Volvió la córte de Aranjuez á primeros de Junio, y con la corte Villamediana y tras la corte la Calderona.

Fué á visitarla Quevedo y la encontró pálida y enferma, pero resignada.

—¿Aun teneis la espina? la dijo Quevedo.

—Tengo la espina de que soy una mala muger, dijo la Calderona: una venganza de amor me ha perdido.

—¿De suerte, dijo Quevedo, que al fin y al cabo esa espina es don Lope?

—¡Oh miserable! ni aun para la muger que le ha engrandecido y que le ha amado y que le ama con el frenesi de la locura, su tia, su esposa, tiene reconocimiento ni respeto: se ha anegado en los vicios más repugnantes: no me hableis de él: ha sido mi desgracia, mi horrenda desgracia.

—¡Ah! sois la reina de hecho.

—Cabalmente mi desgracia es esa: tengo remordimiento, y creedme porque á vos se os puede decir todo, cada dia se me hace más intolerable el rey, cada dia necesito ser más cómica para que no me vendan ni la mirada ni el semblante: mi desgracia es completa: la naturaleza ciega, la naturaleza cruel me ha hecho madre sin amor: todo lo sufro por el pobre sér que alienta ya en mis entrañas: de otro modo, me hubiera encerrado en el claustro, no para ser esposa del Señor, sino para morir allí oscurecida.

—Todo esto quiere decir conde-duque.

—¡Oh infame, infame! contestó Maria: le engaño, le finjo amistad, hago como que influyo en su favor con el rey, y no es necesario esto, porque no parece sino que ese hombre ha hechizado á su magestad, le ha robado la voluntad y le ha hecho suyo: hoy seria inútil todo lo que se pretendiese contra el conde-duque: el

rey está ciego, una intriga infame ha envuelto á la reina, y su magestad la cree adúltera: infamia y calumnia: ese hombre es un demonio, pero llegará dia en que sus excesos sean tales que el rey despertará; llegará un dia que vacile, en que dude, y entonces, don Francisco, si yo vivo, yo seré quien le mate, yo seré quien salve á la reina, pagándola todo cuanto involuntariamente la haya hecho sufrir.

—¡Cuántas desgracias, señor, cuántas desgracias, exclamó tristemente Quevedo, nacidas de la insaciable ambicion de un malvado! Y teneis razon, María, teneis razon: ahora, todo lo que se hiciera sería inútil; el rey está absolutamente dominado por el conde-duque y le cree no solamente su vasallo más leal, sino la grandeza de su reinado: hay la desgracia de que el rey es muy jóven aun, de que no tiene experiencia, de que le han criadó muy mal, de que el conde-duque y su tio don Baltasar de Zúñiga, ese pícaro hipócrita por quien më irrito siempre que le oigo llamar hombre de bien y á quien no me atrevo á llamar un bandolero no sea que crean que lo digo de envidia, conocen demasiado los flacos de su magestad, y están apoderados de él con las uñas y con los dientes; pero el intrigante de don Baltasar de Zúñiga está ya viejo y se morirá, y no será el conde-duque solo lo que es ahora que le ayuda su tio: empezará á hacer disparates, y estos serán tales que el rey no podrá menos de oir los alaridos de España: esperemos, esperemos, el rey no es malo, su magestad está extraviado y ciego; esperemos á que los desengaños le descieguen, y á que el conde-duque pierda el tino: en cuanto á mí, espántome de que nada haya hecho todavía en daño mio el conde-duque.

—¡Ah! no le conviene: espera á que pase más tiempo para que el rey no pueda atribuir vuestra desgracia á la desgracia de la reina y como unida á ella.

—Siempre el astuto don Baltasar de Zúñiga; que si el conde-duque obedeciera solo á su deseo, desengañado y conociendo que yo le servia en falso porque las cosas han venido de tal manera, que no he podido menos de descubrirme, ya me hubiera preso ó desterrado: y pésame de que no haya sido ya el destierro, porque anhele la soledad de mi torre de Juan Abad, que en las soledades se está más cerca de Dios, y el entendimiento se engrandece y se aviva y vé más claro: en fin, María duélome de vuestras desgracias como de mis desgracias propias, y déjoos, no sea que barrunten que he pasado junto á vos mucho tiempo y pueda veniros algun daño; pero si me necesitais llamadme.

—Oh, sí, y si alguna vez necesitais vos de mí, decidmelo; por ejemplo, si no quereis ser preso ó desterrado, no lo sereis.

—Si de prision se trata convertidla en destierro, María, dijo Quevedo: yo prision no quisiera; se trata muy mal á presos como yo y va en ello la salud y la vida: pero destierro, sí, lo deseo, porque la córte me envenena. Conque, amiga mia, adios, y que él os dé fuerzas.

—Él vaya con vos, don Francisco.

IV.

Pasaron algunos dias.

El conde de Villamediana estaba alegre, gozoso.

Habia trasminado algo entre los noticieros, los embusteros y los calumniadores de la córte; y exagerándose las noticias y tomando bulto, habia llegado á creerse por todos que el conde de Villamediana era el favorito de la reina.

Al conde le bastaba con esto.

Porque si habia puesto su audaz pensamiento en la esposa de Felipe IV, no habia tenido ni siquiera la disculpa de una pasion insensata.

Todo ello no habia pasado los límites de una insensata vanidad, y la vanidad estaba satisfecha.

El vulgo que todo lo cree hasta lo absurdo, habia creido en los amores de la reina y de Villamediana.

Era este correo mayor del rey; suave, cortesano, insinuante: habia sido muy afortunado con mujeres notables, y nada tenia de extraño que la primera dama de España hubiera caido en sus redes.

Todos le envidiaban, y todas se creian felices cuando las miraba con alguna predileccion Villamediana.

Quevedo no acertaba á comprender aquello.

Estaba demasiado en las interioridades del negocio, y se asombraba de que Villamediana permaneciese aun en la servidumbre.

—Quieren evitar el escándalo y dar tiempo al tiempo; ¡ah, conde, conde! guárdate en las noches oscuras: hace mucho tiempo que me estás oliendo á muerto.

V.

Una tarde se paseaba Quevedo con don Alonso en las gradas de San Felipe el real.

Era á mediados de Julio.

De improviso Quevedo se detuvo y miró á la calle Mayor á la gran casa del conde de Oñate.

—Yo conozco á aquel hombre que se pasea por allí, dijo; es un balletero del rey, un tal Sancho, á quien conocí en Aranjuez y di un tremendo susto; entonces era amante de la Agustina; habrá olido que la Agustina está en mi casa y será por mí por quien pasea; pero no mira hácia acá: en todo caso á buena parte viene.

—Bah, dijo don Alonso, esperará alguna otra cosa.

—Puede ser.

Y Quevedo y don Alonso siguieron paseando.

VI.

Llegó el oscurecer.

El balletero Sancho continuaba paseando.

Empezaba á escasear la gente por la calle.

Los últimos, los más asiduos, los más tenaces concurrentes del Mentidero, esto es, de las gradas de San Felipe el Real, habian desaparecido.

Solo habian quedado Quevedo y don Alonso.

—¿Pero qué hacemos aquí? dijo este último: ya no hay nadie.

—En primer lugar, don Alonso, contestó Quevedo, hace mucho calor y aqui corre algo de fresco; en segundo, no me voy sin saber para lo que espera allí aquel hombre que tan tenazmente se pasea.

Oyóse entonces la campanilla del Viático que venia á entrar en la calle Mayor por la Puerta del Sol, y al mismo tiempo el rodar de una carroza que avanzaba en direccion opuesta.

El balletero Sancho se volvió, llegó hasta cerca de la puerta de la casa del conde de Oñate y se detuvo.

Cuando la carroza llegaba delante de la puerta, el Viático, es decir, las primeras hachas del Viático llegaban cerca de la carroza, que se detuvo.

Entonces Sancho el balletero adelantó rápidamente, llegó á la portezuela y la abrió.

Dentro de la carroza iban dos caballeros.

El uno era el conde de Villamediana, el otro su amigo el conde de Orgaz.

Al detenerse la carroza, Quevedo se precipitó rápidamente por las gradas, en tanto que las dos hileras de hachas, que eran muy

largas porque el Viático iba con gran lujo, pasaban por ambos lados de la carroza.

El conde de Villamediana creyó que el que había abierto la portezuela era uno de los que acompañaban al Viático, y que la había abierto para que entrara el sacerdote que le conducía.

—¿Va ahí el señor conde de Villamediana? dijo Sancho con la voz cortés y respetuosa.

—Sí, contestó el conde; ¿qué me queréis?

—Oid una palabra, señor, dijo Sancho; traigo un recado de palacio.

—Teneos, conde, gritó Quevedo dando vuelta á la carroza: os van á matar.

Pero ya no era tiempo.

El conde había asomado el cuerpo á la portezuela y había recibido una terrible puñalada en el costado tirada de abajo arriba.

—¡Ay de mí que me han muerto! exclamó el conde cayendo entre los brazos de su amigo el conde de Orgaz.

El asesino dió á correr.

Quevedo tiró tras él y le siguió.

Al mismo tiempo se arremolinaban al rededor de la carroza los que llevaban las hachas del Viático, y á los gritos del conde de Orgaz y de los criados que iban en el pescante y en la zaga de la carroza acudieron criados del conde de Oñate.

El sacerdote que bajo pálio conducía el Viático se detuvo.

—Es el conde de Villamediana que le han asesinado, decían los del acompañamiento del Viático, mientras sus criados sacaban de la carroza ayudados del conde de Orgaz al de Villamediana ensangrentado y moribundo.

—Padre mio, dijo el conde de Orgaz al sacerdote que llevaba el Viático, id, acorred con el divino cuerpo del Redentor á ese moribundo y volved para administrarle á otro.

—Quedaos, quedaos aquí, padre José, dijo el sacerdote que llevaba el Viático á otro de dos sacerdotes que le acompañaban; auxiliad á ese desgraciado.

El conde de Villamediana fué metido casa del conde de Oñate.

Uno de los que acompañaban el Viático dijo al sacerdote que podía tomar la carroza segun era costumbre.

—En esa carroza hay sangre, dijo conmovido el sacerdote, y no puede ir en ella su divina Magestad.

Y siguió adelante.

La campanilla, que habia callado durante algunos minutos, volvió á sonar.

El Viático se alejó lentamente.

VII.

Entre tanto Quevedo, á quien la indignacion habia dado fuerza y ligereza, habia alcanzado debajo del Arco de San Ginés al ballestero Sancho.

Es verdad que este habia tropezado y caído, se habia vuelto á levantar, habia perdido terreno, y lastimado, su carrera no habia sido tan veloz como antes, que de otro modo hubiera escapado de Quevedo.

—Tente ó te mato, le dijo este poniéndole la espada al pecho.

—Señor don Francisco, dijo el ballestero Sancho, yo no tengo por qué huir en último caso, porque lo que he hecho lo he hecho de orden del rey.

—¿Y cómo me harás tú bueno eso? dijo Quevedo.

—Con la orden que llevo encima.

—Ven, ven al nicho de aquella imágen, dijo Quevedo señalando uno que estaba junto á la puerta de la iglesia, y á la luz de sus faroles veremos esa orden.

—Vos no sois de justicia, contestó Sancho, y no tengo que mostrárosela.

—La justicia la llevo yo en mi puño y en la punta de mi espada, contestó Quevedo, y si no muestras esa orden, mueres.

—Dicen que vos, don Francisco, sois un grande esgrimidor; yo tambien lo soy, pero no quiero echar una mano de espadas por tan poco y mucho menos con vos: vamos hácia el nicho y os mostraré esa orden.

Y ambos se dirigieron al nicho, pero cuidando siempre Quevedo de tener en jaque á Sancho.

Llegaron.

—Hé aquí la orden, dijo el ballestero.

Y dió un papel doblado á Quevedo, que le desdobló y leyó:

«Vos, Sancho Agudo, matareis de orden del rey y como reo de alta traicion, al conde de Villamediana.—*El conde-duque.*»

—Bien, muy bien, dijo Quevedo y se guardó la orden en el bolsillo de los gregüescos.

—¿Qué haceis? exclamó Sancho.

—¿Cómo es que te ha dado una orden tan grave, en que te se manda un asesinato, el conde-duque de Olivares?

—Porque yo me negué á hacer lo que se me mandaba si no tenia una orden con que descargarme.

—¡Poder de Dios! ¿Y no tenia el conde-duque otro de quien valerse?

—Ninguno le parecia tan seguro como yo.

—Muy confiado es el conde-duque en su fortuna, dijo Quevedo, y en mal hora has tomado tú dinero por matar al conde de Villamediana; porque como yo no quiero que el conde-duque sepa que me he quedado yo con la orden de muerte del conde, voy á matarte para que no hables: ea, en guardia, pícaro, que no quiero despa-charta sin riesgo; veamos qué tal esgrimidor eres.

Y acometió á Sancho que dió un salto atrás, se puso en guardia y acometió á su vez á Quevedo.

No pasaba nadie, pero podia pasar de un momento á otro, y á Quevedo le interesaba concluir pronto, y concluir bien.

Paró de una manera maestra una estocada ratera, una estocada baja á la italiana, con que se le habia venido Sancho, y sobre la parada se tiró á fondo, y dió una hasta el puño por el costado á Sancho, que en cuanto Quevedo sacó la espada de la herida cayó al suelo.

Inclinóse Quevedo.

Sancho espiraba.

—Ah, exclamó quedo Quevedo, ya es un secreto que guarda la tumba, el de que yo poseo la orden firmada por el conde-duque, la orden de matar al conde de Villamediana.

Y envainando la espada, se fué á buen paso á la casa del conde de Oñate, á cuya puerta encontró perplejo á don Alonso.

VIII.

—Ah, me alegro de encontraros aquí, amigo mio; dijo Quevedo, guardad y ponedle con los otros papeles que antes os he dado, este otro que acabo de conquistar.

—¿Y qué es ello? dijo don Alonso.

—Vedlo á la luz que alumbra el zaguan, contestó Quevedo.

Entró en el portal don Alonso, desdobló el papel, lo leyó, y exclamó:

—Oh, esto es terrible; ese hombre...

—Callad, callad; dijo Quevedo, guardad ese papel y vamos, vamos arriba á ver si se ha muerto ó si se vive ese pobre diablo de Villamediana.

Subieron sin obstáculo, porque á ambos los conocia la servidumbre del conde de Oñate.

Entraron en una antecámara, más allá de la cual estaba con el conde de Orgaz, con el conde Oñate y con los cirujanos que habian acudido, sobre un lecho Villamediana.

—¿Y qué dicen los cirujanos? preguntó Quevedo á uno de los criados.

—Dicen que su excelencia no vivirá ni una hora.

—Ah, pues entonces es necesario que yo le vea: entrad, entrad y decidle que aquí está don Francisco de Quevedo, que tiene que hacerle una revelacion: dadme, dadme ese papel, don Alonso.

El criado que habia entrado con la solicitud de Quevedo, salió, y dijo:

—Puede pasar usia.

Quevedo entró.

Al entrar dijo á los condes de Orgaz y de Oñate y á los cirujanos:

—Necesito para un asunto de la mayor importancia, quedar un momento á solas con el conde de Villamediana.

Tal era la autoridad de Quevedo, en tanto se le tenia y se le respetaba, que todos salieron.

—¿Qué me quereis, don Francisco? dijo con voz ronca y débil Villamediana.

—¿Sabeis quién os ha herido? preguntó Quevedo.

—Un hombre á quien no conozco, respondió Villamediana.

—¿Y no sospechais de dónde puede haber venido el golpe? preguntó Quevedo.

—No, dijo con desesperacion Villamediana, yo no tengo enemigos, yo no sé á quién achacar mi muerte.

—¿No os habeis acordado del conde-duque?

—El conde-duque es tan grande amigo mio, dijo Villamediana, que se desesperará cuando sepa que me han asesinado.

—En todo habeis de engañaros, don Juan, exclamó Quevedo: habeis creído que la reina os amaba, y esta creencia os ha perdido; creéis vuestro amigo al conde-duque, y el conde-duque es quien os ha matado.

—Imposible, exclamó Villamediana.



...de cerca os sitian, María; os toman prenda.

—¿Conoceis la firma del conde-duque?

—Sí.

—¿Podeis leer?

—Sí.

Quevedo fué á una mesa, sacó de su bolsillo la orden que desdobló, tomó de sobre la mesa una bugía, volvió al lecho, presentó el papel al conde alumbrándole, y este leyó con voz ronca:

«Vos, Sancho Agudo, matareis de orden del rey y como reo de alta traicion, al conde de Villamediana.—*El conde-duque.*»

—¡Oh, qué infamia, qué infamia! exclamó Villamediana, y hace poco en palacio ese asesino me estrechaba la mano y me llamaba su grande amigo.

—Así se mata en la córte, dijo Quevedo; pero esa infamia no quedará sin venganza; ayudadme y os vengaré.

—¿Y cómo he de ayudaros yo?

—¿Podeis escribir?

—Sí, hace poco he escrito con mi sangre á mi hijo.

—Vuestro hijo es un niño que aún está en andadores, dijo Quevedo.

—Le he escrito para cuando crezca, para que pueda vengarme.

—¿Y qué habeis escrito á vuestro hijo?

—Le he dicho: hijo mio, muero asesinado no sé por quién; si cuando leas esta carta no se ha castigado aún al asesino por la justicia, búscale, valte para ello de cuantos medios sean imaginables y véngame, aunque mi asesino sea un poderoso señor.

—¡Ah! ¿conque sospechais?

—Sospechaba de alguna envidia, pero no me ha pasado por las mientes sospechar del conde-duque.

—¿Decis que habeis escrito con sangre la carta á vuestro hijo?

—Sí.

—¿Y dónde está ese rojo tintero? preguntó Quevedo.

—Ahí debe estar sobre alguna mesa, contestó Villamediana.

Quevedo buscó, y en efecto, sobre una mesa encontró una taza con sangre, en ella una pluma y sobre la mesa algunos pliegos de papel.

Tomó uno y aquel terrible tintero y los llevó á la cama.

—Haced, haced un poderoso esfuerzo, conde; procurad escribir lo que yo os diga, y ved que con ello os procurais el perdon de Dios.

—¡Ah! volvedme, don Francisco, volvedme, exclamó Villamediana, no puedo escribir así: si es cierto que por lo que voy á es-

cribir puede perdonarme Dios, espero que su divina Magestad me dé fuerzas.

— Esperad, dijo Quevedo, es necesario que yo busque algo sobre que escribais.

— Por ahí debe andar un libro sobre el que he escrito antes.

Quevedo buscó y sobre la misma mesa en que habia encontrado el papel y el tintero, encontró un *in-folio* encuadernado en pèrgamino.

Se acercó al lecho, volvió cuanto pudo al conde de Villamediana, le dió el papel puesto sobre el libro, y teniendo en una mano el candelero y en la otra el tintero dictó lo siguiente:

«Al rey mi señor: Escribe á vuestra magestad un moribundo: los que van á presentarse ante Dios no mienten: yo ruego á vuestra magestad crea lo que voy á revelarle como cree en Dios uno y trino: la reina es inocente, el conde-duque ha engañado á vuestra magestad haciendo llegar á sus manos una carta apócrifa, una carta falsificada, una carta que vuestra magestad debia atribuir á la reina: esa carta me mata, porque vuestra magestad, irritado contra mí, creyéndome reo de alta traicion, ha ordenado mi muerte: que se examine bien esa carta que presentará á vuestra magestad un dia un grande amigo mio y un gran servidor de vuestra magestad, y aparecerá patente el horrible crimen del conde-duque, del que ojalá fuese yo la sola víctima. Justicia, señor, justicia: un moribundo os la pide y la espera.—*El conde de Villamediana.*»

Tomó Quevedo aquella carta y la leyó.

La letra era clara y distinta, aunque se conocia estaba escrita por una mano trémula.

—¿Qué carta es esa falsificada de la reina que ha visto el rey y que ha producido mi muerte? preguntó el conde.

—Vuestra muerte la ha producido vuestra locura, don Juan de Tarsis, dijo Quevedo, ya os lo habia yo predicho: ahora creedme, pensad en vuestra salvacion; creo haber visto cuando he entrado aquí á un sacerdote, os le voy á enviar; no os cuideis de lo que nada os importa ya, pensad solo en vuestra alma.

Y Quevedo, guardando la carta y poniendo sobre la mesa la bugia, la sangrienta taza y el libro, salió: nada tenia que hacer allí.

Lo que habia buscado lo llevaba consigo.

Gracias si se acordó de decir á un clérigo que habia en la antecámara que hacia falta dentro.

IX.

—Venid, venid conmigo, don Alonso, dijo Quevedo á su amigo que estaba en la antecámara; aquí no estamos bien y yo tengo que entregaros algo que importa mucho.

Y se dirigió á las escaleras.

Don Alonso le siguió.

—Id, le dijo Quevedo cuando estuvieron en la calle, á vuestra casa por Platerías; yo me iré hácia allá por la calle de Carretas: llevaos eso con vos, que á mí puede ser que me prendan en cuanto me cojan solo á alguna distancia de aquí.

Y dió á don Alonso la órden de muerte de Villamediana firmada por el conde-duque y la carta escrita con sangre por el conde.

Se las dió de modo que aunque hubiese habido gente que lo viera no notase nadie que se las habia dado.

X.

Don Alonso tiró por Platerías y Quevedo hácia la calle de Carretas, es decir, que tomaron dos opuestas direcciones.

Quevedo se encontró de nuevo con el Viático que venia para el conde de Villamediana con un aparato régio, con pálio, con suizos al rededor del pálio.

Quevedo se arrodilló al pasar Dios y rezó por el alma de Villamediana.

Luego siguió en paso lento por la Puerta del Sol, tomó la calle de Carretas, la de Atocha, la Plaza Mayor, salió de ella por el Arco de la Amargura, llegó por la plazuela de Herradores y la calle de las Fuentes á los Caños del Peral, y por la subida de los Angeles y la plaza de Santo Domingo entró en la calle Ancha de San Bernardo.

Quevedo habia dado este rodeo en paso muy lento para desorientar á quien hubiese podido seguirle, y se habia detenido de tiempo en tiempo para observar. Nadie le habia seguido.

Quevedo estaba seguro de ello, porque al revolver de algunas esquinas se habia detenido cubierto por ellas y esperado un largo espacio.

Nadie habia sobrevenido.

Era ya tarde, muy despues de las ánimas, y á aquellas ho-

ras en aquel tiempo transitaba muy poca gente por las calles de Madrid.

XI.

Quevedo entró casa de don Alonso, que le esperaba impaciente.

—¿Os ha seguido alguien? dijo Quevedo.

—No, amigo mio, no.

—Sin embargo, será prudente que salgais al momento de la corte y os vayais con vuestra esposa á vuestras posesiones de Córdoba: poned en lugar muy seguro esos papeles que os he entregado bajo un pliego cerrado como los otros.

—Pero don Francisco, dijo don Alonso, esta sangrienta carta es terrible, ella sola basta para probar al rey la inocencia de la reina.

—No delireis, don Alonso, dijo Quevedo; el conde-duque está ahora en todo el vigor de su privanza, nada se adelantaria, el rey está ciego; es necesario esperar á que las iniquidades, las tropelias del conde-duque, y sobre todo los años y la experiencia, curen la ceguera del rey: esto va para largo y no quiero entretenerme más: me despido de vos y de vuestra esposa hasta cuando Dios quiera; dadme un abrazo y pedid á Dios que por lo que he hecho no me suceda una desdicha.

—Oh, Dios no lo querrá, dijo don Alonso; y si tal sucediera, yo os ayudaria como vos me habeis ayudado á mí.

—Lo sé, amigo mio, lo sé y adios.

Don Alonso fué acompañando á Quevedo hasta la puerta de la casa; allí se despidieron de nuevo, y Quevedo, con su linterna encendida, se encaminó á la calle del Niño, á la que llegó cerca de la media noche.

Pero apenas hubo entrado en ella cuando se le echaron encima muchos hombres armados.

—Ya pareció aquello, dijo Quevedo: sopló ha sido, han tenido que avisar, ir y venir: de casa de Oñate ha salido el soplo y me esperan en corto.

—Deteneos en nombre del rey nuestro señor, dijo una voz muy conocida para Quevedo.

Era la voz del señor alcalde de Casa y Corte Pedro Gutierrez de Santisteban.

—Deténgome de muy buena gana, dijo Quevedo, y si os cono-

ciera aunque no me hablarais para saludaros, señor Pedro Gutierrez; ¿qué me quereis?

—Yo nada os quiero, señor don Francisco, contestó el alcalde, y pésame mucho de estas comisiones; pero á aquello de el rey lo manda, no hay más que obedecer.

—Teneis razon, señor alcalde, teneis razon: ¿y qué es lo que manda su magestad?

—Que registre vuestra persona y vuestra casa en busca de ciertos papeles.

—Pues registremos, señor alcalde, registremos; porque ambos somos cómplices del registro, vos registrándome y yo dejándome registrar.

—Me pesa, don Francisco.

—A mí no, porque nada me carga y estoy seguro de que contra mí no ha de resultar cargo alguno; cosas son estas del conde-duque que no sabe lo que se hace.

—Quien lo manda es el rey.

—De lo que resulta, que siendo el conde-duque el rey, el conde-duque es quien lo manda.

—Eh, don Francisco, vuestra lengua es tal que no solo os pone en compromiso á vos, sino á quien os escucha; callemos, que vienen muy cerca estos alguaciles.

—Teneis razon, ahora la verdad es delito y la virtud crimen; però la puerta de mi casa está abierta.

—Como que me he entrado en ella á buscaros y no encontrándoos me he salido fuera.

—De lo que resulta que tenemos casa hasta que á la justicia ó á los ladrones se les ocurre meterse en ella: esto tiene que acabarse alguna vez, es necesario que llegue un día, y llegará, en que nadie se atreva á entrar mientras no pueda en el domicilio ageno: pero pasad, pasad á vuestra casa, señor Pedro Gutierrez de Santisteban y luego meted la mano en vuestros bolsillos y desnudad si quereis vuestra persona, porque yo me doy y me tengo por todo vuestro y tan vuestro, que en nada me siento mio: hijas, añadió dirigiéndose á Teresa y á Agustina que estaban en el pasillo asustadas y pálidas, idlo disponiendo todo para irnos á nuestra torre de Juan Abad, nos destierran; entrad en mi cuarto, señor Pedro Gutierrez.

Y se entró en la sala baja con el alcalde.

XII.

—¿Y quién os ha dicho que os destierran? preguntó maravillado el señor Pedro Gutierrez.

—El que al encontrarme no me habeis preso, amigo mio, y el que yo sé muy bien que el excelentísimo señor conde-duque de Olivares no querrá tenerme muy cerca de sí, porque ya maldita la falta que le hago para nada.

—Pues habeis acertado, señor don Francisco, dijo el alcalde; tengo la orden de registraros y de registrar vuestros papeles, y si no encuentro ninguno recientemente escrito por el conde de Villamediana, y aunque le encuentre, que os notifique que salgais desterrado á veinte leguas en contorno de la córte.

—¿Y cual es la causa de mi destierro?

—El que en la noche del 21 de Abril, dentro de palacio habeis tirado al rio á un criado del conde-duque, y habeis herido á otro.

—¡Ah! ya, sí, bueno es tener algo á que agarrarse, aunque á cosa mas grave pudiera haberse agarrado el conde-duque, porque yo tengo cosas muy terribles á que pueda agarrarse el conde-duque y otro cualquiera; pero vamos registrad, desabrochadme la ropilla, echadme abajo los gregüescos, veremos lo que encontrareis.

Todo avergonzado y todo trémulo, el alcalde registró á Quevedo y solo le encontró algun dinero en los bolsillos, y el pañuelo de las narices.

—Estoy satisfecho, dijo el alcalde.

—Pues no quedará tan satisfecho como vos su excelencia, yo me sé por qué; pero que rabie y se tire de las narices, que tal estoy yo que tanto me dá por esto como por lo otro: abrid, abrid mis estantes, señor Pedro Gutierrez, registrad mis libros y mis papeles.

—¿Y para qué si vos no habeis estado en vuestra casa desde que saisteis de la del conde de Oñate? Ahora solo me queda ir á casa de vuestro querido amigo don Alonso de Fuensalida.

Dióle un vuelco el corazon á Quevedo, pero tuvo fuerza bastante para no mostrar su turbacion.

—Id á donde querais, dijo.

—Ruégooos me perdoneis porque me he visto obligado á registrar á vuestra persona.

—Vos no habeis sido el que me habeis registrado, ha sido el conde-duque; la mano no es la culpable, es la cabeza; esas son cuen-

tas para despues entre el conde-duque y yo: id con Dios, señor Pedro Gutierrez, ya sabeis que esta es vuestra casa y que podeis venir á ella cuando querais, aunque yo no esté.

—Perdonad, perdonad otra vez, don Francisco, dijo el alcalde. Y salió aturdido.

XIII.

—¡Ah! exclamó Quevedo con desesperacion, ¿y cómo avisar, cómo, á don Alonso? está visto: en todo lo que pongo mano cae una maldicion; ¡oh, pero seria terrible! Dios no querrá, no; ¿y quién sabe, quién sabe, si Dios permite esto porque es justo que así suceda?

E inmediatamente Quevedo, sin levantar mano y ayudado de las dos mujeres, se puso á hacer su equipaje.

Es decir, á meter en cajones sus libros, porque el otro equipaje de Quevedo cabia en un calcetín, y no era mucho más rico el equipaje de Teresa y de Agustina.

XIV.

Era ya tarde, cerca del amanecer, cuando llamaron á la puerta. Sintió Quevedo un sacudimiento nervioso.

—¿Será, dijo, que habrán quitado á don Alonso esos papeles y no se tratará ya de que vaya desterrado sino de prenderme?

Y salió á abrir la puerta.

Sorprendióle al reconocer á la luz del alba á don Alonso de Fuensalida.

—Estaba de Dios, amigo mio, le dijo este, que nos viéramos antes de separarnos, sabe Dios por cuánto tiempo.

—¿A qué venis? dijo con afan Quevedo.

—A tranquilizaros.

—No han dado con los papeles, ¿no es verdad? dijo Quevedo; pero pasad, pasad, amigo mio; estoy haciendo mi equipaje, me destierran.

—Ya lo sé. Despues de haberme registrado, de haber registrado mi casa hasta los sótanos, un alcalde de Casa y Corte me contó que habia estado en vuestra casa, y que despues de registraros inútilmente, os habia notificado una orden de destierro; y es el caso que á mí me destierran tambien.

—Ya nos habíamos nosotros desterrado antes: ¿pero y los papeles dónde están?

—Corriendo hacia Córdoba y bien escoltados.

—¡Ah, don Alonso!

—Si, apenas os fuisteis, se me ocurrió no se por qué, que no estaban en mi poder seguros esos papeles; los cojí, los puse un sobre, los metí en una cartera, se la dí al Renegado, que es hombre á quien puede fiarse todo, y poco despues con diez buenos muchachos de los míos á caballo, salió con la órden de defender á la desesperada esos papeles, de arrollar por todo y de llegar si era preciso por fuera de camino á Córdoba: yo os aseguro que no los alcanzarán aunque haya habido espías, y que si los alcanzan no los quitarán los papeles: ved por donde irían ya despues de la media noche, hora en que llegó el alcalde á mi casa: no tengais cuidado, don Francisco; ¿á dónde os escribo en cuanto llegue á Córdoba, para que acabeis de estar tranquilo?

—A mi torre de Juan Abad, pero no dirijais á mi la carta, sino á Teresa Orejon.

—Bien, don Francisco, y adios, que mi mujer me espera para ponernos en camino.

—No tardaré yo mucho en marchar: adios, mi buen amigo, adios, y él quiera que nos volvamos pronto á ver.

Don Alonso partió.

Quevedo se puso á clavar los seis cajones que contenian sus libros, sus papeles, sus ropas y el oro que le quedaba, que era todavia una respetable cantidad.

Con cierta fruicion lo guardó Quevedo porque aquello era carne del conde-duque, puesto que aunque lo pagó el rey, si no lo hubiera recibido Quevedo, el conde-duque se hubiera quedado con ello.

Teresa alquiló un coche de camino y un carro.

En el carro se pusieron los cajones, los colchones, el arca en que iba la ropa de las dos mujeres y el menaje de cocina.

En la zaga del coche se colocaron los muebles que cupieron.

Cuatro buenos mozos con arcabuces procurados por Ginesillo el del meson de Paños, se montaron en el carro para resguardar á Quevedo y á su familia.

Se echó la llave á la puerta de la casa, dejó Teresa las llaves á una vecina para que cuidase de las paredes, de los pocos muebles que habian quedado y de los gatos, y los desterrados salieron de Madrid.

— Aquella mañana temprano habian salido don Alonso y doña Esperanza escoltados por diez hombres.

Habian podido ponerse más prontamente en marcha, porque don Alonso no habia levantado casa; sino que dejaba en ella un mayordomo con la servidumbre necesaria.

El conde-duque quedó inquieto.

El solo recuerdo de Quevedo le aterraba.

CAPITULO XXI.

Continúa.

Villamediana habla dentro al mediar la noche con su hijo don Alonso. Este le cuenta lo que le ha pasado en el camino, y le dice que se ha encontrado con un hombre que le ha parecido conocido, pero que no sabe quién es. Villamediana le dice que se le ocurra el nombre de aquel hombre, y que si le acordara, le diga lo que le ha pasado con él. Don Alonso le dice que se acuerda de un hombre que le ha parecido conocido, pero que no sabe quién es. Villamediana le dice que se le ocurra el nombre de aquel hombre, y que si le acordara, le diga lo que le ha pasado con él. Don Alonso le dice que se acuerda de un hombre que le ha parecido conocido, pero que no sabe quién es. Villamediana le dice que se le ocurra el nombre de aquel hombre, y que si le acordara, le diga lo que le ha pasado con él.

CAPITULO XCI.

Conclusion.

Villamediana habia muerto al mediar la noche en que habia sido herido.

Su muerte aterró á todo el mundo porque se atribuyó á una altísima venganza y se parafraseó de todas las maneras posibles el misterio de haberse encontrado muerto de una estocada junto á la iglesia de San Ginés un balletero del rey, en quien los criados de Villamediana reconocieron al hombre que se habia subido á la carroza, habia hablado con su señor y le habia herido.

Se habló durante mucho tiempo de esto, y la justicia nada hizo para averiguar quién habia sido el asesino de Villamediana.

Todos vieron en aquella muerte una venganza real.

El conde-duque no tuvo ya obstáculo alguno que se opusiese á su ambicion; lo dominó todo y desde el punto de la muerte de Villamediana puede decirse que fué el verdadero rey de España.

María Calderon dió á luz por el mes de Noviembre un niño á quien reconoció como hijo suyo Felipe IV, poniéndole por nombre don Juan de Austria.

¿Dejó Dios impunes los crímenes del conde-duque? ¿dejó oprimida la inocencia de la reina, y á Felipe IV y á España á merced de un miserable ambicioso?





«Al rey mi señor: escribo á V. M. moribundo.»

Hemos dado á conocer bastante al conde-duque en el discurso de este libro; le hemos seguido paso á paso en todas las intrigas, en todas las miserias con que aseguró su prepotencia, en los primeros tiempos del reinado de Felipe IV.

Si este libro, como deseamos, obtiene una buena acogida del público, escribiremos otro que contenga la historia de los últimos dias del conde-duque; esto es, la historia de su tremendo castigo.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
CAPITULO I. —En que el capitan Ponferrada se encuentra con una mujer sin buscarla.	3
CAP. II. —Las ruinas de una casa iustre.	8
— III.—Un perfil del conde-duque y un esbozo de Estebanillo Mercuelo.	19
— IV.—De cómo llevó á doña Esperanza á una muy noble casa el capitan Ponferrada.	26
— V.—La señora condesa de Santurces.	34
— VI.—Del arbitrio de que se valió Quevedo para tener una audiencia del señor rey don Felipe IV.	38
— VII.—Maria Calderon, vulgo la Calderona.	56
— VIII.—En que se habla largamente del capitan don Lope.	67
— IX.—Quién era la condesa de Santurces.	85
— X.—De cómo envió la condesa á uno de sus criados por noticias y este se trajo quien se las diera mejor que él.	96
— XI.—De lo que contó Gil Perez á la condesa de Santurces.	102
— XII.—De lo que la condesa de Santurces habló con el señor Pedro Gutierrez de Santisteban, que á pesar de su terrible fama, era un juez como otros muchos.	110
— XIII.—De cómo Quevedo intrigaba como podía contra el conde-duque.	120
— XIV.—De cómo Quevedo metió en confusion á Villamediana despues de predicarle un sermon de fraile capuchino.	128

CAP. XV.—De cómo antes de dormirse Quevedo dijo lo bastante á don Lope para que con ello soñara.	138
— XVI.—De la mala noche que pasó el alcalde de casa y corte, y de lo que hizo cuando se levantó.	142
— XVII.—De lo que hablaron en la antecámara del rey Quevedo y Lope de Vega.	162
— XVIII.—De lo que habló con el rey Quevedo, y de lo que habló fuera de palacio con otros particulares.	170
— XIX.—De lo que habló Quevedo por hablar algo con la Calderona, mientras comia en su casa.	179
— XX.—De cómo desempeñó Quevedo un papel á que no estaba acostumbrado.	187
— XXI.—Los recados que encontró en su casa Quevedo.	197
— XXII.—Por qué no habia leído Quevedo la carta del conde-duqué.	201
— XXIII.—En que se revuelven una intriga de corte y una consulta teológica.	215
— XXIV.—De cómo el conde-duque salió dado á los diablos de casa de Quevedo.	224
— XXV.—De cómo de resultas de unas endiabladas aventuras se vió convertido Quevedo en lacayo.	228
— XXVI.—Del buen conocimiento que hizo don Francisco de Quevedo.	240
— XXVII.—De lo que le pasó en el alcázar á don Francisco de Quevedo.	248
— XXVIII.—De cómo las noches oscuras protejen á los pícaros, y de cómo la falta de una cuerda puede poner á un hombre en peligro de ser ahorcado.	260
— XXIX.—De cómo el conde-duque se vió frente á frente y en un ágrío compromiso con la duquesa viuda de Sástago.	273
— XXX.—De cómo fué puesto en libertad el señor Pedro Gutierrez de Santisteban.	289
— XXXI.—En que se trata de un peladero de pava del señor rey don Felipe IV.	296
— XXXII.—De qué manera intrigaba el conde-duque.	307
— XXXIII.—De cómo Quevedo despues de un grande aprieto, acabó por dormirse en un cortijo de bandidos.	314
— XXXIV.—De la mala infamia que obró la condesa de Santurces con doña Esperanza de Salvatierra.	323

CAP. XXXV.—De las vueltas y revueltas que dió sin querer- lo doña Esperanza.	328
— XXXVI.—El conde-duque visto por dentro.	342
— XXXVII.—En que se penetra más en la negra alma del conde-duque.	351
— XXXVIII.—En que se vé que la condesa de Santurces estaba tan loca por don Lope como María Calderon.	359
— XXXIX.—Lo que era la justicia en aquellos tiempos.	365
— XL.—De lo que eran los escribanos de entonces.	371
— XLI.—De lo que habló el conde-duque con la duquesa de Sástago, y de cómo por resultado de la conversacion se vió obligado á visitar en su encierro á Estebanillo Mer- cuelo.	383
— XLII.—Segunda parte del anterior.	390
— XLIII.—Una doble equivocacion.	395
— XLIV.—En que se prueba que no miente la fama, con- servando la reputacion de cómica sublime á la Cal- derona.	407
— XLV.—La segunda parte de aquella trapisonda.	413
— XLVI.—Nueva jornada de la traji-comedia.	424
— XLVII.—En que se dá cuenta de la cuarta traji- comedia de la Calderona.	429
— XLVIII.—Del trabajo que costó á una buena tia dar con un buen sobrino.	439
— XLIX.—De cómo la pobre Maria se puso en peligro de muerte al perder su última esperanza.	443
— L.—Del malísimo rato que dió al conde-duque un en- cuentro con Quevedo.	454
— LI.—De cómo no cesaban las contrariedades con el conde-duque.	461
— LII.—De la originalísima y grave conversacion que tuvo Quevedo con la condesa de Santurces.	467
— LIII.—En que Quevedo sabe algo que podia aprovechar.	476
— LIV.—Cómo se aprovechaba de lo que habia sabido Que- vedo.	488
— LV.—De cómo á Mercuelo le salió muy mal seguir á Quevedo.	496
— LVI.—De cómo todo el mundo conocia á Quevedo, y de cómo tambien tenia el buen poeta sus puntas de supers- ticioso.	500

CAP. LVII.—De la descomunal batalla que sostuvo Quevedo con su ama de gobierno.	507
— LVIII.—Del mal encuentro que tuvo Quevedo con una ronda, y cómo impidió que esta le acompañase hasta el alcázar.	513
— LIX.—De cómo Quevedo se arrepintió de haberse metido á consejero.	522
— LX.—Que se continuará en el que sigue.	532
— LXI.—De cómo el conde-duque se apartó de Quevedo sin saber si este era su amigo ó su enemigo.	540
— LXII.—De cómo la buena fé de Teresa destruyó la obra de la mala fé de Quevedo.	548
— LXIII.—De lo que oyó y vió y dijo Quevedo al atravesar por el escape del dormitorio de la Calderona.	557
— LXIV.—De cómo se engaña á un pícaro.	564
— LXX.—A lo que se atrevia el conde-duque y lo que valia en especie Quevedo.	579
— LXXVI.—La lucha que agitaba al rey don Felipe IV.	586
— LXXVII.—De cómo una vez arraigada la duda en el alma, las apariencias toman el carácter de verdades.	590
— LXXVIII.—De cómo se encontró Quevedo con que el conde-duque habia cumplido bien, lo cual le abrió las ganas de comer.	599
— LXXIX.—De cómo Quevedo que pensaba ir en mula, fué en una especie de tren que no se conoce hoy.	606
— LXX.—De cómo Quevedo llevó la paz y la alegría á don Alonso de Fuensalida y á su gente, y un lecho que no esperaba, á doña Esperanza.	613
— LXXI.—De cómo Quevedo se encontró con un ejemplar desconocido en el género dueñesco.	625
— LXXII.—De cómo Quevedo se libró de la lectura de una comedia y dió un mal rato al conde-duque de Olivares.	633
— LXXIII.—De cómo la condesa-duquesa de Olivares era más casamentera de lo que parecia.	642
— LXXIV.—En que se da cuenta de la respectiva posicion de nuestros personages, y de un encuentro desagradable que tuvo el señor alcalde de Casa y Corte Pedro Gutierrez de Santisteban.	649
— LXXV.—De los preparativos que se hacian en Aranjuez para celebrar el décimo-séptimo natalicio del rey don Felipe IV.	656

CAP. LXXVI.—De cómo Quevedo hizo inútilmente el papel de demonio.	663
— LXXVII.—De la extraña manera que tuvo Quevedo para procurarse una entrevista con el conde-duque.	679
— LXXVIII.—De cómo hacia novelas Quevedo.	685
— LXXIX.—De cómo Quevedo continúa haciendo novelas.	692
— LXXX.—De cómo el conde-duque sabia tambien hacer novelas y preparar tragedias.	700
— LXXXI.—De cómo no era fácil prender á Quevedo, y de cómo tenia el mejor y el peor olfato del mundo.	711
— LXXXII.—De lo que oyó Quevedo escondido detras de una cama.	721
— LXXXIII.—De como conspiró nuevamente Quevedo contra el conde-duque.	729
— LXXXIV.—De la buena y dulce manera que empleó Quevedo para deshacerse de la Retuerta.	734
— LXXXV.—De la breve manera que tenia don Francisco de contar una historia.	742
— LXXXVI.—De cómo el conde-duque pensó hacerse amigo de la reina, y de cómo esta creyó que el conde-duque empezaba á convertirse.	747
— LXXXVII.—En que suceden cosas terribles y graves, Quevedo comete un homicidio, y ve con despecho que ha trabajado para el obispo.	757
— LXXXVIII.—Cómo fué la representacion de La gloria de Niquea.	763
— LXXXIX.—En que la Retuerta varia de posicion.	788
— XC.—En que da fin y remate esta verídica historia.	802
— XCI.—Conclusion.	822

803 — LXXVI.—De cómo Quesvedo hizo finalmente el papel de demonio.

879 — LXXVII.—De la extraña manera que tuvo Quesvedo para procurarse una entrevista con el conde-duque.

885 — LXXVIII.—De cómo hacia novelas Quesvedo.

891 — LXXIX.—De cómo Quesvedo continúa haciendo novelas.

— LXXX.—De cómo el conde-duque está también haciendo novelas y preparar tragédias.

709 — LXXXI.—De cómo no era fácil prender a Quesvedo, y de cómo tenía el mejor y el peor oficio del mundo.

711 — LXXXII.—De lo que oyó Quesvedo escondido detrás de una cámara.

731 — LXXXIII.—De cómo consiguió nuevamente Quesvedo con el conde-duque.

759 — LXXXIV.—De la fuerza y ántica manera que empleó Quesvedo para deshacerse de la libertad.

771 — LXXXV.—De la breve manera que tomó don Francisco de contar una historia.

775 — LXXXVI.—De cómo el conde-duque pensó hacerse amigo de la reina, y de cómo está cayó por el conde-duque empezado a convertirse.

777 — LXXXVII.—En que suceden cosas terribles y graves. Quesvedo como un bandido, y ve una desgracia que ha trabajado para el mismo.

785 — LXXXVIII.—Cómo fue la representación de la gloria de Nápoles.

788 — LXXXIX.—En que se describe la vida de posición.

801 — XC.—En que da fin y remate esta vida histórica.

812 — XCI.—Conclusión.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	Páginas.
Portada.	
No me mateis, yo no tengo la culpa.	5
Cayeron al suelo heridos de bala de arcabuz.	104
Aquí hay cien doblones de á ocho, dijo, y aquí una pu- ñalada.	157
De cerca os sitian, María; os toman prenda.	813
A estocada baja Quevedo, á tajo limpio el otro.	236
Es un hilo doble de doscientas perlas, con un broche de oro y diamantes.	305
Si vamos así, señor, dijo Marchante, la bugia se va á apagar..	347
Y dió á correr sin que fuera bastante á detenerla los gritos desesperados de don Lope.	426
Arrancó tambien la espada á don Lope.	447
Toma, espion, y á ver qué haces con tus ojos.	496
Pues á la calle.	511
¿Con que tanta ojeriza me tiene vuestro amo?.	554
Un hombre á quien no se deja dormir.	619
Ah, pecador de mí, exclamó Quevedo: este picaro aprovecha mi novela.	725
Al rey mi señor: escribo á vuestra magestad moribundo. . .	841

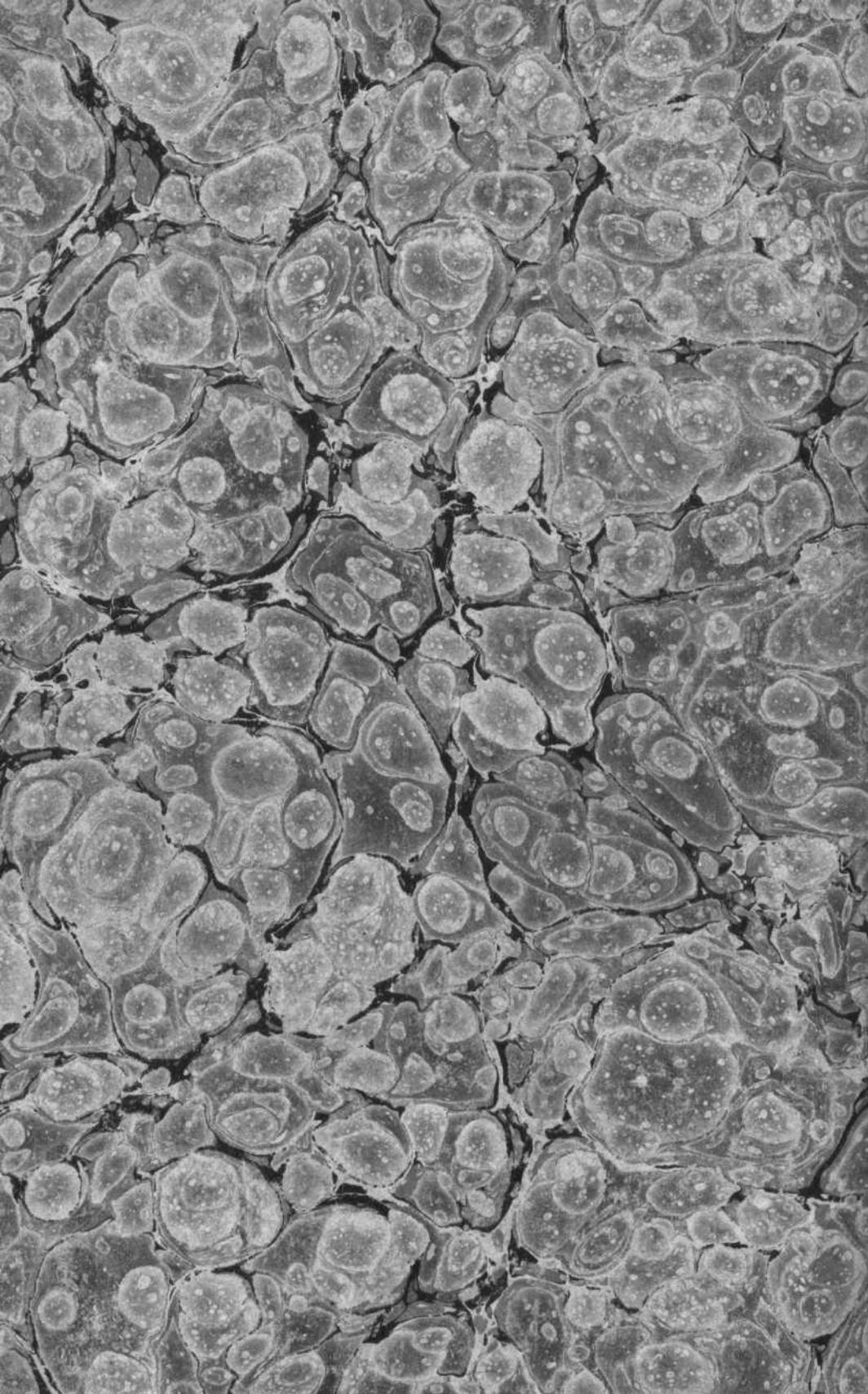
PLANTILLA

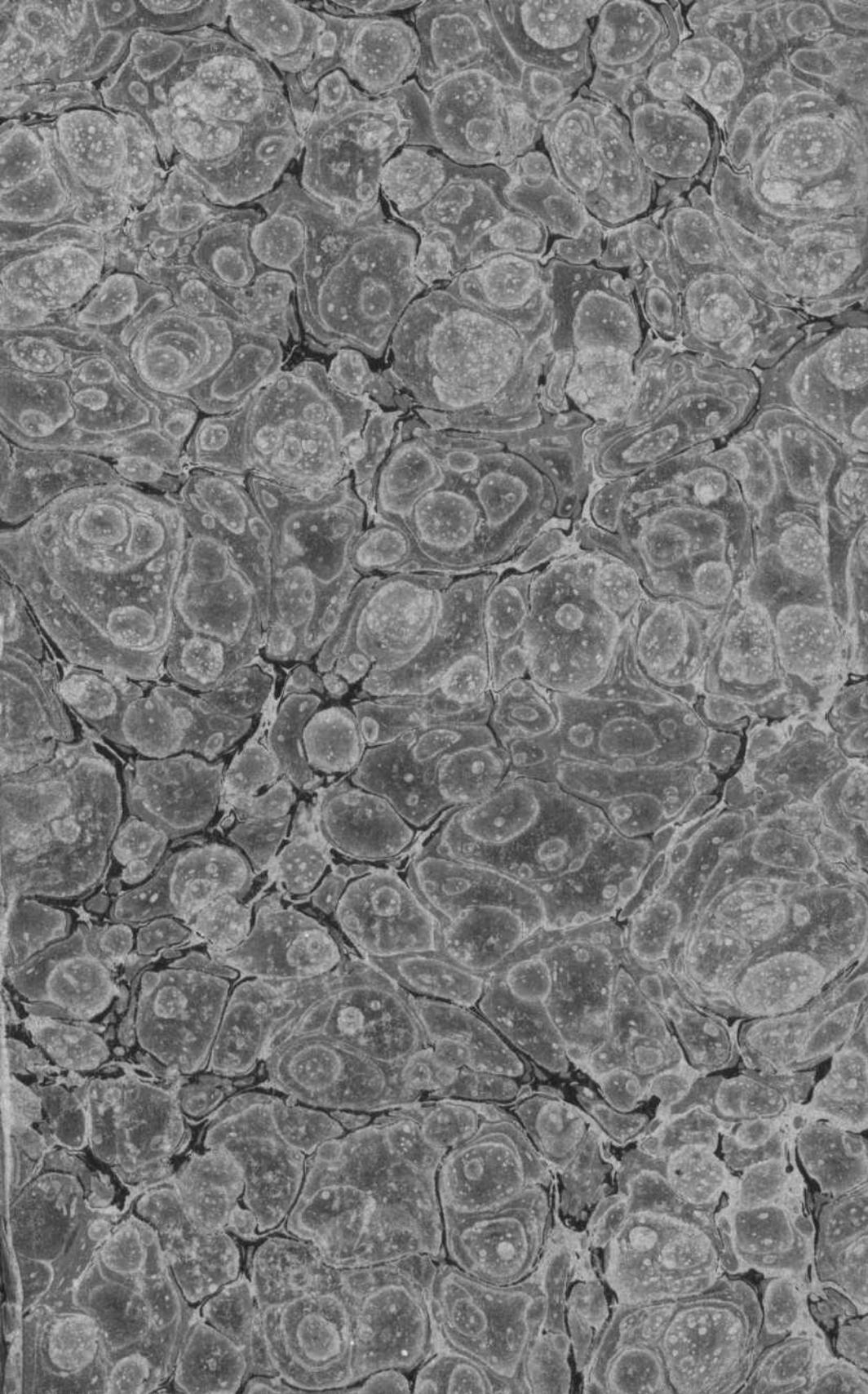
PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

811	Al ver mi señor escribe a vuestra merced merced.
787	mi novela.
619	Ab, pecador de mí, exclamó Quevedo: este picaro sivecha
574	La hombre a quien no se deja dormir.
571	Con que tanta ofensa me tiene vuestro amor.
511	Tues a la calle.
490	Como espion, y a ver que hace con los ojos.
447	Aranco tambien la espada a don Lope.
436	desperdidos de don Lope.
377	¡dijo a correr sin que fuera bastante a delencar los gritos
305	Si estas al señor, don Lope, la culpa se va
236	y disculpas.
193	Es un hilo doble de descortes, penas, con un procho de oro
181	A estocada para Quevedo, a todo tiempo el otro.
177	De cerca os alijan. Mantar os llama prenda.
101	habla.
9	Aquí hay cien doblones de a ocho, dijo, y aquí una pu
	Cayeron al suelo heridos de parte de arcabuz.
	No me mules, yo no tengo la culpa.

8 pt









G 233391